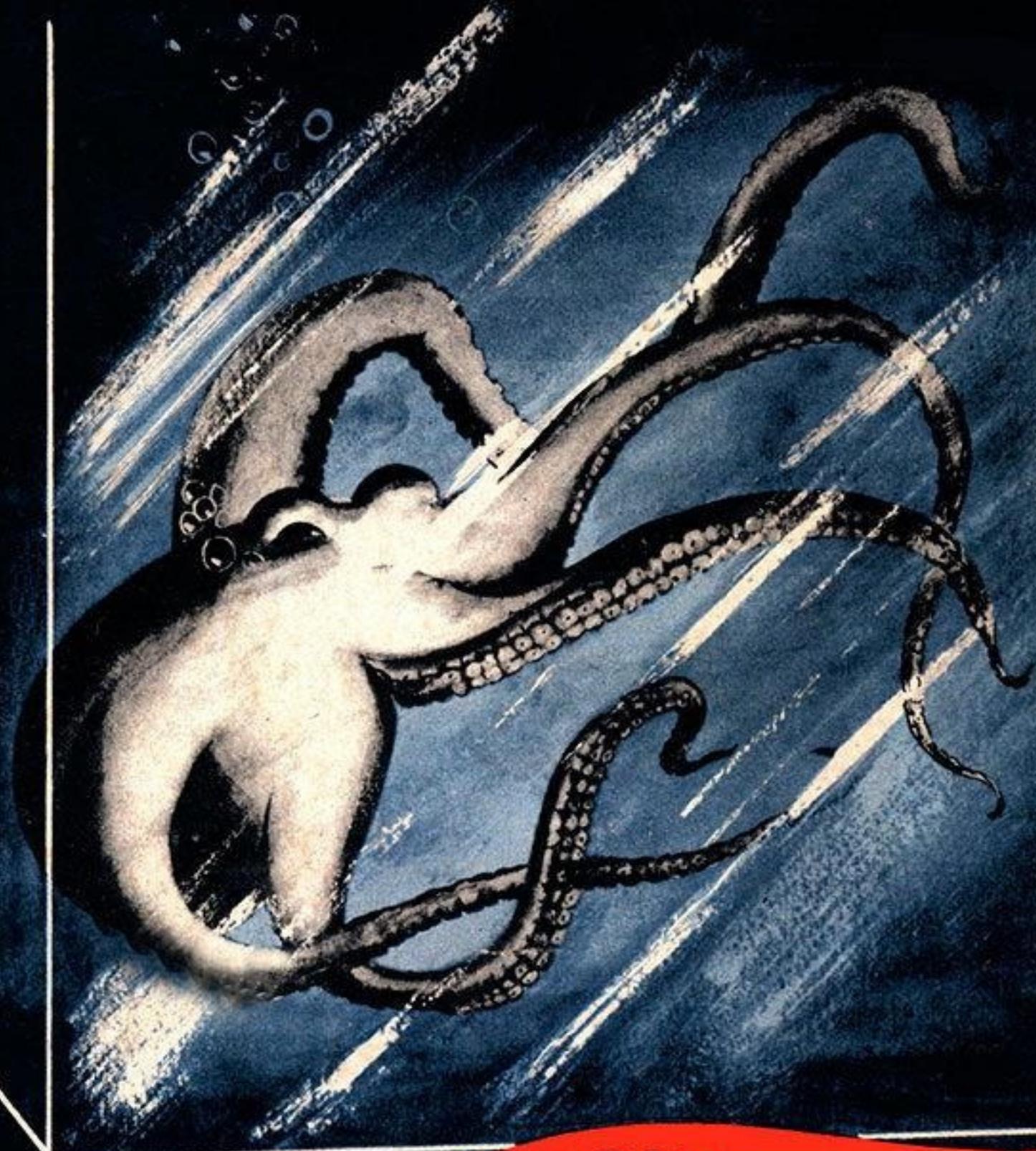


# EL CRIMEN DEL ACUARIO



**MICHAEL INNES**

EMOCION  
INTRIGA  
MISTERIO

Lectulandia

En la galería de arte moderno Da Vinci, de Londres, se celebra la inauguración de una exposición de pinturas dedicada exclusivamente a un joven pintor, Limbert, que ha sido asesinado recientemente. La obra maestra de Limbert, el cuadro titulado *El Quinto y el Sexto Días de la Creación*, es robado estando la sala llena de gente, entre los cuales se encuentra Lord Appleby, alto funcionario de Scotland Yard, y su esposa, Judith, a quien el dueño de la sala de arte había tratado de vender el cuadro poco antes de que fuera robado. Lord Appleby decide intervenir personalmente en el descubrimiento del robo e investigación del asesinato del pintor, cosas que están íntimamente relacionadas... con una banda de espionaje, para la cual el cuadro, como obra de arte o como objeto de valor, tiene una importancia relativa... aunque Lord Appleby descubre que el joven pintor asesinado había pintado su tela sobre *El Acuario*, de Vermeer, que vale una fortuna... y descubre también que en la pintura han sido trazados los planos de una importante base aérea inglesa. Tras muchas peripecias, Lord Appleby queda encerrado, junto con el cuadro, en la parte trasera de un camión de carga, y por una rendija advierte que el camión es seguido por un Humber, éste por un Austin y, al final de la caravana, corre una motocicleta...

**Lectulandia**

Michael Innes

# **El crimen del acuario**

**John Appleby - 13**

ePub r1.0

Titivillus 13.10.2018

Título original: *One Man Show*  
Michael Innes, 1952  
Traducción: Luisa María Álvarez  
Retoque de portada: Preigad

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**Michael Innes**

A unique suspense novelist's most chilling tale

# One Man Show

A gallery of spies and counterspies,  
artists and art thieves, their portraits painted in blood





## CAPÍTULO NÚMERO

### 1

Lady Appleby terminó de tomar su café, se puso los guantes y lanzó una mirada alrededor del restaurante.

—John, ¿no me dijiste que no tenías que regresar a Scotland Yard hasta, las tres? —preguntó a su marido.

—Sí, creo habértelo dicho —contestó Sir John Appleby y luego pidió la cuenta—. ¿Fue acaso una imprudencia, querida? ¿Piensas ir de compras y me vas a pedir que te acompañe durante una hora?

—Desde luego que no. Todos los hombres odian ir de compras. Pero el hecho de que no tengas que estar en Scotland Yard hasta las tres quiere decir que tenemos tiempo de visitar la Galería Da Vinci. Hay una nueva exposición.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que tal vez todos los hombres odien ir a las nuevas exposiciones? Además, Judith, ir contigo a una exposición equivale, por lo general, a ir de compras. La cantidad de pinturas que has comprado durante este último año...

—Bien sabes que todas mis esculturas requieren pinturas como complemento —contestó Judith Appleby, que era escultora—. Y precisamente ahora quiero conseguir alguna cosa de tipo abstracto, con fuertes diagonales y bastantes verdes ácidos.

—Eso de comprar pinturas modernas prácticamente como si fueran papel de empapelar me parece verdaderamente ridículo.

—De ninguna manera. Es precisamente para lo que se deben comprar.

—Y los precios que tú parece estar dispuesta...

—Muy bien —interrumpió Judith—; no iremos. Sin duda he estado gastando demasiado dinero en esas cosas. Iré al cine.

—Vamos —dijo Appleby, conciliador, dejando un florín en la pequeña charola sobre la mesa y poniéndose de pie—. Pero pondré una condición: que tratemos el asunto de una manera práctica. Tan pronto como hayamos pagado nuestra entrada.

—Pero, John, si no habrá *nada* que pagar... Quiero decir que no pagaremos por entrar. Es una exhibición privada y tengo invitación —Judith logró exponer esto como un factor de considerable significado económico.

—Muy bien. Así que estemos allí mandaré llamar al señor Da Vinci...

—Su nombre es Brown.

—Mandaré llamar al señor Brown —corrigió Lord Appleby—, y le hablaré de la siguiente manera: “Mi esposa quiere obtener un cuadro de buena calidad, que mida aproximadamente un metro por setenta y cinco centímetros; debe tener fuertes diagonales y predominar en él los tonos verdes actualmente de moda. ¿Quiere usted

hacer el favor de enseñarnos lo que tenga, conforme a estos requisitos?”.

—Brown consideraría eso como una ofensa. No tiene sentido del humor, o cuando menos, no comprende el humor, del colegial inglés. Lo que deberás hacer es permanecer callado hasta el momento de regatear. Entonces puedes intervenir con todo tu talento.

—Muchas gracias —dijo Appleby, dando el brazo a su mujer y empujándola suavemente para que pasara, antes de él por la puerta giratoria—. ¿Estás segura de encontrar diagonales y cosas que te interesan en esta exposición? —preguntó cuando ya se encontraban en la calle.

—Casi segura. Se exhiben las obras de... —Judith no terminó la frase—. ¿No sería mejor que tomáramos un taxi? —sugirió—. Por aquello de tu cita a las tres. Pero lo pagaré yo.

Subieron al taxi en silencio. Ya acomodados en el vehículo, Appleby miró a su mujer con franca sospecha.

—¿De qué clase de exhibición privada se trata? —preguntó—. ¿Una de esas inauguraciones ceremoniosas con aburridos discursos?

—Naturalmente; discurso a cargo de Mervyn Twist. Pero eso probablemente ya habrá pasado para cuando lleguemos. Solamente echaremos un vistazo y saldremos en seguida. No creo que haya nada que realmente valga la pena —terminó Judith en un tono, conciliador.

—¿Obras de un solo pintor? Bueno... —dijo, Lord Appleby, resignado, reclinándose en el respaldo del asiento—. ¿Dónde queda esta Galería Da Vinci? No me parece que vayamos hacia la zona de las galerías elegantes. Hemos llegado a la carretera de Charing Cross.

—Brown... Su verdadero sombrero es Hildebert Braunkopf; inauguró su galería hace poco tiempo. Para él tiene mucha importancia esta exposición.

Por segunda vez las sospechas invadieron el ánimo de Sir John Appleby.

—¿Estará allí el pintor? —inquirió—. ¿Se trata de algún pobre diablo a quien uno se sienta obligado, por simple decencia, a invitar a comer? Acuérdate del hombre del verano pasado, el que robó tus cucharas.

Judith movió la cabeza.

—Se trata de una exhibición póstuma, querido —explicó—. El pintor murió.

Con deplorable acceso de buen humor Appleby buscó en su bolsillo el dinero para pagar al chofer.

—Pero algunas veces hay una hermana que también se dedica a algo... o un padre lloroso y ebrio que trabajosamente se gana la vida como profesor de dibujo en Bootle.

—Tampoco creo que en este caso haya nada por el estilo. Se trata de la exhibición de las obras de Gavin Limbert.

Appleby se irguió violentamente en su asiento.

—Realmente, Judith, esto no está bien.

Judith Appleby miró a su marido con expresión de absoluta inocencia.

—No veo por qué no podemos ir a la exposición de las pinturas del pobre hombre simplemente porque fue asesinado —aventuró Judith.

—Lo encontraron muerto de un balazo. Sucedió cuando yo estaba fuera del país. Pero entiendo que no se sabe que haya sido asesinado.

El taxi se detuvo. Lúgubrementemente Appleby se puso a hacer las complicadas cuentas necesarias para pagar al conductor de un taxi en el Londres de 1951. Al mismo tiempo se asomó hacia afuera e inmediatamente un policía alerta se acercó con paso marcial, abrió la portezuela del coche y saludó. Un fotógrafo de prensa, igualmente alerta, tomó una fotografía de la llegada de Lord Appleby. Fue un momento de satisfacción para el pequeño grupo de curiosos que se hallaba frente a la fachada de dudosa distinción que ostentaba la Galería Da Vinci. Los mirones fijaron su atención en el matrimonio. Appleby. El Lord, que hubiera deseado enfurruñarse con su esposa, se contentó con mirar desabridamente a los ociosos, lo que inmediatamente dio a éstos la impresión de que él representaba la auténtica severidad de la ley en eficiente persecución de criminales. Un segundo policía, para quien la llegada del Subjefe de la Policía constituía un acontecimiento de decisiva importancia, profesional, se dedicó con evidente placer a dramatizar más aún la ocasión, abriendo paso como si se tratara de la llegada de un arzobispo o de un miembro del Gabinete. Desde la ventana de la Galería Da Vinci elegantemente adornada con cortinajes de terciopelo, muy nuevos y de un color morado sumamente sombrío, un enorme Buda de piedra contemplaba la escena con irónica satisfacción. Judith, que aparentemente no advertía nada fuera de lo normal en aquella recepción, se detuvo un instante para lanzar una mirada de crítica hacia el Buda de apariencia antigua.

—Manufactura del taller Braunkopf —murmuró—. Supongo que los esculpe en el sótano, utilizando viejas lápidas mortuorias. Es un hombrecito emprendedor.

—Pero tiene una etiqueta que dice: “Escultura del Siglo IV”. Debería encarcelarse al hombre por falsificador.

—Él diría que la escultura solamente es una ilustración del arte de aquella época y no precisamente hecha entonces. Entre paréntesis, si acaso compramos alguna cosa, recuerda que él quiere que se le pague con dos cheques.

—¿Dos cheques? —Appleby se detuvo con la mano sobre el picaporte de la puerta que daba acceso a la Galería Da Vinci—. ¿Quieres decir que pretende que se le pague dos veces por cada cosa que vende?

—No es eso. A Braunkopf simplemente le gusta, que se le den dos cheques, cada uno por la mitad, del total. No sé por qué. ¿Será por algún motivo relacionado con los impuestos?

—Es muy posible —contestó Appleby, respirando ruidosamente.

—¿Estaría completamente dentro de la ley que yo le extienda un cheque y tú el otro?

—Hay casos, querida, sobre los cuales es completamente inútil discutir contigo...

—observó Appleby—. ¿Era ése Gavin Limbert?

A la entrada de la Galería Da Vinci estaba expuesta una fotografía de un joven de aproximadamente veintitrés años de edad. Vestía descuidadamente, aunque su ropa era de excelente calidad. Se había retratado sentado sobre un cajón de madera, rodeado de los útiles de su profesión. Parecía sano, inocente y muy feliz.

“Un magnífico muchacho —pensó Appleby— que tuvo la suerte de contar con un padre rico o con una tía adinerada, dispuesta el uno o la otra a pagar los gastos del joven durante el tiempo que durara el experimento emprendido por él y que consistía en representar un papel que le había parecido interesante. Resulta difícil imaginar algo siniestro o siquiera dudoso en la vida de Gavin Limbert. Pero uno; nunca sabe...”.

La mirada de Appleby se deslizó de la fotografía al anuncio colocado abajo:

GAVIN LIMBERT  
EXHIBICIÓN PÓSTUMA

OLEOS  
GOUACHES  
COLLAGES  
TROUVAILLES

—Sé lo que son *gouaches* y *collages* —dijo—, pero ¿qué son *trouvailles*?

—Cosas que el artista recogería en la playa: pedazos de corcho y piedrecillas bellamente pulidas.

Mientras hablaba, Judith estaba buscando; en su bolso la invitación que les franquearía la entrada y les permitiría mirar tales interesantes objetos.

—¿Y la gente compra esas cosas? —preguntó Appleby al tiempo; que abría la puerta.

—Sí —respondió Judith—. Pagan por la selección hecha por el artista. Es sumamente respetable.

El primer salón de la Galería Da Vinci estaba decorado imitando las galerías elegantes ubicadas cerca de la Calle Bond. En las paredes pendían pinturas de tonos oscuros y apagados, con etiquetas que, en su mayoría, expresaban honestas dudas y francas renunciaciones. En verdad, el señor Brown había mejorado a tal grado la aceptada costumbre en estos casos, que llegó a expresar con un sistema de múltiples signos de interrogación el grado de duda que su establecimiento, abrigaba sobre la autenticidad, de sus tesoros.

Appleby leyó una serie de rótulos bajo los cuadros.

“¿Estudio de Rubens?”. “¿Posiblemente por un discípulo de Dirck Hals?”. “En un tiempo atribuido a Rembrandt; rechazado por Borenius”. “¿El Greco?”. “Tal vez de

Alessio Baldovinetti; no es aceptado por Berenson”.

Algunas etiquetas no tenían más que signos de interrogación: “¿?” “¿:???”.

Cualquier persona que deseara permanecer en medio de esta orgía de escepticismo lo podía hacer cómodamente sentada en alguno de los amplios sofás tapizados de terciopelo rojo.

Pero Judith Appleby no se detuvo.

—Brown no tiene esperanzas de vender estas cosas —explicó—. Solamente las ha pedido prestadas a algunos amigos. Sirven para recordar a los clientes que Gavin Limbert puede algún día ser un Alessio Baldovinetti.

—Sospecho que Alessio lo logró sin verse obligado a morir misteriosamente... ¡Cuidado! —Appleby tiró del brazo de su esposa a tiempo justo de evitar que ella fuera arrollada por un complejo y voluminoso objeto sobre ruedas—. ¿Qué será eso?

—Televisión, supongo. Afuera vi un automóvil en el que venían camarógrafos de noticiarios. La fama sonríe a Brown.

—Y a Limbert —comentó Appleby—. ¿Realmente vamos a entrar? Hay una muchedumbre en el otro salón. Creo que todavía están en el discurso.

Judith asintió con un movimiento de cabeza.

—En efecto. Oigo la voz de Mervyn Twist. ¡Vamos, John!

Ella se deslizó por el pequeño espacio que quedaba entre dos señoras gordas. Con mayor dificultad y con mucho menos entusiasmo Appleby la siguió. Frunció el ceño al ver que un joven de uno de los periódicos vespertinos anotaba su nombre. Lanzó una mirada por el cuarto lleno de gente. Los únicos cuadros que podía ver eran los que colgaban de la pared cerca de donde él se encontraba: no era posible apreciarlos porque quedaban a demasiado corta distancia. No se podía dar cuenta exacta de la composición, aunque sí del tipo de pintura, y le resultaba evidente que Limbert había sido un pintor abstracto, o más bien, que el pintor se había dedicado a producir cuadros abstractos. Appleby dudaba que el amable y desafortunado joven hubiera poseído un temperamento que realmente le permitiera apartarse del mundo normal. La mayoría de las pinturas era conscientemente plana y bidimensional, y cuando alguna obra pretendía mostrar una tercera dimensión, ésta era estrictamente geométrica. Pero en aquellas pinturas había atisbos de cosas conocidas fuera de las aulas y los talleres. Los puros elipses podían interpretarse como anhelos relativos al *rugby*, y unas líneas de pequeños rectángulos blancos que aparecían en algunos cuadros, en tamaños de mayor a menor sugerían a Appleby que durante algún tiempo la principal ambición del joven Limbert había sido la de ganar una competencia de carreras de obstáculos entre jóvenes menores de quince años. Además, las pinturas eran obstinadamente atmosféricas. La luz que brillaba en ellas provenía de un mundo real, de, un mundo donde la luz se tamiza a través de Verdes ramas o se refleja en la superficie de aguas cristalinas. Sugerían un goce más universal de las cosas creadas de lo que el artista hubiera estado dispuesto a admitir abiertamente. Appleby sintió que el pintor había sido un joven que prometía, aunque no precisamente un artista.

Además, no era en absoluto claro por qué aquel joven había muerto, a no ser que hubiera sido asesinado con el objeto de proporcionar al señor Hildebert Brown o Braunkopf esta remunerativa fiesta. Appleby se prometió mandar llamar al oficial encargado del asunto Limbert e indagar qué era lo que se había investigado sobre él.

La galería estaba repleta de gente. Presumiblemente, gente interesada en el progreso de las artes. La mitad de los asistentes estaba sentada en sillas dando frente al muro opuesto; un grupo se había acomodado en sillones colocados en posición contraria; el resto, se encontraba de pie. Appleby, que debido a su profesión, estaba desde hacía mucho tiempo acostumbrado a observar la conducta de los seres humanos, advirtió que, aunque todos tenían la apariencia de estar escuchando comprensivamente a Mervyn Twist, una gran mayoría se encontraba ocupada exclusivamente en mantener sus músculos faciales contraídos en tal forma que su gesto sugiriera un superior conocimiento de la pintura, así como la debida actitud crítica. Algunos confiaban en obtener tal expresión por medio de cejas levantadas, indicando que, aunque estaban de acuerdo, en principio, con la tesis sustentada por el conferenciante, se veían obligados por su superior conocimiento a disentir en algunos detalles. Otros habían perfeccionado una sonrisa que revoloteaba en sus labios como pareciendo indicar discreta participación en el sentido oculto de las palabras de Twist. Otros, finalmente, se contentaban con adoptar una falta de expresión, como si estuvieran seguros de que el no expresar nada era el único modo civilizado y seguro de escuchar opiniones que su inhibido juicio les obligaría a recibir con burla. Appleby encontró el espectáculo, deprimente. Tal vez Gavin Limbert había, sido afortunado, después de todo. Había muerto joven, antes de desilusionarse, ignorante aún de la ignorante presunción y la hueca palabrería que constituyen la mayor parte de la reacción de los pueblos anglosajones ante cualquier forma de expresión artística.

Pero ahora parecía que Mervyn Twist llegaba al meollo de su peroración. Era un hombre más bien joven, con un rostro corriente y descolorido, que hablaba en voz alta, y chillona. Appleby supuso que si uno lo escuchara durante suficiente tiempo lograría percibir entre los desagradables sonidos que emitía algo inteligible, alguna lejana aproximación al don divino de la oratoria. Él no lograba oír más que una mescolanza de palabras arbitrariamente asociadas: “La era heroica de los primeros *papiers collés*..., dorado ocaso del platón de fruta..., la botella y la guitarra..., su segundo y su tercer ego luchando con el demonio..., las magníficas proporciones de Teotihuacán..., lo correspondiente a una sublime necesidad interna...”.

Con repentino y agudo disgusto Appleby se dio cuenta de que su propio rostro se había convertido en una máscara carente de expresión. Se puso a meditar sobre cuál expresión podría adoptar —la afectación es extremadamente contagiosa—, cuando repentinamente Twist dejó de hablar y tomó asiento. Se oyeron corteses aplausos. Alguien a quien Appleby no podía distinguir se puso de pie y sugirió un voto de gracias. Pero nadie le prestó atención. La gente empezó a arremolinarse en torno a las

pinturas.

Judith, que había desaparecido entre el gentío, regresó con un catálogo.

—Pensé que nos sería útil —dijo.

—¿Es gratis? —inquirió su marido.

—Para mí, sí; pero Braunkopf me ha visto y viene hacia acá para ser presentado. Supongo que querrá acompañarnos por el salón.

Appleby, resignado, tomó el catálogo. En el forro tenía impresa la siguiente inscripción: “G. L.: 1928-1951”. Además había un grabado que mostraba un compás roto y: un círculo, inconcluso, con su respectiva leyenda: “En la tierra el círculo trunco y en el cielo el círculo perfecto”.

—De excelente gusto —comentó Judith—, y finamente alusivo. Allá donde Twist se colocó para dar su conferencia, también hay un buen toque Braunkopf...

Appleby pensó que Judith, en su papel de conocedora irónica, le estaba resultando más y más desconcertante. Seguramente él se estaba avejentando más rápidamente que ella. Miró hacia el otro, extremo del salón y vio que Twist había estado parado delante de un cuadro de mayor tamaño que los demás y algo diferente de estilo. El genio que presidía la Galería Da Vinci había hecho suspender sobre el cuadro una paleta rodeada de hojas de laurel y adornada con un gran lazo de crespón negro.

—¡Qué diablos, Judith, el hombre estaba vivo, comprendes, y era un artista como tú! No hace ni diez días que despertaba por las mañanas, se hacía su desayuno y proyectaba el trabajo del día. Y ahora este asqueroso comerciante y aquel despreciable afeminado Twist andan tranquilamente cabriolando sobre su tumba...

Judith miró a su marido con interés, como siempre lo hacía cuando las reacciones de él ante una determinada situación eran lo que ella llamaba éticas y literarias.

—¿Y la policía? ¿No ha estado tranquilamente ocupada en poner rebanadas de Limbert bajo el microscopio? —preguntó.

—¡Tonterías! Mira, ahora deberíamos...

Appleby se interrumpió bruscamente. Había tenido la impresión, momentánea y del todo sorprendente, de que una réplica algo aumentada del Buda colocado en la ventana de la Galería Da Vinci se había transformado en un proyectil autoimpulsado que venía en derechura hacia su estómago.

—John, te presento al señor Brown, quien ha organizado la exposición —presentó Judith.

Ahora el proyectil estaba moviéndose con sacudidas extraordinariamente rápidas, como si hubiera sido, desviado de su curso por un ingenioso mecanismo electrónico escondido debajo del chaleco de Appleby. El propietario de la galería estaba efectuando una serie de reverencias. Appleby pensó que existía allí un mundo en el cual Judith había llegado a ocupar un lugar de importancia. Tal vez había, sido el nombre de ella y no el suyo el que el joven reportero había anotado poco antes.

—¿Cómo está usted? —dijo, el señor Braunkopf. Era un hombre blanco, esférico y parecía no tener huesos. Logró poner tan genuina solicitud en la frase convencional,

que bien pudiera interpretarse como refiriéndose a la cuenta bancada de Lord Appleby—. Lady Appleby es nuestra muy buena amiga —continuó—; sus consejos son siempre muy buenos consejos, ¿verdad? —preguntó sin esperar respuesta y mientras lanzaba rápidas miradas por su galería, como si estuviera cerciorándose de que ningún amigo mejor y más sabio pudiera demandar preferentemente su atención—. Y éste es un día especialmente importante... un aniversario, Sir John y Lady Appleby...

—¿Un aniversario? —preguntó Appleby, que había estado pensando que seguramente el señor Braunkopf había visto la primera luz en algún apartado rincón del continente y llegado a Inglaterra vía Nueva York y se quedó en la luna respecto al aniversario que mencionaba aquel Buda viviente. Preguntábase si no estaría en orden desearle felicidades.

—Una leyenda —aclaró el señor Braunkopf, bajando la voz y dando golpecitos sobre el montón de catálogos que llevaba en una mano—. El nacimiento de una leyenda, Sir John —continuó—. Naturalmente, durante mi larga carrera he efectuado varios importantes negocios de arte, pero nunca antes había intervenido en el nacimiento de una leyenda. La Leyenda Limbert. ¿Suena bien, verdad? Y ahora dispongo de un poco de tiempo para mostrarles las obras. No, no es molestia —aseguró, levantando una suave mano blanca, como para atajar cualquier protesta de sus clientes emocionados—. Ni la menor molestia. Todos éstos son importantes artistas y patrocinadores de las artes —siguió, haciendo un ademán que abarcaba, condescendentemente, a los patrocinadores indicados—. Sin duda, usted reconocerá a algunos amigos suyos de la nobleza. Coleccionistas. *Kunsthistoriker*, directores de las más grandes y mejores galerías, todos han venido por esta nueva y gran leyenda...

El rostro de Braunkopf se había iluminado. Resultaba claro que era un hombre tanto de imaginación como de negocios. Sacó un reloj de oro.

—Estoy esperando a Sir Kenneth, a Sir Gerald y al doctor Rothenstein —continuó—. Mientras lleguen, podré acompañar a ustedes.

Appleby pensó que si Braunkopf iba a esperar a aquellas personas ya tendría para buen rato de espera, pero parecía que Judith simpatizaba con aquel hombrecito y, en verdad, él mismo no estaba seguro de su opinión acerca del dueño de la galería. Juntos empezaron a recorrer el salón. Todavía había muchísima gente. En galerías como la Da Vinci las exhibiciones privadas son, con mucho, las más públicas de la temporada, y esta exposición tenía, además, el atractivo de estar en cierta forma relacionada con un, suceso notorio. Era posible que se creara una leyenda Limbert, tal como el ingenioso Braunkopf estaba tratando de lograr. El día de hoy era realmente un buen principio. Braunkopf había organizado la exposición con una rapidez triunfal, aunque a la vez, poco decente. Los platillos de carnes al horno, si es que los había habido, de los funerales de Gavine Limbert, bien podían haber servido para el pequeño y discreto refrigerio al que sin duda serían invitados los clientes particularmente favorecidos de la Galería Da Vinci.

Judith miraba cada cuadro con grave atención. Un momento antes había estado gozando con la compañía del señor Braunkopf, ahora él pasaba completamente inadvertido para ella, lo que no parecía molestarlo en lo más mínimo. Por lo visto, él sabía que Judith era una persona que algunas veces compraba cuadros pero a quien nunca se le vendían cuadros. Por otra parte, el marido de Judith era, en lo concerniente a esto, un libro cerrado para el señor Braunkopf, quien sentía que con él pisaba terreno desconocido. Por su lado, Appleby sospechaba que sacaría bien poco de la técnica de Gavin Limbert, pero quizás podría sacar provecho de la de Braunkopf. La moda, en cosas de arte, cambia, y para lo que colgaba de las paredes de la galería, Appleby era demasiado viejo. Pero la naturaleza humana permanece igual y una eficaz técnica de vendedor seguramente explota las mismas debilidades que la serpiente descubrió en el Paraíso. Appleby sabía que se le ofrecería la misma manzana que le fue ofrecida a Eva. Braunkopf no podía hacer más que adornarla a su manera.

—No es tan bueno —dijo el propietario de la galería al detenerse ante una pintura en la que uno de sus ayudantes acababa de colocar una pequeña estrella roja—. Se descubre aquí el genio, sí; promete, desde luego —aseguró Braunkopf, mirando rápidamente a su alrededor como temeroso de que alguno de sus clientes cuyo mal gusto hubiera elegido precisamente aquella obra para comprarla, pudiera oírlo—; pero la técnica es mala.

—Como si el artista no hubiera logrado lo que se proponía —comentó Appleby.

Braunkopf respondió con una mirada significativa, como las que se cambian en público entre dos personas que saben que entre ellas se ha forjado, un lazo de superior comprensión. Después, siguió caminando y dando pequeños golpecitos en su catálogo.

—Limbert era joven —murmuró discretamente—. Limbert era muy joven. ¿Y acaso era un Rafael Sanzio, Sir John? —preguntó, deteniéndose como para dar a Appleby tiempo suficiente para madurar una opinión—. No, Limbert no era un Rafael Sanzio.

—En verdad, no era deslumbrantemente precoz —aventuró Appleby—, excepto, quizá, de vez en cuando.

El señor Braunkopf parpadeó. El efecto del parpadeo fue dar la impresión de un hombre que, contra su voluntad, exterioriza alguna sorpresa al darse cuenta repentinamente de la extrema habilidad de otra persona. Pasó por delante de dos pinturas, sin llamar la atención sobre ellas, hasta hacer alto ante una tercera. Con un dedo chato y gordezuelo apuntó a un detalle del cuadro: una elipsis de puro color bermellón. El dedo se movió sobre la tela hasta detenerse frente a una forma cilíndrica de color ultramarino y de allí siguió hasta apuntar hacia un oblongo en amarillo cromo.

—Color —pronunció Appleby, doctoralmente.

En esta ocasión el parpadeo de Braunkopf fue más violento, y otra vez miró

cautelosamente a su alrededor.

—Color —murmuró suavemente—. Tiene usted razón, Sir John, fue cuando el artista se dio al colorido. Estos primeros entusiastas —hizo ademanes cautelosos hacia la gente que ahora se movía lánguidamente por el salón— todavía no lo reconocen. Pero es la verdad. En colorido hay, un Ticiano y hay un Gavin Limbert —sentenció y se sumergió en lo que parecía ser reverente éxtasis estético, del cual salió para exponer la observación de un hombre cuidadoso y justiciero—: Y también hay un Renoir..., Renoir y nuestro buen Matthew Smith.

—¿Y Giorgione? —preguntó Appleby, tímidamente.

—¡Ah! Giorgione... —dijo Braunkopf, frunciendo el ceño pensativamente, como si se encontrara ante una nueva idea, heterodoxa pero tal vez significativa y ciertamente digna de la más seria consideración, en vista de la alta autoridad de quien la había expuesto.

Cuando salió de aquella concentración, su rostro se iluminó en reconocimiento de una nueva verdad intelectual y aceptó:

—Indudablemente, Sir John, eso es un acierto... Giorgione... también fue un colorista.

Judith se había alejado. Tal vez Braunkopf era uno de sus *protégés* del momento y ella no aprobaba que se hiciera burla de él. Los dos hombres alcanzaron a Judith frente al cuadro grande que había servido como telón de fondo a la esotérica elocuencia de Mervyn Twist. Twist todavía estaba allí. Probablemente esperaba un cheque. Posiblemente lo único que esperaba obtener era una copa. Mientras tanto, estaba favoreciendo a Judith con una especie de corolario técnico de su discurso.

—Un progreso definitivo, Lady Appleby. Un gran paso adelante. Un total alejamiento de todo lo que hasta la fecha había hecho Limbert —Twist hizo una pausa, evidentemente no satisfecho con la deplorable lucidez de los comentarios que había emitido—. Un esfuerzo por desintegrar la realidad en interés del principio sincrético —añadió.

—El último cuadro de Limbert —murmuró Braunkopf, al tiempo que metía el codo en las costillas de Appleby—; su *chef d'oeuvre*. ¡Qué pena, Sir John, si esta maravilla va a los Estados Unidos! Varias personas importantes desean adquirirla para la Galería Nacional.

—Vuelo ascendente —iba diciendo Twist—; uno ve en esta obra la influencia del nuevo trascendentalismo, así como de Paul Klee, del interior barroco, de la fotografía aérea, del sueño esquizofrénico...

—Pero las galerías norteamericanas están positivamente interesadas —aseguró el guardián de los tesoros de Limbert, logrando permear su confianza de gran fervor patriótico a la vez que lanzaba una mirada al paraguas de Appleby (siempre es un buen índice de la situación económica de un hombre)—. Una cantidad de dinero que no se revelaría... —siguió murmurando—; alguna persona de gran espíritu cívico podría comprar esta obra maestra de Limbert por una cantidad que no se daría a la

publicidad, y donarla a la Galería Nacional. El *Times* informaría al público de su acción, Sir John. Un gran servicio hecho al mundo del arte. Todos: estarían encantados..., especialmente el rey y la reina.

Aunque la familia real contaba con todas las simpatías de Lord Appleby, éste no se sintió atraído por la proposición de Braunkopf. Tal vez el cuadro realmente mereciera estar en la Galería Nacional. Él, honradamente, no podía opinar. De lo que sí se daba cuenta era de que el cuadro estaba ejecutado en un estilo que difería del habitual de Limbert; abundaba más en formas intrincadas y, al mismo tiempo, revelaba una técnica más libre. Cuando una idea totalmente nueva surgía en un artista y lo entusiasmaba, tal vez el resultado fuese algo semejante. Appleby se volvió para mirar una vez más los otros cuadros con el objeto de confirmar su impresión de que en el último el pintor realmente había intentado algo diferente. Braunkopf interpretó a su modo el movimiento de Appleby y se apoderó de su brazo con tal repentina urgencia que le fue imposible a Sir John oponer resistencia.

—Regresemos —insistió Braunkopf—; volvamos al cuadro que es una rica fiesta de colorido, el que usted mismo escogió, Sir John. ¿Por qué no lo obsequia usted como regalo de cumpleaños a la buena amiga; de la Galería Da Vinci, Lady Appleby? Entonces la galería demostraría su gratitud a dos buenos amigos dándoselo a un precio sorprendentemente bajo.

Otra vez frente al cuadro que había sugerido al señor Braunkopf su comparación entre el recientemente fallecido Gavin Limbert y Ticiano, Appleby miró la pintura presa de profunda duda.

—¿Qué título tiene?

Los ojos de Braunkopf se animaron y sus dedos hicieron mayor presión sobre el brazo de Appleby. Éste, según parecía, era un momento, dentro del proceso de vender su mercancía, que el comerciante conocía bien y que consideraba propicio.

—*Gaviotas y Peces* —respondió en tono confidencial—. Esta fiesta de color se titula *Gaviotas y Peces*. Un óleo sobre arpillera.

—¿Qué es arpillera? —preguntó Appleby, definitivamente suspicaz.

—Es sumamente durable —le aseguró Braunkopf, encontrando a Appleby sobre su propio terreno—. Este maravillosamente rico e indigesto banquete de color le durará a usted muchísimo tiempo. Se lo dejo en cien guineas. Lady Appleby creará que le ha costado a usted dos o trescientas.

Appleby, que había estado pensando con cierto sentimiento de culpabilidad en que no debería ocupar el tiempo de Braunkopf, divirtiéndose con el comerciante como lo había estado haciendo, ya que él bien podía dedicar aquel tiempo a probables compradores, se sintió molesto por la sugestión del otro.

—¿Y cuál es el título del cuadro grande? —inquirió.

—¿La obra maestra? —los ojos de Braunkopf brillaron, pero él titubeó, pues evidentemente había descuidado el asunto de nomenclatura en el caso del *chef d'oeuvre*—. Es una abstracción, Sir John..., una abstracción ejecutada en un

maravilloso estilo nuevo.

—Yo creo que una pintura debe tener título —dijo Appleby, pareciendo perder interés.

—Naturalmente que lo tiene —le aseguró Braunkopf mientras sus ojos buscaban inspiración en el techo—. *El Quinto día de la Creación*. Esa magnífica y última obra de Limbert lleva ese nombre. *El Sexto Día de la Creación*.

—Me pareció que había dicho usted el quinto.

—Ambos —Braunkopf se mantuvo firme—. *El Quinto y el Sexto Días de la Creación*. Este admirable cuadro es una abstracción. Y el tiempo también es una abstracción.

—¿Pero no el precio?

—¿Cómo dice? —Braunkopf miró a Appleby con lo que probablemente era el primer indicio de sospecha.

—¿Cuánto costaría... comprarlo para obsequiarlo a la Galería Nacional?

Braunkopf aspiró hondamente. Tenía el aspecto de un hombre cuya fe en la fundamental bondad de la naturaleza humana, heroicamente conservada a través de muchas desilusiones, estaba a punto de ser justificada.

—Vamos a regresar —sugirió—. Todo esto es magnífico —declaró, haciendo a un lado las gaviotas y los peces con suave ademán—, pero no es más que color, Sir John; no hay forma. Y la forma es el alma del arte. Vamos al ver otra vez la gran obra maestra en la que Limbert por fin dominó la forma.

—Creo que no —dijo Appleby.

Habían dado unos pasos. Braunkopf se sobresaltó.

—¿Qué dijo usted, Sir John?

—Creo que no veremos el otro cuadro. No está allí.

Era cierto. Aún no había bastante gente en el salón, pero pudieron Ver claramente la pared al otro extremo. La paleta, la corona de laurel y el lazo de crespón, negro todavía estaban en el mismo lugar, pero el espacio donde había estado el cuadro se encontraba vacío.

Braunkopf soltó un grito de cólera y corrió a través del salón. Judith, que acababa de librarse de Mervyn Twist, se reunió con su marido.

—John, ¿qué has hecho a Braunkopf? —preguntó—. ¿Lo has vuelto loco?

—El *Quinto y el Sexto Días de la Creación* han desaparecido —respondió Sir John—, y esto parece molestarlo. Acababa yo de preguntar el precio del cuadro. Debe ser mortificante que se evapore una pintura de regular tamaño en los momentos en que parece haber un interesado. Pero aquí viene nuestro hombre.

—¡Desaparecido! ¡Robado! —exclamaba Braunkopf, y un padre cariñoso que regresara al hogar para encontrarse con que su única hija se había fugado con un rufián, no podía haber puesto mayor ternura patética en aquellas exclamaciones que

la lograda por el señor Hildebert Braunkopf o Brown—. Sir John, Lady Appleby —gimió—, los ladrones se han apoderado de la obra maestra de Limbert.

—¿Está usted seguro? —Appleby no parecía estar dispuesto a evidenciar una marcada curiosidad profesional—. Tal vez los encargados de la Galería Nacional se sintieron tan impacientes que sencillamente mandaron por el cuadro.

—Se burla usted; Sir John —reprochó Braunkopf.

—Y usted, señor Brown, tal vez esté creando una sensación... Limbert realmente se está divirtiendo a lo grande. Primero, logra que se le dé muerte, y luego, su obra más importante desaparece durante una exhibición privada. Apresúrese a informar a los periódicos, estimado señor, para que la noticia alcance la última edición.

—¿Llama usted publicidad a esta gran desgracia para el mundo del arte? —ya fuera ingenuamente o no, Braunkopf parecía estar asiéndose a una migaja de consuelo repentinamente advertida.

—Claro está que lo es —la voz de Appleby se había hecho dura—. Puede sugerir al periódico un titular de primera plana dando cuenta de una substraída abstracción... Vamos, Judith, es tiempo de irnos.

## CAPÍTULO NÚMERO

### 2

Unas tres horas más tarde Appleby ponía sus iniciales al último de una serie de informes. Cogió su pipa, la llenó y empujó el tarro de tabaco hacia el Detective-Inspector Cadover, que se encontraba al otro extremo de su amplio escritorio.

—¿Ha surgido algo nuevo? —preguntó.

Ésa era la fórmula consagrada para dar principio a la última y extraoficial revisión de la labor del departamento.

—En el Departamento de Seguridad están preocupados por la Estación de Investigaciones de Waterbath, Dicen que varios jovencitos entraron y tomaron fotografías.

Appleby sonrió.

—Si el gobierno se dedica a hacer publicidad de esas cosas, no se puede esperar que dos chicos no demuestren una sana curiosidad —comentó.

—Eso les hice notar —advirtió Cadover—, y pregunté si creían en la existencia de una juvenil banda de espías. Me dijeron que habían pillado a uno de los chicos, el cual tenía acento extranjero. Tal vez se trataba de un polaco. Entonces les pregunté si no sería galés. Contestaron que pudiera ser. Sugería que investigaran. Me informaron que eso les era imposible porque el chico había escapado. ¡Bonita confesión!

—Ciertamente parece algo débil.

—Quise saber cómo había logrado escapar. En vez de darme una respuesta concreta, se salieron por la tangente; pero comprendí lo que había sucedido. Seguramente Lord Buffrey se había dado cuenta de las tonterías de ellos y había maniobrado para que el chico regresara tranquilamente al lado de su madre. Esa gente está nerviosa como gatos y creen que el Director cometió un error. Les dije que en ese caso era deber de ellos hacérselo saber. Entonces se fueron.

Cadover suspiró lúgubrementemente. La fatuidad de los que él llamaba “gente de seguridad” era su constante pesadumbre. La consideraba como prominente expresión de la decadencia general de inteligencia característica de la época. Desde que el apocalíptico Hudspith había abandonado Scotland Yard, Cadover había heredado su fama.

—¿Nada más? —preguntó Appleby.

—Llamó el Duque de Horton. Quería verlo a usted, y no aceptó hablar con nadie más. Sugerí que se comunicara con el Jefe, pero dijo que no le era simpático. Debe ser muy excéntrico el duque.

—¿Porque no simpatiza con el Jefe de la Policía?

—No —Cadover hizo una pausa mientras llenaba su pipa—; no me refería a eso.

El duque dejó un mensaje para usted —continuó con el rostro impasible—: que le habían robado su acuario, su pez dorado y su pez plateado. Me parece excéntrico un hombre que viene desde Berkshire solamente para informar de una cosa así.

—Sí, parece algo raro.

—Me atreví a decirle que no sabía que él fuera ictiólogo. Entonces me miró de un modo muy extraño y dijo que le parecía que teníamos gente rara en el departamento de investigación. Pero sus maneras fueron del todo corteses.

—¿Realmente? —Appleby pareció interesarse—. Entonces es seguro que el duque está verdaderamente preocupado... ¿Algo más?

—La vieja Lady Clancarron.

—¡Válganos Dios!

—Sí. Dice que su Consejo está cada vez más preocupado por la actual inmoralidad e irreverencia del teatro inglés. Le sugerí que hablara con el Lord Chambelán, pero me contestó que el Lord Chambelán es poco mejor que un réprobo a quien manejan los arzobispos, que son unos fanáticos del teatro. Entonces le aconsejé, que acudiera al Primer Ministro. Supongo que en estos momentos debe estar en la calle Downing. Creo que no ha habido nada más... con excepción de un asunto acerca de una pintura... que esta tarde robaron de una galería de arte fue durante una exposición y en presencia de una distinguida concurrencia.

—¿Incluyendo a Judith y a mí?

Cadover sonrió levemente. Sacó de su bolsillo un periódico vespertino, muy bien doblado.

—Los chicos de la prensa sacan buenas fotos —comentó mientras desdoblaba el periódico y lo mostraba a su jefe—. Tomaron la fotografía de usted cuando estaba mirando el cuadro que iba a ser robado unos minutos después. Tuvieron suerte.

Appleby contempló su retrato en la primera plana del diario abierto ante él. Tal vez era un buen retrato, pero le pareció muy rara la expresión de su rostro. Parecía estar contemplando *El Quinto y el Sexto Días de la Creación* como si sintiera una gran admiración mezclada con un reverente temor. En la fotografía no se veía a Judith ni a Mervyn Twist, pero Hildebert Braunkopf estaba en primer término, en una pose que juiciosamente sugería gran probidad mercantil y delicado sentido artístico. Sin emoción visible, Appleby devolvió el periódico a Cadover.

—¿Un robo? ¿No es eso apresurarse demasiado para llegar a una conclusión? —preguntó—. Este pequeño Brown o Braunkopf está sacando al asunto Limbert todo el provecho posible. Me pareció que se casi había ingeniado para conservar el interés del público al rojo vivo.

Cadover movió la cabeza dubitativamente.

—Enviamos un agente —informó—, quien me acaba de rendir su informe. Opina que el cuadro fue robado... Vea usted las páginas centrales.

Appleby volvió a tomar el periódico. Por lo visto, otro fotógrafo había pasado unas horas provechosas en la Galería Da Vinci. Había captado una instantánea de un

hombre entrado en años, con delantal blanco y aspecto de respetable comerciante, en el momento en que metía dentro de un carro cubierto un cuadro que evidentemente era *El Quinto y el Sexto Días de la Creación*. En la fotografía se veía también a un policía que cuidaba de que el pequeño grupo de mirones que observaba la maniobra no se acercara demasiado al carro.

—Fue muy sencillo —dijo Cadover—; este tipo entró tranquilamente en la Galería, descolgó el cuadro y salió con él. A nadie se le ocurrió detenerlo, y la policía, como usted ve, se encargó de facilitarte la huida. Los periódicos sacarán partido al asunto.

—No lo dudo.

—En realidad, ya está bastante bien explotado en esta edición —Cadover hablaba con fúnebre satisfacción—. Escuche: “Se dice que los funcionarios de Scotland Yard se ven en aprietos para dar una descripción del cuadro desaparecido. Es una obra de arte moderna y en extremo abstracta, que ahora se puede calificar de esquiva en más de un sentido. Sin embargo, no debe haber dificultad alguna para la identificación, ya que Sir John Appleby de Scotland Yard, ahora. Subjefe de la Policía, estuvo observando detenidamente el cuadro unos minutos antes del robo (véase la foto). Se dice que Sir John estaba tratando sobre la compra del cuadro con el objeto de obsequiarlo a la Galería Nacional”. —Cadover hizo una pausa después de leer y luego comentó—: Eso es interesante. ¿Estaba de acuerdo la Galería Nacional en aceptar la pintura?

—No pregunté. Eso de que yo pensaba comprarla es una pura invención de ese emprendedor Braunkopf, o más bien... —Appleby fue cándido— no es pura invención, ya que mientras Braunkopf me mostraba sus obras de arte, yo me hacía el sueco y me divertía a sus costillas. Así, pues, no pe puedo quejar, y como por lo visto voy a tener que oír bastante sobre este Gavin Limbert, tal vez lo mejor sea que me hable de él. Recuerde que no he estudiado a fondo el caso.

—No tenemos muchos informes —Cadover dejó su pipa y fijó la mirada en el techo—. Y si no fuera por esta joven que ha desaparecido..., el nombre de ella es Mary Arrow..., casi no habría asunto. Es muy posible que Limbert se haya pegado un tiro. Los artistas suelen hacer cosas así de cuando en cuando.

—Dudo que muchos lo hagan más de una vez. ¿Era reincidencia en el caso de Limbert?

—¿Quiere usted decir que sí había mostrado tendencias suicidas? Pues... no... Por lo menos, no lo hemos sabido. Pero eso no indica nada.

—De acuerdo —asintió Appleby—, pero es el caso que en la Galería Da Vinci hay un retrato del pintor. Hoy mismo estuve observando ese retrato y lo juzgué más informativo que sus pinturas. Sugiere a un joven a quien el mundo no trataba mal. ¿Había motivos para suicidio: enfermedad, deudas, dificultades con una mujer?

—Parece que no. Yo estaba pensando en la posibilidad de que él, joven pintor, hubiera sentido que había llegado al final de su inspiración... algo así... —Cadover

presentó su hipótesis sin gran convicción—. Pero he hecho averiguaciones y me dicen que cuando un joven pintor se siente así lo que suele hacer es salir y emborracharse.

—¿Limbert se había estado emborrachando?

—No había alcohol en su cuerpo, como tampoco lo había en su departamento. Debe haber sufrido algún acceso... su departamento estaba en total desorden.

—Los artistas suelen ser desordenados... Tienen mayor tendencia al desorden que al suicidio.

—Pero Limbert era una excepción en eso. Lo he investigado. Dicen que era un joven muy ordenado. Había estado dos años en la marina y llevó a su vida de civil los hábitos adquiridos en la marina: cada cosa en su sitio, etc.

—¿Incluso las mujeres?

—Incluso la joven Mary Arrow. No hay indicios de que ella hubiera desquiciado su vida. El hombre que habita el departamento inmediatamente abajo me dijo que a Gavin Limbert le gustaban las caderas de ella. Yo me sentí fuera de mi medio... — Cadover seguía mirando el techo— y por eso medité especialmente sobre ese punto. El hombre del departamento bajo creía que era lo que puede llamarse, un interés artístico. ¿Había... ejem... cuadros de mujeres..., desvestidas en la Galería Da Vinci?

—¿Desnudos? Sí; pero habían sido decididamente desintegrados en honor del principio sincrético. Ésa, a propósito, es la frase de moda para barrer con cualquier cosa reconocible en una pintura. Más vale que usted se entere.

—Lo anotaré —prometió Cadover, seriamente interesado—. Bueno, pues el caso es que Limbert pintaba a esta muchacha, o cuando menos, pintaba sus caderas..., y algunas veces la invitaba a comer.

—¿Es una modelo profesional?

—No; es pianista. Estudia y vive, o más bien dicho, vivía hasta que desapareció, en el departamento de arriba. Debería usted ver el lugar.

—Podemos ir ahora mismo. Pediré un automóvil —Appleby levantó el auricular del teléfono—. Continúe —suplicó a Cadover.

—Pensé que tendría usted que cenar en su casa —bajo la leve ironía del soltero, Cadover escondía un verdadero placer por el celo que mostraba Appleby—. Pregunté si era lo corriente que jóvenes que no son modelos posaran en esa forma. El inquilino del departamento del piso de abajo me dijo que no, que no era lo usual, pero que él suponía que la señorita Arrow era una persona perfectamente honesta que sólo visitaba a Limbert de cuando en cuando para darle una mano, en este caso podría decirse que una cadera.

—Todo parece heladamente inocente. Sin embargo..., Mary Arrow ha desaparecido, ¿no?

—Completamente. Parece ser que salió de su piso sin más preparativos que si hubiera ido a la tienda de la esquina para comprar una botella de leche. Algunos parientes de ella empiezan a pedir que se abra una investigación, y están en lo justo.

Claro está que no ha pasado mucho tiempo; han transcurrido apenas diez días de la muerte de Limbert. Es posible que la joven se haya asustado y se escondiera... A la mejor pensó que tendría que presentarse como testigo ante un jurado y que se vería obligada a explicar aquello de posar para el pintor... y la natural modestia...

—Puede ser. Supongo que usted quiere decir que ella pensó que la publicidad subsiguiente apenaría a su anciano padre, el clérigo.

Cadover, sorprendido, dijo:

—No me imaginé que usted supiera...

—Estas jóvenes generalmente proceden de rectorías provincianas, pero es de suponerse que ella debió comprender que su anciano padre se habría de preocupar más aún si ella desaparecía sin dejar rastro —Appleby se puso de pie y cogió su sombrero y su abrigo—. A mí eso me parece muy raro.

—Pero la desaparición de la chica, como pista en el asunto Limbert, realmente no es gran cosa. Lo probable es que él se haya suicidado. El balazo fue en la boca y atravesó el paladar. Al dispararse, la pistola estaba muy cerca, de su boca... La encontramos en el suelo junto al cadáver.

—¿Es de las reglamentarias en la marina?

—No; tampoco existen pruebas de que perteneciera a Limbert.

—¿Huellas digitales?

—Casi no se graban en esas pistolas de culata de hueso profusamente adornada —Cadover hablaba como persona que, lamentablemente y hacía ya mucho tiempo, había llegado más allá de la investigación práctica del crimen—. Tampoco había en el estudio otras huellas digitales que las que lógicamente deberían encontrarse allí.

—Por lo visto, usted tiene la teoría de que el joven se suicidó en un momento de depresión.

—Es lo que el pesquisidor indudablemente hará que piensen los integrantes del jurado —contestó Cadover, cautelosamente—. Yo diría que el cuadro superficial sugiere suicidio, pero en el fondo puede haber algo distinto.

Un instrumento colocado sobre el escritorio de Appleby retembló.

—Ya está listo el automóvil —anunció Appleby—. Limbert vivía en Chelsea, ¿no? Podemos estar allí dentro de diez minutos y de paso echar un vistazo a la Galería Nacional.

La calle Gas es un *cul-de-sac* que corre paralela al Camino del Rey. Se llega a ella por una calle tranquila que termina cerca del río. A pesar de la sugerencia utilitaria de su nombre, está muy lejos de carecer de elegancia. Una serie de cercados constituye un lado de la calle, a cuyo extremo se eleva un alto y liso muro de ladrillo con una recatada y única puerta; sin embargo, el resto de la calle es de aspecto atractivo en el estilo característico de aquel distrito. Es una terraza de diminutas casas, angostas y altas, con fachadas que no son ni tristemente idénticas ni tampoco proyectadas sin

tomar en cuenta las de sus vecinas, ya que pertenecen a una época de admirable buen gusto en lo relativo a discretas fachadas de casas habitación. Además, la calle Gas está habitada por personas decididamente orgullosas de ser propietarios de esas modestas joyas arquitectónicas. En toda la calle se ven dos puertas pintadas en el mismo tono, pero tampoco hay de un extremo al otro, ningún contraste estridente; los colores se combinan o contrastan suavemente unos con otros y con la suave tonalidad del ladrillo y del limpio estuco que los circunda. Los residentes dan prueba de su buen gusto. Algunas áreas que en sí no son más que angostos y sombríos agujeros han sido convertidas ingeniosamente en jardincillos miniatura, circundadas por barandales en que trepan enredaderas sembradas en barricas pintadas de alegres colores. Pequeñas estatuas, valiosas ya sea por su antigüedad o por sus méritos intrínsecos, se exhiben valientemente a la orilla de aceras o veredas, como si no tuvieran más valor que los gnomos y las ranas y los conejos que exhibe en igual forma otros grupos sociales. Resulta lógico que los interiores de las casas muestren el mismo refinamiento. La mayor parte de las ventanas, en los pisos bajos, no tienen cortinas, y uno puede atisbar, tal vez por encima de una hilera de diminutos cactus o de delicadas fantasías ejecutadas en vidrio soplado, dentro de los pequeñísimos cuartos donde cada objeto es el fruto de una vigilante consideración artística. Suele suceder que gente provinciana que lleva a sus chicos de paseo para mostrarles los pensionados del Hospital Chelsea vestidos con sus chaquetas rojas, equivocan el camino y, al hallarse en ese impresionante callejón sin salida, se sienten tan sobrecogidos por su refinamiento que se les puede observar caminando sobre las puntas de los pies al efectuar la retirada.

Debe haber mucha discreta prosperidad refugiada en la calle Gas. Los viernes por la tarde está llena de automóviles, e innumerables familias, con un sorprendente número de chiquillos, sube a los vehículos para ir a pasar el fin de semana en alguna casa de campo adaptada al mismo tipo de vida hogareña liliputiense. Fue ese espectáculo de la era de la sardina en la historia de la inglesa clase media acomodada el que encontraron Appleby y Cadover al llegar allí.

—En nada se parece éste a lo que llaman “el escenario del crimen” —comentó Appleby, atisbando las maniobras de una familia que subía un elegante cochecito de bebé sobre el toldo de un gran automóvil impresionantemente respetable. Tengo la sensación de que un policía no tiene nada que hacer aquí.

Cadover soltó una risita.

—Es curioso —observó—, pero el hecho es que la calle Gas hervía de policías precisamente en la noche de la muerte de Limbert.

—¿Hervía de policías?

—Sí, y eso va a resultar algo molesto si el pesquisidor se pone a aclarar las cosas. Puede decirse que había un policía en cada esquina y otro trepado en cada poste.

—¿Y por qué diablos?...

—Lady Clancarron.

—¡Santo cielo!

—¿Ve usted ese muro de ladrillo al final de la calle? Por allí detrás está ubicado un club nocturno: el *Thomas Carlyle*.

—Creo que he oído hablar de él. ¡Vaya curioso nombre para un *cabaret*!

—Supongo que lo consideran una broma ingeniosa —dijo Cadover en tono de sombrero reproche hacia aquella frívola clase social—. Claro está que Turnell y su gente saben todo lo concerniente al lugar, pero a Lady Clancarron se le metió en la cabeza que el dichoso club es una guarida donde se refugia el más extremado vicio, y estuvo molestando al Ministro del Interior hasta que éste suplicó al Jefe de la Policía que ordenara una investigación en regla y efectuara una redada. Esa noche se rodeó el *cabaret* con un fuerte cordón policíaco, como si se hubieran atrincherado allí los más famosos criminales. Desde un automóvil estacionado en el Embankment, el pobre señor Turnell, acompañado de Lady Clancarron, dirigió el asalto. Fue cuando la policía en masa estaba escudriñando todos los rincones en busca de alguna media botella de *whisky*, que el joven Limbert llegó a su misterioso, fin. Si usted no hubiera estado ocupado en deberes sociales con un montón de extranjeros, se habría enterado.

—Ya me parecía que el Jefe se guardaba algún secreto —dijo Appleby, disponiéndose a abrir la portezuela—. ¿Así, Limbert tenía su estudio en una de estas casas elegantes? No es la clase de lugar que yo había imaginado.

—Estas últimas casas son menos elegantes —informó Cadover, bajando del coche después de Appleby—. El departamento de Limbert está en el segundo piso del último edificio. No ha sido modernizado ni mejorado en lo más mínimo y los alquileres son bastante moderados. Contando a Limbert y a Mary Arrow, eran cuatro los inquilinos, todos gente artística.

—Decididamente, no —negó Appleby, moviendo la cabeza—: la gente ostentosa que vive más allá es la artística. Yo entiendo que Limbert y sus amigos eran artistas.

—¿Y los artistas no son artísticos? —la mirada de Cadover era seriamente interrogativa.

—Lo “artístico” se lo dejan a los bobos. ¿Entramos?

—Derecho, señor, y luego al segundo piso.

Sin ceremonia, Cadover abrió la puerta exterior de la última casa de la calle Gas.

—Al que llaman *bijou* —agregó.

Appleby apenas notó la calidad joyesca del lugar. Todo era en miniatura. Había una puerta a la izquierda, otra directamente al frente y una angosta escalera, adosada a la pared de la derecha, que ostentaba una reciente actividad creadora. Alguien había enriquecido la pared con una pintura de la Crucifixión, rápidamente ejecutada y con las figuras vistiendo ropas modernas. Cadover miró aquella pintura con disgusto, lo cual no era extraño, ya que los soldados romanos vestían uniformes, de la policía metropolitana.

—Ya podía usted haber metido a la cárcel al tipo que pintó eso —reprochó a su jefe—. Es obsceno. El pintor merece seis meses de cárcel.

—Lo dudo —objetó Appleby—; estamos en una casa particular.

—Pero la escalera es pública —hizo notar Cadover obstinadamente—. Se le podría imponer una condena de seis meses, y hasta de...

—Endiabladamente pública —terció una voz.

Appleby y Cadover se volvieron. La puerta del lado izquierdo se había abierto y en el umbral apareció un hombre con blusa azul y el rostro sin afeitado. Cadover lo miró rencorosamente.

—Buenas tardes, señor Boxer —dijo—; el Subjefe de la Policía está ahora encargado de este asunto.

El señor Boxer, interpretando correctamente las palabras de Cadover como presentación, saludó a Appleby con gesto afable y luego se volvió a Cadover.

—Mucha quijada —comentó.

—Comprendo que han sido muchos los interrogatorios que se han tenido que llevar a cabo —contestó Cadover con gesto agrio.

—No me refiero a eso, sino a su amigo el Subjefe. Tiene mucha quijada y un largo labio superior... Velázquez, y con ropa moderna.

—Es el Subjefe de Scotland Yard —observó Cadover, molesto.

—No diga... ¿Quieren ustedes pasar? —invitó el hombre mostrando tanto interés como cordialidad y haciéndose a un lado para dejarles paso—. He llegado a un *impasse* y Grace empieza a ponerse de malhumor. Tal vez la visita de ustedes resulte provechosa.

—Bien —aceptó Appleby—, entraremos. ¿Hay buena luz?

—Malísima. Vea usted...

Entraron en una habitación pequeña, acondicionada para estudio.

—Con esta luz mis colores resultan mal. Vea aquí... —con lúgubre disgusto Boxer hizo un ademán hacia un gran lienzo colocado en un caballete—. ¡Lamentable! —exclamó.

La pintura parecía representar una obra escultórica en mármol de un verde que nada tenía de marmóreo. Era una figura femenina ingeniosamente contorsionada hasta formar un sólido cubo; su efecto era notable, ya que el cuerpo de la mujer parecía padecer hidropesía complicada con elefantiasis. La circunferencia de sus brazos era aproximadamente la del torso y tenía, el cuello más ancho que la cabeza. Appleby, mirando la obra de Boxer, buscaba una palabra apropiada.

—Rechoncho —comentó por fin.

—Desde luego que esa era la idea —aclaró Boxer sombríamente—; me la sugirió uno de esos anuncios de hojalata que exhiben en las estaciones del ferrocarril. Era un kilo de longaniza, de la que se vendía antes de la guerra en empaques cuadrados. Inmediatamente pensé en Grace. A propósito, *ésa* es Grace; para ustedes, la señorita Brooks.

Appleby dirigió su mirada hacia el otro extremo del estudio. Una joven de proporciones sorprendentemente semejantes a los de la figura pintada se reclinaba en

un diván. En el acto se pensaba que aquella joven debería recordarle a uno la mujer gorda de un circo, pero casi inmediatamente después uno comprendía que la comparación era del todo inadecuada. La señorita Brooks era rechoncha pero no gorda; en realidad, era la encarnación de las ideas que empezaban a aparecer en los lienzos de los pintores y a tomar forma bajo los cinceles de los escultores al principio de la segunda década del siglo xx. Era, reflexionó Appleby, lo que siempre sucedía; los émulos de Rossetti empezaban a surgir cuando Dante Gabriel iba terminando... Pero tales reflexiones, pensó, no deberían causar un silencio poco cortés.

—Buenas tardes —saludó.

La señorita Brooks pestañeó. Parecía estar sumida en un sopor o en estado comatoso. Como deferencia a los visitantes no profesionales, había medio cubierto sus monumentales formas con una ligera tela; sin embargo, advertíase, que aún conservaba aproximadamente la misma postura en que había posado. Volvió a pestañear.

—Tardes... —Musitó pesadamente y, sin mover la cabeza, hizo girar sus ojos para mirar a Boxer—. ¿Vienen por la renta? —le preguntó.

—No. Son de la policía —respondió él, distraídamente, y luego, acercándose a Grace, miró displicentemente por entre sus hombros—. Si pudieras flexionar un poquito más *aquí*.

—He flexionado hasta tal punto que creo que nunca más me podré *desflexionar*.

Era evidente que la señorita Brooks estaba inclinada a la murria.

—Cuando estábamos en la tienda te dije que esto no servía —continuó hablando ella—. Te lo dije desde el momento en que lo vimos.

—Es ese desgraciado cajón —explicó Boxer, volviéndose hacia Appleby y haciendo un ademán hacia una especie de jaula de madera que estaba en medio de la habitación—. Tuve que pagar tres *bobs* por él; era el único cubo perfecto en la tienda. Pero Grace no cabe en el cajón, o cuando menos, no cabe sin que se le formen rollos de carne en donde de nada me sirven. La he empujado y he tirado de ella, pero no entra. Son sus hombros, que se comban precisamente donde ya quiero lograr la articulación del húmero y del omóplato tal como lo hacía Miguel Ángel.

—Ese debe ser uno de los del grupo de Glasgow que viven a un lado del Camino Euston —dijo la señorita Brooks, todavía con aspecto de aturdida pero sintiéndose obligada a dar una explicación—: Boxer está loco, por ellos.

—Y si la metiéramos de cabeza —sugirió Boxer, sin hacerle caso, su displicente rostro iluminándose con genuina inspiración artística—; podría lograrse empujándola fuertemente por detrás, especialmente si los tres colaboramos. A ver, Grace, levántate. Creo que he dado en el clavo.

Con obvio desgano la señorita Brooks se dispuso a complacerlo. Cadover, alarmado, miraba a Appleby.

Aunque Appleby estaba perfectamente dispuesto a ayudar al artista a lograr su idea plástica, le pareció que no sería justo de su parte no acudir en ayuda de su

subordinado.

—Tenemos que subir al otro piso —declaró—, pero si la señorita Brooks quiere descansar unos minutos, tal vez podamos charlar un poco con el señor Boxer sobre el joven Limbert.

—¿Es absolutamente necesario que sigan con ese asunto de Gavin? —preguntó Boxer, sacando un paquete de cigarrillos y ofreciéndolo a cada uno—. Él ha sido sumamente afortunado.

—¿Afortunado? —repitió Cadover, perplejo.

—Ha muerto ¿no?

La sencillez de esto dejó a Cadover sin poder replicar. Fue Appleby quien habló:

—Tiene usted una pobre opinión de la situación humana, señor Boxer.

—No sé nada de situaciones, excepto de la que yo he creado... fue en una tienda y ha resultado espantosa... Pero si se refiere a la vida, está totalmente equivocado. La vida está bien. Usted debería adiestrarse un poco y luego tratar de vivir. Appleby reflexionó que así como la vida real va en busca del arte, los artistas persiguen a la literatura, o cuando menos, los artistas jóvenes. En cada generación encuentran el Retrato del Artista en la obra de algún prestigiado novelista y entonces hacen esfuerzos, monumentales por encarnar el ideal expuesto. Boxer estaba haciendo eso precisamente y resultaría inocente de parte de él, Appleby, sentirse ofendido.

—¿Pero no en lo concerniente a Limbert? —preguntó suavemente.

—Toda su ilusión era ser pintor —respondió Boxer—; su ilusión no era pintar, sino ser pintor y que acerca de él se escribieran libros para edificación de la posteridad. ¡Lamentable! Por eso fue afortunado muriendo... aunque, a su modo, era un genio.

—¿Un genio? —preguntó Cadover con involuntario respeto—. ¿Realmente son buenas sus obras?

—Lamentables. Era un joven estudiante en Cambridge que pintaba monitos en sus cuadernos. Montó una exposición en los altos de un saloncito de té y las esposas de todos los profesores le dijeron que era un Verdadero Artista. Por eso se marchó a París y trabajó con ahínco, dibujando monitos y monigotes y embadurnando lienzos... Pero sí, tenía genio... por ser un buen chico de Cambridge.

Appleby había escuchado con interés la pintoresca explicación de Boxer.

—¿Quiere usted decir —preguntó— que Limbert estaba tan empeñado en ser pintor que la desilusión le hubiera causado extraordinaria amargura?

—Digo que toda su ilusión era ser pintor, un gran pintor. Así, pues, si se hubiese dado cuenta de que eso era imposible, no hubiera aceptado el consuelo de... simplemente pintar. Es una suerte que haya escapado a todo esto.

—¿Entonces quiere decir usted...?

—¡Al diablo con lo que quiero decir! Gavin está muerto, ¿no? Déjelo en paz, hombre —Boxer cruzó la habitación y dio una formidable patada al cajón—. Creo que, después de todo, tendré que meter a Grace en un cajón doble. ¡Qué asco! Pero si

no cabe en éste, no cabe, y no hay remedio. Desgraciadamente, no es posible rebanarla. Si se le pica, sangra.

—Limbert sangró..., a través del techo. Zhitkov estaba furioso —dijo la señorita Brooks, hablando otra vez reclinada en el diván y después de haber cubierto cuidadosamente sus encantos.

—¿Zhitkov?

—Un escultor que vive en el departamento de enfrente. El estudio de Limbert queda exactamente arriba del de Zhitkov —explicó Grace a Appleby—, y Limbert chorreó sobre su Venus. Zhitkov estaba furioso porque Limbert había sido tan poco considerado. Dijo que la sangre deja manchas imborrables.

—Limbert tenía derecho a chorrear donde le diera la gana —declaró Boxer con fúnebre indignación—. Y de todos modos, las esculturas de Zhitkov son totalmente...

—¿Lamentables? —sugirió Cadover con profunda ironía.

—Precisamente —aceptó Boxer, sorprendido—. Ha escogido usted la palabra exacta. Lamentables. Zhitkov debió haber continuado haciendo sus figuras de cera... Pero casi me había olvidado de que Grace tiene algo que decir. Ha estado queriendo hacer declaraciones, aunque yo le dije que no fuera tonta.

—Hizo usted mal —reprobó Cadover, frunciendo el ceño.

—¡Boberías! La única declaración que ella está en posibilidad de hacer es puramente espacial: dentro de un cubo. Pero ya que están ustedes aquí, tal vez sea mejor que hable; pudiera ser que con eso se dulcificase un poco. Grace: ¡habla!

Así impulsada, la señorita Brooks se irguió, cubriendo su cuerpo.

—Un hombre estuvo siguiendo a Limbert —empezó su declaración—; lo siguió todo ese día. Venía bajando la escalera cuando yo entraba para posar. Eran más o menos las diez de la mañana. Me pareció que Limbert lo había echado. Oí que el hombre le decía: “No puede decir que no sea una buena oferta”. “Más bien me parece fétida”, le contestó Limbert. “No comprendo”, repuso el hombre. “Ah... ¿no me comprende?”, gritó Limbert. “¡Debe creer que yo soy un idiota!”. Entonces el hombre dijo que doblaría la cantidad. “¿Doblarlo? No hay doble que valga”, le dijo Limbert. Me pareció que el hombre estaba desesperado cuando le dijo que no había sido una compra legal y que podía llevar, el asunto a los tribunales. Entonces Limbert le dijo: “¡Puede usted ir y comerse su sombrero!”, o cuando menos, dijo algo por el estilo y luego empujó al tipo aquél, echándolo fuera.

—¡Un momento! —suplicó Cadover, que había estado tomando notas taquigráficas—. Esto será transcrito, se le leerá a usted y se le pedirá que lo firme, ¿comprende?

—¡Ya lo creo que sí! Y espero que saldrá en los periódicos —respondió, indignada, la señorita Brooks—, porque eso no es todo... El tipo se quedó por allí, acechando, casi todo el día.

—Hace mucho que debió usted habernos informado de esto —reconvino Cadover—. ¿Puede hacer una descripción del hombre?

—Era de mediana edad, aspecto ordinario y vestía el tipo usual de ropa.

—¿Qué entiende usted por “el tipo usual de ropa”?

—Ropa común y corriente. Creo que traía un sobretodo gris. Y no tenía nada de extraordinario; si hubiera cojeado o si hubiera tenido un ojo de vidrio o alguna cicatriz, en la mejilla; estoy segura, de que yo lo hubiera notado.

—Sin duda... Y a propósito, señorita Brooks, ¿a qué hora abandonó usted, la calle Gas aquel día?

—Volví por la tarde a buscar a Boxer. Me entretuve en freírle algo; eso fue, como a las ocho... Uno se imagina que cualquier hombre puede freír algo, pero él no sabe. Así, pues, ya era oscuro cuando me fui... El hombre bien podía haber estado todavía escondido por ahí.

—Gracias —dijo Cadover, cerrando de golpe su cuaderno de notas—. El jefe y yo vamos ahora al piso de abajo, pero es posible que dentro de media hora querramos volver a hablar con usted.

Boxer, que había estado contemplando su cuadro con evidente disgusto, volvió la cabeza al oír las últimas palabras de Cadover.

—Bueno —aceptó—; a la hora que gusten. No insistiremos en que esté presente nuestro abogado.

Cortésmente acompañó a sus visitantes hasta la puerta, y, desde el pasillo, se quedó mirando el cuadro de la Crucifixión.

—Miren ustedes —dijo repentinamente—, no había nada malo en la pintura de Gavin; ni maldad ni vicio. Una cosa como *ésa* lo indignaba, pero... él no nació pintor; eso es todo.

Cadover se había vuelto hacia la escalera. De pronto, se detuvo y dijo a Boxer:

—Señor Boxer, hay otra cosa que quiero preguntarle: ¿La señorita Brooks salió efectivamente de su estudio a las ocho de la noche o se quedó hasta... tarde?

Boxer lo miró fijamente y luego soltó una carcajada.

—Ya veo —exclamó—; lo veo claramente. *La vie de Bohème*, tal como la describen en la Gaceta de Policía. Le aseguro que Grace es totalmente virtuosa... El cubo perfecto, garantizado, libre de perturbadoras asociaciones eróticas. Después de todo, no tiene usted más que mirarla. Hasta luego.

Cadover no respondió. Subió por la escalera, siguiendo a Appleby. Había en su modo de andar una más pesada deliberación.

## CAPÍTULO NÚMERO

### 3

Aquí había muerto, misteriosamente, un hombre, tal vez asesinado. Appleby se dio cuenta de que casi había olvidado lo que se experimenta al entrar en semejante escenario. Y, repentinamente, Gavin Limbert, a quien nunca había visto y jamás habría de ver, se convirtió en una realidad. Las personas que estaban en el piso de abajo, todas aquellas que se arremolinaban en la Galería Da Vinci; Cadover, allí a su lado, y aún Judith, que estaría en casa bañando a los niños; todos se convirtieron, por el momento, en figuras secundarias, débilmente presentes detrás de la sólida figura del desconocido hombre muerto. Limbert, pálido y resuelto, colocándose el cañón de una pistola contra el paladar. Limbert, con sus cejas arqueadas en gesto de asombro, abriendo la boca para hablar, para gritar... Había éstas y otras imágenes hipotéticas. Solamente una de ellas podía corresponder a la verdad de los hechos. Pero en ese momento todas eran horriblemente reales, tan reales como el trozo de plomo que había destrozado la cabeza del joven, separando la materia del pensamiento.

Limbert había ocupado todo el departamento. En realidad, no era más que una habitación larga, que se extendía de norte a sur, con ventanas en cada extremo y un angosto arco encortinado indicando la separación entre estudio y alcoba. En la parte que correspondía al estudio, había una minúscula cocina y, junto a la alcoba, un cuarto de baño igualmente minúsculo. Appleby advirtió en seguida que el piso era atractivo y cómodo. La ventana del lado norte se había agrandado adecuadamente haciéndola llegar hasta el techo. Sin duda, Limbert había estado viviendo con poquísimo dinero; las huellas de su artística indigencia no faltaban, pero no había vivido con menos de poquísimo dinero, como Boxer, en el piso de abajo, sin duda se veía obligado a hacer desde hacía mucho tiempo. El estudio era enteramente masculino en su estilo, con un mínimo de muebles, funcionalmente dispuestos y escogidos por motivos severamente utilitarios. Pero no había nada de austero en el conjunto. Lino podía fácilmente imaginarse a los amigos universitarios de Limbert llenando el local; irónica pero secretamente impresionados por el espectáculo del nuevo mundo en el que su antiguo compañero se había establecido; podía uno imaginar la presencia de unas tías que, después de anunciar su visita, traían a su sobrino frascos de mermelada, o, en ocasiones importantes, botellas de vino añejo, sacadas del sótano de la casa de algún tío fallecido. Las obras de Limbert habían desaparecido, barridas de allí por el astuto Braunkopf. Pero había algunos cuadros en las paredes, colocados sin simetría, como gustan hacer los pintores; la mayoría eran reproducciones de dibujos de Leonardo. Sobre la chimenea había un pequeño óleo de un caballero en una carriola, y un lacayo sosteniendo las bridas de los caballos.

Appleby se acercó al cuadro y lo examinó.

—No —dijo—, el joven no debe haber tenido graves preocupaciones económicas. Quizá esto lo tuvo en calidad de préstamo, pero en ese caso, sus familiares se lo confiaron y seguramente estaban en buenas relaciones con él. Es un *Stubbs*.

—¿Valioso? —preguntó Cadover, mirando el cuadro con un provisional respeto.

—Decididamente. *Stubbs* está de moda, además. Es significativo que haya permanecido aquí.

—Habíamos pensado en el robo como posible motivo del crimen, Lord Appleby. Limbert debe haber sufrido un ataque de locura..., o este lugar fue registrado por la persona que lo atacó. Todo estaba en el más tremendo desorden. Si usted se fija en los libros que han sido nuevamente colocados en los estantes, se dará cuenta de que la mayor parte están estropeados; los encontramos en el suelo.

Appleby examinó los libros. Formaban una mescolanza: volúmenes que habían sido otorgados a Limbert como premios en la escuela, la mayoría de éstos, por su labor en matemáticas y en talla de madera; una historia del arte, en alemán, compuesta de una docena de volúmenes maltratados; tres o cuatro monografías de pintores modernos, en ediciones costosas; las obras completas de Conrad; una docena de libros de poesía, la mayor parte de Auden y Day, numerosas ediciones baratas y bastantes libros en francés, casi todos con forros de papel. Appleby los examinó cuidadosamente.

—¿Cree usted que Limbert al leer un libro erótico pudiera excitarse en tal forma que arrancara las hojas?

—No lo sé, pero espero que no —respondió Cadover, después de reflexionar unos momentos.

—¿Ha leído usted *Justine, ou les Malheurs de la Vertu*, de Sade?

—Naturalmente que no.

—Pues aquí está —le dijo Appleby—; unas cien hojas han sido cortadas con tijeras y las restantes rasgadas torpemente al abrirlas. ¿Qué opina usted de esto?

—Que Limbert leyó cien páginas y se aburrió, y que después alguien abrió las hojas restantes, no para leerlas, sino en busca de algo.

Appleby asintió con un movimiento de cabeza.

—Exactamente —aprobó—; y hay varios otros libros que sufrieron la misma suerte. Alguien estuvo buscando algo, algo tan pequeño que podía haber estado oculto entre las hojas no abiertas de un libro.

—O tan delgado —dijo Cadover, rascándose la quijada— que podía haberse roto y los pedazos ser introducidos entre dos hojas sin abrir —comentó—. Una cosa como éstas, por ejemplo —señaló los dibujos de Leonardo que engalanaban las paredes—, un diario quizás, o cartas..., o un testamento.

—O cualquiera de otras muchas cosas —añadió Appleby—. Vamos a dar por hecho que alguien efectuó un minucioso registro en busca de algún pequeño objeto o de varios pequeños objetos. Esta hipótesis hace sumamente difícil, aunque no

imposible, la teoría de un acceso de locura seguido de suicidio —hizo una pausa, mirando el libro que tenía en la mano mientras en su frente se iban ahondando dos arrugas—. Leyó cien páginas de *Justine* —continuó— y luego dejó el libro; probablemente tomó otro de Conrad... Y luego esa historia de que echó de aquí a un tipo... parecía verídico..., ¿no lo cree? Limbert debe haber sido un buen chico con ambiciones honorables aunque poco juiciosas, tal como lo describe Boxer. ¿Por qué había de morir repentinamente, con sus sesos atravesados por una bala?

Caminó lentamente hasta la amplia ventana que daba al norte y miró afuera. Del cielo, bajo sobre la ciudad de Londres, iba desapareciendo la luz. El rumor del tránsito sobre la Carretera del Rey era como el que podía producir una incómoda maquinaria teatral que dejara caer una cortina de oscuridad sobre Chelsea.

—Cuénteme todo lo que sepa de este asunto, Cadover.

—Empieza con este tipo Zhitkov que ocupa el departamento de abajo, frente al de Boxer.

—Parte de éste queda encima del de Zhitkov y la otra parte sobre el que ocupa Boxer, ¿no?

—Exactamente, señor. Pues bien, como a eso de las nueve de la mañana del martes, 23 de octubre, hace diez días, Zhitkov se presentó en la estación local de policía. Parecía un espectro y declaró que del techo de su departamento goteaba sangre. Eso era algo nunca oído por el sargento de turno, que contestó, con toda veracidad, que la sangre no se comporta en esa forma. Pero Zhitkov estaba indudablemente asustado y se ordenó a un policía que lo acompañara para ver de qué se trataba. Encontró que, en el techo había una pequeña mancha café y de allí realmente había goteado algo: sobre la escultura de Zhitkov. No eran más que una o dos gotas, pero el policía tuvo la sensación de que sí eran de sangre, fuera o no humana. Se disponía a regresar a la estación para informar, cuando llegó Boxer con una llave de repuesto. Por lo visto, Boxer permanecía en su estudio cuando Limbert no se encontraba en el suyo, para poder mostrar las obras del pintor a cualquier posible cliente; un arreglo amistoso y puede decirse que optimista.

—Indudablemente optimista —asintió Appleby, haciendo un movimiento de cabeza—, pero un arreglo común entre artistas como estos.

—Pues bien, Boxer abrió la puerta y entró, seguido del policía y de Zhitkov. Limbert yacía en el suelo, muerto. Estaba precisamente en el sitio donde usted está parado ahora. Había mucha sangre coagulada. Efectivamente, sangre de Limbert había corrido entre las rendijas del piso, goteando hasta el departamento de abajo. Los médicos dictaminaron que Limbert había recibido la herida mortal a muy temprana hora, quizá a eso de las dos de la mañana. Todo el departamento estaba en desorden, como le dije a usted. Realmente parecía el escenario de un crimen y hubiera sido fácil para un asesino, o para todo un ejército de asesinos, escapar; lo único que hubieran tenido que hacer era salir, cerrar la puerta tras ellos y bajar por la escalera.

—¿Y la puerta de la calle?

—Nadie se ocupa de ella y permanece abierta toda la noche. También podían haber salido por otra parte, pero no lo hicieron. Mire usted esa ventana del lado sur, Sir John.

Appleby se volvió, alejándose de la ventana norte, y cruzó la habitación. Una escalera de hierro descendía de los pisos altos, muy cerca de la ventana y bajaba a un patio desierto.

—No es común encontrar escaleras de seguridad en estos edificios pequeños —comentó Appleby, observando la escalera.

—En alguna época lejana todo este edificio lo ocupaba un taller de costura; había aquí docenas de pobres muchachas encajonadas en los desvanes; tuvieron que poner la escalera para cumplir con los reglamentos. Como usted ve, esta ventana tiene persianas de madera por el lado interior. Limbert las mantenía cerradas la mayor parte del tiempo, porque no quería que le entrara luz de este lado. Tienen fuertes cerrojos, que supongo fueron puestos como medida de precaución. Cuando se encontró; el cadáver, las persianas estaban cerradas con cerrojo y la ventana sujeta con pasador. Así, pues, nadie escapó por allí... Y eso es todo, Sir John, es decir, en cuanto a la investigación puramente local.

—No es mucho.

—De acuerdo —aceptó Cadover, moviendo la cabeza lúgubrementemente—, pero antes de la declaración rendida hace unos minutos por la joven Grace, no había habido nadie dispuesto a declarar sobre ningún acontecimiento inusitado, con excepción, naturalmente, de la invasión al club nocturno *Thomas Carlyle*.

—¡Ah!

—Todos los que estaban despiertos a medianoche supieron que algo estaba sucediendo *allí*, y tal vez por eso no pusieron atención en nada más.

—Por desgracia.

—Lo que prueba que el Jefe de la Policía no debería hacer caso de las tonterías que le sugieren señoras influyentes con títulos nobiliarios —afirmó Cadover en un tono desacostumbradamente agrio.

—Ese es un modo de ver las cosas, Cadover; pero ¿podría esa invasión policíaca haber tenido alguna otra influencia sobre este asunto? —Appleby, que había estado paseando nerviosamente, se detuvo y miró inquisitivamente a su subordinado—. ¿Ha considerado usted eso?

—Detenidamente. Es posible que alguien que supiera de antemano que se iba a efectuar la redada, ¿y quién no lo iba a saber estando Lady Clancarron metida en el asunto?, pudiera haberla aprovechado como útil distracción y haber proyectado la... ejem... operación contra Limbert, de acuerdo con ello. Pero eso no me parece probable; fue, casi seguramente, pura coincidencia. En el tiempo comprendido entre medianoche, que es criando nuestra gente ocupó sus posiciones, y las dos de la mañana, cuando se efectuó la redada, o el fiasco, como quiera usted llamarlo, nadie

hubiera podido andar por esta calle; sin tener que dar explicaciones. No necesito detallar ahora la topografía del lugar, Sir John, pero puede usted creerme, y es de suponer que, en cuanto al drama de Limbert, ya hacia medianoche todo estaba dispuesto y el último acto se llevó a cabo dentro de estas paredes como a eso de las dos de la mañana.

—Es una especie de cuarto sellado.

—Algo así, y tal vez algo desalentador para, los criminales, si es que los hubo..., desalentador al descubrir repentinamente que todo el barrio estaba lleno de policías.

—¿Y la escalera de seguridad?

—La examiné. Cualquiera persona que saliera del patio al que desemboca hubiera sido visto por nuestra gente, pero no he podido saber con certeza si se vigilaba la escalera misma. Estaba demasiado oscuro por este lado de la casa. Pudo haber habido gente saltando por los escalones, así como entrando y saliendo por las ventanas durante toda la noche, y también podían haber estado subiendo y bajando por la escalera interior sin ser vistos; pero cualquiera que hubiera intentado escapar por la escalera de seguridad tenía que salir al patio, que sí estaba bajo vigilancia.

—¿No podían escapar por los tejados?

—Imposible. Hay una ruta por la azotea del *Thomas Carlyle*, siguiendo por los tejados de las casas de la calle Gas, pero teníamos hombres cuidando esa salida; habrían visto a cualquiera que hubiese intentado evadirse por allí.

—¡Vaya por Dios! ¡Qué cosas curiosas suceden ahora en el departamento de policía! ¡Hombres apostados en los tejados de las casas para pillar a gente adinerada por el hecho de que ha estado en un sótano bebiendo, champaña de pésima calidad!

—Lo de los tejados fue idea de Lady Clancarron. Y, hablando de sótanos, aquí hay uno bastante bueno; la escalera da acceso a él y no tiene otra entrada, ni siquiera una abertura para echar carbón; pero sería un excelente escondite.

—Como para el tipo de quien nos habló Grace Brooks... A propósito, ¿qué hay de la otra joven, la del departamento de arriba? ¿Cuándo se supo que había desaparecido?

—Limbert tenía teléfono, como puede usted ver; el aparato está allí, en el rincón. El policía telefoneó a la estación y en seguida enviaron a otro. Uno de ellos registró todo el edificio. Mary Arrow había salido. Su cama estaba sin desarreglar, y ella o no se había desayunado o había lavado los trastos después de hacerlo. La puerta de su departamento no tenía echada la llave. La joven sencillamente no regresó. Cuando su ausencia empezó a extrañar a los policías, dieron con una íntima amiga de ella que vive a dos calles de aquí; la trajeron y ella registró el departamento y declaró que la señorita Arrow no se había llevado absolutamente nada, salvo un traje sastre de lana que llevaba puesto.

—¿No se llevó un cepillo de dientes?

—No nos fijamos en eso —respondió Cadover, sorprendido.

—En las novelas, cuando una persona se lanza a una aventura no premeditada,

generalmente se lleva un cepillo de dientes —explicó Appleby—. Es algo completamente dudoso; sin embargo, el hecho mismo de haberlo leído puede sugerírsele a una persona. Vamos a ver.

—Sí, señor —asintió Cadover, que no parecía dar importancia a esta primera sugestión positiva de su jefe en el caso Limbert—. Hemos llevado a cabo una investigación sobre la señorita Arrow, sin encontrar nada especial. Ella suele escribir a su familia cada tres o cuatro días; pero desde su desaparición, la familia no ha tenido noticias.

—Eso me da mala espina.

—Pronto será necesario advertir a su familia.

—¿Y se sabe algo acerca de los familiares, de Limbert?

—Familia de militares; padres difuntos; no tenía hermanos, pero sí numerosos tíos y tías. Su pasado es impecable. Se llevó a cabo la investigación en la forma usual, recabando informes del clérigo local, de sus maestros en Cambridge y de algunas personas, todas honorables, para quienes él llevó cartas de presentación cuando fue a estudiar a París. En resumen: nada.

—De nada se obtiene nada.

—No hay duda de que siempre se encuentran palabras de sabiduría en Shakespeare —comentó Cadover, al tiempo que se acercaba al cuadro de Stubbs—. Si esta pintura es realmente valiosa —dijo—, no deberíamos dejarla aquí. Limbert no hizo testamento, pero ya surgió un abogado de la familia que atenderá sus asuntos. Mientras conservemos la llave de su estudio, somos responsables ante él.

—En ese caso, nos llevaremos el cuadro —Appleby cruzó la habitación, descolgó el *Stubbs* y observó el pequeño trozo de pared que quedó al descubierto—. ¿Podemos entrar en el departamento de Mary Arrow? —preguntó.

Cadover asintió, diciendo que tenía una llave en su bolsa.

—Entonces echaremos un vistazo antes de irnos.

El departamento de la mujer que había desaparecido correspondía exactamente con el de abajo que había sido habitado por Limbert. Daba una impresión de gran amplitud, debido especialmente a qué había pocos muebles, además de la cama y un piano de cola. En la pared colgaba un dibujo de Limbert. Appleby se paró ante aquel torso de mujer.

—Supongo que usted no sabrá si esto representa a la señorita Arrow...

—¿Cómo podría saberlo si ni siquiera tiene cabeza? —exclamó exasperado Cadover—. Supongo que empiezan por dibujar torsos porque son más fáciles. Pero tenemos fotografías de la joven si le interesa verlas.

—¿Bonita?

—Supongo que se la puede calificar así.

—Vive con sencillez —comentó Appleby, acercándose a una angosta repisa

colocada cerca de la cama—. Sencillez espartana, con excepción de esto.

—¿Esas botellitas y esos tarritos? —preguntó Cadover, echando una mirada suspicaz a los objetos que estaban sobre la repisa.

—Cosméticos —aclaró Appleby—, solamente los considerados básicos para el arreglo femenino, pero de los más finos.

—¿Caros?

—¡Mi querido amigo! ¿Qué se imagina, usted? Pero vamos al cuarto de baño. Aún después de llevar treinta años en esta profesión no se siente uno cómodo cuando anda registrando las pertenencias ajenas. ¿Recuerda la muerte de la señora Henchard, en la obra de Hardy?... “Y todas sus pulidas llaves le serán arrebatadas, y sus cofres serán; abiertos, y todas las pequeñas cosas que ella no quería que fueran vistas podrán ser examinadas por cualquier persona”. Cuando registro una casa ajena suelo recordar esas palabras... ¡Ah! Como lo pensé, no hay cepillo de dientes.

Cadover, acercándose a la puerta del cuarto de baño, preguntó:

—¿No hay cepillo de dientes?

—Debe haber tenido uno —afirmó Appleby—. Una mujer no gasta todo ese dinero en cosméticos y omite lavarse los dientes... Aquí está el vaso, pero no hay cepillo.

Cadover se quedó pensativo, acariciándose la barbilla.

—Tal vez usa dentadura postiza —sugirió después de un momento—, y simplemente la deja en un vaso con agua.

—¡Tontería! Allí junto a la ventana está un tubo de dentífrico, vacío. Verdaderamente creo que no hay duda sobre esto. Ella pensó: “Voy a tal parte y no sé cuándo regresaré”. Y siendo, como yo había hecho notar, una lectora de novelas, cogió su cepillo de dientes y lo echó en su bolso de mano. ¿Se le ocurre a usted alguna otra explicación?

Antes de contestar, Cadover se agachó y estuvo mirando debajo de la cama.

—Sí —respondió al fin—, sí puedo. Es posible que otra persona se haya llevado el cepillo precisamente para provocar la línea de razonamiento seguida por usted.

—Una sugestión ingeniosa, pero que también pertenece al mundo de la novela. Voy a suponer que el desaparecido cepillo nos proporciona considerables informes: que la joven no salió de su casa en una forma normal para luego ser atropellada por un coche y que en el hospital no se le ha identificado; que no fue secuestrada por criminales; que fue persuadida, o se persuadió a sí misma de salir de prisa, posiblemente con un cierto espíritu de aventura y con la idea de permanecer ausente cuando menos una noche. ¿Tiene su pasaporte en regla?

—Sí.

—¿Dinero?

—Hace varios meses sacó del banco treinta libras esterlinas en cheques para viajeros, y todos fueron cobrados en Francia una semana más tarde. Quizá le quedaron suficientes francos para permitirle volver a Francia. No adquirió más

cheques ni ha retirado fondos desde su desaparición. Por cierto, no pedí su estado de cuenta, pero me dieron a entender que tenía suficientes fondos. Toda esta austeridad y el desayunarse con una sonata eran, por lo que he podido deducir, un asunto de principios y no de falta de dinero —mientras Cadover se permitía expresarse tan pintorescamente, cosa desusada en él, hizo un ademán hacia el piano de cola—. El padre de la señorita Arrow —continuó— es un profesor rural, pero su madre tiene dinero... y, hablando de dinero, hay otro detalle interesante: encontramos una pequeña caja fuerte. Estaba abierta y sólo contenía un poco de dinero italiano, unos cuantos billetes de mil liras. Así es que la señorita Arrow bien, pudo haber envuelto su cepillo de dientes en los demás billetes que guardara allí. ¿Cree usted, que una lectora de novelas haría eso?

—Decididamente sí —respondió Appleby, sonriendo—. ¿Estaba la caja fuerte en aquella cómoda?

—Sí.

—Pues siga contemplándola y no mire hacia la ventana sur hay alguien en la escalera de seguridad y nos está espiando.

—¿De veras? —preguntó Cadover, sin volverse: continuó examinando la cómoda que estaba en la esquina, como si realmente estuviera muy interesado en aquel mueble.

—Haré algo desconcertante —murmuró Appleby—, y mientras tanto, baje usted y salga a la escalera de seguridad por la ventana del departamento, de Limbert. Así pescaremos al espía.

Cadover asintió con una inclinación de cabeza y se encaminó sin prisa, hacia la puerta. Appleby se puso de rodillas e, inclinándose, aparentó estar recogiendo minúsculos objetos del suelo. Parecía estar recogiendo, con todo cuidado, finos cabellos y guardándolos en una caja de fósforos que sacó de su bolsillo. Cuando consideró que había pasado suficiente tiempo, se levantó y caminó derecho hasta la ventana. Inmediatamente desapareció la cabeza de la persona que lo había estado espiando. Appleby abrió la ventana. Al mismo tiempo Cadover salía a la escalera por la ventana del piso bajo. El intruso, pillado cuando se apresuraba a bajar al patio, se detuvo; se dejó caer en un escalón, sacó un cigarrillo, lo encendió y lanzó a su derredor una distraída mirada, con el aire de quien, sin preocupaciones, se dedica a meditar sobre la mutabilidad de los asuntos, humanos.

—Buenas tardes —saludó Appleby secamente.

El filósofo de la escalera no respondió. Continuaba sumido en meditación. Cadover gritó:

—¡Oiga! Usted, allá abajo..., ¿qué estaba haciendo?

El meditabundo desconocido movió un poco la cabeza y siguió mirando distraídamente, como si sospechara que algún espíritu celeste le había dirigido la

palabra.

—Puede subir o bajar, pero no puede quedarse donde está. ¿Me oye? Queremos verlo.

La voz de Cadover, fuerte y amenazadora, pareció persuadir al distraído ser para que aceptase el menor de los dos males que se le ofrecían. Se puso de pie y subió la escalera.

—Espléndida noche —comentó, logrando dar a sus palabras un aire de soliloquio puro—. Es agradable, salir a esta escalera y fumar un cigarrillo —hizo una pausa y dio la impresión de un hombre que, rodeado de un gran vacío, está perfectamente a gusto con su propia compañía—. Verdaderamente es una suerte poder aprovechar esta tranquilidad..., pero, usted perdone... —dejó de hablar, sobresaltado aparatosamente al encontrarse con Appleby—. Buenas tardes, creí que estaba yo completamente a solas.

—Sin duda. Haga el favor de pasar.

El desconocido aceptó la invitación de Appleby y entró por la ventana, seguido de Cadover.

—¿Así que es usted, señor Zhitkov? No me equivoqué —dijo Cadover, mirando al hombre severamente.

—Buenas tardes, coronel... ¿Cómo está usted, reverendo señor?

Zhitkov era un extranjero que hablaba el inglés con fluidez, pero con giros extraños. Miraba a Appleby.

—Todos aquí estamos muy apenados por su hija. Su desaparición es para nosotros una ansiedad. Precisamente estaba yo pensando en ella cuando salí hace unos momentos a disfrutar, de la deliciosa brisa nocturna.

Fuese debido al miedo o a la deliciosa brisa nocturna, los dientes de Zhitkov castañeteaban ligeramente.

—No soy el padre de la señorita Arrow —le informó Appleby, dudando de que se le hubiera tomado: por un profesor rural. Como el inspector Cadover, soy de la policía. Hace unos minutos usted nos estaba espiando.

—¿Es posible que hiciera yo semejante cosa? —preguntó Zhitkov con el aire de un hombre a quien se le presenta una observación impersonal de interés científico—. No creí haber subido tan alto, pero seguramente lo hice sin darme cuenta. Estaba sumido en honda meditación, ¿comprende usted?, abismado en un problema técnico.

—Nosotros también estamos meditando sobre un problema técnico... Tal vez pueda usted ayudarnos —declaró Appleby, volviéndose después hacia Cadover—. ¿En dónde dice este caballero haber estado esa noche?

—Dijo que había permanecido, solo, en su estudio del piso bajo. No tiene testigos.

—Tal vez saldría de vez en cuando para respirar la brisa nocturna en la escalera de seguridad, naturalmente sin darse cuenta de lo que hacía.

Zhitkov pareció tener deseos de hablar, pero, desistiendo de ello, dio una rápida y

nerviosa fumada a su cigarrillo. Era un hombre de mediana edad y de pequeña, estatura; vestía ropas viejas pero pulcras. Aunque su situación era desventajosa y su proceder había sido poco hábil, no daba impresión de impertinencia; daba la impresión de ser una persona bien educada, oí que había sido educada, pero de un temperamento débil y negligente. Appleby lo catalogó provisionalmente como emigrado eslavo que había salido de su país hacía muchos años.

—Entiendo que es usted escultor, señor Zhitkov —le dijo.

—Tallos en madera —respondió Zhitkov—, y esculpo, experimentalmente, utilizando nuevos procedimientos.

—¿Con eso se gana la vida?

—Hago algún trabajo comercial en cera —contestó después de titubear un instante.

Cadover se interesó.

—¿Quiere usted decir que hace modelos como los que se exhiben en las vitrinas comerciales? Yo creí que se usaban moldes para hacerlos.

—Algunas veces. Ahora hay demanda de figuras tan estilizadas, que resultan inútiles los moldes hechos del natural.

—No sabía yo eso. ¿También hace usted figuras de cera para circos y museos?

Zhitkov se encogió de hombros.

—También hago eso —admitió con cierta frialdad—. *C'est mon deuxième métier*. Es algo que pocos artistas pueden evitar en estos tiempos.

—Es cierto —aceptó Appleby, amable—. Entre paréntesis, señor Zhitkov, ¿tenía Gavin Limbert un *deuxième métier*?

—Creo que no. En su familia había *les gens riches*. Por eso él no se veía obligado a ello.

—Por ejemplo..., ¿no hacía copias?, ¿no pintaba para el mercado norteamericano cuadros al estilo de los viejos maestros?

—No, no hacía nada de eso.

—Sé que hay muchos modos en que un artista puede hacer cosas no muy limpias pero sí de provecho pecuniario para él... ¿Limbert no hacía nada por el estilo?

Zhitkov parpadeó. Era casi como si una nueva y desconcertante idea se hubiera sometido a su consideración.

—Ignoro que hiciera nada de eso —dijo.

—Probablemente sepa usted que esta tarde, durante una exhibición privada en la Galería Da Vinci, fue robado un cuadro de Limbert.

—¿Qué? —gritó Zhitkov. Se dilataron sus ojos y el cigarrillo cayó de sus manos al suelo—. ¿No sería el..., no fue su último: cuadro?

—Precisamente el último cuadro pintado por Limbert. ¿Lo conoce, señor Zhitkov?

—Vi a Limbert más de una vez trabajando en él. Era muy interesante —Zhitkov hacía esfuerzos por recuperar el dominio de sus nervios—; una magnífica obra.

—¿Opina que Limbert era un pintor de porvenir?

—Seguramente. Hubiera llegado a ser un gran pintor. Todos nosotros lamentamos profundamente su muerte.

—Y esta última obra, la que ha sido robada..., ¿cree usted que era la obra cumbre de Limbert y que valía la pena robarla?

Zhitkov titubeó y Appleby se preguntó si sería por temor a emitir un fallo artístico no bien meditado.

—El cuadro estaba pintado en un estilo nuevo —aventuró por fin Zhitkov—. Limbert no había hecho nada parecido anteriormente. Las tonalidades eran extraordinarias; lo que nosotros llamamos una pintura para un pintor. Sin duda fue robada por instrucciones de algún coleccionista falto de escrúpulos.

—¿No hubiera sido más fácil comprar el cuadro? Dudo mucho que la Galería Da Vinci se empeñara en un alto precio aunque al principio pidiera una fuerte cantidad. Me parece poco probable que cualquier coleccionista importante, por poco escrupuloso que fuera, se colocara en poder de un agente criminal, a más de hacer imposible la exhibición del cuadro... y aquí tenemos un problema técnico en el cual su meditación no ha sido tan eficaz como hubiera podido ser.

Zhitkov parpadeó y Appleby, mirándolo, tuvo la sensación de que pensaba con rapidez. Pero cuando el eslavo habló, lo hizo cortésmente y con indiferencia.

—Hay algo de eso; es posible que tenga usted razón.

—Y con relación a la señorita Arrow, en cuyo departamento nos encontramos, su desaparición es indudablemente extraña y coincidió con la muerte de Limbert. ¿Tiene usted alguna opinión, señor Zhitkov, sobre la posible relación entre estos dos hechos?

—Ella pudo haberlo matado.

—Pudo haberlo hecho. ¿Le sorprendería a usted, si, en efecto, esa resultara ser la explicación?

—Sería una pena —respondió Zhitkov, y luego se volvió a mirar fríamente a Cadover, que había soltado un gruñido de impaciencia—. El mundo tiene una actitud tan criminal hacia los artistas que sería lamentable verlos asesinándose unos a otros.

Appleby, tras mirar durante unos minutos al escultor, preguntó:

—¿Oyó usted a Limbert pelear alguna vez con la señorita Arrow?

—La señorita Arrow no era una persona que peleara en público.

—¿Y Limbert?

—Él hubiera peleado con gusto si hubiera tenido ocasión de hacerlo.

—¿Y usted?

—Sí; Limbert se portó desagradablemente conmigo en más de una ocasión... Pero yo hubiera peleado, ¿cómo se dice? sin rencor. Cuando en las reuniones celebradas en mi departamento algunos de mis invitados hacían mucho ruido, Limbert me solía reclamar groseramente. Pero la cosa no tenía importancia.

—¿Oyó usted a Limbert discutir con alguna persona el día de su muerte?

—No; pero yo estuve ausente de mi estudio atendiendo algunos negocios durante

la mayor parte de aquel día. Pudo haber habido alguna riña.

—La hubo, o cuando menos una disputa. Según parece, un hombre visitó a Limbert para hacerle lo que él mismo llamó una buena proposición. Limbert dio a entender a esa persona que él la consideraba algo rufianesca; entonces esa persona lo amenazó con la ley, diciendo que determinada transacción no había sido una compra legal... ¿Le interesa a usted todo esto?

Por un momento Zhitkov pareció estar profundamente interesado. Su cuerpo estaba rígido y miraba fijamente a Appleby con ojos brillantes, pero en seguida se tranquilizó.

—Naturalmente que me interesa. ¿Dice usted que eso sucedió el día de la muerte de Limbert? Puede ser de importancia.

—Estoy de acuerdo con usted. Después del altercado, Limbert echó a su visitante. No tengo la menor idea acerca de quién sería. Tal vez usted me pueda ayudar a investigarlo. Me informan que el hombre se quedó acechando en la calle Gas durante casi todo el resto de aquel día.

Zhitkov movió la cabeza negativamente.

—No puedo ayudarlo —dijo—, pero tenga la seguridad de que si algo se me ocurre le informaré —calló un instante, dando a Appleby la sensación de que estaba ansioso por poner fin a la entrevista—. Vivo, como usted sabe, en el piso de abajo —continuó—, y se me puede encontrar a cualquier hora.

—Estoy seguro de eso —afirmó Appleby en tono cortés pero significativo—. Seguramente no tendremos dificultad en localizarlo, señor Zhitkov..., y ahora no debemos retenerlo más tiempo.

—¿Bajará por la escalera interior o prefiere un poco más de aire nocturno? —preguntó Cadover.

—Gracias, coronel —murmuró Zhitkov sin prestar atención a la pesada ironía y haciendo una seca reverencia, abandonó el departamento.

Cadover consultó su reloj.

—Va usted a llegar tarde para la cena —advirtió a su jefe, en un tono que era como si hubiera agregado: “Y no me eche a mí la culpa si hay disgusto”.

—Vamos. Nos llevaremos el *Stubbs* de Limbert para ponerlo en buenas manos y echaremos la llave a estos dos departamentos. A propósito, ¿no hay otro piso? La escalera de seguridad parece llegar más arriba.

—Hay un amplio desván deshabitado en el que se podría esconder una persona —respondió Cadover.

Appleby se encaminó a la escalera interior y, desde el descanso, escudriñó el último y polvoriento tramo de escalera.

—Desagradable guarida resulta para nosotros este lugar... Cualquiera puede irrumpir en las habitaciones de cualquier otro y luego escapar por la escalera

exterior... Bien; ya he visto lo que hay que ver. Mañana pasaré el día estudiando el expediente.

Cadover había recogido el *Stubbs* y estaba cerrando con llave la puerta del estudio de Limbert.

—El tipo con quien Limbert riñó resulta tan sospechoso como la señorita Arrow —comentó, y luego, mirando su reloj—: Supongo que será mejor que vaya usted directamente a su casa, Sir John; ahorrará unos cinco minutos, y cinco minutos tienen su importancia..., pueden evitar que se enfríe la sopa.

—Muy bien, hombre... Pero a veces me intriga el por qué usted se imagina mi vida doméstica como una tiranía.

Al llegar al piso bajo Appleby arrugó la nariz, olfateando.

—Están friendo alguna cosa en el departamento de Boxer.

—Tengo mis dudas acerca de ese hombre —declaró Cadover, frunciendo el ceño y a tiempo que se acercaban ya al automóvil—. Hizo muy mal en tratar de disuadir a la chica de que contara lo que había oído... Si no tiene inconveniente, Sir John, pondré este cuadro aquí en el asiento; sería una lástima que lo estropeará yo con los pies.

—Posiblemente hizo mal —reconoció Appleby, refiriéndose a Boxer, después que Cadover hubo cuidadosamente colocado el cuadro—, pero no se le puede calificar como sospechoso; lo que pasa es que a Boxer no le agrada ver a nadie perseguido por la policía, si siquiera a un asesino. Es probable que él como tantas de estas personas se incline hacia un anarquismo filosófico.

—Tanto peor. Si se siente anarquista en relación con Limbert muerto, puede haberse sentido anarquista con Limbert vivo. Yo no estoy dispuesto a eliminar a Boxer de mi lista de sospechosos. Ni a Zhitkov. Fue sumamente raro que anduviera espiándonos... Es claro que podía haber sido por simple y vulgar curiosidad, como la de los chiquillos que estaban curioseando este automóvil hace unos momentos —terminó Cadover con aire judicial.

Appleby movió la cabeza.

—No creo que Zhitkov tuviera un gran impulso de ser vulgarmente curioso —opinó—; él tenía motivos más justificados para espiarnos. Mire usted, pienso que hay mucho mar de fondo en este asunto y tengo la sensación de que en un determinado momento usted estuvo a punto de tocar ese fondo.

—¿Que yo estuve a punto de tocarlo? Temo no haberlo advertido.

—Hubo un momento en que usted hizo un comentario en extremo revelador sobre este rompecabezas. No puedo recordar lo que fue... ¡Ah! Hemos llegado.

El automóvil había detenido su marcha en los momentos en que se oían ocho campanadas del *Big Ben*, que quedaba a larga distancia de aquel punto.

—Cuide el *Stubbs* —recomendó Appleby, inclinándose y abriendo la portezuela.

Cadover contemplaba el cuadro con incertidumbre. Parecía considerar sumamente misteriosa y deprimente la idea de que aquella pintura fuese valiosa.

—Sabe usted, Sir John, no extendimos un recibo por el cuadro. Deberíamos haberlo hecho. ¿No quisiera usted asumir la responsabilidad?

—Con todo gusto —aceptó, riendo, Appleby—. Tengo una caja fuerte en la que cabrá perfectamente. Mañana lo llevaré al Yard y me encargaré de que todo quede en regla. Nos veremos a las nueve y estudiaremos el asunto Limbert. Buenas noches.

Appleby descendió del automóvil, subió los escalones que daban acceso a la puerta de su discreta residencia en Westminster, la abrió y entró.

Judith, por lo visto, no lo había esperado. Se oía ruido de platos en el comedor. Appleby, llevando aún el cuadro, cruzó el vestíbulo y entró. No había duda de que la cena estaba servida. Cena para dos. Y había dos comensales. Seguramente hacía tiempo que había empezado a comer, pues en ese momento se les acababa de servir la carne. Chuletas de carnero. Judith vestía su elegante modelo de Worth, algo viejo ya, y lucía sus perlas. Appleby inmediatamente advirtió la razón de aquella elegancia. El otro comensal era el duque de Harton.

—Ya ve, mi querida amiga, usted estaba equivocada. Y ahora ya me he comido las chuletas del pobre hombre... ¡Y tan excelentes chuletas!

El duque se había puesto de pie. Conservaba su habitual, actitud vaga, su sugerencia de tiempos pasados y su imperturbabilidad. Tendió la mano a Appleby.

—Su esposa, me aseguró que si no llegaba usted antes de las ocho era indicio seguro de que cenaría en su club.

—Y tenía razón, duque; es una regla de familia —Appleby logró sonreír amablemente, tanto al duque como a Judith— y me alegra especialmente que mi esposa haya encontrado el Mouton-Rothschild 28.

—Es un vino excelente; lo he estado saboreando con gran placer —el duque lanzó una mirada a la mesa, buscando el vino; era indudable que no había puesto especial atención en el clarete y que pensaba que debía cuando menos localizarlo para que sus palabras resultaran convincentes a su anfitrión—. A pesar de que este molestísimo asunto no me ha dejado tranquilo —continuó—, o más bien dicho, no ha dejado tranquila a Anne —Anne era la duquesa de Horton—, verdaderamente aprecié el magnífico, clarete. Anne me obligó a venir a la ciudad a causa de este enojoso asunto. Dijo que ya era tiempo de hacer algo y me aconsejó que fuera directamente en busca de usted. Me recordó lo que usted hizo por nosotros cuando el asunto Auldearn; por eso, al no encontrarlo en ese gran edificio de la policía, cerca de Whitehall, decidí venir a su casa. Temo haber estado aburriendo a Lady Appleby con este asunto.

—¿El asunto de sus peces dorados y plateados y el acuario? —preguntó Appleby, al tiempo que dejaba el *Stubbs* sobre una silla y avanzaba hacia su huésped, sonriendo cordialmente, aunque sabía que tendría que conformarse con jamón enlatado para su cena.

—Sí, mi estimado amigo, efectivamente. ¡Una tremenda pérdida! ¿Recuerda a

esos pillos que anduvieron por allí robando durante los últimos años de la guerra y que se llevaron nuestro Ticiano? Se llamaban a sí mismos no recuerdo qué desgraciado nombre impertinente. ¡Perdón, querida amiga!

—¿La Sociedad Internacional para la Difusión, de Objetos Culturales?

—¡Eso es! Pues Anne cree que se trata de un grupo semejante; dice debe ser el responsable del robo que acabamos de sufrir.

—No comprendo por qué pensará así la duquesa —Appleby, que se había sentado a la mesa, y jovialmente se había servido un poco de mostaza, parecía perplejo—. ¿Le parece probable que ladrones de ese tipo se apoderen, de peces dorados y plateados?

Judith soltó una carcajada.

—¡John está en las nubes! —exclamó, todavía riendo.

—No me he explicado —dijo el duque, mirando solícitamente el plato de Appleby, como si él, habiendo ya comido las chuletas, se considerara en alguna forma el anfitrión—; permítame que le alcance la ensalada.

Con lo que era ya respeto impecable, el duque dejó sobre la mesa su copa de clarete y se puso de pie para enseguida aturdir a los esposos Appleby con el aullido muy poco aristocrático que salió de su garganta. Como movidos por un resorte, Sir John y Lady Appleby miraron debajo de la mesa. Ambos habían pensado que la única explicación posible del ruidoso proceder de su huésped sería que alguna de los perros se hubiera metido debajo de la mesa y mordido una pierna del duque. Pero nada canino estaba a la vista; además, el duque había soltado, aquel alarido después de haberse levantado. Los esposos Appleby se volvieron para mirar a su distinguido visitante. El duque contemplaba incrédulamente el cuadro de Stubbs que Sir, John había dejado sobre una silla.

—¡Pero mi querido Appleby! —exclamó el duque de Horton—. ¡Esto es soberbio! Se ha superado usted a sí mismo, lo cual es mucho decir.

Acercándose a Sir John, el duque le dio un fuerte apretón de manos.

—¡Apenas hace unas cuantas horas que me informé del robo, en su oficina y ya me tiene aquí uno de los cuadros!

—¿Uno de los cuadros? —al hacer la pregunta, Appleby extendió mecánicamente el brazo y tomó la botella de clarete—. ¿Pero todo este tiempo: usted se ha estado refiriendo a cuadros?

—*Pez Dorado* y *Pez Plateado*, fueron los dos mejores caballos de mi bisabuelo. Este señor que está sentado en la carriola es mi bisabuelo —aclaró el duque, señalando el cuadro de Stubbs—, y el hombre que está junto a la cabeza de *Pez Plateado* era su lacayo. Usted sabe que Stubbs empezó a ser conocido gracias al favorito, el Duque de Richmond. Mi bisabuelo era rival de Richmond, y debo decir que siempre me ha gustado mucho esta pintura, completamente aparte del hecho de que ahora se considera a Stubbs como uno de los grandes pintores... —después de una pausa continuó—: ¿No habrá usted recobrado también, el otro cuadro, mi querido

Sir John? Estamos muy preocupados por él; después de todo, Stubbs es una cosa, pero Jan...

—He sido un idiota —afirmó Appleby, cómicamente desconcertado y volviéndose hacia su mujer—. Judith: *he sido* un imbécil, ¿verdad?

Judith había recobrado su seriedad.

—No lo sé, John —respondió—; pero el *Acuario* al que se refiere el duque es ése en que tú piensas ahora: el *Acuario* de Vermeer, la pintura más famosa de la colección de Scamnum Court.

## CAPÍTULO NÚMERO

### 4

—Las cosas han cambiado —dijo el duque de Horton.

Había transcurrido media hora y el duque estaba calentando un poco de coñac en su copa. Procedía de la última de las viejas botellas del mejor coñac de la bodega de Lord Appleby.

—Ahora hay una enorme estación de autobuses en King's Horton donde antiguamente acostumbábamos encender estupendas fogatas en las grandes ocasiones... y hay dos salones de té en Scamnum Ducis que procuran arrebatarnos la clientela.

—¿La clientela? —repitió Judith perpleja.

—Sí; nosotros servimos té en el Naranjal. Al principio hacíamos que nos enviaran todo de un restaurante, pero después Anne decidió encargarse personalmente del salón de té y ha tenido gran éxito. Parece ser que el té es parte importante del negocio de museos, en el cual estamos metidos hasta el cuello. El salón-jardín está abierto al público todos los días del año, con excepción del Viernes Santo. Hemos instalado kilómetros de alfombra a prueba de lodo a través de todas las habitaciones y corredores. Miles de personas desfilan por allí y cada una paga media corona.

—¿Qué trajín! —exclamó Judith—. ¿No ocasionan muchos daños a la propiedad?

—No, no; nada de eso. Es gente muy decente y con frecuencia muestra gran interés. Me hacen muchas preguntas inteligentes.

—¿Usted mismo conduce a los visitantes, duque? —interrumpió Appleby, buscando sus puros.

—Lo hacemos los dos. No nos pareció correcto abrir nuestra vieja casona al público y no hacer los honores nosotros mismos. Lo mismo siente Anne con respecto al salón de té. Permanece allí con frecuencia y ella misma lleva alguna charola. Pero usted preguntaba si los visitantes destruyen la propiedad. Solamente cuando se organizan bailes de caridad. Pagan diez guineas por pareja y creen que tienen derecho a demoler la casa. Tratan las alfombras como si estuvieran a bordo de uno de esos horribles y enormes trasatlánticos. Pero la gente que paga media corona por visitar nuestra casa es de otro tipo; es gente respetable y tranquila. Y cuanto más miran, más callados permanecen.

Lord Appleby había encontrado los cigarros-puros que buscaba. Ofreció uno al duque, que aceptó y continuó hablando de su casa solariega convertida en museo en que se exhibía su magnífica colección de pinturas y donde parte de los bien cuidados jardines se habían dedicado a salón de té al aire libre. Comparaba Scamnum con otras casas solariegas también abiertas a los turistas que pagaban sus chelines y medias

coronas a los nobles dueños.

—Blenheim, por ejemplo —continuó el duque—, ofrece más que nosotros, si consideramos únicamente la parte histórica. Pero Blenheim no tiene ni la mitad del tamaño de nuestro Scamnum. Un amigo me dice que deberíamos organizar excursiones de dos días y facilitar servicio de hotel para que los turistas pasen allí la noche; así podrían ver la mitad, de Scamnum el primer día y la otra mitad al día siguiente. De esta manera ganaríamos más dinero, pero nosotros nos conformamos con la entrada a media corona.

—Supongo que está bien —aventuró Appleby—, pero no si van a perder un *Vermeer* periódicamente..., ni siquiera si la pérdida se reduce a un *Stubbs*. Me imagino que en vista del riesgo acrecentado a causa del aumento de visitantes, habrán asegurado toda la colección.

—Tengo una persona que se encarga de eso; insistió en el seguro aunque yo me opuse por su alto costo. La pintura de Vermeer se aseguró en la misma cantidad que mi pobre padre pagó por ella, pero claro está que yo podría venderla en los Estados Unidos por tres veces esa cantidad.

—¿Ha pensado alguna vez en, hacerlo?

—Anne no me lo permitiría. Creo que ella preferiría privarse del pequeño cuadro de Rembrandt, *La Tormenta*, que su padre compró en Dublín por diez chelines, y eso que lo tiene en tan alto concepto como lo tenía mi suegro.

—Creo que la duquesa está en lo justo —comentó Judith. Había cruzado el cuarto y cogió un libro de los que estaban sobre un anaquel. Era una monografía de Vermeer. Buscó la página donde aparecía una reproducción del cuadro y, con el libro en la mano, regresó a donde estaban su marido y el duque—. ¡Parece increíble que el cuadro haya desaparecido y que pueda estar en peligro de ser destruido! —exclamó.

—El asunto me afecta hondamente —dijo el duque, que había terminado su coñac y encendió un puro. Reclinándose cómodamente en el sillón, continuó hablando—: Es la educación. A mí se me enseñó que nosotros éramos simples guardianes de estos tesoros. Quedaban bajo nuestra custodia, no para la nación, sino para la civilización en general. Por eso al perder el *Vermeer* tengo la impresión de haber faltado a mi deber. Me parece que no supe cuidar lo que se me había confiado. Y Anne está sumamente afligida. Tiene una superstición acerca de esto.

—¿La duquesa tiene una superstición acerca de ser guardián de los tesoros?

—¡Dios nos guarde! No; Anne fue educada de una manera mucho más razonable que yo. Tiene una superstición acerca del cuadro de Vermeer... del *Acuario*. Lo llama “la suerte de los Crispins”.

Judith encendió un cigarrillo.

—No creo —dijo— que haya pertenecido a los Crispins el tiempo suficiente para eso; el padre de usted lo compró en Nueva York.

—Muy cierto, pero Anne se basa en que el *Acuario* es un tema de conversación para los Crispins. Ella dice que esos pequeños seres de colores brillantes pintados por

Vermeer y que parecen joyas en un sarcófago, transparente son como nosotros; sostiene que subsistiremos mientras podamos continuar con el espectáculo..., mientras sigamos nadando confiadamente detrás del cristal encantado.

—La duquesa tiene razón —afirmó Appleby, mirando por sobre el hombro de Judith la reproducción del cuadro de Vermeer—. Los plebeyos que van a admirar su casa solariega nunca estarán tan lejos de colgarlo a usted de un poste de la luz como después de haber comprado con sus medias coronas el privilegio de admirar el intolerable esplendor de Scamnum Court. Pero ahora, si no tiene usted inconveniente...

—A sus órdenes, mi estimado amigo. Excelente coñac éste que tiene usted aquí. Yo no tengo nada por el estilo en casa.

Por primera vez el duque de Horton pareció ligeramente incómodo. Después de una pausa, durante la cual su mirada no se apartó de su anfitrión, continuó:

—Esto sucedió hace tres semanas..., y usted querrá saber por qué yo guardé silencio. Ahora me preocupa que no podamos seguir guardando silencio acerca de eso, quiero decir acerca de por qué no di aviso a la policía ni a la compañía de seguros ni a los periódicos. Le ruego que diga usted que no nos dimos cuenta, o algo por el estilo, siempre y cuando no le: parezca a usted mal.

—Creo que no debe hacerse —dijo Appleby, moviendo la cabeza con toda la apariencia de una juiciosa consideración—. Cuando se trata de objetos de gran valor, cualquier subterfugio puede resultar peligroso.

—Sin duda tiene usted razón —lamentó el duque, suspirando—. Usted, naturalmente, debe suponer cuál fue la razón: un miembro de la familia.

—Comprendo —murmuró Appleby. No pocas investigaciones llevadas a cabo entre las altas clases sociales habían acostumbrado a Sir John a navegar tranquila y seguramente en esas aguas turbulentas—. Pero afortunadamente cualquier sospecha que usted haya podido abrigar resultó infundada.

El semblante del duque se iluminó.

—Exactamente —dijo—; infundada o probablemente infundada. Cuando descubrimos la desaparición del cuadro tuve sospechas..., dudas acerca de mi sobrino Miles. Desde que vendimos Morayshire, sabe usted, el padre de Miles no ha hecho más que vagar de aquí para allá, esperando que yo fallezca. Miles viene a visitarnos con mucha frecuencia y se queda largas temporadas.

—¿Es el *Señor de Kinrae*? —al hacer la pregunta Judith tenía el aire de una persona que da vuelta a las hojas de un invisible volumen de *¿Quién es Quién?*

—Sí, sí; el joven Miles. Yo siempre he creído que los títulos escoceses resultan un tanto afectados para personas como nosotros —el duque se mostraba cortésmente impaciente—, y Miles conoce mucho de arte. Por eso pensamos inmediatamente en él.

—Comprendo —musitó Judith. Mucho menos conocedora que su marido, se sentía desconcertada por la facilidad con que un noble sospechaba que su pariente

más cercano pudiera ser ladrón.

—Además, mi hermana Grace vive sola en la Casa East Gate —continuó el duque—; e insiste en tener llaves de todas las puertas y armarios. No se le puede rehusar nada porque, como usted sabrá, es sumamente temperamental y sería capaz de hacer algo realmente inconveniente si se le contrariara. ¿Comprende usted?

—Sí; desde luego —Judith tenía sus dudas acerca de la conveniencia, de ti atar a Grace con tantos miramientos.

—Y el caso es —siguió diciendo el duque— que Grace, efectivamente..., hum..., toma las cosas y las cambia de lugar de un modo extraño. Hace apenas un par de años que logró substraer la plata perteneciente a la iglesia, sacándola de la caja fuerte de la sacristía, donde la guardaba nuestro pobre vicario, y la escondió en una alacena del viejo galerón abandonado que queda cerca del establo. Fue un acto excéntrico, aunque sin duda lo hizo movida por alguna convicción teológica. Su extraña costumbre de cambiar de lugar los objetos ajenos resultaría menos enojoso en una casa más pequeña, pero en Scamnum, que es inmenso, hay demasiados sitios donde pueden ocultarse cosas. Ése es uno de los motivos por los cuales me gustaría vivir en una casa pequeña, como ésta, por ejemplo. ¡Es tan acogedora!

El duque encendió su cigarro puro. Appleby lo miraba pensativamente.

—El hecho de que la pintura de Stubbs haya aparecido en Londres parece no tener relación alguna con el tipo de actividad al que a veces se dedica Lady Grace —observó Sir John—. ¿Y está seguro de que Miles no tuvo nada que ver en el asunto?

—Bastante seguro. Cuanto, más he pensado sobre ello, más certeza he ido adquiriendo de que ningún miembro de la familia es culpable. Hay que comprender que se trata de un robo evidentemente llevado a cabo con inteligencia. Pero usted debe juzgar el asunto por sí mismo. Le diré simplemente a qué conclusiones hemos llegado nosotros, a no ser que usted tenga algo que hacer ahora.

Appleby movió la cabeza negativamente.

—Mientras usted tomaba su café, yo hice algunas llamadas telefónicas; es muy probable que pronto vengan algunas personas. Mientras tanto, le ruego que continúe.

—Empezaré con las fechas —dijo el duque de Horton dejando a un lado su puro y sacando una pequeña libreta de apuntes—. Sí; aquí está. El domingo, 14 de octubre, tanto el *Vermeer* como el *Stubbs* estaban en sus acostumbrados sitios.

Appleby tomó nota, pensando que solamente una persona como el duque de Horton era capaz de dejar pasar tres semanas sin decir una palabra sobre el robo de una de las obras de arte más valiosas del mundo.

—El *Acuario* colgaba de la pared en la galería de pinturas que está situada en el ala oriente de la casa grande. Ahora esa galería es algo así como la caja de seguridad de un banco. Todas las puertas y ventanas están provistas de persianas de acero; por las noches, hasta las dos chimeneas que son obra de Alfred Stevens quedan

resguardadas con enrejados también de acero. Yo guardo las llaves; cuando me encuentro ausente se entregan a Bagot, mi viejo sirviente; ya en la noche las recoge el velador. Tenemos un solo velador, que recorre todos los salones y jardines.

—¿Es de confianza?

—Ya es viejo, pero de absoluta confianza; fue mi asistente; durante la guerra del Kaiser.

—¿Tiene Lady Grace llave de la galería?

—No; es casi el único lugar en todo Scamnum para el que ella no tiene llave. Realmente creo que puede usted hacer caso omiso de ella.

—Yo también lo creo así —afirmó Appleby.

—Pues bien, aquel domingo tocó la casualidad de que Anne había invitado a un importante coleccionista, es un alemán que radica en Munich, un hombre de corta estatura y gran simpatía, muy conocedor en cosas de arte. En el curso de la tarde lo llevamos a varios salones e hicimos pequeñas excursiones privadas entre una y otra excursión con los turistas. Naturalmente, le mostramos la galería de pinturas. Vimos que el *Acuario* estaba en su lugar. El alemancito recorrió con lente de aumento cada pulgada cuadrada del lienzo, murmurando comentarios acerca de la técnica, el *pitamenti* y cosas por el estilo.

—¿Y el *Stubbs*?

—El sitio del *Stubbs* no es en la galería, sino en un pequeño salón vecino al que no entran los turistas. Me gusta hacer mis cuentas allí los domingos por la mañana y guardo en él una media docena de cosas, que para mí tienen especial valor, como el cuadro de *Stubbs*. Por eso tengo la seguridad de que a esa hora del domingo también el *Stubbs* estaba en su lugar acostumbrado. Y ahora veremos lo que sucedió el miércoles...

El duque dio vuelta a la hoja de su libreta. Parecía estar plácidamente satisfecho de su propia eficiencia.

—El miércoles, poco después del mediodía, un hombre llamado Morgan, que se encontraba sumamente nervioso, me anduvo buscando por todo Scamnum hasta que dio conmigo. Es hijo de mi actual mayordomo y descendiente del hombre que aparece en el cuadro de *Stubbs*, sosteniendo las riendas de *Pez Dorado* y *Pez Plateado*. Morgan es uno de los cuatro empleados que se encargan de acompañar a los turistas dentro de Scamnum. Habiéndose criado allí, sabe relatarles las cosas como a ellos les gusta. Pues bien, como le decía, ese miércoles me buscó para decirme que encontraba “algo raro” al *Vermeer*. Inmediatamente fui con él a la galería. Era un día nublado y, de momento, no noté nada extraordinario, pero de pronto me di cuenta. Lo que estaba en el marco no era la pintura de Vermeer sino una copia, precisamente la que yo había autorizado hace un par de años. Y el malhadado cromo estaba tan bien hecho que, por un momento, me había engañado. Los turistas lo habían estado admirando todo el santo día como si fuera la obra maestra de Vermeer. ¿Qué le parece? ¿Hábil, verdad?

Judith Appleby volvió a tomar en sus manos la monografía sobre el gran pintor y estudió la reproducción.

—Especialmente hábil tratándose de un *Vermeer* —opinó—; la superficie de sus cuadros es como esmalte, nada de nudoso *impasto*. Pero el de Stubbs es otra cosa. ¿Qué sustitución hizo el ladrón en su caso?

—No pudo hacer el mismo truco porque nunca se han hecho reproducciones de ese cuadro. El ladrón simplemente lo sacó de su marco.

—Hay algo raro en eso —comentó Appleby, poniéndose de pie y paseando por el cuarto—. ¿Por qué no se advirtió su falta más temprano?

—Ya se lo he explicado. Nadie entra en el saloncito, exceptuándome a mí, que me refugio allí los domingos por la mañana para hacer mis cuentas, y a la mujer que entra los viernes para hacer la limpieza. El empleado que cierra las puertas al anochecer simplemente echa una ojeada antes de asegurar la puerta.

—¿Y el velador?

—Enciende la luz y echa otra ojeada. El cuadro de Stubbs quedaba medio oculto por un biombo. Y el velador no puede escudriñar cada rincón de Scamnum. Tardaría una semana en hacerlo.

Appleby aceptó la explicación con un leve movimiento de cabeza.

—Según parece, se llevó a cabo un bien preparado plan para apoderarse del *Vermeer*, pero en cambio tengo la impresión de que la persona que robó el *Stubbs* lo hizo bajo un impulso del momento y seguramente conocía bien las costumbres de Scamnum Court. Fue sin duda por esto último que usted se sintió tan preocupado.

—En efecto —admitió el duque—; y ésta es toda la historia. Pero como tendrá algunas preguntas que hacerme, tomaré, si me lo permite, otra copa de su excelente coñac. Mi primo Gervase tiene muy buen coñac en su casa, pero no puede compararse con éste.

—Recuerdo bien la galería —dijo Appleby, pensativamente—, y no creo que haya en ella ningún escondite.

—No lo hay.

—¿Y en el saloncito?

—Es demasiado pequeño. Tampoco lo hay allí.

—¿Detrás de ese biombo que mencionó usted?

—Descártelo, y recuerde que cuando el vigilante recorre el edificio, lo hace precisamente pensando en posibles intrusos que puedan haberse escondido en algún rincón. La policía local afirma que ninguna persona asalta una casa si puede entrar tranquilamente y esconderse en ella.

—Es indudable que la policía local tiene razón. ¿Cuentan ustedes los visitantes cuando estos entran y sajen de Scamnum?

—Nos sería imposible. Un turista podría esconderse en algún sitio mientras un grupo recorre las galerías; así podría permanecer en Scamnum Court toda la noche sin ser advertido.

—¿Se encontró el estirador del *Acuario*?

—No; había desaparecido también. La reproducción había sido pegada al respaldo del marco.

—¿Se puede quitar una pintura de su estirador y enrollar el lienzo? —preguntó Appleby a su mujer.

—Sí; pero es algo arriesgado. Nadie, pudiendo evitarlo, correría ese riesgo.

—Estuve pensando en cómo podían haber sacado la pintura de la galería —dijo el duque con aire de sapiencia—, y comprendí que podía hacerse sin enrollar el lienzo. Una persona podía deslizarse entre las rejas de una de las ventanas, y su cómplice, esperando abajo, la recogería. Precisamente una de las ventanas está, protegida con reja fija, no con persianas.

—Entonces es así como sacarían el *Acuario* —dedujo Appleby, que se había sentado nuevamente—. ¿Durante los dos o tres días que forman el período durante el cual fue robado el cuadro, nadie notó algún detalle sospechoso en ninguno de los visitantes? Comprendo que ésta es una pregunta muy vaga, pero...

—He interrogado sobre eso —se apresuró a explicar el duque en el tono de quien se siente satisfecho de sí mismo—, y, según me informaron, en uno de los grupos de visitantes, había un hombre que llegó solo y que repitió su visita al día siguiente. Fue Morgan quien se acordó, de él. El turista era cojo y usaba bastón. Por lo general, se pide a los visitantes que dejen sus bastones y paraguas en el vestíbulo, a la entrada; pero a este hombre se le dejó conservar su bastón porque era evidente que le era necesario para caminar; y fue debido a eso que Morgan fijó su atención en él los dos, días consecutivos. El hombre entró con el último grupo del domingo por la tarde, y con el primer grupo del lunes por la mañana.

—Parece que ahora estamos sobre la pista. ¿Hay alguien en Scamnum que haya visto al hombre cojo cuando éste salió el domingo, y cuando entró el lunes, o simplemente lo vieron entre la gente que recorría el museo en ambas ocasiones?

—Entiendo que nadie tiene la certeza de haberlo visto entrar o salir, sino como usted dice, lo vieron entre los grupos de visitantes. Suelen ser grupos muy numerosos, sabe usted, y Morgan notó la presencia del cojo en las dos ocasiones, porque caminaba ayudándose con el bastón.

—Creo que ése es el hombre que debemos buscar. Es particularmente significativo que haya caminado cojeando.

—¿De veras? —preguntó el duque, impresionado—. ¿Hay algún célebre criminal cojo conocido, por la policía y que se dedique a robar obras de arte?

—No precisamente —respondió Appleby; y en seguida se volvió hacia su mujer—: Judith, ¿qué medidas tiene él *Acuario*?

—Es uno de los pocos cuadros grandes de Vermeer; más o menos cinco pies de largo por cuatro de ancho.

—Entonces podemos tener la seguridad de que la reproducción del cuadro de Vermeer fue introducida a Scamnum en un rollo dentro del pantalón del visitante

cojo. Tenía que ser cojo, puesto que caminaba sin flexionar una pierna. Todo resulta bastante claro..., todo menos cómo logró entrar en la galería de pinturas y pasar allí la noche. Y el problema no es solamente académico.

—¡Podría volverlo a hacer! —exclamó, alarmado, el duque. Dejó a un lado el cigarro puro que había estado fumando—. ¡Podría llevarse el Rembrandt o el Gainsborough! Aunque, claro está, he contratado a otro vigilante para que esté de guardia toda la noche; pero no me siento seguro. ¡Esto es sumamente desagradable! ¡Pensar que puede haber pasillos secretos en la propia casa de uno! Pero... Kent no solía hacer pasillos, secretos y esas cosas en los edificios que él construía...

—No creo que el ladrón descubriera ningún pasadizo secreto —opinó Appleby, moviendo la cabeza—. Dígame, ¿no se han efectuado cambios recientes en lo relacionado con los muebles y adornos de la galería de pinturas?

—Está tal como usted la debe recordar; no hay nada más que pinturas colgadas de las paredes y objetos de bronce y de mármol en los nichos; además de una serie de vitrinas angostas y una inútil silla Luis XIV cerca de cada ventana. ¡Ah...! También está el cofre español que ese simpático Leoni obsequió a Anne.

—¿Quién es Leoni?

—Una buena persona de vieja familia italiana —el duque de Horton, cuyos ancestros habían surgido repentinamente, no se sabía de dónde, en tiempo de Enrique VIII, tenía un profundo respeto por los rancios abolengos—. Durante la guerra el pobre hombre tuvo dificultades aquí, y Anne le ayudó mucho. Él fue muy amable al enviarle ese enorme cofre español. Se acordaba de todo lo relacionado con Scamnum; explícitamente pidió que se colocara el cofre en la galería, precisamente debajo del cuadro de Velázquez. Es un hombre conecedor y de muy buen gusto.

¿Cuándo llegó el cofre?

—Hace un mes aproximadamente. Fue enviado desde Roma.

—¿Y la duquesa ha escrito acusando recibo?

—Naturalmente, mi querido amigo. Indudablemente escribió a Leoni, preguntando por su familia, enviando saludos y todas esas cosas; pero hasta la fecha no ha tenido contestación a su carta.

—¡Por amor del cielo! —exclamó Appleby mirando al duque con sorpresa—. ¿Recuerda usted que la duquesa organizó en Scamnum una representación de *Hamlet*?

—No es fácil que lo olvide —respondió el duque y se volvió hacia Judith—: fue entonces cuando conocí a su marido. Sucedieron cosas escandalosas, verdaderamente escandalosas, pero no veo qué relación puede haber...

—Pues yo creo que la duquesa debería ahora organizar una representación de *Cimbelino* —dijo Appleby, sonriendo—; podría enseñarle a desconfiar de italianos simpáticos que insisten en que se coloquen grandes cofres en sitios determinados.

Durante un instante el duque se quedó mirando a Lord Appleby boquiabierto.

—Comprendo lo que usted quiere decir —admitió por fin—, pero después de

todo, Leoni...

—Leoni puede ignorar completamente el asunto. La duquesa no ha recibido respuesta a su carta, y es muy posible que la dirección a donde ella la envió no sea la del simpático Leoni. ¿Cabría un hombre cómodamente dentro del cofre?

—Supongo que sí; ¿pero no le parece una explicación algo novelesca, estimado Sir John? El cofre español es indudablemente auténtico; bien vale unas tres o cuatrocientas libras esterlinas. ¿Por qué habría alguien de...?

—Su *Vermeer* vale de treinta a cuarenta mil libras, aun en el limitado mercado de los coleccionistas locos —interrumpió Appleby—; y el hecho de que el cofre sea de cierto valor les hizo a ustedes sentir que su amigo italiano había sido extremadamente generoso, lo que contribuyó para que no dudaran en aceptar la sugestión de él y colocaran el mueble en la galería. Durante la tarde del domingo aquel visitante cojo aprovechó la primera oportunidad que se le presentó y se metió en el cofre. Exactamente igual que *Iachimo*, salvo que al cojo no lo cargaron sudorosos sirvientes. Salió de su escondite en las primeras horas del lunes, sacó el lienzo de Vermeer de su marco y lo deslizó por la ventana a su cómplice que había permanecido en acecho. Luego dio un paseo por el ala izquierda del edificio, muy tranquilo y sin que nadie lo molestara; vio el cuadro de Stubbs, se dio cuenta de que se lo podía llevar impunemente, lo tomó y volvió a su escondite antes de la hora en que Scamnum Court abre sus puertas. Cuando entró el primer grupo de turistas, esperó el momento propicio, probablemente cuando todos le daban la espalda admirando un cuadro colgado en la pared de enfrente, y escuchaban al empleado que hacía de guía y les soltaba alguna conferencia.

—¿Pero por qué siguió fingiendo ser cojo? —preguntó Judith—. Ya que había sacado el rollo con la reproducción que sustituyó por el original de Vermeer, ¿para qué seguir aparentando cojera?

—Porque era el mismo hombre que había estado en la galería el día anterior, y vestía las mismas ropas. Si alguien lo reconocía y veía que caminaba normalmente, podía concebir sospechas y preguntarse a qué se debía el súbito restablecimiento. El plan fue cuidadosamente preparado.

—Cierto —murmuró el duque, que todavía parecía algo aturdido—, y lo más sorprendente es que usted haya desentrañado el misterio, tranquilamente sentado aquí en su casa... y, además, ha recobrado ya el *Stubbs*. Si pudiera usted...

—Tengo esperanzas —afirmó Appleby, adelantándose a las palabras del duque—. En el peor de los casos, consideraremos el asunto desde el punto de vista opuesto. Es indudable que la mayoría de los que están dispuestos a pagar buenos precios por cuadros ilegalmente adquiridos, viven en los Estados Unidos; localizarlos significaría largas pesquisas; por lo tanto, debemos encontrar el *Acuario* antes de que salga del país, y para eso el elemento tiempo es de primordial importancia. Mañana puede ser ya demasiado tarde. Pero en estos momentos es absolutamente seguro que el cuadro se encuentra en Inglaterra.

—¿Absolutamente seguro? —dijo Judith volviéndose rápidamente hacia su marido—. ¿No es más bien una suposición tuya?

—Sí, pero basada en una absoluta seguridad.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente lo siguiente, querida; esta tarde, durante algunos minutos, estuve mirando el *Acuario* de Vermeer.

## CAPÍTULO NÚMERO

### 5

El duque de Horton se puso en pie de un salto, estaba tan agitado, que inconscientemente cogió otro de los cigarros puros de Lord Appleby.

—¿Usted y Lady Appleby vieron el *Acuario*? —preguntó, casi gritando—. ¡Pero usted debe conocer el *Acuario*!

Appleby encendió un fósforo y lo acercó al puro que sostenía el duque.

—Naturalmente, lo conocemos muy bien; pero sucede que cuando lo vimos no se llamaba el *Acuario* ni se parecía al *Acuario*. Si no me equivoco, se titulaba *El Quinto y el Sexto Días de la Creación*. Y no es que sugiriera nada relacionado con esos días, como tampoco mostraba pececitos nadando dentro de un tanque; podía, con igual propiedad, haberse llamado La Batalla de las Bacterias o Proyecto para un Nuevo Pueblo Satélite, aunque eso resulta un detalle del más superficial interés... Sabes, querida —continuó, mirando a su mujer—, hace algunas horas estaba preocupado por la idea de que Cadover, sin darse cuenta, había dicho algo extraordinariamente revelador acerca de todo este asunto... Ahora recuerdo qué fue. Refiriéndose a la muerte de Limbert dijo que el suicidio era un cuadro superficial, y que probablemente habría algo totalmente distinto bajo la superficie. Fue un brillante comentario ofrecido por su subconsciente.

—Con lo que no recupero mi cuadro —comentó el duque, otra vez entristecido—; pero me encantaría saber, qué es lo que estuvo diciendo usted.

—Y lo pude haber comprado. Me lo ofrecieron en venta —afirmó Appleby, cuyo rostro había adquirido una expresión soñadora. Durante unos instantes se quedó tan fascinado por la fantasía de aquel asunto, que su ensimismamiento resultaba ya falta de consideración para su huésped, que permanecía totalmente perplejo—. Braunkopf, ese hombrecito amigo de Judith, desplegó todo su arte en un esfuerzo por convencerme de que comprara el *Acuario* de Vermeer por una cantidad aproximada de doscientas guineas... El pequeño Braunkopf sugería que yo colgara el *Acuario* en esta sala, como un telón de fondo para la última escultura de Judith, o que lo donara al Tate.

—¿Donar el *Acuario* a la Galería Nacional? —susurró el duque, aterrado.

—Braunkopf me aseguró que sería yo acreedor a la gratitud de la familia real. Todavía estaba tratando de convencerme cuando nos volvimos y nos dimos cuenta de que habían robado el *Acuario*.

—¿Robado? ¡Claro que lo habían robado!

—Robado por segunda vez, duque, o quizá debería decir rerrobado.

—Mi querido amigo, usted parece estar del mejor humor.

Mientras el duque reprochaba a Appleby, Judith, diplomáticamente le servía otra copa de coñac.

—Gracias, querida amiga... Espero, Sir John, que realmente haya un buen motivo para su excelente humor.

—Creo que lo hay —declaró Appleby, seriamente—. Vea usted, gracias al eslabón proporcionado por el hecho de que el cuadro de Stubbs estuviera en posesión de Limbert, sabemos ya mucho más acerca de la suerte corrida por el de *Vermeer* de lo que razonablemente podíamos esperar por ahora. El famoso cuadro ha sido disfrazado. Eso es técnicamente posible, ¿verdad Judith?

—Ciertamente. Sería lo mejor que podía hacer el ladrón. Cualquier pintor competente sabe cómo cubrir el original con una base que lo protege totalmente; y sobre esa base puede pintar cualquier cosa que se le antoje. Si el cuadro ha de ser sacado del país, se le puede poner una tela nueva en la parte de atrás y se reacomoda en el estirador. Entonces el fraude no podría ser descubierto más que sometiendo la pintura a un examen por un experto; lo cual no sería probable. Los norteamericanos compran constantemente pinturas modernas y las sacan de Europa.

De pronto Appleby se irguió.

—Hay algo más; en realidad, un detalle de bastante significación; pero lo dejaremos pendiente por ahora. Debemos volver a Limbert. En su estudio colgaba el *Stubbs*, propiedad del duque; el *Vermeer*, también propiedad del duque, descansaba sobre un caballete, en proceso de ser disfrazado. Y alguien mató a Limbert. Había mucho dinero involucrado.

—Todo eso está muy bien, pero quienquiera que haya sido el que mató a Limbert, no logró llevarse ni el *Vermeer* ni el *Stubbs*.

—Es cierto —aceptó Appleby—, y no cabe duda de que el asunto presenta detalles misteriosos.

—No, parece presentar otra cosa —dijo el duque en un tono entre exasperado, y quejumbroso—. Si uno de ustedes pudiera hacerme el favor de explicar...

—Déjeme tratar de hacerlo —ofreció Judith, y en seguida se lanzó a dar una detallada relación de la muerte de Gavin Limbert y de la exposición de sus obras en la Galería Da Vinci, mientras su esposo tras llenar su pipa, se puso a fumar, sumido en honda meditación.

La hipótesis más plausible era relativamente sencilla. El joven Gavin Limbert había sido un completo y atrevido criminal. Había tomado parte en un robo efectuado por ladrones profesionales, un robo que, entre otras cosas, había incluido el escribir una carta falsificando la firma de un aristócrata italiano; el envío, de Roma a Scamnum Court, de un cofre antiguo, pesado y valioso; algunos conocimientos de las costumbres domésticas del duque de Horton y de las personas que con él habitaban la casa señorial. Limbert había sido lo suficientemente atrevido para exponer el fruto

menor de su robo —el *Stubbs*— en la pared de su estudio que, sin duda, era visitado por todos sus amigos. A todo esto se podía agregar que había sido lo bastante descuidado para morir víctima de un asesino.

Pero, para ampliar esto último, ¿por qué había sido asesinado? La contestación a esa pregunta debería ser: “Riña entre ladrones”. Pero cuando los ladrones se pelean entre sí, siguen siendo ladrones y, consecuentemente, la muerte de Limbert debería haber sido seguida por la desaparición de los dos cuadros. ¿Por qué los responsables de la muerte del joven pintor no habían aprovechado la oportunidad? ¿Y cómo relacionar esa falta de aprovechamiento de la mencionada oportunidad con el atrevido coup llevado a cabo aquella tarde en la Galena Da Vinci?

Además, Limbert había sido curiosamente lento. Los cuadros habían sido substraídos de la galería de Scamnum en la noche del domingo 14 de octubre. Limbert había sido asesinado ocho días después. En esa fecha el Vermeer, disfrazado de obra moderna y abstracta, aún permanecía en su estudio. Judith acababa de informarles que era fácil sacar del país una pintura moderna como la que aparentaba ser el *Acuario*, ya que compradores americanos constantemente adquirían tales pinturas y las llevaban a los Estados Unidos. Lo cual era cierto. Más o menos cierto. Pero las cosas cambiarían radicalmente tan pronto como la policía se enterara de que una de las pinturas más valiosas de Inglaterra, de propiedad privada, había desaparecido. La sustitución hecha en Scamnum Court, donde se había dejado la reproducción en el marco que guardaba el *Acuario*, había permitido que transcurrieran uno o dos días antes de que el robo fuera descubierto y hecho público. Lógicamente, los ladrones harían todo lo posible por sacar el cuadro de Inglaterra lo más pronto posible.

Y era seguro que el robo se había proyectado tomando en cuenta el factor tiempo. Esto explicaba que se hubiera escogido precisamente el Vermeer entre media docena de valiosas pinturas que colgaban en la galería de Scamnum, todas valuadas en más o menos iguales cantidades. La reproducción de la pintura de Vermeer, aunque no lograría engañar ni por un segundo a un experto, podía pasar inadvertida para guías y visitantes durante algún tiempo y, seguramente, no era posible obtener una reproducción a color y del tamaño exacto de ninguna de las otras grandes pinturas expuestas en Scamnum.

Pero había que considerar también el robo adicional de la obra de George Stubbs. Aun una persona que estuviera familiarizada con las costumbres del duque de Horton en relación con el pequeño salón donde había estado el cuadro, tendría que darse cuenta de que la desaparición del *Stubbs* aumentaría las probabilidades de un más inmediato descubrimiento del robo del Vermeer. Entonces ¿por qué habían robado el *Stubbs*? No valía la pena arriesgar el descubrimiento del robo del primer cuadro por llevarse el segundo, mucho menos valioso. El valor del *Stubbs* era considerable, es cierto, y más aún porque podía venderse en un mercado virtualmente abierto; pero el precio que podría alcanzar resultaba infinitesimal en comparación con el que se

podría obtener por el *Acuario* de Vermeer. Era de pensar que el ladrón, habiendo robado el primero, tropezó con el segundo y no pudo resistir el impulso de llevárselo también.

Si los hechos habían acontecido así, lógicamente seguía un detalle de importancia: el hombre que se había escondido dentro del cofre español debía ser un pintor o una persona con grandes conocimientos de la pintura. ¿Habría sido Limbert? Suponiendo que el joven Limbert hubiera sido el principal responsable del robo cometido en Scamnum Court, y que, después de sustraer los cuadros, hubiera tranquilamente colgado el *Stubbs* en la pared de su propio estudio, y en seguida procedido a esconder el Vermeer debajo de una capa de pintura sobre la que había ejecutado alguna composición pictórica... Esto era perfectamente posible; pero contra tal suposición existía la impresión que Lord Appleby tenía de la personalidad del joven pintor muerto. Appleby se confesaba que aquella impresión estaba fincada sobre una base aparentemente débil; y, además, la suposición de la culpabilidad de Limbert estaba de acuerdo con una serie de circunstancias, por ejemplo: uno se podía hacer a sí mismo la siguiente pregunta: “¿Si Limbert era culpable del robo y disfrazaba el cuadro de Vermeer para poder sacarlo del país, daría algún carácter especial a la pintura con que cubría el original?”. La contestación surgía inmediatamente: “Sí; pintaría algo en un estilo tan distinto al suyo propio como le fuera posible, para, en el caso de serle más tarde necesario, argüir que no había sido él quien pintó el disfraz del Vermeer”.

Pero al llegar a este punto de sus deducciones, Appleby tuvo que considerar otro aspecto. *El Quinto y el Sexto Días de la Creación*, si es que la pintura debía llamarse por la improvisación de Hildebert Braunkopf, estaba ejecutado en un estilo totalmente distinto del de Limbert, según lo había comprobado no solamente él mismo, sino también Braunkopf, que lo declaraba abiertamente. Hasta allí, bien. Pero Zhitkov había afirmado que él había visto a Limbert más de una vez trabajando en aquella pintura. Resultaba que Gavin Limbert no se había escondido para ejecutar aquella obra; la había llevado a cabo delante de quien quisiera verlo y, además, había dejado también a la vista, pendiente de la pared de su estudio, el pequeño cuadro también robado. A no ser que, en cuanto a la pintura de Vermeer, Zhitkov hubiera mentado, lo que era perfectamente posible.

¿Qué otros factores era menester considerar? Desde luego, a la joven llamada Mary Arrow, quien había tenido relaciones, cuando menos de amistad, con Gavin Limbert, y quien, hacía diez días, había cogido su cepillo de dientes y había desaparecido. Era necesario considerar también a Zhitkov, que había provocado el descubrimiento del cuerpo de Limbert y se había deslizado por la escalera de seguridad para espiar lo que hacían él y Cadover en el departamento de Mary Arrow. También había que tomar en cuenta a Boxer, el otro inquilino de la casa de la calle Gas, y a su monumental modelo, Grace Brooks. No había que olvidar tampoco al desconocido con quien Limbert, el día de su muerte, había reñido, echándolo de su

departamento. Era necesario asimismo tomar en consideración la topografía del edificio y el curioso hecho de su Virtual aislamiento durante, la invasión del *Thomas Carlyle* por la policía. Por último, había que estudiar el robo del disfrazado *Acuario* que esta tarde había sido sustraído de la Galería Da Vinci. Y esto último en cierta forma, cerraba el círculo de investigación, ya que sugería el misterio crucial del asunto: ¿por qué se permitió que los dos cuadros robados permanecieran en el estudio de Limbert después de la muerte del pintor?

A todo esto había una posible sencilla respuesta: Que Limbert realmente se había suicidado. Metido en una empresa ajena a su modo de ser, dándose cuenta de su locura y sin poder retroceder, se había quitado la vida como única solución. Esta hipótesis no estaba reñida con el dictamen médico. Tenía la ventaja de ofrecer una explicación a la suerte posterior del Vermeer. Desde que fue descubierto el cadáver de Limbert; su estudio se había vuelto inaccesible a sus cómplices. Entonces éstos: se habían visto obligados a esperar; y posteriormente, aprovechando la exhibición de las obras del pintor muerto, habían asaltado la Galería Da Vinci; llevándose el codiciado botín. Siguiendo con esta hipótesis, también podía explicarse plausiblemente la desaparición de Mary Arrow. Enterada la joven de los acontecimientos —el robo del *Acuario* y su disfraz— y tal vez estando ella, por sus relaciones con Limbert, directamente complicada en el robo, se había, sentido presa de miedo y había huido. Quedaba por explicarse el detalle del cepillo de dientes. Podía achacarse a un subconsciente deseo de la desmoralizada joven de aferrarse a un símbolo de respetabilidad.

Sin embargo, quedaba obstinadamente pendiente la explicación de un hecho. El estudio del pintor muerto había sido registrado por alguien, y ese alguien no se había apoderado de los cuadros robados; además, la misteriosa persona a quien evidentemente no interesaban las dos obras de arte, en cambio había mostrado gran interés por algún objeto de dimensiones mucho menores, ya que lo había buscado empeñosamente en los libros de Limbert, destrozándolos en su ansiosa búsqueda. Quizá buscaba algún documento comprometedor. Y tal vez el hecho, de que Limbert se hubiera suicidado había hecho más urgente para aquella persona el dar con tal documento. Quizá la joven que había huido era quien había efectuado el registro del departamento del pintor. Y tal vez su huida se debiera precisamente a su fracaso, es decir, a no: haber encontrado aquello que buscaba y que consideraba: vital para su seguridad personal o su reputación.

Appleby comprendió que en este índice de posibilidades creado por su imaginación en un esfuerzo por aclarar el misterio, había demasiado que era simple suposición. Del rompecabezas al cual se enfrentaba faltaban muchos pedazos, Hasta que no encontrara estos, que no tuviera más datos precisos, no se podía hacer gran cosa. Habiendo comprendido esto claramente, Appleby emergió de su meditación y puso su atención en el mundo que lo rodeaba. En esos momentos Judith interrumpía su coloquio con el duque y se volvía hacia su marido.

—John, ¿no está sonando el timbre de la puerta?

—Espero una visita —respondió Appleby—, un amigo tuyo, querida, que estará encantado de conocer a nuestro huésped.

El señor Hildebert Braunkopf o Brown, aunque evidentemente nervioso, entró en la sala de Lady Appleby con su mejor aire profesional.

—¡Bellísimo! —exclamó deteniéndose un instante en el umbral y levantando ambos brazos con el ademán de un viajero sensitivo que repentinamente se encuentra ante la majestuosidad de los Alpes—. ¡Una bellísima residencia y un maravilloso salón! Pero... precisamente allí —interrumpió sus saludos y reverencias para señalar, con un dedo blanco y gordo levantado en gesto dramático, un tramo de pared desnudo de cuadros y colgaduras— ese preciso lugar, Lady Appleby, es el indicado para colocar un excelente ejemplar del más puro arte moderno, un cuadro que yo mismo buscaré para usted y se lo proporcionaré al más bajo precio posible.

—Lo que deseamos, señor Brown —dijo Appleby—, es un ejemplar a base de diagonales y verdes ácidos; pero eso tendrá que ser más tarde. Permítame ahora que lo presente al señor duque de Horton... el señor Hildebert Brown.

—¡Señor duque! —exclamó Hildebert Braunkopf elevando las cejas y haciendo una profunda reverencia—. A sus órdenes, para servir a usted, señor duque.

—El duque ha venido a la ciudad en busca de algunos cuadros —explicó Appleby, que no había podido resistir la tentación de expresar una verdad de manera que Braunkopf entendiera otra cosa distinta.

El pequeño y rechoncho director de la Galería Da Vinci volvió a levantar los brazos, pero ahora para subrayar su gesto de profunda congoja.

—¡Y yo no mandé al señor duque una invitación a mi selecta exhibición privada a la que hoy asistieron muchas personas de la nobleza! Esta escandalosa falta se debe a que mi secretario particular está fuera del país preparando en el extranjero una importante exposición de grandes pintores modernos.

—Las pinturas propiedad del duque que se exhiben en Scamnum Court son de los grandes pintores antiguos, no modernos —aclaró Appleby.

—Lo sé perfectamente y estoy enterado de que tiene allí un gran cuadro, genuino, de Van Dyke.

Braunkopf, que no podía imaginarse lo absurdo que debía parecerle al duque que se confundiera el esplendoroso Scamnum Court con el modesto Wilton House donde se exhibía el Van Dyke, sonreía con gran cordialidad al duque.

—¿Se hospeda usted en Claridge? —preguntó.

—¿Cómo?... ¡Ah! No.

—Enviaré mi coche Daimler a donde usted me indique para que lo lleve a mi galería y pueda usted ver esta histórica exposición de las obras de Gavin Limbert.

—Temo no poder aceptar, señor... hum... Brown... Esta misma noche regreso a

Scamnum Court.

Braunkopf no se arredró. Al contrario, sus ojos voraces parecían brillar más aún.

—En ese caso será mejor que le mande a Scamnum toda la magnífica colección de Limberts, para que se monte allí una exposición privada. La Galería Da Vinci constantemente facilita exposiciones de ese género. Tengo varios automóviles que están continuamente ocupados en llevar colecciones importantes a las residencias campestres de caballeros y miembros de la nobleza.

El duque miraba a Braunkopf, verdaderamente fascinado.

—Los cuadros de Limbert llegarán a su residencia ancestral a mediados de la semana entrante —continuó Braunkopf—. No hay depósito que pagar, señor duque. Están cubiertos todos los gastos de transporte y de seguro. Puede conservar allá los cuadros todo el tiempo, que desee. Los arreglos se harán posteriormente, cuando le sea cómodo a usted.

Ante el diluvio de palabras, el duque de Horton parecía perdido. Appleby sonrió, disfrutando de la escena, y pensó que ya era tiempo de rescatar al duque.

—Es una lástima —dijo a Braunkopf—, que no pueda usted incluir la última obra de Limbert. ¡Es una verdadera lástima que haya desaparecido *El Quinto y el Sexto Días de la Creación!*

—¿No lo han encontrado todavía? —preguntó Braunkopf, desolado—. Cuando usted me telefoneó que viniera a tratar un asunto importante, creí que habría usted rescatado mi cuadro.

—Pues no lo he rescatado. Y no es su cuadro. Pertenece al duque de Horton. Además, no es, en realidad, obra de Limbert, más que en parte. ¿Lo sabía usted? —Appleby hizo la pregunta observando a Braunkopf.

Por lo visto, el hombrecito no lo había sabido. Su perplejidad parecía auténtica. Y realmente no había razón para creer que no lo fuera.

—¿Pertenece al duque? —gritó.

—Sí. Es de la colección de Scamnum Court, la residencia campestre del duque. La pintura de Limbert no es más que una ligera máscara que esconde el original robado de la galería privada de Scamnum. En realidad, señor Brown, el cuadro que usted estuvo tratando de venderme hoy era el *Acuario* de Vermeer.

—¿De Jan Vermeer de Delft!

—Sí, y una de sus mejores obras. Usted la llamaría su *chef d'oeuvre*. Una serie de circunstancias prueban, casi sin lugar a dudarse que Limbert pintó su composición abstracta encima de la obra de Vermeer con el objeto de poder sacarla del país. Por eso volvieron a robar el cuadro, llevándose esta tarde de su galería. Gavin Limbert era un joven artista que, no cabe duda, pintaba cosas interesantes, y el misterio que rodea su muerte ha hecho que la exposición de sus obras, organizada por usted, haya resultado sensacional pero nadie se tomaría el trabajo de *robar* una pintura de Limbert. ¿No es verdad, señor. Brown?

La completa sorpresa que lo embargaba hizo que Braunkopf se expresara con

sencilla veracidad. Asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Un verdadero y genuino cuadro de la alta escuela! ¡Una obra de Vermeer de Delft! —exclamó sin levantar la voz—. Pero Sir John recobraré el cuadro, señor duque; y yo encontraré para usted un comprador que esté dispuesto a pagar dos o trescientos mil dólares —mientras hablaba Braunkopf iba recobrando su aplomo—; mi comisión es solamente el cinco por ciento, y le haré a usted un pequeño descuento sobre toda la colección del joven genio Gavin Limbert.

Appleby indicó a Braunkopf que tomara asiento. No apartaba de él sus ojos, y la expresión de su rostro se había tornado severamente profesional.

—Es de Limbert de quien tenemos que hablar —dijo a Braunkopf—. El cuadro robado, que es sumamente valioso, estuvo en posesión de usted. Me va usted a contestar algunas preguntas. Primero; consideraremos su relación con Limbert. ¿Usted lo conocía personalmente?

—¿Que si yo lo conocía personalmente? —Braunkopf se pasó la lengua por sus labios reseco; de pronto se había convertido en un ser escurridizo y a la defensiva—. ¿Quiere usted decir, Sir John, que si el pintor era un buen amigo mío?

—Usted sabe perfectamente qué es lo que quiero decir —le respondió Appleby con brusca impaciencia—. Quiero saber todo acerca de sus relaciones con él. ¿Limbert le llevaba sus cuadros para que usted los vendiera?

—Para que yo tratara de venderlos. Es muy difícil vender las obras de los pintores jóvenes. Aun la Galería Da Vinci tropieza con dificultades para encontrarles compradores; y con referencia a Limbert y a todo su grupo, le aseguro que no ha sido fácil.

—¿Pertenece Limbert a un grupo? ¿Tenía asociados? Esos son los informes que busco, señor Brown; veo que usted nos va a ser de gran ayuda —Appleby volvía a hablar cortésmente—. ¿Como grupo no eran conocidos estos jóvenes, es decir, no había mercado para sus pinturas?

Braunkopf asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—Hasta que hubo un golpe de suerte, Sir John.

—¿Un golpe de suerte?

—Hasta que Limbert murió sensacionalmente. Antes de eso, no se podía hacer nada. Constantemente exhibíamos en la galería los cuadros y las tallas de Limbert y de sus amigos; pero nadie quería comprarlos, cuando menos nadie que tuviera con qué pagarlos.

—¿Diría usted que el grupo se sentía agraviado por eso? ¿No era la actitud de ellos la de enfrentarse a un mundo incomprensivo y cruel al que debían arrebatarse lo que pudieran?

Era claro que la pregunta hecha por Appleby había dejado perplejo a Braunkopf.

—Naturalmente —contestó después de un momento—; todo el mundo piensa así. La vida es un continuo arrebatarse. Todos arrebatan lo que pueden y cuando pueden..., ¿no? Pero, se me olvidaba..., la vida es también arte... y belleza.

Al pronunciar las últimas palabras Braunkopf se acordó de lanzar una mirada admirativa a Lady Appleby y otra a su sala.

—¿Eran Limbert y sus amigos algo alocados? ¿Hablaban de vengarse de la sociedad? ¿Se expresaban en contra de determinadas clases o grupos sociales? ¿Critocaban a personas ricas diciendo que ellas se vanagloriaban de poseer colecciones de pinturas de Tos viejos maestros, pero que jamás hacían nada en favor de los jóvenes artistas que se morían de hambre?

—Boxer habla así.

—¿Boxer? ¿El que tiene su estudio en el mismo edificio de la calle Gas?

—Sí, Sir John.

—¿Y Limbert?

Braunkopf movió la cabeza negativamente.

—Limbert nunca se refería a la incompreensión del público ni se quejaba de dificultades económicas. Debe usted recordar, Sir John, que la familia de él le proporcionaba suficiente dinero para que viviera con comodidad y sin preocupaciones. Limbert arrebatava, pero cuando arrebatava, pagaba..., como recuerdo que una vez... —se interrumpió bruscamente— pero no, no recuerdo nada.

—Vamos, vamos, señor Brown, me doy cuenta de que ha recordado usted alguna cosa importante.

—No, no, Sir John; me equivoqué. Ahora le daré los informes que pueda sobre los amigos de Limbert.

—Esos informes me los dará después; por el momento me interesa otra cosa —insistió Appleby, inexorable—; a ver... Limbert tomava lo que quería, sin ceremonia alguna, pero pagava..., ¿no es eso? Algo por el estilo ha dicho usted y ha estado a punto de relatarnos un suceso que ilustrara lo dicho. Yo creo que lo que iba a narrar se relaciona con otro aspecto del caso..., con algo que supe que había ocurrido el último día que vivió Limbert, por lo tanto, necesito saber qué era lo que nos iba a decir usted. ¡Vamos, lo exijo!

Braunkopf se estaba contorsionando de un modo extraño. Parecía no poder respirar. Atenazado por alguna sumergida emoción, el propietario de la Galería Da Vinci se debatía, desesperadamente y la piel de su rostro redondo había adquirido, apropiadamente, un tono verdoso como los favorecidos por Leonardo. De pronto, sorprendió a los Appleby y al duque de Horton con un indescriptible aullido que se prolongó hasta convertirse en una especie de gemido semiarticulado.

—¡El Jan Vermeer de Delft! —exclamó gimiendo—. ¡Sir John, Lady Appleby, señor duque! Pude haberlo comprado yo, por quince chelines... en casa del viejo Moe.

Caritativamente, Judith sirvió una copa de coñac a Braunkopf. Después de todo, él era su protegé, al tiempo que le ofrecía la copa, le habló severamente:

—¿En casa del viejo Moe, señor Brown? ¿Se refiere al viejo Moe Steptoe?

—Sí, Lady Appleby; pero no es que yo tenga tratos con Moe. Todas las personas

con quienes la Galería Da Vinci trata son absolutamente respetables y de la mejor sociedad; lo que pasó es que me encontré a Limbert mirando las cosas que había en la vitrina de Moe.

—¿Y quién diablos es el viejo Moe Steptoe? —preguntó Appleby, volviéndose hacia su mujer.

—Un escandaloso rufián que tiene una tienda de cosas viejas; está por el rumbo de Chelsea. Me sorprendería que tu gente de Scotland Yard no lo conozca. Se dice que tiene una posición de importancia dentro de las esferas que quedan al margen de la ley y donde se comercia con obras de arte.

—Por eso nuestro respetable amigo aquí presente no hizo más que asomarse a la vitrina del establecimiento de ese sujeto —declaró Appleby, con ironía, y volviéndose a Braunkopf, preguntó—: ¿Está usted de acuerdo con mi esposa en suponer probable que Scotland Yard se interese por ese tipo llamado Moe Steptoe?

—Precisamente, Sir John, allí detrás de mí y de Limbert, frente a la tienda del viejo Moe, estaba la policía.

—¡Ah..., comprendo! Debe haber sido muy molesto para usted y para Limbert.

—Muy molesto para el viejo Moe, Sir John; el hombre estaba asustadísimo. Ahora me doy cuenta de que ése fue el motivo por el cual Limbert pudo llevarse los cuadros.

—¿Llevarse los cuadros? Es necesario que nos haga un relato coherente de todo esto. ¿Cuándo sucedió?

—Fué el lunes por la tarde —respondió Braunkopf, después de reflexionar un momento—, no este último lunes, sino, el anterior.

—Es decir, el lunes 15 de octubre, ¿no? ¿Y Limbert estaba, afuera de la tienda de Steptoe, mirando las cosas que había en el escaparate? Usted, señor Brown, pasaba por allí, vio a Limbert, se detuvo a saludarlo y luego ambos entraron juntos, ¿fue así?

—Exacto, Sir John; Limbert me pidió que lo apoyara.

—¿Que lo apoyara?

—Sí; en caso de que viera algo que le gustara, discutiría el precio y quería que yo lo ayudara en la discusión.

—¿Y qué era lo que quería comprar?

—Lienzos, Sir John, naturalmente —contestó Braunkopf, sorprendido.

—¿Quiere usted decir que este sujeto vende, a más de cosas viejas; artículos para pintores; lienzos, pinturas, etc.?

—No, Sir John; el viejo Moe sólo vende cosas viejas. Los jóvenes pintores frecuentemente compran, en tiendas como la del viejo Moe, viejas pinturas al óleo; raspan los lienzos y los utilizan. Resultan más baratos.

—¡Qué idiota he sido! —exclamó Appleby. Miraba a Braunkopf como fascinado por el esférico alemán. Maquinalmente cogió la botella de coñac y se sirvió una copa, luego continuó—: Un buen lienzo es casi un artículo de lujo en estos tiempos; por eso Limbert andaba en busca de viejos óleos sin valor artístico, para utilizar los

lienzos..., y usted lo estaba ayudando; por algún motivo que no sabemos, la policía andaba por allí... Todo esto resulta bastante claro. Continúe usted.

—No había nadie en la tienda; empezamos a curiosear. Limbert no encontró nada que le fuera útil. Como era un joven que solía impacientarse, empezó a llamar, a gritos; y fue precisamente cuando él gritaba; exigiendo que se le atendiera, cuando entraron los dos policías. No iban uniformados, pero los reconocí inmediatamente.

—¡Qué interesante, señor Brown!

—Anteriormente yo les había prestado algunos servicios —explicó Braunkopf con dignidad—. Uno de los policías era el Inspector Gow...

—Y el otro seguramente era Fox; ambos se dedican a seguir la pista a determinado tipo de objetos robados, incluyendo obras de arte; pero siga usted, señor Brown.

—Detrás de la tienda hay un cobertizo donde suele trabajar el viejo Moe. Al ver que nadie acudía a sus gritos, Limbert abrió la puerta de una patada. Allí estaba Moe. Lo sorprendimos; dio un brinco y luego se puso furioso.

—¿Por qué?

—Porque estaba trabajando.

—¿En qué?

—Acababa de poner una capa de pintura a un gran lienzo que estaba colocado en un caballete. La pintura todavía estaba fresca. Tan luego como Limbert vio el lienzo embadurnado, dijo a Moe: “Creo que ese lienzo me servirá; lo compro”.

—¿Y había algo desusado en tal proceder?

—No, Sir John, nada desusado. Moe bien puede poner una capa de pintura nueva sobre, un óleo viejo; y lo hace con frecuencia, aumentando así, en unos cuantos chelines, el valor de la tela.

—Bien. ¿Y qué más?

—Steptoe dijo que aquel lienzo no estaba en venta... fue entonces cuando yo me di cuenta de que el viejo Moe estaba preso de verdadero pánico; y en aquel momento entró Gow.

—¿Y Fox?

—Venía detrás de Gow. Entraron los dos. Moe los conocía bien. Palideció al verlos.

—Siga...

—Durante unos instantes: los policías, estuvieron sin hablar, como severos centinelas. Limbert seguía examinando el lienzo y dijo a Moe: “Eres un viejo rufián, Moe; pero no debes decir tonterías. ¿Por qué no ha de estar a la venta este lienzo, si todo lo que tienes aquí, es para vender? Te doy quince *bobs* por él”. Moe no podía hablar; abría la boca, pero de ella no salía palabra; y sus ojos parecían querer saltar de sus órbitas. El hombre estaba aterrorizado. Limbert cogió el cuadro y sacó quince chelines de su bolsillo; de pronto advirtió un pequeño óleo que estaba puesto en el suelo, recargado contra la pata de una mesa. “¿Qué es esto?”, preguntó Limbert sin

quitar los ojos de aquel cuadrito. Moe tampoco quería venderlo y pidió a Limbert que lo dejara donde lo había encontrado; pero Limbert sostuvo que él tenía derecho a examinar cualquier mercancía que se ofreciese a la venta, y siguió examinando el cuadrito hasta que por fin dijo que pagaría cinco *bobs* por él, y añadió que cinco *bobs* era un buen precio por una imitación de Stubbs. “¡Nada de imitación!”, gritó Moe. “¿Cómo? ¿No pretenderás que es un *Stubbs* auténtico?”, preguntó Limbert. Moe no contestó. Yo veía que estaba sudando. Los dos policías lo miraban y esperaban que nos fuéramos para hacerle preguntas acerca de un robo reciente. Moe estaba desesperado. Creo que nunca había yo visto un hombre tan desesperado como lo estaba él en aquellos momentos.

—¿Así, dejó que Limbert se llevara los cuadros?

—Exactamente; y su voz temblaba de una manera muy rara cuando contestó a Limbert: “Claro que no es un auténtico *Stubbs*. ¿Cómo iba a estar un *Stubbs* en una tienda como la mía?”. Limbert aprovechó inmediatamente la ocasión. “Entonces, aquí están tus cinco *bobs*”, le dijo, sacando de su bolsillo un billete de una libra y guardándose las monedas de plata que tenía en la mano. “Adiós, Moe”, le dijo por último. “Y no dejes a tus clientes esperando”. Tras eso salimos del cobertizo, llevándonos los dos cuadros; el grande y el pequeño. Y resultó que después de todo aquello, Limbert no estaba satisfecho. “Nunca pintaré nada en un lienzo de esas dimensiones —me dijo—. Se la doy por los mismos quince *bobs* que pagué al viejo Moe”. Pero usted comprende, Sir John, que a mí de nada me servía una tela en blanco, es decir, con una capa de pintura clara. Un lienzo en blanco es como una pared en blanco; carece de atractivo. Ninguna habitación de personas cultas y acomodadas, amantes de la belleza, debería quedarse con las paredes en blanco... ¿Verdad, Lady Appleby?

El duque de Horton había escuchado con profunda atención, aunque por momentos perplejo, la narración del propietario de la Galería Da Vinci. De un trago terminó su copa de coñac y se puso de pie.

—Mi querido Appleby, ¿no sería bueno que nos pusiéramos en marcha inmediatamente y localizáramos a ese bribón de Steptoe?

—Esta misma noche se le hará una visita, duque; creo que usted debe dejar el asunto en manos de la policía. Le aseguro que no perderemos tiempo. Es posible que para estas horas Steptoe haya recuperado el *Acuario*.

—¿En buen estado? No me gusta la idea de que ese villano haya puesto una capa de pintura sobre el cuadro. No lo comprendo. ¿Quiere decir que este Limbert podía realmente pintar algo sobre la capa de pintura aplicada por Steptoe, sin darse cuenta de que debajo de esa capa había otra pintura?

—Creo que sí, duque —dijo Judith—; lo único que Limbert sabría es que tenía a su disposición un lienzo del siglo XVII o XVIII. Y tal cosa no es rara. Para poder utilizar algunas viejas pinturas habría que ponerles dos o tres capas de pintura o lavarlas con sosa, pero en el caso de una obra de Vermeer, casi nada del original

quedaría visible a través de una capa aplicada encima; y en caso de que algo se viera, no sería suficiente para dar a Limbert una idea de la composición original.

—¿Así, pues, este pintor Limbert pudo ser un actor inocente en todo este enredo?

—No podemos estar seguros de eso —replicó Appleby—. Es indudable que Limbert sabía que el pequeño cuadro que le arrebató, a Steptoe, era un legítimo *Stubbs*; y aunque él no tenía manera de averiguar quién podía ser el verdadero dueño del cuadro, debió tener grandes sospechas de que Steptoe no lo había adquirido legalmente. Steptoe tuvo que vendérselo para no correr el riesgo de llamar la atención de Fox y Gow. Eso debió motivar que Limbert se preguntara si el otro cuadro no había sido igualmente robado, y consiguientemente, también valioso. Pero tal vez no lo pensó. Si el relato que me hizo Grace Brooks acerca de un desconocido que discutió con Limbert en la escalera del edificio de la calle Gas es verídico, ese desconocido no pudo ser otro que Steptoe, quien seguramente iría en busca de Limbert para intentar recobrar los cuadros. Si Limbert no tenía sospechas hasta ese momento, o si el asunto no presentaba para él gran interés, me parece muy probable que después de la visita de Steptoe, haya variado de parecer. Y unas pocas horas más tarde había muerto.

## CAPÍTULO NÚMERO

### 6

Recordando, algún tiempo después, los acontecimientos de aquella noche, Appleby llegaría a sentir que se había dedicado a recuperar la pintura de Vermeer perteneciente al duque de Horton sin considerar la verdadera importancia del asunto y sin darse cuenta cabal de las dificultades del caso. Y en eso, habría de confesarse, estuvo en un error. Porque el *Acuario* no solamente era sumamente valioso, sino también en extremo bello. Debería haberse recurrido a toda la fuerza de Scotland Yard para asegurar la recuperación de la famosa obra de arte. Sin embargo, Appleby se había enfrentado, él solo, al misterio que envolvía el caso Limbert. Tal vez estaba influido por lo que había oído decir del fiasco que había resultado la redada aparatosamente llevada a cabo en el *cabaret Thomas Carlyle*. Quizá fue debido a una completa confianza en sí mismo; confianza basada en una larga carrera de éxitos en la persecución de criminales. Sea cual fuese el motivo determinante, el caso es que Appleby salió de su propia casa, tomó un autobús que lo dejó en la plaza Sloane y caminó hasta encontrarse frente a la tienducha del viejo Moe Steptoe. El lugar estaba a oscuras, lo cual era de esperarse. Serían aproximadamente las diez de la noche.

Appleby siguió caminando sin detenerse. La callejuela estaba mal alumbrada. Apenas podía distinguir un amontonamiento de pedazos de madera llenos de tierra y cubiertos por una persiana rota. Arriba, un rótulo casi ilegible parecía dar a entender que el señor Steptoe era comerciante en antigüedades y curiosidades. Appleby dio la vuelta a la manzana sin encontrarse más que con un gato que efectuaba su paseo nocturno. Al llegar otra vez frente a la puerta de la tienda de Steptoe, se detuvo, aparentemente con el solo objeto de encender su pipa. Vio, a través del sucio cristal de la puerta, un letrero que indicaba que la tienda estaba cerrada. Examinó la mercancía acumulada en aquel tugurio y no pudo menos de preguntarse por qué no dejar la tienda cerrada permanentemente, ya que le parecía muy improbable que cualesquiera de los objetos que estaban allí a la venta llegaran a ser efectivamente artículos de comercio. Vio una caja de cartón llena, de pelotas de golf, ennegrecidas y rotas; junto a la caja había una raqueta de *tennis*, modelo del siglo XIX, sin cuerdas. Cacerolas agujereadas, y jarros sin; asas; un rollo de lona podrida se exhibía como si fuera una alfombra y un cofrecillo con tapa de vidrio mostraba su horripilante contenido: un cementerio de mariposas casi totalmente convertidas en polvo. El único objeto de arte era una reproducción oleográfica del Caballero Riente, y el cuadro estaba desfigurado por una rotura en la nariz del caballero. Era de suponerse que en los rincones y al fondo (Appleby no lograba distinguir hasta allá en la semioscuridad) se encontrarían montones y más montones del mismo tipo de lóbrega basura.

Appleby cruzó la angosta calle. Pensaba que lo probable era que Steptoe tuviera sus habitaciones allí mismo, encima o al fondo de la tienda. En la hilera de edificios que flanqueaba la calle se veía aquí y allá alguna luz en un segundo piso, pero directamente arriba de la tienda; de Steptoe sólo había la más completa oscuridad. Appleby volvió a caminar hasta la próxima esquina, pero en esta ocasión contando sus pasos. Atrás había un callejón angosto y oscuro. Por él se encaminó hasta llegar al punto que juzgó quedaba precisamente a espaldas de la tienda. Braunkopf había mencionado un cobertizo donde Steptoe acostumbraba hacer algunos trabajos. Sir John sacó de su bolsa una linterna eléctrica y la encendió. Entonces pudo ver, al fondo de un pequeño patio cerrado por una barda de ladrillo de unos ocho pies de alto, un techo en declive. Supuso que correspondía al cobertizo. Todos los edificios de aquella calle tenían al fondo; patios semejantes. La ancha puerta de la barda daba acceso a ellos. Appleby calculó que por aquella puerta apenas podía salir un carro. Le dio un empujón, pero la puerta no cedió. Seguramente estaría asegurada por dentro. Entonces Sir John se dedicó a escudriñar a lo largo del oscuro callejón. Encontró un bote, grande de hoja de lata lleno de basura. Lo llevó hasta la puerta de la barda, lo colocó boca abajo y, trepando en él, saltó la barda y cayó al otro lado.

Se detuvo unos instantes, contento de su ilegal proceder. Lo envolvía una oscuridad total. Sacó otra vez su linterna y, cautelosamente, iluminó el sitio donde se levantaba el cobertizo que ocupaba casi la mitad del patio. Tenía una puerta que abría al mismo patio, y seguramente habría otra puerta en el interior de él que comunicaría con la tienda. El muro trasero de la tienda era también pared del cobertizo. Appleby se puso a examinar la construcción, sin tener grandes esperanzas de poder penetrar en el interior. La puerta estaba asegurada con pasador y con llave; la ventana tenía persianas y un fuerte candado. Appleby caminó a lo largo del muro, dio vuelta y se encontró con una puerta que comunicaba el edificio con el patio. También estaba cerrada con llave. Sin titubear, Appleby llamó con fuerza. Esperó unos diez segundos y volvió a llamar. La llamada de noche a la puerta... Appleby pensó que resultaba casi necesario creer que los hombres de las cavernas tenían puertas en ellas, tan oscura y primitiva es la reacción motivada por una llamada a una puerta. No había más que silencio; el murmullo apagado del lejano, tránsito y el melancólico silbido de una sirena de alguna embarcación en el río. Appleby llamó por tercera vez. En la tienda de Steptoe se encendió una luz.

—¿Quién es? —demandó una voz insolente.

—Policía.

—¿Cómo voy a saber si es cierto? A lo mejor son ladrones. ¡Váyanse!

—Abra la puerta, deje puesta la cadena y le enseñaré mi credencial.

—No haré semejante cosa. Aquí tengo objetos de mucho valor, de muchísimo valor... y a la mejor usted está armado. Es poco razonable lo que me pide; si estuviera uniformado la cosa sería distinta.

—Muy bien, señor Steptoe; tiene usted algo de razón. Haré que dentro de cinco

minutos se presenten uniformados a vigilar las puertas de entrada y yo regresaré con una orden judicial.

—¡Una orden judicial! No creo que usted sea policía —la voz de Steptoe se volvió desdeñosa, pero había en ella algo de alarma—; ningún policía diría semejante sandez. ¿Dónde espera usted obtener una orden judicial a estas horas de la noche?

—Pierda cuidado; no tendré ninguna dificultad para ello. Da la casualidad que soy el subjefe de la policía.

Hubo un momento de silencio. Steptoe estaba estudiando la situación.

—Muy bien —dijo por fin—; le creeré —se oyó el correr de un pasador—, pero le advierto, que estoy armado.

—¿Está usted armado; señor Steptoe? ¿Y tiene licencia para portar esa arma? —preguntó Appleby.

—No fue eso lo que quise decir.

Appleby oyó pasos que se alejaban rápidamente y luego volvían a acercarse; en seguida, el ruido de otro pasador que se hace correr, seguido por el de una llave girando en una cerradura. La puerta se abrió. Sir John se encontró amenazado por la punta de un mohoso sable que, sin duda, Steptoe acababa de elegir entre su “mercancía”.

—Entre.

Hecha la invitación, Steptoe dio un paso atrás, franqueando el camino a Appleby. Lanzó a su visitante una mirada escudriñadora y en seguida tiró el sable sobre un viejo paragüero.

—Buenas noches; señor —saludó—; perdone que dudara, pero usted comprenderá que debo tener, mucho cuidado.

Appleby se dio cuenta de que el viejo Moe lo había reconocido.

—Sin duda, señor Steptoe —respondió—; sobre todo teniendo aquí tan valiosos objetos.

—Eso fue solamente un decir, señor —explicó Steptoe, visiblemente alarmado—; uno tiene que sostener la confianza del público soltando comentarios de esa naturaleza; pero la verdad es que ahora los negocios van mal, muy mal, se lo aseguro. Estaba yo hablando de ello con mi amigo, el inspector Gow, hace apenas unos días. Como uno se fija estrictas normas de conducta, son los que hacen la vista gorda y aceptan toda clase de objetos sin preguntar su procedencia quienes; se llevan las ganancias en este negocio. Hay mucha deshonestidad, señor; la comunidad entera padece deshonestidad, a pesar de los magníficos esfuerzos de la policía. La honradez ha sido siempre el lema de mi negocio, o para ser más exacto, honradez y servicio; pero este lema me hace la vida difícil.

—Entiendo, señor Steptoe, que usted es muy conocido en determinados departamentos de la Jefatura de Policía; seguramente se debe a que usted es un mártir de las altas normas de rectitud en los negocios.

—Es muy amable de su parte decirlo, señor, muy amable.

Step toe miró de soslayo a su visitante. El viejo Moe no era en realidad muy viejo. Tampoco era joven, sino lo que se llama un tipo difícil de clasificar. A no ser por la inflexible honradez de que hacía alarde, no tenía ninguna característica notable. Y aquello de la honradez era mucho menos que probable.

Empezó a caminar hacia atrás, en dirección a la parte posterior de su tienda. Tal vez caminaba así en prueba de respeto hacia un subjefe de la policía, o pudiera achacarse a un residuo de cautela, en vista de la posibilidad de ser asaltado, o quizá sólo era debido a que el lugar estaba tan atestado de objetos de todas clases, todos horribles, inútiles y destruidos, que el darse vuelta resultaba difícil.

—¿No gusta usted subir a mi oficina? Allí podemos charlar cómodamente; y si hay algún informe que yo pueda proporcionarle...

—Espero que me proporcione algo más que informes, señor Steptoe. Vamos; lo seguiré.

La escalera era angosta, desvencijada y, en su mayor parte, había sido convertida en librero. Al ir ascendiendo, los ojos de Appleby se encontraban, a cada paso, con distintos niveles —en más de un sentido— de actividad literaria. Y solamente allí en la escalera se veía algún indicio de cierto sumergido instinto de orden del propietario de aquel tugurio; sentido de orden que, sin embargo, se ponía de manifiesto curiosamente. El Rey Lear había sido colocado junto a La reina Victoria y su pueblo, al que seguía La República, de Platón. Un deshilachado ejemplar de La Divina Comedia hacía compañía a un manchado volumen titulado Mil millas de milagros en China, y en seguida Veinte mil leguas de viaje submarino quedaba cerca de Mujercitas, que hacía pareja con Grandes esperanzas. Al lado de A tono con el infinito quedaba Teoría de la armonía; y al lado de Locomotoras de petróleo, Espíritus selectos. Appleby sonreía, divertido. De pronto, Steptoe lo introdujo en lo que él llamaba su oficina.

La habitación tenía todas las apariencias de ser alcoba y cocina. Sin embargo, un viejo escritorio sobre el que se acumulaban papeles, una antiquísima máquina de escribir, un teléfono y un archivero, atestiguaba la actividad comercial del viejo Moe. El anfitrión quitó una sartén de encima de un desvencijado sofá relleno de crin y ofreció asiento a su huésped.-

—Estoy a sus órdenes, señor. Dígame en qué puedo servirlo. El inspector Gow le habrá dicho que siempre estoy dispuesto a colocarme del lado de la Ley y del Derecho; muy dispuesto, se lo aseguro. Si hay algunos informes... —interrumpió y con ademán teatral golpeó su frente con los dedos de la mano derecha—, pero antes le ruego que me permita hablar por teléfono. Se trata de un asunto de familia. La llegada de usted hizo que me olvidara totalmente, y es urgente; se trata de un enfermo...

—Hable usted, señor Steptoe.

El viejo Moe marcó un número.

—Habla Moe —dijo a los pocos instantes—. Estoy muy preocupado por la tía

Aggie... ¿Dices que ha empeorado? ¡Válgame Dios! —su voz denotaba preocupación y congoja—. Puede ser peligroso; ya lo creo. Deben llamar al doctor; digo que deben llamar al doctor cuanto antes; a ver si es posible que se la lleven pronto... ¡Pobre viejecita! ¿No me digas? Ted los ayudará..., y tal vez Alfie también. Es una pena, una gran pena... Si al menos ella pudiera tolerar algo en el estómago... —colgó el auricular—. Responsabilidades de familia, señor —explicó a Lord Appleby—, que gravitan sobre mis espaldas, lo debo confesar. En estos tiempos ya no hay sentido de responsabilidad en las familias, como la había anteriormente, y esto hace que las cargas sean más pesadas para aquellos miembros de la familia que sí tienen sentido de responsabilidad, ¿no cree usted? Ya se habrá dado cuenta de que yo tengo un gran afecto a mi vieja tía Aggie...

—Sin duda, señor Steptoe.

Appleby estaba realmente divertido con el proceder del viejo Moe. Le hacía gracia que el pillo tratara de engañarlo tan infantilmente. Sin embargo, pensó que tal vez él no debería haber permitido que aquel rufián efectuara la aparentemente absurda llamada telefónica. Por otra parte, la conversación sostenida por Steptoe había hecho que Appleby desechara cualquier duda que pudo haber tenido acerca de la culpabilidad, del comerciante en “antigüedades y curiosidades”. No cabía ni la menor duda de que Steptoe estaba inodado en el robo del cuadro de Vermeer. “La tía Aggie” era el *Acuario*, y estaba en peligro de que “se lo llevaran pronto”. Lo que Appleby no podía adivinar era en qué lugar se encontraría el cuadro en esos momentos. ¿Estaría allí en el edificio donde Steptoe tenía sus habitaciones, su tienda y su cuarto de trabajo? ¿Estarían Ted, Alfie y el médico a punto de llegar para rescatar el cuadro? ¿Habrían sido las instrucciones de Steptoe en el sentido de que se llevaran el cuadro de donde estuviera y lo depositaran en otro lugar? Mientras pensaba todo esto, Appleby hablaba amablemente con el viejo Moe.

—Espero que su tía vuelva pronto a ser lo que era —le dijo—; tal vez sólo necesite un cambio de aire.

Steptoe recibió los buenos deseos de Appleby con evidente gratitud.

—Gracias, señor; es para mí una gran satisfacción oír sus amables palabras —lanzó una furtiva mirada al reloj que estaba sobre la chimenea—. Ahora estoy a su disposición, enteramente a su disposición; podemos charlar con toda calma.

Pero calma era precisamente lo que no debía él permitirse, pensó Appleby. La llamada telefónica que había hecho Steptoe indudablemente pondría las cosas en movimiento, y eso estaba bien. Ahora, el primer paso debía consistir en averiguar lo más posible sobre el grupo organizado que había robado el cuadro de Vermeer. Steptoe era un hábil bribón; pero Appleby no creía que fuese él quien había dirigido el asunto. Tenía astucia, pero para llevar a cabo el robo se había necesitado algo más que astucia. Entre los cómplices, forzosamente, había uno que era hombre educado, o

cuando menos, bien informado. Además, ese u otro del grupo había estado en condiciones de poder informarse detalladamente acerca del manejo doméstico de Scamnum Court. Alguno había podido escribir una carta, que los duques de Horton creyeron escrita por un culto aristócrata italiano; y alguien había tenido las facilidades para enviar, de Italia a Inglaterra, un mueble valioso. Probablemente la función de Steptoe sólo había consistido en recibir y disfrazar los cuadros robados, actividad que bien podía ser habitual en su negocio. Y Steptoe había fracasado en la parte que le correspondía. La combinación de Gow Fox y un dominante Gavin Limbert había resultado demasiado fuerte, permitiendo que el botín le fuera arrebatado de las, manos. Seguramente él mismo había decidido poner en práctica alguna treta para recuperar lo perdido y había ido en busca de Limbert, dando así ocasión a que se desarrollara la escena de la que había sido testigo Grace Brooks y la cuál, había relatado a Appleby y Cadover. El siguiente intento, que sí había tenido éxito, había sido el robo cometido en la Galería Da Vinci, y eso seguramente lo había proyectado y llevado a cabo el grupo. ¿Dónde estaría el cuadro en aquel momento y cuál sería el siguiente, paso que darían los ladrones?

Habían recuperado el *Acuario*, que era, con mucho, la parte más importante de su botín; y lo habían recuperado convenientemente disfrazado por la labor —tal vez inocentemente hecha— de Limbert. Pero, aquel disfraz ya no era útil porque la pintura de Limbert resultaba ahora igualmente un cuadro robado. Por tanto, y para correr el menor riesgo posible, era necesario dar al cuadro de Vermeer un nuevo disfraz. ¿Volverían a encargarse de ello a Steptoe? En el caso de que así fuera, el cuadro debería estar escondido en la tienda del viejo Moe o en sus habitaciones, y si era así, la llamada telefónica de Steptoe había sido para pedir auxilio. Pero en el caso de que no se le hubiera encomendado el trabajo de volver a disfrazar el cuadro, la llamada no había sido más que un aviso. Moe había sido lo suficientemente astuto para adivinar que la presencia de un alto funcionario de Scotland Yard en el patio de su casa no se debía a alguna pequeña violación de la ley; comprendió que la policía sabía que él estaba complicado en el robo cometido en Scamnum Court.

Hasta la fecha, los acontecimientos habían favorecido a Appleby; se había enterado de muchas cosas que necesitaba saber. Pero existía el peligro de que ahora la iniciativa pasara al campo contrario, y ese peligro, se agudizaba desde el momento en que él se lanzó sólo a la aventura, quedando, por el momento, incomunicado y privado de la ayuda que la organización de Scotland Yard debiera prestarle. No, no tenía tiempo que perder, se repitió. Precisaba sacar al viejo Moe todos los informes posibles.

—Señor Steptoe, supongo que usted sabrá el valor del *Acuario* de Vermeer.

—¿El *Acuario* de Vermeer, señor? No comprendo —respondió Steptoe, y en su rostro se contrajo un músculo.

—Creo que me comprenderá perfectamente, señor Steptoe. Los jueces de Su Majestad Británica, dentro de sus funciones como guardianes de la propiedad

privada, toman en consideración, al juzgar a quien comete un robo, la importancia de ese robo; es decir, el valor real de lo robado. La persona que roba o que ayuda a que se efectúe el robo de un objeto de gran valor arriesga verse privado de su libertad por largo tiempo, pues naturalmente el juez dicta la sentencia de acuerdo con el monto de lo robado —Appleby sonrió amablemente—. Sin duda que esto lo habrá estado preocupando, señor Steptoe.

Con un movimiento rápido y serpentino Steptoe se pasó la lengua por los labios.

—No sé de lo que está usted hablando —dijo.

—De algo trivial, señor Steptoe; o cuando menos, resulta trivial en comparación con otra cosa de la cual le voy a hablar ahora. Usted visitó el estudio de Gavin Limbert el lunes 22 de octubre. Fue con el objeto de recobrar el cuadro de Vermeer así como, el pequeño óleo de Stubbs. Fracasó usted en su intento. Y a la mañana siguiente Limbert fue encontrado en su estudio, asesinado.

Presa de intenso temblor, Steptoe se puso de pie. Apenas podía sostenerse.

—Le digo que no sé nada de eso. Habla usted de cosas que yo no entiendo. Solamente porque en el pasado, he tenido algunas dificultades con la policía, ahora me quiere colgar a mí este asunto.

—No sea tonto, Steptoe; sabe perfectamente que no acostumbramos hacer semejantes cosas; además, hay testigos en su contra. Gow y Fox estaban presentes cuando usted, prácticamente cogido en una trampa, dejó que Limbert se llevara los cuadros, y usted fue visto y oído cuando discutía con el pintor en la puerta de su estudio, poco antes de su muerte. Se encuentra usted en una situación sumamente delicada, amigo, y haría bien en admitirlo.

—Está usted loco —afirmó Steptoe, al tiempo que lanzaba, otra furtiva mirada al reloj—; y exijo hablar con mi abogado. Ahora mismo lo llamaré, por teléfono.

—Llámele cuantas veces quiera. Parecen gustarle las comedias telefónicas.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a la comedia que representó hace un rato, cuando me quiso hacer creer que estaba llamando a Ted y a Alfie y al médico para que atendieran a la pobre tía Aggie. ¿Se imagina usted, buen hombre, que con un truco tan burdo como ése iba a engañar a un policía de Scotland Yard? Tengo más de veinte años de experiencia, no lo olvide. No me iba a quedar aquí sentado, tan tranquilo, mientras usted avisaba a sus amigos, si no fuera porque yo ya había hecho los arreglos necesarios para aprovechar esa llamada suya —Appleby movió la cabeza y sonrió indulgentemente—. Comprendo muy bien por qué está usted tan interesado en aquel reloj. Pues bien, el domicilio al que usted llamó por teléfono está en estos momentos vigilado por la policía; hay alrededor de él un cordón policíaco.

Después de expresar sin el menor sonrojo tan absoluta mentira, Appleby sacó su pipa del bolsillo de su chaqueta y empezó a llenarla de tabaco.

—Mi opinión es que en este asunto usted puede representar el papel que escoja. Si es ambicioso, Steptoe, puede usted ser uno de los peces gordos que caerán en

nuestra red; pero si usted prefiere seguir nadando: tranquilamente en las aguas no muy limpias de sus actividades, pues... creo que podría arreglarse.

—Tengo que pensarlo. Me tiene usted que dar tiempo para pensar.

—Puede pensar después. Tendrá bastante tiempo para hacerlo. Pero temo que de todos modos tendrá que ir a la cárcel. Eso sí que no podrá evitarse. Pero tal vez sea por cortísimo tiempo..., debido a que usted, sin pensarlo detenidamente, recibió objetos robados, de lo cual se arrepintió muy pronto. Diremos que se acordó de que la honestidad es el lema de su negocio, y que por eso usted se apresuró a relatar toda la historia a la policía e hizo todo lo posible porque el pobre duque de Horton recobrar los cuadros de su propiedad.

Appleby encendió un fósforo. Pensaba que la vida de un policía es obstinadamente desagradable; pero por fortuna también es, a veces, peligrosa; lo que, en opinión de Sir John, recompensaba en algo y le permitía, conservar el respeto de sí mismo. Tuvo la sospecha de que durante la próxima media hora no escasearía el peligro.

—Bueno —murmuró Steptoe, dejándose caer en una silla—; he sido un tonto, lo reconozco; pero usted comprende, señor, que en mi negocio surgen tentaciones... grandes tentaciones.

—Eso lo dejaremos para su abogado, ¿no le parece? Sus luchas morales pueden tener interés para un jurado, pero lo que me interesa a mí es el cuadro de Vermeer. ¿Dónde lo tiene? —Appleby hizo la pregunta en un tono mucho más duro que el empleado hasta entonces.

—No está aquí, señor; me negué a guardarlo otra vez. Precisamente me estaba desentendiendo de todo el negocio..., se lo juro.

—¿Llama usted desentenderse al haberse comunicado con sus cómplices?

—Lo único que quería era que se fueran y se llevaran el cuadro; que me dejaran en paz. ¿Qué iba a ganar yo en el asunto? Cincuenta *quids*, cincuenta miserables *quids*, créamelo. Es verdaderamente injusto.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —declaró Appleby, haciendo esfuerzos por captar algún ruido—; pero no me ha dicho dónde está el cuadro. Dígamelo de una vez.

—No está lejos de aquí, nada lejos, señor —aseguró Steptoe en un tono que parecía implicar que el hecho de que el cuadro robado se encontrara a corta distancia fuera un atenuante—. Está a unas cuantas calles de aquí, donde se alojan las personas a quienes llamé por teléfono. Seguramente sus policías ya les habrán echado el guante —Steptoe lanzó una mirada escrutadora a Lord Appleby—. En realidad, podríamos decir que ya para ahora ha pasado todo, salvo las molestias que tendremos que soportar nosotros, los que hemos caído en la red... Así, pues, si usted quiere tomar mi declaración...

—Deme el teléfono.

—Con todo gusto.

Step toe empezó a empujar el aparato hacia Lord Appleby, pero pareció tropezar con alguna dificultad; se agachó y tiró del cordón.

—El cordón se había enredado en la pata del escritorio —explicó—. Ya está.

Appleby levantó el auricular e inmediatamente se dio cuenta de que el teléfono había sido desconectado. Step toe había logrado hacerlo al tirar del cordón, y ahora miraba a Appleby con desafío. En ese preciso momento Sir John oyó un ruido, pero no pudo precisar si se había ocasionado en el piso bajo de la casa o en el patio.

—Es usted tercamente tonto —dijo con calma—; nada puede salvarlo a usted ni a sus amigos. Y usted lo sabe. Si opone resistencia lo único que logrará será empeorar las cosas.

—¡No se mueva! —con notable agilidad Step toe se había apoderado de una pistola y la apuntaba a Lord Appleby. Parecía satisfecho y seguro de sí mismo—. No se mueva —repitió—, o no seremos nosotros los que tengamos que lamentarlo.

Appleby se puso de pie.

—Deje esa pistola, hombre; no es usted el héroe de una película de gangsters. No es más que un ladronzuelo sumamente asustado.

La mano que sostenía la pistola osciló; pero casi en seguida; volvió a sostener firmemente el arma. El rostro de Step toe brillaba, sudoroso; un mechón de pelo húmedo le caía sobre la frente y sus labios se habían torcido en extraño rictus, como si el hombre hubiese repentinamente sufrido un ataque de hemiplejía. Appleby pensó que, después de todo, Step toe era peligroso; sin embargo, era cobarde y el miedo lo haría titubear aunque fuera una fracción de segundo antes de oprimir el gatillo. En el milésimo de segundo entre el ruido del disparo y el ocasionado por el golpe de la pistola al caer al suelo, la oficina quedó en total oscuridad. Appleby se preguntó si estaría herido o ciego; pero luego comprendió que la bala había dado en inesperado blanco, apagando el único foco eléctrico que daba luz a la habitación.

Oyó a Step toe resoplar fuertemente, agotado por un esfuerzo físico. Desde abajo subían voces de hombres y en el patio retumbó el ruido de un motor iniciando la marcha. El tiempo adquiría un valor inestimable. Había que actuar rápidamente. Appleby metió la mano en su bolsillo, buscando la linterna. A tiempo que sus dedos se cerraban sobre ella, sintió que algo se le enroscaba a las piernas. Entonces sacó la mano para protegerse y sintió sobre sí la agitada respiración de Step toe. Era un tipo cobarde; con seguridad sus rodillas se habían literalmente doblado después de su intento de disparar la pistola; pero al mismo tiempo, estaba desesperado. No era que estuviese de hinojos, suplicando misericordia; abrazaba las piernas de Appleby tratando de inmovilizarlo. Sir John lanzó un golpe al azar y su puño cerrado tropezó con algo blando. Oyó un gemido; pero los brazos que se aferraban a sus piernas no aflojaron y, de pronto, sintió un agudo dolor en una pantorrilla. No podía haber más que una explicación: el cobarde y desesperado rufián lo había mordido. Había algo peculiarmente asqueroso en el hecho de ser mordido por el viejo Moe. Appleby se inclinó y logró rodear con sus manos el cuello del hombre, zarandeándolo hasta que

la cabeza de Steptoe golpeó contra algún objeto; tal vez la pata de una mesa o la esquina del escritorio. Appleby aprovechó aquel útil objeto, sin saber qué era, y volvió a golpear contra él la cabeza de su adversario.

Fue otro, de los feos momentos de su labor de aquella tarde; pero cuando menos, había resultado efectivo. Era positivamente desagradable golpear una cabeza humana en aquella forma; pero él no podía ponerse a escoger los medios de defensa. Dentro de la oscuridad que dos envolvía, Steptoe ya no era más que otro objeto inanimado. Appleby sacó su linterna y dirigió su luz a la puerta de entrada. Ya no oía ruidos en el piso de abajo ni sentía pasos en la escalera. Seguramente Ted, Alfie y el doctor, si acaso eran ellos los que habían acudido al llamado del viejo Moe, no mostraban deseos de lanzarse a la defensa de su cómplice. Appleby se dijo que probablemente tenían asuntos más importantes que atender. Ya no dudaba que el cuadro de Vermeer hubiera vuelto a manos de Steptoe y que en estos momentos sus amigos, habiéndolo rescatado, lo llevarían a lugar más seguro.

En el instante mismo en que Lord Appleby daba vuelta al picaporte de la puerta, se detuvo. Estando en el corazón de Londres es difícil no estar lo suficientemente cerca de ciudadanos responsables y respetuosos de la ley, y probablemente hasta de policías uniformados. Sin embargo, en el piso bajo de aquel tugurio y en el pequeño patio anexo podía él pasar unos minutos muy desagradables a merced de rufianes desesperados. Appleby lanzó el rayo de luz de su linterna por el piso. Buscaba la pistola del viejo Moe. Habiéndola encontrado, la recogió; se la echó al bolsillo y salió de la habitación.

La miserable tienda de Moe Steptoe estaba en completa oscuridad. Lord Appleby no se detuvo a encender luces. Tal vez eso fue un error, ya que era difícil caminar entre tantos escombros y objetos inútiles a los que su dueño calificaba de antigüedades y curiosidades. La luz que proyectaba la linterna resultaba una ineficaz ayuda para sortear obstáculos. Appleby pisó una caja que contenía algunos mazos de *croquet*, y el mango de uno de ellos lo golpeó fuertemente en el pecho, como si quisiera tomar venganza por el golpe dado a su dueño, que yacía en el piso de arriba. Appleby dio un paso atrás y su codo chocó contra la esquina de un viejo armario del cual cayó una plancha de hierro que fue a dar sobre un montón de jarras, cacerolas y palanganas, causando un terrible estrépito. Por sobre aquel infernal ruido, Sir John oyó el de un motor en marcha.

Cesó el ruido del motor y durante unos instantes hubo silencio, seguido después por gritos coléricos. En el patio, los cómplices de Steptoe luchaban inútilmente por echar a andar un vehículo. Appleby y sus contrincantes estaban empeñados en una curiosa carrera de obstáculos. Ellos no lograban echar a andar el motor de su automóvil; y Sir John no podía salvar los obstáculos para salir del atolladero en que se había metido. Saltando por encima de una cómoda cayó contra una antigua tina de

baño y ésta fue a dar contra la pared, mientras Appleby se asía a una percha que instantáneamente se desintegró en sus manos y él cayó sentado en el suelo entre escombros de bambú. Nuevamente se puso de pie y entonces vio, al fondo aparecía un cuadrilátero de luz en el que se destacaba la figura de un hombre. Oía las voces acaloradas de dos hombres que discutían en el patio. Surgió otra vez el ruido de un motor que inicia la marcha, pero casi inmediatamente volvió a apagarse. El hombre cuya silueta quedaba enmarcada en el umbral de la puerta lanzó al interior la luz de su linterna y cerró la puerta tras de sí. El rayo de luz describió un círculo; saltó de un lado para otro y por fin iluminó el sitio donde se encontraba Appleby, desapareciendo inmediatamente después. Instintivamente, Appleby se agachó. Un pesado objeto que fue lanzado a través del cuarto pasó por encima de la cabeza de Appleby y cayó ruidosamente al fondo del cuarto. Sir John comprendió que el enemigo improvisaba un vigoroso ataque de retaguardia.

Se escudó detrás de una pesada mesa de cocina que yacía formando parapeto. Desde allí podía disparar la pistola de Steptoe, lo cual podría ocasionar que acudieran los vecinos, aunque, por otra parte, una balacera podría causar el efecto opuesto: evitar que se acercaran los vecinos. Además, resultaría peligroso; y si por una casualidad mataba al hombre que se escondía allí en la oscuridad, sería realmente un escandaloso final a lo que ya era una jornada de deplorable irresponsabilidad.

Atisbando con precaución, se conformó con hacer que su linterna describiera arcos y círculos luminosos. El rayo de luz iluminó la puerta, dibujó un arco hacia la derecha y cayó sobre un rostro. Los ojos de aquel rostro parecían despedir fuegos los labios abiertos y tensos descubrían agudos colmillos y la frente lucía el adorno de dos grandes cuernos. Apenas había logrado Appleby convencerse, con grande aunque instantáneo esfuerzo mental, de lo inocuo de aquella antigüedad o curiosidad que parecía un monstruo, cuando se dio cuenta de un nuevo ataque. Directamente frente a él algo se había elevado misteriosamente. La luz de su linterna iluminó el objeto: ascendente y vio que era una enorme garrocha que, un instante después, caía a sus pies. Entonces pensó que si había de llegar al patio y evitar la huida de los desconocidos en su vehículo con motor averiado, tendría que iniciar cuanto antes un vigoroso contraataque. Habiendo tomado una decisión, se apoderó de los pertrechos que pudo encontrar a mano; una pila de gruesos y pesados platos de barro; se irguió y avanzó atrevidamente. En rápida sucesión cayeron cerca y encima de él un coche de muñecas, una cubeta, una pequeña estufa de petróleo y un taburete; pero siguió su avance, lanzando proyectiles con el objeto, no tanto de herir al enemigo, como de entorpecer su puntería. Avanzó, trepando y brincando, sobre sofás, sillas, jardineras, mesas y una verdadera jungla de objetos. Una o dos veces se encontró casi prensado entre amontonamientos de pesados muebles estilo reina Victoria, y en una ocasión creyó que le sería imposible salir del angosto espacio en que se había metido al rehuir un proyectil de su adversario. Fue aquello como un abominable sueño freudiano del trauma del nacimiento, empeorado por el constante bombardeo con objetos que en sí

sugerían una pesadilla. Dejó a un lado el resto de los platos de barro y avanzó una vez más hacia el enemigo, al mismo tiempo que aquél salía, de su escondite, evidentemente dispuesto o resignado a luchar cuerpo a cuerpo.

Ambos contrincantes conservaban sus linternas eléctricas y ninguno de los dos parecía dispuesto a dejar la suya para lanzarse a la pelea. A través del pequeño espacio libre que los separaba quedaron mirándose frente a frente, sin moverse, durante un momento. Alrededor de ellos se amontonaban los variados objetos desvencijados y sucios, más desvencijados ahora que la tienda del viejo Moe se había convertido en campo de batalla. El hombre que se enfrentaba a Appleby se agachó repentinamente y, con un movimiento rápido, dejó su linterna en el suelo y saltó. En ese momento se oyó un prolongado estrépito que parecía tener su origen en algún punto cercano al techo. Por segunda vez hubo una complicada serie de efectos, debido a misteriosas causas. Sobre Appleby y su adversario cayó una lluvia de pequeños y duros proyectiles. Era como un torrente de grueso granizo. Ni Gulliver en Brobdingnag fue tan cruelmente golpeado. La explicación del misterio, si los dos hombres a punto de luchar hubieran tenido tiempo de investigarla, era que el viejo Moe había proyectado una operación comercial de la mayor importancia: nada menos que el monopolio de canicas. Las cajas que las contenían y que habían sido colocadas sobre un hacinamiento de muebles, se derrumbaron, abriéndose unas y rompiéndose otras; las canicas llovían igual que los átomos de Demócrito, tal como Lucrecio describe el suceso en su famoso poema. En unos instantes el piso estuvo cubierto de canicas y los dos hombres encontraban imposible mantener el equilibrio. Al intentar dar un paso resbalaban, caían y rodaban por el suelo. Habían perdido el dominio de sus piernas y luchaban inútilmente por ponerse de pie.

Afuera se oyó una vez más el ruido del motor, pero en esta ocasión el ruido fue creciendo hasta normalizarse. Por fin el motor averiado se había puesto en marcha. Dándose cuenta del momento de crisis, Appleby trató de asir a su contrincante, pero sus brazos sólo aprisionaron el vacío. Los efectos del diluvio atómico habían sido contrarios a él. Su adversario había logrado recobrarse más rápidamente. Ya no estaba en la tienda.

Cuando Appleby llegó al patio el vehículo había desaparecido y con él los cómplices del viejo Moe. La puerta que daba al callejón estaba abierta. Oyó el ruido de frenos y entonces corrió hacia el callejón a tiempo para ver un camión, grande, de los usados para transportar muebles, que se alejaba hasta perderse en la oscuridad. Appleby tomó una rápida decisión. Sabía: que el camión avanzaba en dirección a una carretera y que, por atrevido que fuera el conductor, y aunque tuviera gran habilidad para conducir, se vería obligado a aminorar la velocidad si, como era muy probable, se encontraba con una corriente de tránsito, Appleby echó a correr detrás, del camión.

El camión iba más despacio al llegar a la esquina. Appleby oyó chirriar los frenos y vio que el vehículo hacía alto. Tenía adelante las luces de los faros, de innumerables automóviles que bloqueaban el paso. Sir John siguió corriendo, y casi había

alcanzado al camión cuando éste reanudó su marcha y dio vuelta a la izquierda, adelantándose a un autobús. Sir John hizo un último esfuerzo y logró dar alcance al vehículo que perseguía, ya que, debido al tránsito, su conductor no podía imprimirle gran velocidad. Dando un brinco, se asió de la manija de la puerta que cerraba la parte posterior del carro y ésta se abrió, al tiempo que el carro volvía a aminorar su velocidad. Detrás de él oyó un fuerte chirrido de frenos. Había estado a punto de ser prensado entre el vehículo que perseguía y el autobús que venía detrás. Saltó dentro del camión que, con una brusca sacudida, aumentó velocidad. La puerta se cerró de golpe y Appleby se encontró, sin que tal hubiera sido su intención, viajando en compañía de sus enemigos.

Aquello le pareció divertido y tuvo ganas de reír, pero pronto recapacitó y se dijo que ya había gozado de suficiente diversión irresponsable y que desde aquel momento su comportamiento debería ser el de un policía razonable. Conservaba su linterna eléctrica, que había guardado en su bolsillo cuando el hombre que lo había atacado en la tienda del viejo Moe se le había abalanzado. Además, tenía la pistola de Steptoe. Cogió la linterna con la mano izquierda, el arma con la derecha y se acomodó, dispuesto para cualquier eventualidad. Entonces describió un círculo luminoso.

Por un momento se sintió completamente descorazonado. Era difícil no creer que se había equivocado, arriesgando el pescuezo para trepar en un vehículo que no era el que perseguía. Éste, en el que se encontraba, era evidentemente utilizado para el transporte de muebles y enseres, de casa. Unas dos terceras partes del espacio estaban ocupadas por cajones de madera llenos de loza, alfombras, candiles y muebles varios; los usuales enseres de una casa, bien empacados y acomodados. En el espacio sobrante, precisamente donde él se encontraba, no había más que algunos sacos vacíos, unas cuerdas y varios fragmentos de estopa. Appleby quedaba separado del conductor y de su acompañante o acompañantes por todos los muebles y objetos enumerados. A no ser que el vehículo se detuviera en algún lugar solitario, estaba a salvo de sus adversarios.

Porque sí eran sus adversarios. La duda había sido momentánea. No se había equivocado al abordar el camión. Ahora, pensándolo bien, comprendía que aquella era precisamente la forma más segura de transportar el valioso cuadro de Vermeer, escondido entre los muebles de una casa. Por segunda vez aquel día Appleby tuvo la convicción de que el cuadro de Vermeer estaba, literalmente, al alcance de su mano. Entonces se dijo que para el día siguiente, la pintura robada de Scamnum Court se encontraría nuevamente en la galería del duque de Horton.

Al llegar a esta alentadora conclusión, Appleby sintió una repentina aprensión. Recordó que la portezuela se había cerrado violentamente tras él. ¿Podría abrirse desde adentro? De no ser así, él mismo se había entregado en manos de aquellos rufianes.

Lanzó la luz de su linterna sobre la portezuela trasera, que consistía de dos hojas,

verticalmente divididas. Una de las hojas estaba asegurada con cerrojo, tanto en la parte superior como en la inferior; pero los cerrojos no estaban echados. La otra hoja no tenía ni cerrojo ni aldaba. Sin embargo, la portezuela parecía estar herméticamente cerrada. A Sir John no le gustó aquello. Con lentos movimientos se puso de pie. Resultaba difícil conservar el equilibrio dentro del camión en marcha. Cautelosamente dio un empujón a la portezuela. Permaneció cerrada. Entonces le dio otro empujón, más fuerte. Las dos hojas cedieron y Appleby temió, por un momento, que el movimiento del vehículo las hiciera abrirse violentamente; pero no sucedió así. Entre las dos hojas quedó una abertura de unos cuantos centímetros, de manera que él podía asomarse al mundo exterior, pero por más esfuerzos que hizo, apenas logró ensanchar en unos cuantos centímetros más la rendija entre las hojas de la puerta.

Seguramente habría alguna barra lateral en la parte de afuera y con él vaivén del camión habría caído en su lugar. En consecuencia, Sir John Appleby estaba tan prisionero allí dentro como un león o un tigre en la jaula de un parque zoológico.

Se consoló diciéndose que, cuando menos, ahora podía ver por dónde iba. El camión no se había alejado mucho aún. Subía por la calle Sloane en dirección a Knightsbridge; acababa de pasar el cruce de la calle Pont. Inmediatamente detrás venía un automóvil marca Humber, pintado en un tono claro de verde. Appleby se preguntó si sería posible llamar la atención del conductor del Humber. Tal vez si gritaba, el hombre podría oírlo, o quizá fuera más fácil llamarle la atención sacando su pañuelo por la angosta rendija y agitándolo. Recapitó y llegó a la conclusión de que no debía intentar tal cosa. Lo procedente era lograr que la policía detuviera el camión en el que él se había constituido prisionero, y por tanto, lo que tenía que hacer cuanto antes era buscar la forma de lograrlo. Tal vez resultara sumamente difícil de llevarlo a cabo en medio del tránsito de la zona central de Londres; en cambio, si el camión se dirigía a algún suburbio, sin duda sería más fácil llamar la atención al atravesar calles quietas y de poco tránsito. Pero, por otra parte, en el centro de Londres hay muchos policías, mientras que en los suburbios se encuentran pocos. Seguramente, ya para estas horas, habría salido la gente de los teatros; era el momento de mayor aglomeración, cuando los taxímetros estaban en constante demanda y numerosos policías vigilaban el tránsito. Casi seguramente el chofer del camión daría vuelta a la derecha, en dirección a Hyde Park Corner, y en ese tramo no faltaría algún semáforo que lo obligara a hacer alto. Aún así, era dudoso el éxito que podría alcanzar si trataba de llamar la atención gritando y golpeando la puerta. Pero... todavía conservaba la pistola de Steptoe.

Cuando el carro dio vuelta hacia Knightsbridge, Appleby sacó la pistola de su bolsillo. No podía pasar la mano que empuñaba el arma por la angosta rendija, pero sí podía introducir por ella el cañón del arma. Y una pistola disparando desde un camión cerrado sería, sin duda, una manera eficaz de llamar la atención a la policía.

Pero, por desgracia, no sería sólo eficaz, sino también positivamente peligroso. No era cosa de disparar una sola vez. Para que la policía se diera cuenta de dónde

partían los balazos era necesario disparar varias veces, y no había modo de lanzar una serie de proyectiles en una calle céntrica de Londres sin poner en peligro a los pacíficos transeúntes. Aun disparando alto persistiría el riesgo, ya que las balas habrían de caer todavía con suficiente fuerza para causar daños mortales. Y si disparaba hacia el pavimento, las balas podrían rebotar, con idéntico peligro para la gente. Appleby consideró el problema detenidamente. Para cuando el camión, habiendo logrado pasar Hyde Park Corner sin hacer alto, aumentó su velocidad al llegar al Ring, él no había encontrado solución. Tal vez tuvieran que hacer alto en, Marble Arch. Appleby se acercó a la rendija y se asomó. El automóvil verde claro seguía detrás. Inmediatamente después venía un motociclista y, detrás de éste, un viejo automóvil Austin. Iban pasando por Grosvenor Gate cuando una serie de problemas se presentaron a la consideración de Appleby. Algunas horas antes se había apresurado a lanzarse a esta aventura, a divertirse él solo en la persecución de unos delincuentes, reviviendo así un pasado lleno de riesgos y aventuras. ¿Era realmente necesario que ahora abandonara la lucha? Si un par de policías lo auxiliaban, rescatándolo de un camión en el que él mismo se había encerrado, Sir John Appleby resultaría una figura bastante ridícula, aun cuando gracias a él recobrara su famoso cuadro de Vermeer el duque de Horton. Claro está que hacer un poco el ridículo no sería una cosa tan mala, pero ¿por qué no seguir adelante? Después de todo, bien considerado el asunto, ¿no sería más acertado continuar su aventura? Si ahora se ponía a disparar la pistola, bien podría suceder que no lograra llamar la atención de ningún policía; y aún si lo lograba, no era seguro que el policía pudiera detener el vehículo. Por otra parte, si se quedaba quieto, sin intentar nada, hasta que el camión hubiera llegado a su destino, él estaría armado y obraría en su favor la sorpresa de los ladrones, que lo menos que podían suponer era que el subjefe de la policía fuera su compañero de viaje. Muchas veces se había visto él en situaciones aún más peligrosas y había salido de ellas airoso.

Pasaron Marble Arch sin que Appleby hiciera uso de la pistola del viejo Moe. Dieron vuelta por Bayswater Road, lo que confirmaba su suposición de que el conductor buscaba una de las arterias occidentales; ya fuera el camino de Exeter, el de Bath, o tal vez el que atraviesa Uxbridge hacia Beaconsfield y Oxford. Volvió a asomarse por la rendija. Estaba lloviendo y el pavimento brillaba bajo la luz eléctrica. Detrás del carro venía el Humber verde, seguido por la motocicleta, y ésta, a su vez, por el pequeño Austin. Appleby pensó que debía economizar la batería de su linterna. El viaje podría durar hasta las primeras horas de la mañana y le sería esencial poder disponer de luz; pero antes de privarse ahora de ella, sería bueno inspeccionar el mecanismo de la pistola. Se sentó sobre los costales vacíos y examinó el arma.

El cargador estaba vacío. La bala disparada en la oficina del viejo Moe Steptoe había sido la última.

## CAPÍTULO NÚMERO

### 7

La botella de coñac estaba ya casi vacía cuando el duque de Horton se dispuso a marcharse. Olvidando, sin aparente esfuerzo de su parte, el asunto del cuadro robado a la galería de Scamnum, se había dedicado a hablar extensamente sobre los méritos y el estado de salud de sus Grandes Negros.

Los Grandes Negros, por lo que se desprendía de lo dicho por el duque, eran excesivamente dóciles, virtud, por lo visto, atribuible a sus orejas, que caían hacia adelante, sobre los ojos. La ambición del duque, en lo concerniente a sus cerdos Grandes Negros, era lograr que los descendientes de ellos fueran adquiriendo; en virtud de bien estudiados cruzamientos, fuertes quijadas, bien desarrolladas extremidades y una pelambre más espesa. El tema resultaba decididamente soporífico para Judith; y conforme el duque se extendía sobre la conveniencia de que los Grandes Negros adquirieran esas características, a ella le fue siendo más y más difícil apartar de su imaginación la inquietante visión de gigantescos hombres negros que lucían todas las características que el duque deseaba para la raza porcina, y que pastaban plácidamente en las praderas de Scamnum Ducis. Pero cuando su huésped se hubo despedido, llevando bajo el brazo a *Pez Dorado* y a *Pez Plateado*, el sopor que había estado invadiendo a Judith la abandonó. Se sintió bien despierta y lo último que en aquellos momentos se le antojaba era irse a dormir.

Pensó que John, su marido, tal vez tardaría horas en regresar a casa. El asunto de Gavin Limbert lo apasionaba. También a ella la intrigaba profundamente. Se puso a hacer conjeturas sobre si los conocimientos que ella poseía sobre los artistas y sus costumbres e idiosincrasias podrían de alguna manera servirle para descubrir una nueva pista. Trataba de recordar quiénes eran los amigos de Limbert, para ver si descubriría a alguno en quien todavía no se hubiera pensado, cuando oyó el timbre del teléfono. Al levantar el auricular escuchó lo que, de pronto, le pareció ser un agudo grito de espanto seguido de una rapidísima conversación en chino. Pasaron algunos instantes antes de que se diera cuenta de que lo que estaba escuchando era la voz excitada de Mervyn Twist.

—Mi querida Lady Appleby, no sabe cuánto gusto me dio verla esta tarde. ¿Ha oído usted las últimas y espantosas nuevas?

—¿Se refiere al robo ocurrido en la Galería Da Vinci?

—Exactamente; pero claro está que usted ya; lo sabía, si se encontraba allí cuando sucedió, Positivamente me enferma pensar en ello.

—¿Cree usted que yo estaba en la galería cuando se efectuó el robo?

—No; por supuesto que no, querida Lady Appleby..., Judith —la voz de Twist se

agudizó aún más hasta que Judith se preguntó si alguna vez llegaría a hacerse gratuitamente inaudible—. ¡Estoy tan nervioso! ¡Y materialmente *épuisé*! De puro horror y preocupación. Tengo la sensación de que debería haber hecho algo, pero no sé qué.

—¿Acerca de Limbert?

—Sí; quisiera poder confiarle a usted... ¿Está en casa su esposo?

—No. Tuvo que salir.

—Querida Judith, ¿puedo ir a verla?

—No —la palabra se le escapó antes de que ella pudiera pensar en una disculpa correcta que aminorara la brusquedad de la negativa—. Uno de los perros se ha vuelto sumamente bravo últimamente y ahora parece estar intranquilo —agregó—; temo que lo vaya a morder a usted.

—¡Válgame Dios! —exclamó Twist con un grito de alarma—. ¿No podría usted salir para tomar una copa en alguna parte? Nos podríamos encontrar en el *Thomas Carlyle*.

—¿El club nocturno que está, en la calle Gas?

—Precisamente. Pero la entrada no es por esa calle; hay que dar vuelta...

—Sí, lo sé —interrumpió Judith—. Iré con todo gusto.

Era posible que; después de todo, Mervyn Twist realmente tuviera algo interesante que decirle. Él frecuentaba a los pintores jóvenes y estaba enterado de todos los acontecimientos. Además, aunque no era seguro que el *Thomas Carlyle* estuviera directamente implicado en el misterio de la muerte de Limbert, cuando menos estaba topográficamente cerca.

—Iré inmediatamente —prometió Judith—. ¿Es usted miembro del club?

—Sí; es absurdo que lo sea, ¿no cree usted? —preguntó Twist con una risita metálica y afectada—. ¿Puedo ir por usted en un taxi?

—Gracias; se lo agradezco mucho, pero prefiero que no venga.

—¿Por lo del perro?

—Sí; tiene el hocico lleno de una especie de espuma y está sumamente intranquilo... De todos modos, si usted entiende algo de perros y quiere examinar a *Tigre*...

—¿El perro?

—Sí. Lo llamamos *Tigre* porque es tan bravo... ¿Pero qué le estaba diciendo?

—Querida Judith, me estaba usted diciendo que tomaría un taxi y vendría directamente al *Thomas Carlyle*. En la puerta pregunte por mí y saldré inmediatamente. ¡Cómo me aliviará contarle a usted las cosas! En verdad se lo digo.

—Lo escucharé con todo gusto.

Judith colgó el auricular, escribió un recado para John y pidió un taxi.

El *Thomas Carlyle* era un lugar fuera de lo común. La idea de su propietario

había consistido en crear un *cabaret* con décor tipo reina Victoria. Si en el siglo XIX hubiera habido clubes nocturnos, habrían sido semejantes en apariencia al *Thomas Carlyle*. Los cortinajes y los pesados muebles habrían sin duda gustado al señor Gladstone, y quizá hasta a la vieja soberana. Las camareras que atendían el *buffet* vestían de acuerdo con el famoso cuadro del bar del Bergère debido al pincel de Manet; las paredes estaban literalmente cubiertas con obras de artistas, desde Landseer hasta Alma-Tadema, Beardsley y Toulouse-Lautrec. Las pequeñas mesas tenían cubiertas de cristal sobre las cuales algunos pintores de no muy grandes dotes habían dibujado caricaturas de notabilidades de la época victoriana. El parroquiano colocaba su copa sobre la nariz de Tennyson o apoyaba el codo en la oreja de Browning. El decorado, a pesar de todo, realmente lograba dar una impresión de siglo pasado, y se llegaba a la conclusión de que el *Thomas Carlyle* era la reciente creación de alguna persona anciana que añoraba la segunda década del siglo XIX, o si no, que era en efecto una institución sobreviviente de aquella época tan concienzudamente frívola.

Mervyn Twist condujo a Judith hacia una mesa en un rincón. Del cristal de la mesa los miraba, el rostro lúgubre del fallecido señor George Moaré. Otras personas comían ostras en sus conchas o jaiba rellena, y bebían champaña, mirándose tristemente a los ojos, unos a otros, o con la mirada perdida en el vacío, y comportándose, en general, como se comportan los londinenses en la agitada vida nocturna de la capital inglesa.

—Verdaderamente absurdo —decía Twist—, y más bien horrendo, ¿no lo cree usted? Supongo que ella era tan tuberculosa como una vaca vieja... y hay que ver su cintura —al hacer estas observaciones lanzaba miradas a Judith, en las que se traslucía su preocupación.

Judith supuso que su compañero estaba borracho. Una joven cantaba de un modo mecánico, dando la impresión de un aparato en el cual se hubiera depositado una moneda.

*Papa, je ne comprends pas un mot.*

*Ma chère, c'est ce qu'il faut?*<sup>[1]</sup>

—Deplorable —sentenció Twist—. Ni siquiera es honestamente *peuple*, ni siquiera auténticamente *canaille*. Supongo que ha sido bastante bien educada, pobre bestezuela. ¡Qué terrible es la vida!

*Mais papa, qu'est-ce ça veut dire?*

*Moi qui croyais que j'allais rougir.*<sup>[2]</sup>

La cantante había empezado a caminar por entre las mesas, obsequiando a los

parroquianos con los gestos convencionales de seducción, modestia y lubricidad. Judith pensó que valdría la pena hacer unos apuntes; pero se necesitaría ser un verdadero artista para captar la nulidad y el vacío de aquella actuación.

—Me parece que un lugar como éste es un triste reflejo de la vida —comentó, volviendo su mirada a Twist.

—De acuerdo, mi querida Judith —Twist inclinó la cabeza de un modo que era a la vez enfático y ridículamente sentimental—; la mayor parte de la gente que viene aquí está más allá de toda resurrección..., y no puedo comprender por qué hemos venido nosotros.

—¿Gavin Limbert frecuentaba este club? Vivía muy cerca.

—¡Mire usted, nos han traído un horrible bebistrajó!

Twist contempló con innecesaria perplejidad la botella que el camarero había depositado sobre los colgantes bigotes de George Moore. Llenó dos copas y bebió la suya de un trago.

—¡Válgame Dios! ¡Creo que lo han hecho de ruibarbo! Verdaderamente, la vida es amarga —comentó tristemente y en seguida miró a Judith con inmensa sorpresa—. ¿Sabe usted...? Ésas fueron las últimas palabras de Gavin, y las dijo precisamente así: “Verdaderamente, la vida es amarga”. Él sabía, ¿comprende, Judith?, porque era un gran genio. Él y yo éramos las únicas personas que realmente comprendíamos el..., el... —frunció el ceño con evidente perplejidad—. ¿Sabe usted que no recuerdo qué? Pero es algo terriblemente importante.

—¿No sería la desintegración de la realidad en pro del principio sincrético?

—¡Eso es! Y ahora solamente quedo yo. “Verdaderamente, la vida es amarga”, eso fue lo que dijo Gavin, precisamente en este antro..., y luego, salió y lo mataron.

—¿Aquí? —preguntó Judith, sorprendida—. ¿Limbert estuvo aquí la noche de su muerte?

—Sí; aquí estuvo. Era bastante temprano..., antes de que llegaran esos ridículos policías. Pero lo que me ha preocupado es lo del hombre perseguido. Me he preguntado muchas veces si yo debiera informar a la policía; pero la policía es tan horrenda —reaccionando, continuó—: Exceptuando, naturalmente, a su marido, mi querida Judith. Tengo una gran simpatía por Robert.

—John —corrigió Judith—. ¿Pero quién era el hombre perseguido?

—Alguien a quien Gavin conocía; usaba un distintivo de la universidad y tenía un labio torcido; además, insistía en decir que él era un triste fracasado...

—Tonterías. No creo una sola palabra de eso.

—Pero, queridísima amiga, si es perfectamente cierto. Yo creí que: era ficticio; es decir, que formaba parte del *show* que presenta este absurdo club nocturno. Supongo que el hombre se coló aquí. Y parecía terroríficamente perseguido. Estaba temblando, y cada ligero ruido lo hacía sobresaltarse. Lanzaba miradas furtivas. Tenía miedo. Gavin lo reconoció. Habían estado juntos en la universidad, y hasta habían sido amigos, supongo que porque el fulano ése pintaba un poco. Gavin lo invitó a tomar

varias copas.

—¿Sabe usted cómo se llama ese hombre?

—Sí... Crabbe. O tal vez haya sido Crowe, o quizá Crewe. Sea cual sea su nombre, le aseguro que era completamente apropiado —Twist bebió otra copa de champaña falsificado—. El caso es que Gavin y el hombre perseguido que había sido su condiscípulo, conversaron un rato, y después Gavin se fue. Solamente venía aquí de cuando en cuando y nada más para buscar nuevas impresiones que le sugerían ideas para sus cuadros. No bebía; es decir, sólo tomaba una que otra copa. Al salir aquella noche (supongo que de aquí iría a su estudio), pasó cerca de la mesa donde yo estaba. Le dije que Crabbe; o Crowe, o Crewe, o como se haya llamado, parecía estar reñido con la vida, y fue entonces cuando Gavin dijo: “Verdaderamente, la vida es amarga”. Y salió.

Judith observó a Twist mientras éste volvía a llenar la copa.

—¿Y qué sucedió con Crabbe? —preguntó.

—Se quedó un rato allí, solo, golpeando la mesa suavemente con los dedos, mirando primero hacia una puerta y luego hacia la otra y sacando con frecuencia su reloj. Podía haber estado esperando a alguien que no cumplió con el compromiso de encontrarlo aquí. Algunas veces, en sitios asquerosos como éste, ve uno a un hombre que se comporta así, y es que está esperando a una chica. Es posible que mi imaginación se haya; desbocado y el hombre no tuviera nada de perseguido... Mi cerebro es fundamentalmente crítico y analítico, como usted sabe, querida Judith; pero también es poderosamente imaginativo.

—Una maravillosa combinación —comentó Judith, mirando con crecientes dudas a su anfitrión, que se encontraba ya en avanzado estado de ebriedad.

No podía uno fiarse de Twist, pero era indudablemente cierto que en la tarde del día de su muerte, Gavin Limbert había estado en el club *Thomas Carlyle* y que había encontrado allí a alguien que le era conocido. Quizá el incidente no tuviese la más mínima importancia; pero ella sabía que si John se hubiera enterado de ello, habría investigado hasta el fondo. Hubiera hecho preguntas a todos los del club. Ella no podía interrogar a aquella gente; pero debería, cuando menos, sacar a Twist todos los informes posibles.

—¿Y qué sucedió después? ¿Llegó alguien a reunirse con Crabbe?

—Crabbe... —murmuró Twist evidentemente sin haber entendido la pregunta de Judith— Crabbe, un poeta delicioso..., tan divinamente aburrido...

—No me refiero a ese Crabbe, sino al que fue condiscípulo de Limbert —explicó Judith.

—¡Ah! Usted quiere decir Crewe..., ¿o quizás Crowe? Realmente, ya después no puse atención en él. Su actuación, aunque *séduisante*, era un tanto monótona. Recuerdo que entró mucha gente, hombres solos, y que él se volvió rápidamente a mirarlos; por eso pensé que quizá era a ellos a quienes había estado esperando; cuando volví a mirar hacia su mesa, ya había desaparecido. Debe haber sido muy

poco después, creo que unos cuantos minutos nada más, cuando llegaron todos aquellos enormes y terribles policías... ¿Le agradaría bailar?

Judith se volvió. La joven delgada que había cantado ya no se encontraba por allí. Una orquesta, cuyos componentes se habían disfrazado de Eminencias de la Época Victoriana, tocaba para el público. Florence Nightingale estaba al piano y el cardenal Manning empuñaba un saxofón. El doctor Arnold tocaba el violín, y el general Gordon el tambor. Judith, a quien aquella mascarada no hacía la menor gracia, estaba a punto de contestar a Twist que no le agradaría bailar, cuando descubrió que no era necesario. Mervyn Twist se había dormido.

A Judith le pareció que ser invitada a un club nocturno y que su anfitrión se durmiera era mortificante para todo lo que hay de inerradicable en la vanidad femenina. Por lo visto, Twist ya no tenía más informes que darle, y en verdad, a ella debía dejarle sin cuidado que él estuviera despierto o dormido. Sin embargo, se sintió enojada y sin saber exactamente qué hacer. Marcharse le parecía poco amable; zarandear a Twist para despertarlo, resultaría indecoroso, y darle una patada en la espinilla sería demasiado cruel. Decidió ir a empolvase en la cara. Si cuando regresara encontraba a Twist todavía dormido, lo dejaría allí y ella se iría a su casa.

Fue cuando atravesaba el salón para cumplir el programa que se había propuesto cuando Judith vio a una mujer sentada ante una mesa cerca de la puerta. La mujer estaba sola y era una curiosa figura que le debió haber sido completamente desconocida. Aunque Judith conocía a muchas damas de edad avanzada y de amplias proporciones y majestuosa presencia, ninguna de ellas usaba enorme peluca roja, ni acostumbraba salir de noche escondiendo sus ojos detrás de gigantescos anteojos oscuros. Sin embargo, se dio cuenta inmediatamente de que conocía muy bien a aquella mujer de extraordinario aspecto. Se acercó a ella.

—¿Cómo está usted, Lady Clancarron?

—¡Psit! —Lady Clancarron extendió un brazo monumental y tiró de Judith, haciéndola sentarse en la silla junto a la que ella ocupaba—. Estoy disfrazada —dijo—, y el ser reconocida me resultaría de fatales, consecuencias.

—¡Ah! Lo siento mucho, pero no creo que nadie me haya oído.

Lady Clancarron movió la cabeza cautelosamente, pues no estaba, acostumbrada a llevar peluca.

—En un lugar como éste —murmuró— las paredes mismas, tienen oídos... Si es verdad que la Murmuración tiene mil lenguas —hizo una pausa impresionante—, el Vicio tiene mil orejas.

Judith no pudo comprender muy bien la frase, pero logró dominarse para no contestar en forma poco conveniente.

—¿Le parece muy mal el *Thomas Carlyle*? —preguntó—. Yo creí que la policía, siguiendo las indicaciones de usted, lo había investigado y encontrado bastante inocente.

—¡La policía! —gruñó Lady Clancarron, desdeñosamente—. Opino que toda la

policía está de parte de Los Grandes Intereses.

—¿De veras? Mi esposo me cuenta muchas cosas relativas a su trabajo, pero nunca me ha mencionado nada por el estilo.

—Él es una excepción honorable..., como el obispo de Londres.

Judith se quedó perpleja.

—No veo en qué se parezca John al obispo de Londres —objetó.

—O el director de correos. Es una excepción honorable dentro del Gobierno, tal como lo es el obispo dentro del clero. Todos los demás se han puesto de acuerdo con el Monstruo.

—¿El monstruo?

—El Moloch. La Red. La Gran Conspiración. El minotauro de la Inmoralidad, empeñado en devorar a nuestra juventud —Lady Clancarron hizo una pausa después de su extraordinaria retórica y se inclinó hacia Judith, mirándola escrutadoramente—. ¿Y qué hace usted aquí, hija mía?

—Le aseguro que no he venido a ser devorada —Judith comprendió que el conocido fanatismo moral de la anciana había llegado a un punto en que ya era demencia—. No creo que el *Thomas Carlyle* sea peligroso —añadió.

—Hay baños.

—¿Cómo dice? —preguntó Judith, creyendo no haber oído bien.

—He descubierto que en este lugar hay dos baños. ¿Por qué habría de tener dos baños un lugar como éste, donde no hay más que bebedores y bailadores?

—No sabía yo que los baños fueran algo tan malo.

—Son invariablemente concomitantes, hija mía, con el más extremado libertinaje. Lea a Juvenal; recuerde a Boccaccio.

—¿La policía no registró los baños?

—No lo hizo. Se efectuó la investigación de la manera más torpe. Yo estuve observando, sentada aquí en esta misma silla.

De pronto, Judith se interesó vivamente.

—¡Pero usted no estuvo aquí, Lady Clancarron! John sabía que usted estaba, con el inspector, dirigiendo todo el asunto desde un automóvil de la Jefatura estacionado en el Embankment.

Lady Clancarron guardó silencio unos instantes. Sus ojos, detrás de los enormes lentes oscuros, lanzaban miradas cautelosas a su alrededor. Después se inclinó hacia Judith y le murmuró al oído entono de conspiración:

—Una *ruse de guerre*, hija mía. La persona que estaba en el automóvil con el inspector era mi doncella. ¡Y el idiota policía no se percató!

—¡Pero eso fue magnífico! —exclamó Judith, sinceramente impresionada.

La anciana soltó una risa aguda y su peluca tembló, amenazando caerle sobre una oreja.

—Estuve aquí todo el tiempo y observé la manera vergonzosa en que fue conducida la investigación. Estoy preparando un informe sobre ello, algo sensacional,

que presentaré a la consideración del Ministro del Interior.

—Pero si el Ministro...

—Creo que están contados los días en que ese infeliz ejerza el poder... —contestó Lady Clancarron en un tono apocalíptico—. No pueden pasar más de unas semanas antes de que el Primer Ministro tenga que reorganizar su gobierno; y sé de buena fuente que el actual Director de Correos, estimabilísimo hombre, será el nuevo Ministro —hubo otra dramática pausa—. Entonces se hará una limpieza general en las caballerizas Augeas.

—¿Pero eso no significaría que usted tendría que buscar nuevas actividades?

—Se haría una limpieza en parte. No faltará labor por hacer; no hay cuidado. Siempre tendremos mucho que hacer aquellos que estamos resueltos a combatir la Gran Corrupción. El Sumidero. El Estercolero.

Después de hacer tan enfáticas declaraciones, Lady Clancarron se acomodó y se llevó una copa a sus labios.

—¿Ha notado, hija mía, que este champán es de una calidad abominable?

—Ya lo creo que lo he notado. Debería verterse en el Sumidero.

—Nada es más indicativo de inmoralidad que un champán de mala calidad.

—Exceptuando, naturalmente, los baños —dijo Judith con toda seriedad.

—Exactamente. Veo que es usted una joven que posee verdadero sentido común. Debería formar parte de nuestro Comité...

—Lady Clancarron —se apresuró Judith a interrumpir—, la noche que vino la policía... ¿vio usted aquí a alguna persona a quién pudiera describirse como “un hombre perseguido”?

—Todos los hombres son perseguidos, hija mía; son perseguidos por el Espectro del Vicio.

—Desde luego, pero yo me refiero a un hombre efectivamente perseguido..., uno que tenía aspecto de encontrarse en peligro y que...

—Naturalmente que lo vi —interrumpió, a su vez, Lady Clancarron, y en seguida se bebió todo el contenido de su copa, tan rápidamente como había bebido Mervyn Twist; y por lo visto, sin tomar en cuenta el enorme peligro moral que aquello implicaba—. Pero debe haber sido uno de los espías.

—¿Uno de los espías? —repitió Judith, francamente perpleja.

—O posiblemente uno de los ladrones. Tengo informes fidedignos de que este club es una guarida de espías y ladrones; pero ni los espías ni los ladrones nos interesan a nosotras, ¿verdad? Nuestra presa, hija mía, es el Demonio del Vicio —levantó una mano en actitud de mando y dijo—: ¡Camarero! Otra botella.

Judith sintió que la cabeza le daba vueltas. La anciana estaba loca. Pero con frecuencia los locos se dan cuenta de insignificantes detalles que pasan inadvertidos para los cuerdos.

—No parece una guarida de criminales —observó cautamente—; más bien me da la impresión de ser un lugar donde la burguesía echa unas cuantas canas al aire.

—En la noche de la investigación policíaca, eran agentes secretos —afirmó Lady Clancarron, hablando en forma natural—; el que usted los llame criminales, es cuestión de opinión personal. A mí me han asegurado que los agentes, secretos trabajan para una facción o para la otra, indiferentemente, y que hacerlo así es su reconocido proceder profesional. En tales circunstancias resulta algo difícil emitir un juicio moral. Por mi parte, no estoy en contra de los agentes secretos. Después de minuciosas indagaciones me he convencido de que son hombres muy trabajadores y poco dados a la depravación sexual.

—Me alegra mucho oír eso —dijo Judith lanzando una mirada hacia la mesa donde había dejado a Mervyn Twist, para cerciorarse de qué él continuaba dormido—. ¿Pero no hay también espías, agentes secretos, femeninos, extraordinariamente atractivos, que...

Lady Clancarron interrumpió con un gruñido desdeñoso:

—Eso; hija, es sólo en las novelas y hasta esas novelas casi han desaparecido. Nuestro Consejo las hace desaparecer.

—¿Y cómo logran eso?

—Descubrimos que la mayoría de las novelas románticas que tratan de las actividades de mujeres seductoras a quienes pagan gobiernos extranjeros eran pergeñadas por solteronas viejas que, con sus viles escritos, apenas lograban ganar lo suficiente para mal comer; nos pusimos, pues, en comunicación con otros grupos caritativos y conseguimos que se las admitiera en asilos para ancianas institutrices y otros lugares por el estilo. El resultado ha sido la supresión de la Sombra del Vicio en las novelas de espionaje. Naturalmente que sólo me refiero a este lado del Atlántico.

—Procedieron ustedes muy hábilmente —le aseguró Judith, que ya empezaba a perder interés en las fantasías de la anciana reformadora. Pensó que dejaría un recado escrito para Twist y regresaría a su casa.

—Sin embargo —dijo Lady Clancarron—, los agentes secretos acostumbran frecuentar los mismos bajos barrios que los Viciosos y los Corrompidos. Por eso, en el curso de mis actividades, he llegado a poder reconocerlos inmediatamente. Su hombre perseguido era uno nuevo; si yo lo hubiera visto antes, lo habría reconocido. Tenía un labio torcido.

—¿Parecía estar esperando a alguien? —preguntó Judith, sin poder reprimir un movimiento de sorpresa.

—Naturalmente. Estuvo charlando un rato con un joven que supuse sería arpista, pero el hombre estaba inquieto y nervioso. Yo creo que tenía esperanzas de hacer alguna conquista pero temía ser perseguido y aprendido. Más tarde llegaron tres hombres juntos.

—¿Agentes secretos?

—Seguramente. No podía yo equivocarme acerca de ellos. El hombre perseguido se volvió rápidamente para mirarlos, seguramente trató de adivinar si estarían de su lado.

—Pero yo creí, Lady Clancarron, que esa gente siempre estaba de ambos lados.

—No necesariamente al mismo tiempo. Cambian. Y el hombre perseguido estaba sin duda tratando de adivinar si en aquellos momentos los otros estarían con él o en el campo contrario. Evidentemente llegó a una conclusión adversa, porque se puso en pie y salió disparado.

—¿Parecía turbado?

—Naturalmente —afirmó Lady Clancarron, sorprendida—. Estaba pálido como la muerte, etcétera. Sin duda todos ellos se fueron a otra parte, a matarse los unos a los otros. El índice de muerte violenta entre los agentes secretos es alto. Es uno de los motivos por los que no piensan mucho en la Sexualidad.

—Eso, desde luego, es muy satisfactorio; pero resulta inquietante pensar en tanta matanza.

—Por lo menos no se destruyeron unos a otros aquella noche.

—¿Ha visto usted a alguno de ellos desde entonces? —preguntó Judith.

—Uno de los perseguidores de su hombre perseguido, si es que los puedo llamar así, ha estado aquí esta tarde —afirmó, recorriendo el salón con la mirada—. Allá está..., es aquél que sale en este momento.

## CAPÍTULO NÚMERO

### 8

Saliendo del *Thomas Carlyle*, Judith pensó que no era difícil clasificarlo. Era un *cabaret* común y corriente, de segunda clase, que ofrecía a personas de poca experiencia y limitados medios económicos un sitio donde poder divertirse por las noches con un gasto moderado. No creía que la vulgaridad del *Thomas Carlyle* llegara a inmoralidad o ilegalidad. Si a la gente le agradaba bailar al compás de las notas de un saxofón tocado por un hombre disfrazado de príncipe de la Iglesia, estaba en libertad de hacerlo. Tal vez era algo muy de moda, o quizá fuera lo que otro príncipe de la Iglesia, tan Victoriano como Manning y aún más eminente, había descrito como “vulgar imitación de pulida impiedad”. Las opiniones de Lady Clancarron seguramente eran, en lo tocante, al *Thomas Carlyle*, equivocadas. Allí el Espectro del Vicio era espectral y nada más. Y seguramente los ladrones y asesinos, los espías y agentes secretos no eran más que ilusiones de la perturbada mente de la anciana dama. A través de los cristales oscuros de sus lentes Lady Clancarron sin duda había estado viendo visiones.

Sin embargo, entre las fantasías de la anciana había habido un detalle curioso, un elemento de verdad. Ella había visto lo que también viera Mervyn Twist: un hombre con el labio torcido; un hombre nervioso, que tenía aire de fugitivo y que parecía estar esperando a alguien, y que, además, tenía relación, por débil que fuera, con Gavin Limbert. Un grupo de hombres había entrado al *Thomas Carlyle* aquella noche, y el hombre perseguido se había vuelto rápidamente para mirarlos. Idéntica frase habían usado Mervyn Twist y Lady Clancarron. Hasta allí llegaban las noticias sobre el misterioso hombre perseguido; pero Lady Clancarron había identificado a uno de los hombres del grupo que llegó después. Y se lo había mostrado a Judith. Ella ahora corría en persecución de él. Bajo un repentino impulso, Judith se había convertido en detective. Seguía los pasos de uno que era su hombre perseguido.

Lo había mirado cuando él se disponía a salir del club nocturno, pero apenas se había podido dar cuenta de que tenía anchos hombros, cabello cortado casi al rape, vestía traje oscuro y llevaba impermeable. Precisamente se había estado poniendo el impermeable cuando salía del club. Judith no pudo ver su rostro porque él estaba de espaldas a ella. Pensó que si la figura que seguía llegara a desaparecer durante cinco minutos, no tendría la seguridad de reconocerla después. Tal vez lo conveniente fuera que ella se limitase a tratar de verlo bien, de manera de poder identificarlo más tarde en caso necesario. Pero seguir a un hombre simplemente, para verle el rostro le pareció poco interesante. Resultaría mucho más satisfactorio investigar sus actividades y dar con su guarida. Se preguntó lo que podría decir su marido sobre

todo aquello y se tuvo que confesar que lo más probable era que desaprobara totalmente el proyecto; pero después de todo, una mujer no, puede vivir eternamente bajo el amparo de su marido. Alguna vez debe tener iniciativa propia.

Tardó un poco en recoger su abrigo y le asaltó el temor de perder su presa antes de dar principio a la caza. El hombre se había detenido un momento en la acera, como irresoluto. Estaba de espaldas a la, puerta del club. Observándolo, Judith pensó que se portaba como quien ha estado esperando el tiempo; suficiente a un amigo tardo. Ella se adelantó para verle la cara, y se detuvo al borde de la acera, como quien espera, sin prisa, un taxi. Era un hombre de mediana edad, redondo rostro pálido y pequeños ojos hundidos. Podía decirse que su aspecto era siniestro. Tal vez no fuera más; que eso, el aspecto un tanto siniestro de aquel hombre, lo que había hecho fantasear a Lady Clancarron.

Llovía; y en la calle había poca gente. De pronto, el hombre pareció haber adoptado una resolución. Lanzó rápidas miradas a ambos lados de la calle. Judith sintió que los ojos de él se detenían sobre ella un instante. En seguida el hombre se echó a andar, adentrándose en la oscuridad. Sí, era un tipo, siniestro. Tenía el hábito de observar cuidadosamente lo que lo rodeaba; por eso se había fijado en Judith.

Ella se dio cuenta de que no podría seguirle los pasos durante mucho tiempo sin que él lo advirtiera. Forzosamente sospecharía. Ahora iba caminando rápidamente y Judith esperó un momento, cruzó la calle y empezó a seguirlo por la acera de enfrente. El hombre siguió su camino sin volverse.

Ya era tiempo, pensó Judith, de llegar a una conclusión acerca de todo este enredo. Lady Clancarron le había dicho muchas cosas, pero seguramente casi todos los informes proporcionados por la anciana estaban basados en tonterías y visiones. Los agentes secretos no acostumbran robar pinturas famosas, o cuando menos, no están más dispuestos a hacerlo que cualquier otra persona perteneciente al sector más arriesgado de la sociedad: Sin embargo, el antiguo condiscípulo a quien Limbert había visto poco antes de su propia muerte, y el grupo que había entrado en el club y que tenía alguna relación, por pequeña que fuera, con aquel condiscípulo de Limbert, que era, a la vez, un hombre perseguido, bien podían ser ladrones. El hecho de que figuraran en las fantasías de la anciana y excéntrica moralista, nada tenía que ver con el asunto. No por lo que hubiera dicho Lady Clancarron resultaba ni más ni menos probable que aquellos hombres fueran ladrones.

Cuando menos, sí habían estado en el *Thomas Carlyle* la noche en que Limbert fue asesinado, y uno de ellos había pasado un rato en compañía del pintor. Esto constituiría un eslabón menos débil entre ellos y los cuadros de Vermeer y de Stubbs, si esos cuadros pudieran relacionarse más firmemente con el asesinato cometido. El hecho más significativo en el caso de la muerte de Limbert era que éste, poco antes de morir, había tenido en su poder, ya fuera o no inocentemente, dos cuadros robados, uno de ellos de inmenso valor. Era casi seguro que los ladrones sabían dónde se encontraban los cuadros; no había otra explicación posible sobre la: conversación y la

disputa de que había informado Grace Brooks. Casi inmediatamente después, Limbert había sido asesinado y alguien había registrado su estudio. Pero tanto el cuadro de Stubbs como el de Vermeer, éste escondido bajo *El Quinto y el Sexto Días de la Creación*, se habían dejado allí en el estudio. No había sido hasta después, precisamente el día de hoy, que los ladrones recuperaron la obra de Vermeer, robándola de la Galería Da Vinci.

Hasta aquí había llegado Judith en su meditación sobre el problema, cuando advirtió que el hombre a quien iba siguiendo había dado vuelta a la esquina y desaparecido. Apresuró sus pasos y cuando alcanzó a ver al hombre, él se disponía a dar vuelta en otra esquina. A Judith se le ocurrió que estaba dando vuelta a la manzana. Posiblemente tenía aún la intención de acudir a alguna cita.

La calle, muy mal alumbrada, estaba casi desierta. Judith continuó con grandes precauciones. Si el hombre se volvía y lograba distinguirla, sabría, sin lugar a dudas, que lo estaba siguiendo.

Era probable que ella se comportara tontamente. Si el *Acuario* había vuelto a manos del viejo Moe Steptoe, era casi seguro que para estas horas estuviera ya, en poder de la policía. John habría tenido buen cuidado de que así fuera.

El hombre había dado vuelta a otra esquina. Tres vueltas en ángulo recto. Por tanto, no podía estar haciendo otra cosa que ganar tiempo. Judith pensó que era posible que ella se estuviera molestando en seguir los pasos a un inocente ciudadano empeñado en un asunto amoroso o en una vulgar aventura. Este pensamiento le fue muy desagradable. Al llegar a la esquina se detuvo, dudando entre continuar en sus pesquisas o regresar a su casa. Ante ella se extendía otra callejuela casi desierta. El hombre que avanzaba en la semioscuridad pronto tendría que advertir su presencia. Mientras Judith lo observaba, un presentimiento la hizo buscar con la mirada algún rótulo que le indicara en dónde estaban. Encontró el rótulo. Era la calle Gas. El estudio de Gavin Limbert estaba ubicado en dicha calle. Limbert había sido asesinado en la calle Gas.

Como se lo habían indicado, la calle Gas era un callejón sin salida. A la derecha, una hilera de casas de angostas fachadas flanqueaban la calle; a la izquierda, había construcciones más bajas, irregulares, que en un tiempo habían sido caballerizas y que ahora servían de garajes a los automóviles de los inquilinos más acomodados de las casas de enfrente. Al fondo y cerrando la callejuela había un muro de ladrillo. Más allá del muro quedaba el club nocturno *Thomas Carlyle*. Si el club tenía alguna puerta al fondo, aquélla no daba a la calle Gas.

Judith había observado todo esto con rapidez, pero apenas había llegado a las conclusiones respectivas cuando el hombre a quien venía siguiendo desapareció. Había caminado hasta el final de la calle y había entrado en la última casa de la acera derecha. Judith aspiró hondamente. Sí, existía un eslabón entre ese hombre y Gavin

Limbert. Ya no podía dudarlo.

Deseó intensamente poder comunicarse con John. Pensó en la posibilidad de llamar por teléfono a Cadover. Se dijo que podía esperar hasta que el hombre saliera, si es que volvía a salir, y entonces seguirlo hasta donde fuera, para luego avisar a la policía. Lo podrían aprehender al día siguiente. Pero temió que su técnica detectivesca no fuera lo suficientemente buena para garantizar el éxito de semejante empresa. Sin embargo, ella podía continuar su investigación hasta ver qué más lograba descubrir.

La calle Gas estaba desierta. Su último tramo no incitaba a seguir adelante. Aunque Judith no solía alarmarse fácilmente, tuvo la certeza de que si se adentraba más por aquella callejuela se encontraría en una situación que bien pudiera resultar peligrosa. Y ella no tenía derecho a arriesgarse. Pero eso tampoco, quería decir que debiera dejarse dominar por el pánico. Resueltamente se encaminó por la calle Gas. Cuando menos, el otro extremo parecía sumamente respetable. Todo lo que tendría que hacer, en caso de peligro, sería lanzar un grito pidiendo socorro y en seguida correría en su auxilio toda una cohorte de caballeros ingleses.

Posiblemente fue esa grata visión de numerosos caballeros empeñados en socorrerla lo que indujo a Judith a continuar una aventura tan temeraria como la que, sin saberlo ella, corría su esposo en aquellos mismos momentos. Cuando llegó al final de la calle y vio que la puerta de la última casa estaba abierta y que verdaderamente parecía una de esas puertas que nadie se toma la molestia de cerrar, entró en la casa. Se asomaría al interior y si alguien le hacía preguntas diría que estaba buscando a una señorita Arrow. Y como la señorita Arrow había desaparecido a la mañana siguiente de la muerte de Gavin Limbert, no había posibilidad de que surgiera una situación embarazosa. Era cierto que si tropezaba con el hombre a quien venía siguiendo y él recordaba haberla visto frente a la entrada del *Thomas Carlyle*, podría ocurrir algún incidente desagradable; pero en ese caso ella podía lanzar el grito en demanda de socorro.

Pensando así, Judith se encontró en un angosto corredor del que arrancaba una escalera débilmente alumbrada por mecheros de gas. Alguien había pintado un mural en el triángulo de pared donde empezaba la escalera. Flotaba allí un olor a cocina, mezclado con los de aguarrás y barro mojado. Estos olores le eran familiares. Avanzó con mayor confianza. A su izquierda vio una puerta entreabierta y oyó voces en el interior. Quizá el hombre a quien había seguido desde el club nocturno fuese uno de los dos inquilinos que quedaban en el edificio: el pintor Boxer o el escultor Zhitkov. Judith pensó que si podía cerciorarse de ello daría por terminada su labor de esa noche. Aunque no fuera un gran descubrimiento, cuando menos habría logrado algo. Se encaminó hacia la puerta entreabierta, diciéndose que en cualquier momento, si el caso lo requería, podía empezar a preguntar por Mary Arrow. Se asomó al interior del departamento. Allí estaba su hombre. El departamento era, como ella se había imaginado, un estudio. Vio al hombre de anchos hombros, rostro redondo y cabello

cortado casi al rape; su cabeza, vista de espaldas, formaba una especie de *repoussoir* a los recónditos rincones del estudio, en el centro del cual se alzaba, un caballete que sostenía un dibujo en cartulina: un desnudo de mujer en una extraordinaria pose. El cuerpo femenino estaba hecho dobleces como un acordeón y formaba una masa rectangular. Seguramente el doble cubo obsesionaba al dibujante. Ardían varios leños en la chimenea al fondo del estudio y, sentada junto a la lumbre, una joven de proporciones monumentales permanecía impassible, zurciendo un calcetín rojo con estambre de color amarillo brillante. El hombre de los anchos hombros estaba de pie ante ella. Era evidentemente un visitante y hacía preguntas. Otro hombre, a quien Judith no podía ver, respondía impacientemente:

—Le digo que no lo sé; además, ¿quién es usted y qué es lo que quiere con él? ¿Le debe dinero el pobre diablo?

—Mi nombre es Cherry —dijo el hombre a quien venía siguiendo Judith. Su voz era tan suave que sugería un excesivo deseo de apaciguar o bien una personalidad marcadamente psicopática—. Soy amigo de él..., de Zhitkov.

—No le creo una sola palabra. Zhitkov nunca ha tenido un amigo en toda su vida, ni siquiera uno como el escurridizo gusano que dice llamarse Cherry y que está a punto de ser lanzado de aquí.

Judith pudo ver entonces al hombre que hablaba. Usaba una blusa azul y no se había afeitado; sostenía en la mano una botella de cerveza, vacía y, al llegar al centro del cuarto, adoptó una actitud de estudiada beligerancia. Judith supuso que estaría borracho.

—Primero —continuó el desconocido—, Grace fracasa como modelo; luego, se presenta el inspector Cadover, trayendo a un tal subjefe policíaco que usa sombrero hongo, y ahora... ¡usted! Pues bien, podrá usted ser Cherry, todo lo Cherry que quiera, pero apuesto a que ni una prostituta le haría el obsequio de una mirada.

—Déjalo en paz, Boxer —dijo la robusta joven, con una voz gruesa y monótona, desde su lugar ante el fuego—; no ha hecho más que una pregunta cortés.

—Como dice la señorita, sólo hice una pregunta cortés —la voz de Cherry era ahora aún más suave que antes, pero Judith percibió en ella un tono de perversidad—. El señor Zhitkov concertó una cita conmigo y no acudió a ella —seguía hablando Cherry—; por eso he venido a buscarlo; yo solamente le preguntaba a usted si sabe a qué hora regresará.

—Puede ir a su estudio y esperarlo allí —sugirió la joven—; nunca cierra con llave.

—Sí, espérelo allí —aconsejó el hombre a quien llamaban Boxer y que parecía haber olvidado toda su animosidad. Mientras hablaba, contemplaba su dibujo con profunda tristeza. Con las rodillas tocando el pecho y los talones contra las asentaderas, dijo amargamente—: Y el resultado son curvas. Serviría para una revista pornográfica. ¡Lamentable! —se volvió hacia su visitante agitando los brazos como quien espanta a un gato—: ¡Vamos! ¡Fuera! —gritó.

Judith comprendió que, aunque Boxer hablaba sin violencia, estaba echando a Cherry a empujones suaves pero efectivos. Entonces ella se retiró precipitadamente.

En realidad, echó a correr y equivocó el camino. Vio una puerta abierta; se dio cuenta de que no era la que daba entrada al edificio, sino a otro departamento que intuyó estaba vacío, a pesar de que ardía fuego en la chimenea. Cherry había llegado al corredor, esforzándose por recuperar el equilibrio. Judith sintió que era de primordial importancia para ella no ser vista por él, y ese sentimiento, inesperado e irracional, la empujó hacia el departamento al que daba acceso la puerta abierta. Entró en él. Era otro estudio. El de Zhitkov, naturalmente. En el centro de la habitación pudo distinguir la vaga silueta de una masa escultórica. Recordó que sobre una escultura de Venus habían caído gotas de la sangre de Gavin Limbert, con gran indignación del escultor. Muy cerca de donde ella se encontraba en aquel momento, precisamente en el piso de arriba, Limbert había muerto, víctima de un asesino. Y muy cerca del sitio donde habían asesinado al pintor, un piso más arriba del de él, vivía Mary Arrow, que había desaparecido. ¿Era Mary Arrow ahora una mujer perseguida como Crabbe, o Crowe o Crewe, había sido un hombre perseguido? Al hacerse esta pregunta, Judith recordó lo que resultaba absurdo que hubiera olvidado: que en esos momentos también ella era una mujer perseguida.

Y el terreno que pisaba era peligroso. Las fuerzas misteriosas que se habían manifestado allí diez días antes todavía eran potencialmente activas y podían atacarla también a ella. Judith lo había sentido íntimamente al observar al hombre que decía llamarse Cherry. Y el tal Cherry venía detrás de ella. Dentro de un momento entraría en el departamento para esperar en él a Zhitkov. ¿Qué sucedería, allí en la penumbra, si ella se veía obligada a explicarle que también estaba esperando a Zhitkov?

Oyó pasos en el corredor. En aquel edificio todo estaba hecho en tan pequeña escala que parecía como si las cosas sucedieran con fantástica rapidez. Judith trató de penetrar la penumbra con su mirada y, de pronto, distinguió, en aquel sitio desconocido y a unos cuantos pasos de ella, una puerta interior. Tal vez daba acceso a una alcoba. Estiró el brazo y su mano se cerró sobre el picaporte. Abrió la puerta y traspuso el umbral. Al cerrar la puerta tras sí, sintió que la oscuridad la oprimía; faltaba ventilación y percibíase un extraño olor. Judith adivinó que se había escondido en una alacena y tuvo la certidumbre de que había hecho algo increíblemente necio. Oyó pasos en el estudio. Alguien encendió un fósforo. La puerta que la ocultaba quedó débilmente iluminada. Cherry había encendido la lámpara de gas en el estudio: de Zhitkov. Un instante después, Judith oyó que atizaba la lumbre en la chimenea y que acercaba un sillón. El convencimiento de que aquel hombre se disponía a esperar a Zhitkov el tiempo que fuera necesario la llenó de desconsuelo. Zhitkov podía ser noctámbulo y no llegar a su casa hasta muy tarde. En ese caso ella tendría que permanecer encerrada en aquella alacena durante horas y más horas. Pero después de todo las cosas tienen su límite y no había por qué alarmarse... demasiado. Había dejado una nota a John, avisándole que iba al club

*Thomas Carlyle.* Si no regresaba dentro de un período prudencial de tiempo, él haría indagaciones. Y no pasaría mucho tiempo antes de que John adivinara que su mujer había ido a estudiar el escenario donde Limbert había muerto. La sonrisa de Judith, encerrada allí en la oscuridad, fue más bien una mueca. Pensaba que el hecho de que un hombre conociera perfectamente a su mujer no dejaba de tener sus ventajas; si realmente se había metido en un berenjenal, John la sacaría de él.

Pero mientras tanto, no se atrevía a moverse. Cualquier movimiento dentro de aquel escondite que era como boca de lobo podía desplazar algún objeto: herramienta, yeso, enseres de cocina, cualquier cosa de las que estuvieran guardadas allí. Durante un rato aquello pareció a Judith un juego que no carecía de atractivo; aquella sensación de estar escondida, temblorosa de emoción, casi sin atreverse a respirar, le recordaba sus diversiones infantiles. Sin embargo, el juego no tardaría en convertirse en una situación intolerable.

Judith esperó. Nada sucedía. Se sintió presa de un terror irracional. Otra vez encontraba similitud entre su aventura presente y sus antiguos juegos infantiles. Recordaba cuando de niña se escondía en alguna alacena y luego se asustaba temiendo que alguna sirvienta, al pasar, hubiera echado llave, dejándola, prisionera para siempre, y que su casa, hasta pocos minutos antes familiar y conocida, se convirtiera en un desierto hostil del que todas las personas mayores habían huido para siempre, dejándola a ella sola, abandonada y prisionera. Aquellas extrañas sensaciones, como proyecciones de sus infantiles temores, y el terror que la había atenazado, fueron pasando, pero le dejaron el convencimiento de su propia y adulta necesidad. Repentinamente comprendió que tenía la obligación de sobreponerse; debía dominar su miedo y salir de la absurda situación en que ella misma se había colocado. Y la única forma de lograrlo era abandonando el ridículo escondite y enfrentándose a Cherry con valentía y decisión. También comprendió, de pronto, que podía hacerlo. Los caballeros de Inglaterra no estaban lejos de ella; estarían allí afuera del edificio, en las otras casas de la misma calle, listos para venir a rescatarla. Sin embargo, siendo ella una dama de Inglaterra, era muy posible que pudiera, sin ayuda, efectuar su propio rescate.

Alentada por este nuevo y exaltado punto de vista, Judith colocó su mano contra la puerta y empujó, o más bien, estuvo a punto de empujar cuando la asaltó un nuevo y extraño pensamiento: las damas de Inglaterra no acostumbraban encerrarse dentro de alacenas en casas ajenas. Pero en Suecia...

Lo que le había sugerido este pensamiento era el recuerdo de aquel simpático personaje femenino de Strindberg que vivía en una alacena y se creía una cotorra. El recordar claramente el personaje y la situación creados por el escritor sueco, le pareció a Judith irresistiblemente jocoso. Estuvo a punto de soltar una carcajada, lo cual tal vez hubiera sido el mejor modo de desconcertar al confiado Cherry, cuando oyó que se abría la puerta del estudio y que una voz desconocida decía fríamente:

—¡Ah! Eres tú.



## CAPÍTULO NÚMERO

### 9

Judith Appleby perdió todo deseo de reír. La risa huyó cuando la voz fría agregó:

—¿Qué sentiste... cuando mataste a Crabbe?

—¡Cállate, idiota! Hay gente en el departamento de enfrente.

—¿Boxer? —preguntó el recién llegado con su voz inexpresiva pero precisa, evidentemente la de un extranjero culto—. Boxer está borracho y su gorda modelo es demasiado estúpida para ser tomada en cuenta. Pero cerraré la puerta. ¡Ya! Y ahora, Cherry, te vuelvo a preguntar: ¿Qué sentiste cuando mataste a Crabbe?

—Me sentí muy bien —contestó la suave voz de Cherry, ahora acariciante—; casi tan bien, Zhitkov, como cuando te di un golpe en la cabeza, privándote de conocimiento.

Zhitkov dejó escapar una risa áspera.

—No te sirvió de gran cosa. ¡Maldito seas! Y ahora te figuras que podemos tratar de negocios, ¿eh? Pues pudiera ser.

—Entonces, ¿por qué no fuiste al club nocturno como convinimos?

—Porque no me dio la gana, mi amigo; yo soy el que tiene la sartén por el mango y no pienso dejar que lo olvides.

—Pues a mí me parece que hay alguien que nos está ganando el juego; por eso creo que deberíamos unir nuestras fuerzas:

Zhitkov volvió a reír.

—Cherry, eres un tonto; pero como, además, me estorbas, es posible que decida comprar tu parte. Sin embargo, no vayas a creer que en este asunto llevamos partes iguales. Puede ser que a los dos nos hayan tomado el pelo, pero yo sé cosas que tú no sabes, y que es mejor, estoy a punto de saber más aún, ¿comprendes?

A las palabras de Zhitkov siguió un corto silencio que quizá podría interpretarse como aquiescencia por parte de Cherry. Judith podía oír los latidos de su propio corazón; eran tan fuertes que llegó a temer que los dos hombres se volvieran al unísono para investigar qué clase de extraña y ruidosa máquina funcionaba dentro de la alacena. Había existido un hombre llamado Crabbe. Y había sido perseguido..., perseguido hasta la muerte; y ahora la muerte de él era tema de grosera conversación, entre dos rufianes rivales. Porque eso parecían ser Cherry y Zhitkov. Lo que ella estaba escuchando era una plática de avenimiento; una cautelosa discusión de tanteo sobre un posible armisticio. Pero ¿en nombre de qué clase de fuerzas hablaban estos dos hombres? ¿Qué relación tenían con los que habían robado las pinturas de Vermeer y de Stubbs, propiedad del duque de Horton? Y si Cherry efectivamente había matado a Crabbe, ex discípulo de Limbert, ¿en qué forma se relacionaba ese

asesinato con el de Limbert? ¿Y qué era lo que Zhitkov sabía, pero que Cherry ignoraba? Judith sentía que estas interrogaciones y una docena más que surgían tras ellas, la oprimían con una especie de insistencia física exacerbada por el confinamiento de la alacena.

—Crabbe era vivo.

—¿Vivo..., Crabbe?

—Sí; tú lo mataste, pero él era un tipo vivo; lo fue hasta el último momento.

Judith sé preguntó, alarmada, si iba a ser presa de un ataque histérico. Porque le parecía que las voces de los hombres a quienes no podía ver subían y bajaban conforme al ritmo impuesto por su propio agitado, pulso. Solamente la curiosidad la salvaría de la histeria. Si se dejaba vencer ahora, nunca sabría la verdad. En cambio, si lograba dominarse, tal vez las próximas frases de Zhitkov y de Cherry fueran para ella la clave de todo el misterio.

—No veo, yo que Crabbe haya sido tan vivo.

—Es que tú crees que él no tenía nada.

—¿Que Crabbe no tenía nada? Crabbe no conservó nada. Todo lo que yo afirmo es que Crabbe no supo retener nada. Todo lo echó por el sumidero.

—¡Conque lo echó todo por el sumidero! Naturalmente que se te había de ocurrir la idea de un sumidero, Cherry; tienes un don especial para olfatear un sumidero.

—Mira, Zhitkov, esto, no nos lleva a ninguna parte. Debemos llegar a un acuerdo.

—¿Debemos llegar a un acuerdo? ¡Vaya! Me gusta la frescura... ¿Debemos llegar a un acuerdo?

Judith sintió que la cabeza le daba vueltas. Y no era por la conversación que estaba escuchando. Aunque las palabras que pronunciaban aquellos hombres le resultaban difíciles de comprender, ya que no sabía quién era el que hablaba, no era esa dificultad lo que la hacía sentirse a punto de desmayarse. Tampoco era por la oscuridad. No tenía nada que ver con lo que oía ni con lo que no veía. Su extrema debilidad se relacionaba con otra cosa: lo que olía. La alacena estaba impregnada de un olor extraño y dulzón. Era un olor que ella no lograba asociar con nada que perteneciera al estudio de un artista. Cuando llegó a tal conclusión, Judith se dio cuenta de que iba a perder el conocimiento, o cuando menos, que se estaba tambaleando, sin poder ya conservar el equilibrio. Forzosamente tendría que extender los brazos en busca de algún apoyo. Era indispensable que así lo hiciera, aun corriendo el riesgo de derribar algún objeto, haciéndolo caer al suelo, con el consiguiente ruido que eso ocasionaría...

Por una parte, si permanecía allí en aquella incómoda postura, no conseguiría nada. Se sentía tan mal que ya no podía entender lo que los hombres hablaban. Lo único que sabía era que estaban diciendo algo acerca del club *Thomas Carlyle*, refiriéndose a algo que había sucedido allí o que debiera haber sucedido allí, aquella noche... la noche que había sido causa de todo el horror del momento presente. Cautelosamente, sin mover sus hombros, Judith empezó a tantear a sus espaldas. Sus

dedos tocaban, asían, se movían rozando y volvían a asir. Eran los dedos sensibles de una escultora...

Hubo un momento en que Judith perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí su primera impresión fue de que algo había ocurrido. Estaba de rodillas. ¿Cuándo se había arrodillado? Tuvo que haber caído y, forzosamente, debió haber hecho ruido. Ya fuera que los dos hombres sabían que ella se encontraba allí y se estaban divirtiendo con sus sufrimientos, o la discusión había llegado a tal punto álgido, que ellos, concentrados en lo suyo, no se daban cuenta de nada más. Pero todo aquello: carecía de importancia... Los dedos de Judith empezaron a explorar de nuevo. Era como si actuaran independientemente de su voluntad. Y otra vez sus dedos le llevaron a su cerebro el mismo mensaje: ella estaba de rodillas entre..., entre...

Tal vez no fueran más que las horribles imágenes creadas por un repentino delirio. Judith hizo esfuerzos por concentrar su atención en la conversación que se desarrollaba en el estudio, pero el delirio había invadido también la conversación de los hombres. Cherry estaba diciendo algo acerca de un baño. Judith vio ante sí el rostro de Lady Clancarron, con una enorme peluca roja que le caía sobre un ojo, y, al mismo tiempo, sintió la seguridad de que había algo que debería relacionar con otra cosa. La alacena en la cual se agazapaba ya no estaba totalmente a oscuras. Era el escenario de extraños fuegos artificiales. Estos, se dijo Judith, eran el efecto del extraño olor. El olor ocasionaba los extraños fuegos... Le pareció que Zhitkov decía..., o tal vez era Lady Clancarron quien lo gritaba en voz fuerte; que Judith tuviera cuidado de no tirar al niño junto con el agua del baño. Recordó que apenas unas horas antes ella había estado bañando a su hijito. Entonces vivía en un mundo de seguridad y cordura. ¡Era preciso regresar a aquel mundo!

Concentró todas sus fuerzas como para un último y desesperado asalto contra una formidable barrera, pero sabía que debería hacer uso de sus dedos. Con un tremendo esfuerzo de voluntad empezó nuevamente a tocar, tentando. Sintió como un golpe de aire frío sobre su cabeza. El frío le corrió por el pericráneo y bajó por su espina dorsal. Penetró en todo su cuerpo. Y a esa sensación helada, que por un momento fue puramente física, ella le estaba encontrando explicación. Era una explicación tan grotesca que debería causarle risa. Debería reír a carcajadas. Pero no sentía ningún deseo de hacer tal cosa. Su pulso empezaba a normalizarse y su mente ya estaba perfectamente lúcida. Podía calificar su situación de peligrosa y absurda; por lo tanto, no podría decirse que ella fuera dueña de la situación pero, cuando menos, había vuelto a ser dueña de sí misma.

—Dices que tú sabes cosas que yo no sé. ¿Cómo voy a saber si eso es cierto?

Era la voz hosca de Cherry que seguía discutiendo. A Judith le pareció que los dos hombres habían llegado a un impasse. Si se les antojaba volver a discutir todo el asunto, mejor para ella; le proporcionarían una segunda oportunidad de enterarse,

ahora que se encontraba en mejores condiciones para aprovechar esa oportunidad.

—Escúchame, Cherry; yo no estoy dispuesto a regalar nada. Lo único que tú sabes es esto: que evitaste que Crabbe me lo entregara..., y lo evitaste, matándolo. Sin embargo, sospechas que de todos modos yo debo tenerlo porque, después de todo, si no lo tengo yo, ¿en dónde está? Pues bien, tienes razón..., pero también estás equivocado —Zhitkov volvió a emitir su risa gruesa al expresar aquel acertijo—. Crabbe, en cierta forma, lo hizo llegar a mí..., y otros metieron mano en el asunto.

—¿Qué otros podían ser? Estás tratando de engañarme, Zhitkov. No había otros que pudieran estar enterados. Primero, tu grupo consiguió la cosa; luego, el grupo mío se enteró y yo hice lo que tenía que hacer. Admito que fracasé, pero no había más que nuestros dos grupos. Ningún otro podía saber nada de ello —la voz de Cherry volvía a ser suave, obstinada y monótona.

—Tienes toda la razón. Nadie más lo sabía; pero de todos modos, alguien metió mano.

—¿Quién?

—Steptoe. Cuando menos yo creo que fue Steptoe.

—¿Qué dices? Dices tonterías y me estás haciendo perder el tiempo.

—Es verdad, Cherry; te estoy haciendo perder el tiempo —contestó Zhitkov, soltando su fea risa.

Judith temió que su cabeza empezara nuevamente a dar vueltas, tan grande era el esfuerzo que hacía para encontrar sentido a lo que escuchaba.

—¿Cómo podía Crabbe, en cierta forma hacerlo llegar a ti..., según dices? —insistió Cherry.

—Hay teléfonos, ¿no? Eres un tonto, Cherry. Siempre me lo dije: “Cherry es un tonto”.

—¿Que hay teléfonos? ¿Y qué? Crabbe no podía dártelo por teléfono.

—Pero si me podía decir mucho..., todo lo que yo necesitaba saber. Naturalmente que no podía decirme lo que él mismo no sabía: que Steptoe se había mezclado en el asunto. Steptoe era el factor desconocido.

—¡El teléfono!

Dentro del estudio sonaba insistentemente el timbre del teléfono. Judith pensó que un teléfono estaba fuera de lugar en un estudio como aquél, pero había que considerar que Zhitkov, indudablemente no era lo que aparentaba ser. Por lo menos ella se había enterado de eso. Durante algunos segundos el timbre siguió llamando insistentemente. Con seguridad Zhitkov no quería contestar mientras estuviera allí Cherry.

—Anda, Zhitkov, contesta; tal vez sea Crabbe —se burló Cherry suavemente—. Tal vez sea Crabbe que te dará noticias. Noticias del infierno:

—¡Al diablo contigo!

El timbre dejó de sonar. Sin duda Zhitkov había levantado el auricular.

—¡Baja la voz! —ordenó Zhitkov. Un momento después su voz se alzó, colérica

—. ¡No lo consiguió! ¿Dices que no pudo conseguirlo? ¿Cómo? ¿Que ellos lo cogieron? ¿Qué demonios es lo que quieres decir? ¿Pelearon... en la tienda? Eso demuestra que yo tenía razón, pero tú deberías haberte apoderado de él... A ver, explícate... Deben haber sido los hombres de Cherry... Aquí está Cherry en estos momentos... ¿Estás seguro? ¿A qué velocidad? Digo que cuál es la velocidad. ¿No podían ir aprisa? ¿Y la oscuridad? En la oscuridad se puede uno librar de los que lo siguen... Acuérdate de Crabbe... Digo que te acuerdes de Crabbe... Si no lo sueltan. ¡Tienen que aguantar!

Se oyó el ruido del auricular al ser colocado bruscamente en el aparato. Judith aguzó el oído y comprendió que el silencio era el de una nueva tensión.

—¡Eres un tipo muy hábil! —dijo por fin Zhitkov, en un tono distinto al que había usado hasta entonces—. Tú lo sabías... Sabías lo de este hombre Steptoe y su gente.

—¡Ah..., Steptoe! Estabas hablando de Steptoe... —la voz de Cherry era más suave que nunca; suave y enigmática—. Y creíste que nosotros no sabíamos nada acerca de Steptoe.

—Han estado trabajando de prisa —dijo Zhitkov, en un tono que denotaba franca admiración—. No fue sino hasta hoy que me enteré; lo supe hoy y entonces me puse a vigilar a Steptoe. Esperamos que obscureciera para apoderarnos del cuadro...

—¡Ah! Así es.

—Hubo pelea —continuó Zhitkov— y golpearon a Steptoe; su tienda quedó hecha añicos. Un carro de mudanzas salió del patio... Mi gente apenas se dio cuenta, pero lo están siguiendo ahora. Fuiste tú el del carro.

—No, no fui yo, ni mi gente tuvo qué ver con el pleito —contestó Cherry, hablando más rápidamente, como si tuviera conciencia de que había llegado el momento crítico.

—¿No fuisteis vosotros? Entonces sería la misma gente de Steptoe...

—Supongo que sí, pero sea quien haya sido, ¿tus amigos los están siguiendo?

—Sí.

—¿En el coche verde? ¿El Humber?

—¿Qué sabes del Humber verde? —preguntó Zhitkov, subiendo la voz en agudo chillido.

—Es una de tantas cosas que sabemos, Zhitkov. Eres tonto. Lo que perseguís vosotros también lo buscamos nosotros.

—¿Van siguiendo el Humber?

—Desde el principio... Y ahora..., ¿hablamos?

—Supongo que sí.

Judith oyó el ruido de sillas sobre el piso de madera y supuso que los hombres se habían puesto de pie.

—Pero sería mejor que habláramos... ya sabes dónde. ¿Vamos?

—Vamos.

De una manera indefinible la relación entre Zhitkov y Cherry había cambiado; y por alguna razón, igualmente recóndita, el cambio parecía exigir otro escenario para la continuación de la plática. Casi antes de que Judith se diera clara cuenta de lo que había sucedido, los dos hombres habían abandonado el estudio y ella estaba sola.

No fue sino hasta que hubo salido de la alacena que Judith pudo apreciar hasta qué grado era nauseabundo el olor. Con razón le había hecho perder el conocimiento. Zhitkov seguramente había bajado la llama de la lámpara antes de salir. Judith dio vuelta a la llave del y la luz se hizo más intensa; luego regresó a inspeccionar el sitio donde había estado prisionera. La alacena era muy semejante a lo que ella, en la oscuridad, había imaginado. Un depósito de carne en descomposición. Allí estaban a la vista, montones de miembros: piernas, brazos, manos..., sus dedos sensibles habían pasado sobre ellos, tocándolos. Eran aquellos miembros los que despedían el horrendo olor. Fascinada por su descubrimiento, Judith volvió a pasar sus dedos por ellos. Tenían una consistencia de caucho, distinta a la de carne viviente, pero muy semejante a... Un escalofrío recorrió el cuerpo de Judith a tiempo que se echaba a reír. Ahora la experiencia sufrida le parecía ridícula, pero unos minutos antes le habían dado una sensación de realidad. Era evidente que Zhitkov se dedicaba efectivamente a su profesión y que en la alacena guardaba útiles, materiales y trozos modelados de las figuras comerciales que confeccionaba.

Pero Zhitkov hacía algo más que modelos comerciales. Y sus otras actividades eran, con mucho, las más importantes. Tanto su “negocio” como el de Cherry, estaba bien organizado; era más amplio y establecido de manera más; permanente que el de Cherry, según Judith había podido, darse cuenta por la conversación que había escuchado. Judith recordó entonces la Sociedad Internacional para la Difusión de Objetos Culturales, esa vasta organización, con ramas en distintas partes del mundo, que se había creado durante la postguerra para dar salida a las desaparecidas obras de arte europeas. Recordó también lo que John le había relatado acerca de otro grupo de delincuentes, no menos extraordinario y nefando: el de los Amigos del Venerable Bede; y pensó, por último, en Wine, el pillo que se había hecho tan poderoso que lograba no solamente arrebatarse pinturas y estatuas valiosas a sus legítimos dueños y transportarlas a lugares lejanos para su venta, sino que había logrado incluso robar y transportar una casa de Bloomsbury, un caballo de tiro de Harrogate y una joven de diecisiete años, Wine había sido un clásico caso de personalidad múltiple. Y ahora Judith parecía estar en contacto con el crimen organizado en igual magna escala, aunque dirigido con fines algo distintos. También John estaba dentro de aquella enorme red. Judith, pensándolo, frunció el ceño, íntimamente preocupada.

Para estas horas John ya estaría en casa. Había salido para vérselas con el viejo Moe Steptoe, quien casi seguramente había vuelto a apoderarse del cuadro de Vermeer que habían robado al duque de Horton. Judith no había preguntado a su

marido cuál era su plan con respecto a Steptoe. John simplemente había tomado su sombrero y su abrigo y había salido de la casa, dejándola a ella atendiendo a su huésped, el duque de Horton, hasta que el noble señor decidiera regresar a su hotel. Pero, hubiera acontecido lo que fuere, a estas horas John seguramente se encontraría, de regreso en casa. Judith se disponía a abandonar el estudio de Zhitkov, pensando que podía abordar un taxi al otro extremo de la calle Gas y satisfecha de tener informes que, aunque confusos y fragmentarios, podían ser de utilidad. Además, ella no tenía ningún, deseo, de permanecer en el estudio un momento más de lo necesario. Había pasado trances tan angustiosos en aquel lugar que siempre lo recordaría con profundo malestar. También había que considerar la posibilidad de que Zhitkov regresara en cualquier momento, ya fuera solo o todavía acompañado por Cherry o por cualquiera de su propio círculo: de rufianes.

Pero Judith se sintió de pronto tan impaciente y tan llena de aprensión, que le pareció que ni un taxi sería lo suficientemente rápido para permitirle comunicarse cuanto antes con John. Miró el teléfono de Zhitkov. ¿Por qué no arriesgarse un poco más y usar aquel aparato? Una vez que ella hubiera informado a su marido, estaría segura.

Presurosamente se encaminó al teléfono, levantó el auricular y marcó el número de su casa. Mucho antes de que lograra comunicarse tuvo que confesarse a sí misma que algo andaba mal. Si John estuviera en casa, aunque se hubiera dormido, ya para entonces habría contestado el teléfono... Cuando por fin oyó una voz a través del hilo telefónico, fue de mujer: la voz soñolienta de la única, sirvienta que dormía en la misma casa. Sir John no había regresado.

Judith colgó el auricular y durante algunos, segundos permaneció junto al aparato, mirando, sin verlo, el grueso directorio telefónico de la ciudad de Londres. ¿Por qué se sentía tan inexplicablemente preocupada por el hecho de que su marido no hubiera aún regresado? No había razón alguna para que John, personalmente interesado en el caso, no pasara toda la noche alegremente solucionando el misterio del robo del cuadro de Vermeer... Pero no hacía ni diez minutos que ella había oído, cuando Zhitkov las recibió por teléfono, lo que parecían ser las últimas noticias de una batalla campal. Ya avanzada la noche, la tienda de Steptoe se convirtió en punto de reunión de grupos de criminales que lucharon entre sí. Había habido una riña; pero no había ninguna indicación de que la policía se hubiera adueñado de la situación, ni siquiera de que se hubiera llamado a la policía oí de que ésta hubiera intervenido en ningún momento. Cediendo a un repentino impulso, Judith cogió el directorio telefónico y rápidamente dio vuelta a las hojas hasta encontrar el número que buscaba. Lo marcó en el disco del teléfono.

No logró comunicarse con la tienda del viejo Moe Steptoe. Ni siquiera oía el zumbido de llamada. Solamente percibía el leve sonido que indica la imposibilidad de comunicarse con determinado número. Pensó que siempre existe la probabilidad de haber marcado equivocadamente. Entonces colgó el auricular y volvió a marcar, con

especial cuidado. Obtuvo igual resultado negativo. Estaba a punto de volver a bajar el auricular cuando del aparato salió un ruido extraño. Ella no recordaba haber nunca oído otro semejante. El ruido aminoró y en seguida volvió a empezar, muy leve, pero sin interrupción. Judith pensó que sería alguna falla técnica; adivinó que, a pesar de cualquier falla, ella había logrado establecer la comunicación, aunque defectuosa, con el teléfono de la tienda del viejo Moe. Conservó el auricular pegado a su oreja, esperando la voz que no se dejaba oír.

—Hola —murmuró Judith—. ¿Es el señor Steptoe?

Hubo contestación, pero de tal naturaleza que Judith creyó haber oído mal.

—¿Es el señor Steptoe? —volvió a preguntar.

Escuchó de nuevo el mismo sonido, pero ahora sí que no podía equivocarse; era un leve quejido, al cual siguió un golpe como el que pudiera hacer un auricular al caer al suelo. Después, sólo hubo silencio.

Aquello fue demasiado para Judith. Colgó el auricular rápidamente y en seguida lo volvió a descolgar para marcar otro número, esta vez el 999.

Afuera la lluvia lavaba la calle. A Judith le pareció que podía oír, muy débilmente, a los Eminentes Victorianos empeñados en destruir la tranquilidad nocturna con su música ruidosa. O tal vez; lo que oía era el radio de alguna de las casas en la calle Gas. No estaba segura de dónde le llegaban las notas musicales. Había muchas cosas de mucha mayor importancia de las cuales tampoco estaba segura. Y lo que tenía que informar sería confuso. Pero aún no se lo podría decir a John..., porque él no estaba en casa.

Judith se dejó caer en una silla. Sé sentía exhausta, sin energías. Y vacía. Así se siente uno cuando acude a la policía. Perfectamente a salvo, pero vacía. Le habían dicho que esperara. No le habían sugerido que buscara la protección de Boxer, o que se escondiera en un sótano, ni que se armara con un atizador. Nada. No le habían dado ninguna instrucción; no por descuido de la policía, sino simplemente porque la poderosa organización que ella había invocado estaba segura de su total eficiencia y tenía una completa confianza en sí misma. El policía que había contestado había dicho: “Sí, señora; iremos inmediatamente. ¿Dice usted que Lady Appleby? Bien, muchas gracias, señora...”. Y su voz no denotaba que el hombre se hubiera impresionado en lo más mínimo.

“Y mientras tanto —pensaba Judith—, aquí está este estudio, ordinario y pobre, con una mala escultura en el centro de la habitación y un montón de modelos comerciales metidos en una alacena; al otro lado del corredor estará Boxer, dormido o tal vez despertando de su borrachera, si no es que está un poco más borracho de lo que estaba... Arriba hay un piso vacío, y más arriba otro piso también vacío... Departamentos misterio. Departamentos problema”.

“Bien sabes que no has estado viendo visiones como la pobre Lady Clancarron —

se dijo Judith—. Realmente existe un misterio Limbert..., y tú estás metida en ese misterio, que también rodea a Mary Arrow... Una joven tímida, Mary Arrow..., que no quiere salir de entre bambalinas... A lo mejor, va a resultar que es el *Deux ex Machina*..., y descenderá, con la ayuda de cuerdas y poleas, en el último acto, para aclarar todo el misterio”.

Pero a la policía no le interesaría una alusión literaria. Ya estaba en camino y era tiempo de que Judith tratara de aclarar las cosas, para poder rendir un informe coherente de lo que había escuchado en aquel mismo estudio. ¿Qué era lo que podía ser útil a la policía? ¿Qué era lo que ahora ella sabía y deseaba que John supiera?

Step toe había metido mano en el asunto. Zhitkov lo había dicho porque creyó que podía burlarse de Cherry. Muy bien, pues por allí empezaría. Si Steptoe se había metido en el asunto, eso quería decir que él y los cómplices, que sin duda alguna debía tener, no habían sido los que iniciaron el asunto. Había otros datos que reforzaban esta hipótesis. Era indudable que el viejo Moe, con su tienducha donde comerciaba con objetos robados, en constante fricción con la policía, no podía ser un criminal importante, ni podía tener los conocimientos y los medios para poder organizar y llevar a cabo un robo como el efectuado en Scamnum Court, que había necesitado el envío de un valioso cofre español, una carta que podía haber sido escrita por un noble italiano, etc. Todo eso tuvo que haber sido llevadora cabo por otros, y después el viejo Moe había metido mano en ello. Entonces Gavin Limbert se había interpuesto. Y después... Judith frunció el ceño, temerosa de que su cerebro le empezara a hacer jugarretas ante la complejidad del problema. Se confesó a sí misma que el robo de los cuadros y el asesinato del pintor constituían misterios que solamente un detective profesional podría aclarar. Después de Limbert, hizo su aparición otro grupo de delincuentes... o cuando menos; el embrollo era algo así. Rufianes por todos lados. Pillos que saltaban al escenario, unos tras otros. Ladrones que se robaban entre ellos. Tres grupos rivales dispuestos ya a transar entre sí. Eso era lo que Judith había escuchado. Pero aquellos rufianes también estaban dispuestos a pelear, a golpearse e inclusive a cometer asesinatos. Habían golpeado a Zhitkov. Habían asesinado, a Crabbe. Y también; Limbert había sido asesinado.

Crabbe había, sido el hombre de Zhitkov y era un tipo listo. Era listo porque, había logrado informar a Zhitkov, por teléfono, acerca de algo. No parecía que para hacer eso, se necesitara mucho talento. Ella misma acababa de usar el teléfono para informar a Scotland Yard. Tal vez tenían una clave, y Crabbe, estando en presencia de sus enemigos, se había ingeniado para hacer uso de ella, y había dado algunos informes a, Zhitkov sin que sus enemigos se dieran cuenta de que lo hacía. Sí, tal vez había sido algo por el estilo.

Pero no se llegaba muy lejos con aquellos informes. Cherry creía que Crabbe *no conservaba nada*, y Crabbe, *en cierto modo había hecho llegar algo* a Zhitkov..., y luego otros *habían metido mano*. Esos otros eran Steptoe y sus amigos. Ellos, por lo que tocaba a Cherry y a Zhitkov, eran el *factor desconocido en el asunto*.

Y lo único que podía hacer era adivinar. Los informes, que tenía eran demasiado confusos y fragmentarios para permitirle construir una hipótesis satisfactoria. Pero tenía un cuadro bastante claro de un hecho concreto; de una situación existente: un camión había salido del patio de la tienda de Steptoe y en ese camión llevaban algo, probablemente el cuadro de Vermeer. Por lo que habían: dicho los dos hombres en el estudio, ella entendía que el camión pertenecía a Steptoe y que el viejo todavía estaba en posesión del botín. Los amigos de Zhitkov habían aparecido en escena demasiado tarde para desarrollar una acción efectiva, pero iban siguiendo al carro en un coche color verde y marca Humber. Por su parte, Cherry había ordenado a sus amigos que siguieran al Humber. Esta última circunstancia pareció haber impresionado a Zhitkov; dándole una nueva opinión del alcance y de la tenacidad de sus rivales. Como resultado de ello, el escultor pareció estar a punto de concertar una alianza con Cherry; y los dos hombres, resueltos a unir sus fuerzas, habían abandonado, juntos, el estudio. Y eso era todo lo que sabía Judith. En alguna parte de Londres se estaba efectuando aquella curiosa carrera. Un Humber coma detrás de un camión y, a la vez, era seguido, por otro vehículo.

Se le había olvidado algo. Y lo había olvidado porque no quería enfrentarse con ello. Había habido una lucha en la tienda de Steptoe. *Y en aquella lucha había tomado parte John.* Judith tenía la certeza de ello. Una certeza tan absoluta como intuitiva. La sintió mientras fijaba su mirada en la fea escultura sobre la cual había goteado la sangre de Gavin Limbert, provocando la ficticia indignación del ficticio escultor Zhitkov.

El piso se movía extraña y rítmicamente, como las aguas de un río. Sin darse cabal cuenta de lo que hacía, Judith, de un salto, se puso en pie y corrió a la puerta. ¡Ya deberían estar aquí! El automóvil grande y de color oscuro debiera haber dado vuelta a la esquina de la calle Gas, recorrido el tramo de las bonitas y prósperas residencias de todos aquellos caballeros de Inglaterra y haber llegado ya a la puerta, de este lugar trágico y enigmático.

Judith salió al oscuro y angosto corredor. Por la puerta del departamento de Boxer no se filtraba luz, lo que hacía suponerse que el artista ya se había acostados a dormir. La casa y la calle estaban envueltas en silencio, interrumpido, o más bien realzado, por el suave golpeteo de la lluvia. Judith ya no podía imaginarse que oía música del club *Thomas Carlyle*. Pero repentinamente, mientras estaba en el corredor, aguzando el oído para captar el ruido de un automóvil en marcha, oyó algo. Oyó en el piso de arriba el leve ruido de una llave dando vuelta en una cerradura.

## CAPÍTULO NÚMERO

# 10

El leve sonido fue un reto, y lo fue porque era aterrador, y era aterrador precisamente porque era tan leve. Ésta fue la única explicación de su inmediato proceder que Judith pudo darse más tarde. Un disparo de revólver, un grito, el ruido de un golpe, la hubiera asustado en aquel momento y hecho huir precipitadamente hasta la calle Gas en busca del retrasado automóvil de la policía; pero el levísimo ruido de una llave dando vuelta en la cerradura de una puerta le pareció, sin que ella pudiera explicarse por qué, mucho más aterrador. Inmediatamente se volvió hacia el lugar en donde se había producido el sonido, como si ella no fuera más que el sensitivo indicador de un delicado instrumento acústico. Se volvió y ascendió por la escalera, a oscuras, dejando atrás el entonces invisible mural con sus policías londinenses que eran una blasfemia, y siguió hacia el lugar que nunca había visto más que en su imaginación: el estudio del pintor Gavin Limbert.

Se dijo que el sonido de la llave girando en la cerradura había sido como un símbolo. Había sido la rúbrica de un hombre que regresa a su hogar. Un chirrido o un estallido habrían dado distintas, impresiones, del todo diferentes a la causada por la llave girando suavemente en su correspondiente cerradura, y no hubieran provocado en Judith aquel pinchazo de miedo. La mano que había introducido aquella llave, haciéndola dar vuelta sin esfuerzo, era la mano de la persona que llegaba a su propia casa.

Judith subía rápidamente, envuelta en total oscuridad. Cualquier pequeño obstáculo, un gato en visita nocturna, un periódico al pie de una puerta, un inesperado descanso de la misma escalera, la hubieran hecho caer, tal vez lastimándose y, sin duda, haciendo el ridículo; pero ella, continuando su ascenso, sin tener conciencia de esfuerzo muscular alguno, no pensaba que cuando se sube por una escalera desconocida generalmente se hace guiada por, alguna luz. Se sentía ascender como si estuviera inmóvil sobre una escalera eléctrica.

Esperaba encontrar luz en el piso superior y ver más allá a un hombre muerto que se paseaba tranquilamente dentro de su propio estudio...

Pero eso era absurdo y, naturalmente, lo único que encontró fue igual oscuridad. Extendió los brazos, tentando. No había más que una puerta cerrada con llave. El piso parecía estar desierto. Pasando sus dedos nerviosos por la superficie de la puerta que daba acceso al departamento de Limbert, le pareció sentir en ellos el polvo que se había ido acumulando desde la muerte del pintor.

Repentinamente se dio cuenta de que en un punto indeterminado sobre su cabeza sucedía algo. Era un móvil rayo de luz que se ensanchaba. Venía de una puerta que se

iba abriendo. Había otro departamento en el piso de más arriba. Recordó entonces el departamento de Mary Arrow. Se volvió hacia arriba de la angosta escalera. La luz no era intensa, pero Judith pudo ver en el siguiente descanso de la escalera un par de, piernas enfundadas en pantalones oscuros.

—Más vale que suba usted —dijo una voz grave.

Judith empezó a ascender nuevamente. Cuando llegó al descanso, las piernas habían desaparecido, pero ella vio una puerta abierta y oyó el ligero zumbido de una lámpara de gas. Se encaminó al umbral iluminado y entró en una habitación escasamente amueblada. Una mujer, aproximadamente de su misma edad, estaba de pie ante la chimenea. Vestía pantalones de terciopelo negro y una chamarra de lana gris. No habían sido piernas de hombre, sino de mujer que usaba pantalones. El rostro de la mujer estaba demacrado y hondas ojeras violáceas circundaban sus ojos. Daba la impresión de agotamiento. Seguramente estaría enferma o presa de una gran desesperación. Miró a Judith atentamente y dijo con una voz profunda:

—No sé quién es usted, pero parece estar enferma, o terriblemente preocupada, o tal vez completamente agotada.

Judith pudo reírse, débil pero no insultantemente. La mujer había entrado en una pequeña cocina.

—Acabo de regresar —dijo la voz grave—; me cambié de ropa y he puesto agua a hervir. Debe ser tarde, pero no demasiado tarde para tomar una taza de té.

—¿Acaba de regresar? —preguntó Judith—. ¿Es usted la señorita Arrow?

—Sí —contestó, y, tras una pausa durante la cual se oyó el borbotear del agua hirviendo, preguntó—: ¿Buscaba usted a Gavin?

—No —respondió Judith, sintiendo que un intenso escalofrío le recorría la espina dorsal—. Ya sé que...

—No parece estar en casa —interrumpió Mary Arrow. Entró en la habitación llevando una charola con el té. Parecía aceptar la visita de Judith como algo perfectamente natural—. Al pasar toqué en su puerta, pero no me contestó.

Judith había estado parada en el centro de la habitación. De pronto, sintió que le era imposible permanecer de pie; se acercó al piano y se dejó caer en el taburete.

—¿Ha estado usted... —iba a preguntar si la señorita Arrow había permanecido fuera mucho tiempo, pero titubeó y, ante la extraña situación, cambió la pregunta—: ¿Ha estado, usted realmente, haciendo té para las dos? Es muy amable.

Mary Arrow dejó la charola sobre la única, mesa que había en el cuarto y luego se la quedó mirando, como si jamás antes la hubiera visto, y murmuró en tono, titubeante:

—Sí; té.

—Parece delicioso —comentó Judith, consciente de que decía una tontería, ya que no había más que la tetera y unas tazas—. Me encanta el té por la noche.

Pensó que seguir diciendo necesidades sería imperdonable. En realidad, le demostraban su propia nerviosidad. Mary Arrow había sido más sensata. Le había dicho: “No sé quién es usted, pero parece estar enferma”.

—Tal vez a Gavin le gustaría subir y tomar una taza de té con nosotras... Pero... olvidaba que no está en casa —Mary Arrow, de pie y con la tetera en la mano, se quedó pensativa—. No está en casa —repitió. Su voz grave se había hecho opaca, como si ella insistiera en no querer darse cuenta de su propia perplejidad..., o de su desesperación.

—¿Conoce usted bien a Gavin Limbert? —preguntó Judith, mirando directamente a los ojos de Mary Arrow.

Vió en ellos algo que le hizo daño. Fue un relampagueo causado por el terror, o quizá por un profundo dolor. Sin embargo, Judith se sintió menos torpe.

—Somos amantes..., pero casi nadie lo sabe —declaró. Mary Arrow. Su frente se contrajo en un esfuerzo, al tiempo que daba a Judith una de las tazas—. No comprendo por qué le he dicho eso..., —continuó—, no acostumbro portarme así, cínicamente franca.

—Yo no diría eso.

—Sin embargo, es así. Dos departamentos separados por una escalera de seguridad... A Gavin le gusta el secreto. Dice que hay que tener consideración a los parientes anticuados, pero en verdad yo creo que es por él mismo, aunque no se dé cuenta de ello —explicó la joven, volviendo a hacer un gesto doloroso y llevándose la mano a la frente como si fuera a darse un golpe; pero, dominándose, se pasó la mano por el cabello y continuó—: No cabe duda, estoy hablando de un modo extraño esta noche... Creo que he estado enferma —miró interrogativamente a Judith—; perdóneme. ¿Es usted alguien a quien yo debiera reconocer?

—No; soy una extraña para usted. Mi nombre es Judith Appleby.

—Debe ser así —aceptó la joven, moviendo la cabeza—; estoy segura de no conocer a ninguna Judith. ¿Debo llamarla así..., Judith? La costumbre aquí es llamar a todos por sus nombres de pila.

—Le ruego que lo haga así —suplicó Judith y, después de titubear un instante, preguntó—: ¿De dónde viene usted ahora, Mary?

La joven hizo ademán de hablar; pero se detuvo y, volviéndose, cruzó la habitación. Cuando regresó traía en la mano, una caja de galletas.

—Quedan unas cuantas —dijo tendiendo la caja a Judith y mirando por encima de su cabeza.

De una manera misteriosa Mary Arrow se había, retraído en sí misma.

—¿Qué ha estado haciendo hoy? —dijo Judith, volviendo a la carga.

—Pues... esto y aquello —respondió Mary Arrow, procurando hablar con indiferencia—. ¿Y usted?

—Yo he estado de compras; después comí con: mi marido —contestó Judith. Al hablar, se le ocurrió que tal vez fuera mejor charlar normalmente de cosas sencillas, y

agregó—: Fuimos a una exhibición privada.

El efecto de sus palabras fue extraordinario. El rostro de Mary Arrow se tiñó de rojo. Parecía una jovencita al sonrojarse, y su cuerpo tembló. Tomó asiento y miró fijamente el rostro de Judith.

—Había algo que Gavin y yo llamábamos así: exhibición privada —dijo.

Judith guardó silencio, pero supuso que lo que la joven estaba a punto de referirle no sería crudamente embarazoso; sería crítico, sí, y precisamente por el extraño estado mental de la señorita Arrow.

—Atisbando por la escalera de seguridad. Hay unos agujeros en las persianas y se puede ver el interior del estudio de Gavin. ¿Comprende?

En la voz de Mary se había agudizado la desesperación.

—Sí, comprendo —respondió Judith.

—Cuando primero me enamoré de Gavin, y antes de que él se hubiera fijado en mí, yo atisbaba por allí. Tal vez era incorrecto, deshonesto o indecente..., no lo sé. Lo único que yo quería era verlo trabajar... A veces era ya muy entrada la noche cuando me ponía: allí a observarlo. Después, naturalmente, se lo confesé, y él dijo que era mi “exhibición privada”. Lo seguí, haciendo de vez en cuando, pero más bien como una broma... Y todavía lo llamamos..., todavía lo llamamos...

No pudo seguir. Era presa de una tremenda agitación. Judith, escuchando sus sollozos, se preguntó si ya habría llegado, el automóvil de la policía, y se dijo que no deseaba que la policía llegara en aquel momento; quería estar a solas con Mary durante unos diez minutos. Se necesitaría un médico, y tal vez una enfermera; de eso estaba segura. Pero la presencia de la policía sería otra cosa, no deseable. La casualidad la había puesto en contacto con Mary Arrow y quería intentar desenredar la madeja sin ayuda, a pesar de que comprendía, como lo había confesado unas horas antes, que se había empeñado en una labor policíaca para la cual no tenía la técnica adecuada. Temía cometer un error y no sabía si debía hacer las cosas lentamente o de prisa; si ser benévola o impersonalmente fría; si dulce o incisiva. Sin embargo, quería intentarlo. Se puso de pie, rodeó la mesa y colocó su mano sobre el hombro de la joven que sollozaba.

—Mary, no hay que dejarse vencer; eso usted, lo sabe —le dijo—; ahora empieza a recordar y debe acordarse de todo lo que ha sucedido. Verá usted como lo va recordando ahora por la sencilla razón de que tiene la fuerza necesaria. Piense... Hay una cosa con la cual tiene usted que enfrentarse. ¿Cuál es esa cosa?

—Gavin ha muerto.

Las palabras parecieron surgir penosamente del fondo de su ser, pero después de haberlas pronunciado Mary Arrow descansó. Se reclinó contra el respaldo del sillón; estaba temblando y su rostro, cubierto de sudor, adquirió una expresión de paz. Prosaicamente, Judith le sirvió otra taza de té.

—Todo lo que recuerdo —continuó Mary Arrow— es que Gavin ha muerto. No está allá abajo en su estudio. Fue estúpido de mi parte llamar a su puerta, tan estúpido

como si hubiera tocado con los nudillos en su tumba... ¿Sabía *usted* que ha muerto?

—Sí.

—¿Ayer?

—Murió hace diez días.

—No recuerdo. No recuerdo nada. Debo haber perdido la memoria —dijo Mary. La expresión de profundo dolor que había sombreado su rostro se transformó en gesto de casi cómica sorpresa—. Nunca creí que esas cosas realmente sucedieran.

—Creo que sí suceden —dijo Judith—, aun a aquellas personas que no son débiles ni nerviosas. Ha habido infinidad de casos de amnesia. Mi marido me ha hablado de ellos —aseguró con la certeza de que si continuaba hablando la joven se recuperaría—; su trabajo lo pone en contacto con ese tipo de cosas.

—¿Es usted casada..., Judith? ¿Es médico su marido?

—No, no es médico; es policía.

—No lo creo —declaró Mary, intranquila y mirando a Judith con lo que parecía ser repentino reproche—. Eso es lo peor de estar enferma..., enferma del cerebro... La gente le dice a uno mentiras.

—Lo siento, Mary. No es mentira. Claro está que mi marido no es un policía común y corriente; es el jefe del departamento de investigación criminal de Scotland Yard.

—Ahora sí lo creo. Tiene usted aspecto de pertenecer a una persona así. Y yo no pertenezco a nadie. Es triste... —todo color había desaparecido del rostro de Mary Arrow—, y no puedo soportarlo. No pude soportar la muerte de Gavin. Otras mujeres han perdido a sus amantes y no se han convertido en harapos para que los policías las tomen como tema de discusión.

Otra vez le falló la voz a la señorita Arrow y nuevos sollozos le sacudieron el cuerpo. Judith guardó silencio, segura ya de que no era necesario hablar más. Después de unos instantes, Mary irguió la cabeza y miró a Judith.

—Siento haber dicho lo que dije de los policías, Judith. Supongo que su marido es una excelente persona.

—Sí, lo es; pero...

Judith había olvidado a su marido. Al recordarlo, sintió que el miedo se le enroscaba en el corazón. ¿En dónde estaría John? ¿Qué le habría sucedido? El amante de Mary Arrow había sido brutalmente asesinado..., un incidente dentro de una misteriosa lucha a la cual John se había lanzado. Judith se olvidó entonces de Mary Arrow y de la pena que embargaba a la joven. Sentía sólo e intensamente su propia preocupación, y tuvo pánico. Poco después pensó que había perdido todo sentido del tiempo. Tal vez habían pasado muchas horas desde que; estaba allí con Mary Arrow. Quizá el automóvil de la policía había salido muchísimo tiempo después de su llamada a Scotland Yard. Al mirar otra vez a Mary Arrow, Judith sintió vergüenza de su repentina impaciencia y de su nerviosa ansiedad. La chispa de vitalidad que antes había surgido en la joven se había apagado. Mary parecía otra vez escondida en sí

misma, alejada e intocable. Era como un cuerpo sin alma; pero Judith tenía la certeza de que podría ser despertada otra vez y hacerla volver a la realidad; al mismo tiempo comprendió que para lograrlo alguien tendría que luchar con verdadero ahínco.

Se oyeron voces y pasos firmes en el piso de abajo; después alguien tocó con los nudillos sobre la madera de una puerta y este ruido hizo que la sangre de Judith corriera por sus venas de una manera extraordinariamente rápida. La normalidad y la seguridad, con la promesa de rápida y efectiva acción, llegaban a ella con el golpe de nudillos en la puerta. Los pasos firmes subieron la escalera y otra vez, pero ahora inmediatos, se oyeron los nudillos en una puerta. Casi en seguida Judith vio dentro de la habitación a los policías uniformados. Un hombre con ropa de civil se acercó a ella. Mirándolo, Judith pensó que se había vestido muy rápidamente. El inspector Cadover la observaba con evidente alivio y a la vez con evidente desaprobación. Quizá la riñera en seguida o tal vez esperaría quejarse más tarde a John. Se quejaría respetuosa pero implacablemente.

De un brinco, Judith se puso en pie. Mary Arrow levantó el rostro para mirarla con aprensión, seguida de indiferencia.

—¿Quiénes son, Judith? —preguntó con voz opaca—. ¿Qué sucede?

Dulcemente, Judith la tomó del brazo.

—Es el mundo que sigue su curso, Mary. No hay remedio.

## CAPÍTULO NÚMERO

# 11

—¿Un automóvil Humber, color verde? —murmuró Cadover, tomando notas mientras Judith hablaba y varios policías uniformados salían del cuarto llevando los pequeños pedazos de papel en los cuales él había escrito instrucciones.

—Sí; Zhitkov dijo que su gente estaba siguiendo al camión; y Cherry le demostró que él estaba enterado de todo al decir que conducían un Humber verde.

—Afortunadamente, no abundan mucho los automóviles pintados de ese color. Con seguridad habremos dado con él antes del amanecer, y si tenemos un poco de suerte lo habremos alcanzado mucho antes. ¿Y dice usted, Lady Appleby, que el hombre llamado Cherry dio a entender que su gente, a su vez, seguía al Humber?

—Sí.

—¿Pero no dijo qué tipo de coche conducían ellos?

—No; no quiso decir demasiado, pero lo que impresionó a Zhitkov fue descubrir, que los cómplices de Cherry perseguían a los suyos; y me pareció entender que Zhitkov llegó a la conclusión de que le convendría concertar un acuerdo inmediato con Cherry. Fue entonces cuando salieron juntos.

Cadover miró su reloj.

—Eso fue hace casi una hora —dijo—. A lo mejor ya se han vuelto a dar de golpes. Yo no daría, gran cosa por su precioso acuerdo.

Hecho el comentario, Cadover escribió otras líneas en otro papel y dijo:

—Una hora es demasiado tiempo para que un par de ladrones se porten honradamente el uno con el otro.

Judith lanzó una mirada a Mary Arrow, que se encontraba al otro extremo de la austera habitación.

—¿Cree usted que son ladrones? —preguntó a Cadover—. No lo entiendo; me parece que hay demasiados ladrones en este embrollo.

—Es que se trata de un negocio importante, Lady Appleby. Yo he visto cómo luchan unos grupos contra otros, asesinando cuándo el botín es de mucho menor importancia que el que ahora está en juego, nada menos que uno de los cuadros más valiosos del mundo. Creo que ya es tiempo de irnos.

Judith siempre había tenido la opinión de que el detective-inspector Cadover era un hombre de movimientos lentos y pesados, pero ahora comprendió su error. Tras hacer anotaciones en una libreta, escribir instrucciones en las hojas sueltas de otra y desprendiéndolas para ir las entregando a sus subordinados, a la vez que haciendo preguntas y considerando las respuestas, todavía le quedaba una reserva, de energía mental para enunciar de vez en cuando sentimientos morales. Judith se preguntó si el

inspector estaría preocupado por John. No daba muestras de ello.

Poniéndose de pie, Cadover lanzó una mirada de desaprobación, tal vez ética o quizá, estética, a los pantalones negros de Mary Arrow.

—¿Y la señorita Arrow? —preguntó Judith, levantándose—. No la podemos dejar aquí.

—Supongo que no —dijo Cadover, como si no hubiera pensado para nada en la joven—; no, no la podemos dejar aquí.

—Yo pensé que quizá la podría llevar conmigo a casa.

—Es una excelente idea, Lady Appleby —aprobó: Cadover—. Escribió otras líneas en una pequeña hoja de papel y se la entregó al sargento que estaba cerca de él.

“Parece estar repartiendo autógrafos, como si fuera un actor de cine”, pensó Judith.

—Tal vez pueda usted acompañarla al automóvil —sugirió Cadover, dirigiéndosela Judith—; la señorita parece estar aún muy aturdida.

Después de dar una serie de órdenes al hombre que se encontraba de pie junto a la puerta, el inspector se volvió otra vez a Judith.

—Un toque femenino es sumamente necesario en ocasiones como la presente —opinó—. A ver si usted puede ayudar a la señorita a ponerse su abrigo, Lady Appleby..., y su bolso... ¿Lo tiene? Quizá quiera darse polvos y pasarse el lápiz por los labios... Suelen hablar mejor después de un poco de maquillaje... ¡Ea, tú, no te quedes, parado allí como un tonto!

Las últimas, palabras fueron dirigidas a un policía uniformado, pero las anteriores habían preocupado profundamente a Judith.

—Estoy segura de que la señorita Arrow no está en condiciones de declarar ahora, inspector Cadover. Lo primero que haré es llamar a un médico.

—¡Fishguard! —gritó Cadover, volviéndose hacia otro de sus ayudantes—. No me gusta olvidar a Fishguard; es tan importante como Holyhead o Liverpool o Heysham... Eso del médico es muy buena idea, Lady Appleby. Ya podemos salir. Los automóviles están esperando.

Salieron del departamento y bajaron la escalera. A Judith le pareció que efectuaba, el descenso sin el menor esfuerzo muscular; esta vez no se sentía como si estuviera sobre una escalera eléctrica, sino más bien sobre una máquina que obedecía a la voz de Cadover; y pensó que seguramente el inspector tenía numerosas máquinas apostadas en diversos puntos del sur de Inglaterra, todas ellas obedientes a su voz.

La calle Gas seguía silenciosa y a oscuras. No se oía música del *Thomas Carlyle*. Tal vez el club estaba ya cerrado; posiblemente la gerencia y los parroquianos, al ver a tantos policías en la calle Gas, temieron otra invasión. Dos automóviles excepcionalmente grandes y con los motores en marcha estaban estacionados frente al edificio. Judith pensó que en la sección más respetable de la calle Gas indudablemente habría muchas puertas y ventanas abiertas por donde la gente estaría atisbando para cerciorarse sobre lo que estaba aconteciendo. Escuchó más

instrucciones de Cadover a sus subordinados, dadas rápidamente y en voz baja; y un momento después ella se encontró sentada en uno de los automóviles con el inspector Cadover junto a ella, y el vehículo en marcha.

—¿Pero dónde está Mary? Debería ir con nosotros.

—¿La señorita Arrow? La puse en el otro automóvil, Lady Appleby. Considerándolo bien, me pareció que era mejor llevarla directamente al Yard.

—Pero usted dijo que yo podía... —empezó Judith, indignada.

—Cambié de opinión cuando usted mencionó lo del médico, señora. Me pareció muy juicioso, y en Scotland Yard siempre hay un médico de guardia que, además, tiene vasta experiencia en casos como éste.

Judith sabía que cuando el detective-inspector Cadover la llamaba simplemente “señora” era inútil insistir.

—Pero es que yo debiera...

Judith no terminó la frase. Cadover se había inclinado hacia adelante y, tomando un instrumento que acercó a su boca, empezó a hablar. Ella supuso que era una especie de radio. Tal vez el inspector se estaba comunicando con los que iban en el otro automóvil o tal vez estaba diciendo a Liverpool que para él tenía tan poca importancia como Fishguard. Sintiendo impotente, Judith se reclinó en el respaldo del asiento.

—Naturalmente, espero que usted también vaya al Yard —dijo Cadover a Judith—; no hay motivo que justifique que usted no pueda estar con la señorita Arrow, si así lo desea. Estaremos allí dentro de una media hora, inmediatamente después de una diligencia que debo cumplir primero.

—Muchas gracias; iré... ¿Cree usted, inspector, que mi esposo se encuentra ya en Scotland Yard?

—Sir John no ha estado en el Yard, Lady Appleby, ni se ha comunicado esta noche con ninguna de las estaciones de policía; pero si lo hace, desde cualquier punto del país que sea, lo sabré dentro de los siguientes diez minutos.

—¡Ah! —murmuró Judith, meditando lo dicho por Cadover—. A John le encanta lanzarse él solo a la persecución.

—Lo comprendo, Lady Appleby, y no lo culpo —Cadover se expresó como un padre indulgente—. Eso de estar sentado detrás de un escritorio resulta terriblemente monótono —hizo una pausa—. Lord Appleby necesita actividad de vez en cuando para conservar su agilidad; y no es que no tenga suficiente trabajo, sino que, como usted dice, le gusta lanzarse... Pero hemos llegado. Si no tiene inconveniente, Lady Appleby, le ruego que me espere unos diez minutos.

—¿Dónde estamos?

—En la tienda de Steptoe.

—Voy con usted.

—Si no tiene inconveniente, señora...

Pero esta vez Judith no hizo caso del “señora”.

—Moe es un viejo conocido mío, inspector; puedo ser útil a usted. Voy a entrar.

El viejo Moe Steptoe no estaba en condiciones de recibir visitas. Yacía sobre un viejo sofá desvencijado al que faltaba una pata. Parecía un estudio de realismo sórdido. Judith pensó que el pintor había logrado una extraña composición. La crin que salía por varios agujeros del tapiz del sofá daba al viejo Moe el aspecto de una exótica criatura llena de rizadas excrescencias. Era evidente que una de las máquinas de Cadover había llegado a la tienda de Steptoe. Un policía junto a la cabecera del sofá y un sargento cerca de los pies, observaban a Steptoe con rostros llenos de perplejidad. El cuadro que presentaban los policías y el viejo Moe hacía pensar en un grotesco escudo heráldico. Judith se dijo que faltaba la leyenda escrita en latín.

—¿Está herido? —preguntó Judith.

—De una manera espantosa —le respondió el sargento, moviendo la cabeza solemnemente—; lo golpearon salvajemente, señora. No creí que hubiera ya rufianes en Londres que hicieran cosas como ésta —prosiguió, dirigiéndose a Cadover—. Y ya habrá visto usted, señor, cómo dejaron la tienda; como si hubieran soltado un elefante en una cristalería. Eso fue lo que dije al policía cuando entramos aquí.

—Ésta es una tienda de trastos viejos, hombre, y no una cristalería —gruñó Cadover—; y el daño a la mercancía fue hecho hace más de cincuenta años, no ahora. Sin embargo —agregó, procurando ser justo con su subordinado—, como usted dice, hay que ver cómo han dejado la tienda. ¿Y a ése qué le pasa? —preguntó, haciendo un ademán que demostraba muy poca simpatía por el viejo Moe—. ¿Arma de fuego?

—No señor; contusiones. Múltiples contusiones en la cabeza. Lo encontramos tendido en el suelo junto al teléfono. Parece como si toda una horda de salvajes se hubiera dedicado a golpearlo. Hemos llamado al cirujano.

—Bien hecho. Pero mientras lo esperamos, podemos continuar con nuestras pesquisas. Mire sargento, ese hombre está consciente y en pleno uso de sus facultades. Les ha estado tomando el pelo a ustedes. ¡A ver, tú! —gritó, dirigiéndose a Steptoe y sacudiéndolo sin ningún miramiento—. No te estás muriendo y lo sabes; así, pues, siéntate y dinos qué has estado haciendo.

Steptoe se movió y emitió un leve quejido.

—No tenemos tiempo para comedias. Que alguien traiga una cubeta de agua para echársela encima a este hombre; con eso recobrará el conocimiento.

Steptoe volvió a quejarse; pero con mayor fuerza.

—¿Listo, sargento? Viértala sobre su cabeza.

De pronto; con movimientos bruscos y ridículos, el viejo Moe se enderezó hasta sentarse.

—¡Es un asalto! ¿Dónde está mi abogado? ¡Me pagarán daños y perjuicios!

—Positivamente, necesitará: a su abogado —dijo Cadover al viejo Moe—, y tendrá que ser un abogado muy hábil —continuó, mirando severamente al revivido

comerciante en antigüedades—. Ahora, díganos qué pasó aquí. ¿Quién lo asaltó?

—La policía —respondió Steptoe—; fue un asalto brutal sin disculpa ni provocación, perpetrado contra un comerciante honorable; ha habido daños causados a valiosas mercancías y, además, han ocasionado notoriedad y desprestigio a una antigua, casa comercial de gran categoría.

—Ésa es una acusación seria, y no es probable que alivie en lo más mínimo la difícil situación en que ya se encuentra usted. Tendrá la bondad de decirme a qué oficial de la fuerza de policía está usted acusando de haberlo asaltado en esa forma — Cadover hablaba con la respiración entrecortada—. También me dirá usted si puede, identificar a esa persona.

—¡Naturalmente que puedo identificarla! He visto su fotografía una docena de veces. Es el jefe de usted..., nada menos. Se llama Appleby. Lord quién-sabe-qué-demonios Appleby.

Si el viejo Moe, dado el lamentable estado actual de sus negocios, hubiera podido sentir algún, placer por el hecho de producir una verdadera sensación, indudablemente hubiera disfrutado ampliamente de tal placer. Los varios oficiales de Scotland Yard que lo rodeaban mostraron en sus rostros y actitudes diversos grados de sorpresa e indignación. Cadover dio un paso hacia atrás y se quedó contemplando a Steptoe con ojos entrecerrados.

—¡John! —exclamó Judith—: ¿Mi esposo? ¿Qué quiere usted decir?

—Lo que dije. Appleby trató de asesinarme. Y ese es un asunto serio. No había motivo ni razón para ello —aseguró el viejo Moe, volviéndose repentinamente arisco y cauteloso—. Tal vez fuera cierto que, siendo yo completamente inocente, algún objeto adquirido por otros de una manera irregular hubiera llegado a mi poder, pero eso es algo que puede suceder en mi negocio, y la policía sabe bien que ello me ha ocasionado grandes preocupaciones a través de los años...

—La policía sabe bien muchas otras cosas —gruñó Cadover mirando a Steptoe con elocuente desdén—; y Sir John ha logrado que usted se quede quieto por ahora, sin poder meterse en dificultades durante algún tiempo, no dudo que habrá tenido muy buenas razones para hacerlo. ¿Supongo que usted lo atacó a él?

—Nada de eso.

—Y seguramente usted estaba armado. De otra manera no se hubiera atrevido. Me parece que se trata de un homicidio frustrado, Steptoe; pero el homicida es usted. Todo este asunto en el que se ha inmiscuido huele a asesinato. Se ha metido en un berenjenal. Está inodado en el robo de una obra de arte que vale decenas de miles de libras esterlinas, pero ahora se ha metido en algo peor. Quiero que me diga la verdad... No le va a servir de mucho, se lo advierto, pero quizá le sirva de algo.

—Puede haber algo en eso que usted dice —admitió Steptoe, después de un silencio durante el cual se retorció nerviosamente—. He sido una víctima; me utilizaron como instrumento... Los negocios andan mal, señor, muy mal; puedo asegurarlo. Me hicieron una oferta. Fue una verdadera tentación, aunque no se trataba

más que de ganarse cincuenta libras. Sí, señor, es doloroso pensarlo, y usted seguramente estará de acuerdo conmigo. ¡Solamente cincuenta libras! Todo esto se lo expliqué a su jefe. Me había convencido de mi error y quería que se hiciera justicia; por eso le hice una verdadera confesión y fue entonces —su voz se tornó temblorosa a fuerza de compadecerse a sí mismo— cuando él se abalanzó sobre mí, perpetrando sin provocación alguna este brutal...

—¡Basta! —le interrumpió Cadover—. Estamos acercándonos a la verdad de este asunto y usted no nos va a hacer perder el tiempo con tonterías. Usted confiesa haber tenido en su poder el cuadro robado..., una obra de un artista llamado Jan Vermeer de Delft.

Hubo un instante de silencio. El viejo Moe miraba lastimeramente a Judith como si tuviera la esperanza de que su ternura femenina la impulsaría hacia alguna dramática intervención en favor de él.

—Sí, lo tuve —murmuró por fin.

—¿Sabiendo que era propiedad del duque de Horton?

—Sí.

—¿Y vendió ese cuadro, junto con otro también robado, a la misma persona, a un artista llamado Gavin Limbert?

—Yo no sabía quién era él. Venía aquí de cuando en cuando.

—Eso puede ser, señor Steptoe; pero después de haberle vendido los dos cuadros, usted, o uno de sus asociados, siguió a Limbert hasta su estudio e intentó recobrar el cuadro de Vermeer.

—Yo le expliqué que él había abusado porque estaban aquí Gow y Fox metiendo las narices en mis asuntos. Era la forma en que uno esperaría que procediera un artista, abusando cochinemente; pero este Limbert no era un artista, era un caballero —declaró el viejo Moe, aparentemente apenado—; yo le dije que me sorprendía mucho que él hiciera una cosa tan mezquina. Usted habría sentido lo mismo si hubiera estado en mi lugar, especialmente ahora que los negocios andan tan mal para los comerciantes que como yo venden artículos de lujo...

—Esta tarde —empezó Cadover, que, al lanzar una mirada a su reloj, corrigió—: ayer por la tarde usted logró substraer el cuadro de Vermeer de la galería artística de un señor Brown.

—Eso no me lo puede achacar a mí.

—Posiblemente no, pero, sea como fuere, el Vermeer volvió a esta tienda, y unas horas después Sir John Appleby vino a hacerle un interrogatorio con motivo del cuadro, ¿no es así?

El viejo Moe titubeó. Pareció decidir que había llegado el momento en que debería forzosamente dar una respuesta que no podría rectificar posteriormente.

—¡Ya lo creo que Sir John vino haciendo preguntas! Se puede decir que asaltó mi casa. Debe haber trepado, por la barda del patio, y eso no es legal. Esas cosas no se hacen en este país; ni que aquí hubiera Gestapo.

—Ya le dije que no estoy dispuesto a escuchar tonterías. ¿Estaba alguno de sus amigos en la tienda o en esta oficina cuando llegó Sil John?

—Naturalmente que no. No había nadie más. Yo estaba aquí absolutamente solo, como acostumbro estar por las tardes.

—Todavía no me ha dicho si tenía aquí el cuadro.

—Sí; lo tenía.

—¿Y está aquí ahora?

—Debe estar —dijo el viejo Moe, pasándose nerviosamente la lengua por los labios—; y si no está, ya puede usted imaginarse quién tendrá la culpa.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que su Sir John Appleby se lo habrá llevado, naturalmente; y eso después de casi asesinarme. Ya dijo usted lo que vale una pintura como ésa... miles; pues bien, hasta un jefe de Scotland Yard se...

Inesperadamente Cadover se rió.

—¡Vaya, vaya, hombre, tiene gracia! Pero esa tontería no le servirá de nada, y usted debería saberlo tan bien como yo. Supongo que el cuadro ha desaparecido. ¿Quiere decir que mientras Sir John estaba aquí se presentaron algunos de los amigos de usted?

—Quiere decir lo que su maldita...

—No toleraré malas palabras en presencia de Lady Appleby.

Tan inesperadamente como antes había soltado la risa, Cadover se mostró ahora enfurecido.

—¡Contésteme! Ya haya sido porque usted logró avisarlos o por cualquier oír causa, quiero saber si sus cómplices criminales se apoderaron o no del cuadro.

—Vinieron, es cierto. Yo los había avisado por teléfono. Seguramente trajeron un camión y supongo que se llevaron la pintura.

—¿Qué quiere decir con eso de que supone?

—Porque no lo sé —la actitud de Cadover provocó una reacción en el viejo Moe—. Cuando su jefe oyó que mis amigos habían entrado en la tienda, se arrojó encima de mí y me golpeó. Entonces perdí el conocimiento.

—¿Perdió el conocimiento? ¿Ya no se enteró de nada más?

—Antes de desmayarme —empezó a explicar el viejo Moe, con una voz impregnada de conmiseración por sí mismo— me pareció oír que él destruía mi tienda.

—Sería una absurda actividad para Sir John. ¿No querrá usted decir que oyó cuando sus amigos atacaron a Sir John?

—Eso no tendría nada que ver conmigo.

—¿No? —la voz de Cadover se hacía peligrosamente serena—. Me parece, Steptoe, que verdaderamente necesita ese abogado del cual hablaba; él tendrá que empezar por hacerle comprender a usted lo comprometido de su situación; pero ahora, contésteme. Si sus amigos lograron llevarse el cuadro en el camión, y tendrá

usted que darme la descripción de ese vehículo, ¿a dónde fueron?

—Ya le dije que yo no soy más que un instrumento. Yo sólo me comprometí a pintar un fondo sobre los cuadros para que los pudieran sacar del país. Eso era lo que iba a hacer por segunda vez al Vermeer, después que ya se había convertido en un Limbert, pudiéramos decir... Pero ellos no me dijeron nada de sus planes.

—¿No tiene ninguna idea acerca de dónde puede estar ahora el camión?

—Ninguna.

—¿O de dónde pueda estar Sir John Appleby?

—No sé —contestó Steptoe con nueva violencia—, ¡y maldito lo que me importa!

Judith sintió como si su corazón se hubiera contraído dolorosamente. La segunda parte de la historia referida por el viejo Moe le pareció bastante veraz. Observó a Cadover, quien, confesando su impotencia con su actitud, se paseaba nerviosamente de un extremo a otro del sucio y desordenado cuartito.

Cadover se agachó y recogió un pequeño objeto del piso. Con la mano abierta y extendida ante él, se acercó a Steptoe.

—Ya me pareció haber percibido olor de pólvora, Steptoe, y aquí está la bala; mírela.

El viejo Moe lanzó una mirada torva al pequeño y achatado pedazo de plomo. También el sargento fijó su mirada en la bala.

—Cuando entramos en este cuarto, señor, vimos que el foco estaba hecho añicos. Tuvimos que traer otro de abajo. Yo diría que el balazo dio en el foco —opinó el sargento.

Cadover asintió con un movimiento de cabeza.

—Muy probable... Mal negocio, ¿verdad Steptoe? Es como para recordarle palpablemente la escabrosa situación en que usted se encuentra.

La piel del rostro del viejo Moe, de por sí sucia, palideció y resaltaron en ella unas desagradables manchas moradas.

—Se disparó sola al aire —rezongó—; yo no iba a disparar, sino solamente a demostrar que tenía con qué defenderme, pero Appleby me la arrebató.

¿También Limbert le arrebató la pistola? Pero seguramente él no fue lo suficientemente rápido...

—Yo no tuve nada que ver con eso —afirmó Steptoe, temblando y con voz insegura—; ninguno de nosotros tuvo que ver con eso... Discutimos mucho acerca de cómo recuperar los cuadros, pero a ninguno de nosotros se le ocurrió hacerlo... de ese modo. Nunca hemos empleado la violencia, se lo juro.

—¿Entonces usted no fue siempre un inocente instrumento? —interrogó Cadover, acusador y aprovechando la ocasión—. Usted se inmiscuyó en el asunto desde el principio y es un miembro importante del grupo de ladrones, ¿no es verdad?

Steptoe permaneció callado y con la mirada fija en la bala achatada.

—¿Quiere hacerme creer que después de la visita que hizo a Limbert el día en, que fue asesinado, ya no trató de recobrar el cuadro hasta ayer por la tarde, cuando asaltaron la Galería Da Vinci? —preguntó Cadover.

Step toe movió la cabeza, enfática y repetidamente, en señal de asentimiento. Al mismo tiempo empezó a resollar de tal forma que parecía que se iba a poner a llorar.

—¡Verdad de Dios! ¡Lo juro! —exclamó—. Tardé mucho en localizar a Limbert, y a la mañana siguiente supe que había muerto y que los policías pululaban por el edificio. Habían cerrado su estudio; no había manera de entrar. Sabíamos que tendríamos que esperar; lo que me preocupaba era el otro cuadro, el de Stubbs. Siempre dije que había sido un error cogerlo. Si alguien se daba cuenta de que estaba allí en el estudio de Limbert y ese alguien empezaba a hacer preguntas, naturalmente relacionarían el cuadro de Stubbs con lo sucedido en Scamnum Court, y entonces se le podría ocurrir a la policía examinar cuidadosamente todos los cuadros de Limbert. Si no hubiera sido por eso, no hubiéramos tenido que preocuparnos. El cuadro de Vermeer estaba en blanco, con un simple fondo que yo le había pintado, a no ser que Limbert hubiera tenido tiempo de pintar algo sobre ese fondo; en todo caso, no hubiera llamado la atención; ni de una manera ni de la otra, y tampoco hubiera dado la impresión de ser valioso. Pensábamos comprarlo cuando se vendieran las pinturas de Limbert..., si no encontrábamos la oportunidad de llevárnoslo antes.

—Parece que por fin empieza a decir parte de la verdad —comentó Cadover en tono casi benévolo—. Explíqueme cómo sabían ustedes cuál era el cuadro de Vermeer.

—Por las dimensiones, señor... Sabíamos cuáles eran las dimensiones del Vermeer. Metimos a un hombre para que ayudara a montar la exposición en la Galería Da Vinci.

—¡Ah! Debe haber resultado sumamente desagradable para ustedes que este señor Brown diera tanta publicidad a la obra de Limbert, organizara una exposición y fijara precios altos a los cuadros... ¿Pero por qué corrieron el riesgo ayer por la tarde? ¿Por qué robaron el cuadro de la Galería Da Vinci? Era un riesgo inútil; podrían haber comprado el cuadro. ¿Por qué no lo hicieron?

—No teníamos suficiente dinero.

—Eso no puede ser verdad, inspector —terció Judith—. Lo más probable es que la Galería pidiera no más de dos o trescientas guineas por el cuadro, y estas gentes conocen el mercado de pinturas lo suficientemente bien para saber que no necesitaban haber pagado arriba de cincuenta guineas. No creo que entre ellos no pudieran reunir esa cantidad.

—¿Qué dice usted a eso? —preguntó Cadover a Steptoe.

—Nada en absoluto.

—Debe haber un motivo que los decidió a robar el cuadro a la galería, con el riesgo subsiguiente —insistió Cadover—, en vez de comprarlo.

—Usted sabe perfectamente cuál era el motivo y no tiene por qué atormentarme

con ello —gruñó Steptoe con la actitud de quien se siente injustamente tratado—. Ustedes andaban detrás del cuadro, ¿no?

Judith se dio cuenta de que Cadover meditaba antes de responder.

—¿Suponían que la policía tenía ya la pista del Vermeer? —preguntó el inspector.

—El hombre que habíamos metido en la galería nos informó, apenas ayer por la mañana, justamente antes de que se abriera la exposición. Nos dijo que alguien andaba por allí husmeando y haciendo preguntas, que además, llevaba una cámara fotográfica y había pedido permiso a Braunkopf..., o Brown, si usted quiere llamarlo así, para fotografiar el cuadro —Steptoe hizo una pausa y miró a Cadover con resentimiento—. Probablemente quería ver si encontraba huellas digitales... Claro está que era un truco: Si no nos hubiéramos adelantado, hubieran rendido un informe al jefe de usted, quien habría mandado recoger el cuadro. A los pocos días lo hubieran restaurado y devuelto a la galería de Scamnum Court. Era absolutamente necesario que nos apoderáramos del cuadro ayer mismo, antes de que usted y sus polizontes nos ganaran la partida —hizo otra pausa—. Allí estaba el mismo Appleby, cerciorándose del asunto, ¡y nosotros nos llevamos el cuadro bajo sus propias narices! El camión estaba afuera esperando: fue precisamente cuando vimos entrar a Appleby que comprendimos que no había tiempo que perder.

Cadover recibió esta andanada sin mover un músculo de su rostro, pero Judith no pudo, reprimir un gesto de sorpresa.

—¿Quiere usted decir que si yo..., que si mi esposo no hubiera entrado ayer en la galería Da Vinci el cuadro de Vermeer estaría allí ahora?

—Es posible —respondió Steptoe a Judith—; tal vez hubiéramos arriesgado esperar uno o dos días, para ver si podíamos llegar a un arreglo con Braunkopf; pero en cuanto vimos que la policía estaba metiendo la nariz por allí, ya no esperamos más.

—Se ha equivocado de plano —afirmó Cadover, echando un vistazo a su reloj—. ¿Pero me va a decir que no está enterado de que hay otro grupo de pillos como los suyos que también anda detrás del cuadro de Vermeer?

—No sé de qué está hablando.

—Tal vez sean dos grupos más.

Durante un momento el rostro nada atractivo del viejo Moe expresó completa incredulidad y en seguida la más honda perplejidad. Después pareció tranquilizarse.

—¿Lo han oído? —dijo, mirando a los presentes como si llamara la atención de cada uno de ellos—. Él mismo lo acaba de decir. La policía tiene motivos para creer que unos criminales andan detrás del cuadro; eso prueba que ni yo ni mis socios tuvimos nada que ver en lo que aconteció a Limbert. Se sabe, y la misma policía lo afirma, que conocidos y peligrosos criminales están tratando de apoderarse del famoso cuadro..., lo cual es muy distinto a inmiscuir a un comerciante en objetos de arte, como soy yo. ¿No dijo usted que había dos grupos? Eso es... una lucha entre hampones... y matan a alguna persona. ¡Es escandaloso que la policía no pueda

evitar tales atrocidades! Una cosa así no es inglesa. ¡Hace hervir la sangre!

Habiendo logrado tan brillante salida, el viejo Moe contempló al inspector Cadover y a sus subordinados con toda la desaprobación de un ciudadano honorable que ha pagado sus impuestos y que considera que el gobierno no le da las merecidas garantías.

—Está usted en lo justo al decir que se trata de hampones peligrosos, Steptoe. Le aseguro que son demasiado peligrosos para que usted y sus amigos jueguen con ellos.

—Bien puede ser, señor mío, bien puede ser —dijo el viejo Moe, que, indudablemente satisfecho de su estratagema, intentaba conservar la ventaja—. Yo nunca he sido partidario de la violencia, se lo aseguro... Tampoco lo es ninguno de mis amigos.

—¿Los llama sus amigos? ¿No lo han dejado bailando en la cuerda?

—No me gusta censurar a nadie —aseguró el viejo Moe en tono orgulloso—. Yo no los culpo porque hacen lo que pueden, y no los traicionaría..., aunque sí le diría a usted dónde están ahora, si lo supiera. He comprendido mis errores y confío en que mi buen prestigio se abonará en mi cuenta.

Cadover emitió un gruñido de asco.

—Pues sí que se lo abonaremos en cuenta —prometió burlescamente—; y más aún con la ayuda de ese brillante abogado que lo va a representar y que dirá que usted no ha sido más que un pobre instrumento. También espera usted que sus preciosos amigos logren evadirse, llevándose el cuadro; y sin duda cree que sus cincuenta libras... ¿no serán cinco mil?, lo están esperando en algún lugar seguro para cuando usted salga de la cárcel. ¿No es cierto? Pero se está forjando ilusiones sin tomar en cuenta a sus rivales, amigo. Si cree que ellos han perdido la pista del cuadro, se equivoca redondamente. Si son dos grupos o es solamente uno, el caso es que están siguiendo la pista al cuadro en estos mismos momentos. Un grupo... de esos criminales hampones de los cuales hablábamos... va a bordo de un automóvil Humber, color verde, a corta distancia del camión en que viajan sus amigos.

—¡Un Humber verde! —exclamó alarmado el viejo Moe.

—¿Lo conoce?

—Vi un Humber verde cuando estaba cerrando la tienda. Me pareció raro ver un coche de ese tipo en esta parte de la ciudad.

—Sí, era raro. Ellos habían llegado a la conclusión de que usted tenía otra vez el cuadro en su poder, y estaban esperando que fuera una bonita hora, ya bien avanzada la noche, para entrar aquí sin, hacer ruido, cortarle a usted el pescuezo y llevarse el botín, pero sucedió que los amigos de usted llegaron inoportunamente con el camión. Sin embargo, no hay que preocuparse por eso. Cuando sus rivales, que van a bordo del Humber verde, lleguen a un tramo desierto de la carretera, entrarán en acción. Es muy probable que ya lo hayan hecho y que los amigos de usted no sean ya más que cadáveres carbonizados dentro de un carro incendiado... Pero no se asuste de esa forma, hombre; le aseguro que estará completamente a salvo con nosotros durante un

largo período.

El viejo Moe parecía efectivamente asustado; en su rostro se veía pintado el terror, como en un hombre a punto de ahogarse. Decididamente, estaba fuera de su elemento.

—Es espantoso... —musitó casi sin poder hablar—. Nadie está seguro..., la policía...

—La policía necesita informes que, como usted sabe perfectamente, puede proporcionar usted mismo en este momento. Retener tales informes no le hará un adarme de bien, porque sus amigos perderán inevitablemente el cuadro; pero si usted nos da los informes que necesitamos, el juez tal vez lo tome en cuenta como un punto a su favor. Yo no digo que lo hará..., simplemente menciono el detalle para que usted lo considere.

—¿Qué quieren saber?

—Sabe usted muy bien lo que yo quiero saber. Primero: ¿Qué le sucedió a Sir John Appleby?

—Ya le he dicho que no lo sé. Me golpeó y supongo que luego se lanzó contra mis amigos que estaban sacando el cuadro del cobertizo. Si ellos no le dieron un buen golpe, que sería lo último que estaban dispuestos a hacer, ya que a ninguno de nosotros nos gusta la violencia, tal vez todavía ande detrás de ellos, persiguiendo al Humber verde en un desgraciado automóvil negro.

—Eso es lo que tenemos que investigar. Y ahora, Steptoe, confiese... ¿Hacia dónde iban sus amigos?

Steptoe guardó silencio durante un momento. Por fin miró a Cadover y preguntó:

—¿No me está engañando acerca de esos grupos de hampones?

—No; no lo estoy engañando —le aseguró Cadover—; y usted mismo vio el automóvil Humber.

El viejo Moe bajó la cabeza en señal de asentimiento, aflojó los músculos tensos de su cuerpo y perdió toda su seguridad. Ya no era más que un hombre atribulado.

—Carretera A4 —dijo en voz baja—, hasta Reading; luego atravesarán el país hasta un sitio al norte de Fawley, en Berkshire Downs, Habíamos decidido que en caso necesario podríamos arriesgar sacar el cuadro en avión. Allí en Berkshire hay un hombre que tiene una avioneta y que está dispuesto a encargarse del asunto.

Cadover sacó una libreta de su bolsillo.

—Voy a anotar los detalles —dijo—; y luego usted podrá descansar. Descansará durante algún tiempo.

## CAPÍTULO NÚMERO

# 12

Habían abandonado el tugurio del viejo Moe y corrían por las calles londinenses en el automóvil negro. Judith no se atrevía a mirar su reloj, pero sabía que era ya mucho después de medianoche. Tampoco quería molestar a Cadover con las preguntas que le dictaban su temor y su nerviosidad. El inspector había conducido el interrogatorio de Steptoe con gran habilidad, y Judith se decía que siendo Cadover un verdadero puritano, probablemente sentía que había traspasado los límites legales para obtener del pillo Steptoe los informes que le eran tan necesarios. El que lo hubiera hecho demostraba lo preocupado que estaba por John. Judith permaneció callada.

—Seguramente se lanzó él solo contra todos, Lady Appleby —dijo el inspector rompiendo el silencio.

—Creo que sí —contestó Judith.

—Así es, Sir John, y nunca he sabido que dejara de salir victorioso. —Supongo que ha tenido mucha suerte.

—Puede usted llamarlo suerte si quiere, pero yo creo que su éxito se debe a que él siempre tiene una carta escondida y la juega en el momento oportuno. Y si quiere usted saber mi opinión, creo que tal es el caso ahora.

Precisamente era lo que. Judith quería, saber: la opinión de Cadover; pero odiaba hacer preguntas que en realidad eran una súplica de que se le tranquilizara. El automóvil había llegado al Embankment y ahora corría más velozmente. Se veían algunas pequeñas luces móviles de embarcaciones sobre Chelsea Reach y, más adelante, un tren expreso dejaba oír su silbato al cruzar el río desde Victoria. El automóvil dio vuelta hacia Millbank y aminoró la velocidad al llegar a la Plaza Parlamento, donde encontró algo de tránsito.

—Han estado trabajando hasta tarde en el Parlamento —comentó Judith de una manera mecánica.

—Sí, cuando cierran las sesiones se apaga la luz en lo alto de la torre del reloj —explicó Cadover lentamente, como si hablara a un niño.

Judith comprendió que el inspector, mientras hablaba, procuraba formar un plan, de ataque. En aquel momento el automóvil se detuvo.

—Naturalmente que ya he enviado avisos, pero bien vale la pena detenerse aquí unos, quince minutos para organizar eficientemente la persecución. Después yo seguiré por esa ruta y me encargaré de la radio. Este coche la llevará a su casa, Lady Appleby. Me comunicaré con usted en cuanto tenga noticias que darle.

Con un movimiento rápido, Cadover descendió del vehículo.

—No debe preocuparse —aconsejó.

—Ha olvidado a Mary Arrow —le dijo Judith, bajando también.

A ambos lados de ella se levantaban los dos grandes edificios de Scotland Yard, austeros y sólidos.

—Estoy haciendo lo posible por no olvidar nada —replicó Cadover con un dejo de ironía.

—Perdóneme; pero lo que quise decir es que ha olvidado qué quedamos en que yo me reuniría con la señorita Arrow. ¿Puedo entrar a verla?

—La buscaremos. Por esta puerta, si me hace favor.

Casi antes de que hubieran traspuesto el umbral varios hombres uniformados entregaron mensajes a Cadover. A medida que leía algunos de ellos, iba dando órdenes expresas y en pocas palabras; otros los recibía en silencio, mientras caminaba por el largo corredor. Judith lo seguía. A estas horas el edificio le parecía extraño. Olía a jabón. En un corredor lateral vio a un grupo de hombres que lavaban el piso con cepillo. “Así es que a estas horas hacen la limpieza... Tal vez sería cómodo hacerlo así en casa, pero resultaría ruidoso cuando uno está durmiendo”, pensó Judith. De pronto, sintió, como un golpe en el estómago. Estaban subiendo en un ascensor.

Conocía el despacho privado del inspector Cadover. Allí había sido recibida ceremoniosamente un par de veces; pero por un momento le pareció completamente extraño. Estaba inundado de luz fluorescente y las cuatro o cinco personas que se encontraban allí parecían cadáveres animados. La pared al fondo, que generalmente lucía como adornos impresos con fotografías de delincuentes, cada uno de ellos con su correspondiente leyenda: “Homicida peligroso”, “Lo Busca La Policía”, “Se Gratificará con Cien Libras Esterlinas a quien dé Informes sobre este Peligroso Asesino”, etc., que contrastaban con los retratos de ex Secretarios del Interior, estaba ahora cubierta por un enorme mapa delante del cual habían colocado una larga mesa con varios teléfonos, cada uno de ellos provisto de un minúsculo foco eléctrico. Constantemente se encendían las pequeñas luces rojas de los aparatos, y conforme aparecían las rojas señales, los tres policías que estaban de guardia iban levantando los auriculares y anotando mensajes; en seguida entregaban las notas a un joven de rostro de escolar que las iba leyendo y que hablaba continuamente, por un micrófono. No era un espectáculo impresionante, pero Judith juzgó el método sumamente eficiente. “Cuando hay pleitos y persecuciones —se dijo—, funciona siempre y paralelamente una organización como ésta; y siempre habrá un joven como aquél, con su aspecto de colegial... Así debe haber sido John...”. Buscó una silla y tomó asiento. Oyó la sirena de un barco que navegaba por el río, a gran distancia. Después oyó, fuera del despacho, las pisadas de un hombre y el ruido metálico de una cubeta al chocar contra algo.

Durante unos diez minutos Cadover permaneció inmóvil, estudiando el mapa. Parecía estar explicando al otro detective-inspector, que de vez en cuando escribía alguna cosa en un pequeño cuaderno, la disposición general de una campaña. Judith

sabía que sería inútil tratar de comprender el plan que se iba formulando. Estaba nerviosa y presa de ansiedad, pero también se hallaba terriblemente cansada y se preguntó cuándo tiempo podría permanecer allí, sin hablar, antes de que el sueño la venciera. La silla que ocupaba no era muy cómoda. Si se dormía, tal vez resbalaría hasta el suelo. Entonces despertaría. Pero no debía suceder tal cosa. Se enderezó, procurando dominarse, y vio que Cadover se acercaba a ella.

Judith se puso en pie de un salto. Aunque se había hecho el propósito de no preguntar nada, oyó su propia voz inquiriendo:

—¿Hay alguna noticia?

—Todavía no.

—Realmente no la esperaba... todavía.

—Hemos progresado algo —le informó Cadover—, aunque de una manera negativa; hasta este momento tenemos una sola seguridad.

—¿Acerca de...?

—Acerca del cuadro, Lady Appleby; acerca del cuadro de Vermeer. No saldrá esta noche de las islas británicas —la voz de Cadover se hizo repentinamente impaciente—. Steptoe y sus amigos son unos necios si creen que lo pueden sacar en avión.

—¿Y los otros grupos... también cree usted que son necios?

Cadover la miró fijamente.

—Se están comportando como tales —respondió—; quizá por eso resulta tan insensato todo este asunto.

—¿Lo encuentra insensato? —preguntó Judith, para quien resultaba difícil expresar una opinión a este sombrío profesional—. A mí me pareció que se iba desenredando la madeja.

—Tiene que desenredarse totalmente antes de que podamos obtener algún resultado, Lady Appleby. ¿Qué dijo uno de los dos hombres a quienes usted estuvo escuchando? Me parece que fue Zhitkov quien dijo que Steptoe era el factor desconocido en este embrollo... ¿No dijo eso?

—Sí estoy segura de que lo dijo con esas mismas palabras.

—Pues bien, ¿no le parece a usted que tanto Zhitkov como Cherry eran, desde el punto de vista de Steptoe, factores desconocidos en el plan? ¿No está usted de acuerdo conmigo en que el viejo Moe realmente no sabía nada acerca de la intervención de ellos?

—Ésa fue la impresión que recibí.

—Pues bien, si nosotros podemos decir que también tenemos un plan, sospecho que igualmente hay en él un factor desconocido.

—Tal vez en estos momentos ya no lo sea para John.

Cadover se quedó mirando a Judith sin pestañear. Después de un momento, y para

sorpresa de todos los que estaban en su despacho, soltó una carcajada.

—¡Magnífico! —exclamó—. Ésa es la idea más sensata que he oído esta noche. Ahora iremos a ver a la señorita Arrow. Está en este mismo piso y se encuentra ya mucho mejor, según dice el médico.

—¿Va usted a someter a esa pobre mujer a un interrogatorio? —preguntó Judith, consternada.

—Es muy posible que ella misma desee hablar; cuando menos, así lo espero.

—¿Cree usted que podría revelar algo de importancia?

—Tengo una idea, menos racional de lo que acostumbran ser mis ideas, Lady Appleby, de que la señorita Arrow es la clave de todo este enredo.

El cirujano de la Jefatura de Policía era bastante joven, apenas un poco mayor que el hombre que hablaba al micrófono colocado sobre el escritorio. Judith dudó de que poseyera aquel caudal de experiencia que Cadover le adjudicaba, pero el joven parecía comprender perfectamente el caso de la señorita Arrow.

—Sin duda alguna se trata de un caso de amnesia total, inspector —afirmó y luego, volviéndose a Judith, agregó—: Pérdida de memoria.

Judith recibió fríamente la sin duda bien intencionada pero ridículamente innecesaria explicación. Estaba pensando que llevar a una mujer evidentemente enferma a una estación de policía era un abuso. Deberían haber llamado una ambulancia para que la transportara a uno de los grandes hospitales.

—¿Dónde está? —inquirió.

—En el cuarto contiguo. Entraremos tan pronto como yo haya informado al inspector. ¿Es usted pariente de ella?

—Ésta es Lady Appleby —terció Cadover, escandalizado—. ¿Cómo está, la señorita Arrow? ¿Recobra la memoria?

—El estado amnésico empezó a ceder hace apenas unas cuantas horas, cuando alguien encontró a la señorita...

—Yo fui quien la encontró, doctor —interrumpió Judith.

—¡Ah! No dudo que usted comprenderá que ella se encuentra sumamente confusa. En muchos casos la confusión persiste durante largo tiempo, pero esta mujer parece estar dominando su estado nervioso y recobrando sus facultades. Está segura del lugar y del momento en que empezó a recuperar la memoria; fue a medianoche y en la Estación Victoria... Se sintió aturdida, pero lo que más la sorprendió fue lo avanzado de la hora. Se encaminó a su casa, hizo un poco de té y charló con alguien. Sin duda con usted, Lady Appleby.

—Sí.

—Cuando comencé a examinarla, estaba preocupadísima porque no recordaba haber conocido a nadie que se llamara Judith. Puede decirse que se escondía detrás de una preocupación ficticia para no enfrentarse con su verdadero problema, y ése fue su

último esfuerzo por evadirse de la realidad. Ahora ya está decidida a salir de su escondite. ¿Quiere usted que pasemos a verla, inspector?

—Un momento —contestó Cadover—; la señorita Arrow se ha estado escondiendo en más de una acepción de la palabra. Durante varios días que la hemos estado buscando sin lograr dar con la más leve pista. Es muy posible que la amnesia total sea una enfermedad bastante común, pero una desaparición así ya es otra cosa. ¿Cómo lo explica usted?

—Ella dice que al encontrarse en la Estación Victoria se quedó perpleja ante el hecho de que llevaba muy poco dinero en su bolso, y en seguida surgió en ella la perplejidad de por qué se sentía perpleja, puesto que nunca acostumbra llevar mucho dinero; lo que sí acostumbra, me explicó, es tener en su departamento una cantidad de dinero para un caso inesperado, cantidad que monta más o menos a unas diez libras esterlinas; por lo tanto, lo probable es que al salir la señorita de su departamento llevara consigo aproximadamente diez libras.

—Exactamente —asintió Cadover con una inclinación de cabeza—; eso está de acuerdo con los datos que he recabado. Entre paréntesis, ¿lleva la señorita Arrow un cepillo de dientes en su bolso?

El joven cirujano de la policía miró sorprendido a Cadover.

—Efectivamente, hay un cepillo de dientes en su bolso —confirmó—; lo noté cuando ella sacó la borla de polvos... Y hablando de eso, la mujer está limpia; yo diría que se ha bañado.

Judith se mordió los labios. Pensó que una persona que sufría un accidente, que era arrollada por un vehículo o caía de un tren en marcha, instantáneamente dejaba de ser una persona para la policía y se convertía en una cosa.

—¿Y por qué no se había de bañar? —preguntó involuntariamente.

—Es interesante notar, Lady Appleby, que la señorita Arrow no descuidó su limpieza personal. Siguió su rutina normal, lo cual quiere decir que muy probablemente no estaba indefensa, lo cual a su vez indica que era capaz de pensar coordinadamente, de hacer proyectos y comportarse de manera de poder evitar ser descubierta por sus amistades o por la policía. Estuvo escondiéndose..., en todos sentidos: de sí misma y de los demás. Tal es el cuadro completo y usual de cualquier forma de fuga histérica —continuó hablando el médico al abrir la puerta—; la mayoría de los amnésicos, en cuanto a la fuga física, fracasan casi al principio; se comportan extrañamente, como personas extraviadas, con el resultado de que pronto se los localiza e interna en algún hospital, antes de que se den plena cuenta de las cosas...

Ya dentro de la habitación el joven cirujano continuó hablando, pero ahora se dirigía a Mary Arrow.

—Señorita Arrow —llamó con voz que había adquirido jovialidad profesional—, aquí están unos amigos suyos... ¿Bebió el café? ¡Espléndido!

—Aquí sirven un café delicioso, doctor; nadie podría negarse a tomarlo.

Si el poder expresarse con fina ironía era índice del estado mental de una persona, entonces Mary Arrow había vuelto a la completa normalidad, pensó Judith. Sin embargo, la joven todavía tenía aspecto de hondo cansancio; el color de su piel era casi del tono de su chamarra gris, y las ojeras que sombreaban sus ojos parecían tan negras como sus pantalones de terciopelo, Reclinada en un sillón, miró primero a uno y luego a la otra de sus visitantes. Sonrió levemente.

—La desconocida Judith —murmuró.

—¿Se siente bien, Mary? —le preguntó Judith, acertándose a ella—. ¿Está cómoda aquí?

—No sería muy correcto decir que no lo estoy. ¿No me dijo usted que su marido es uno de los jefes? Tendría mucho gusto en conocerlo.

—John no..., no está aquí en este momento.

—Lo siento —dijo Mary, y pareció perder interés. Colocó los pies en el suelo, cuidadosamente, como si fuera a comprobar qué peso podían sostener, y agregó—: Creo que ya es hora de que regrese a casa.

Judith se dio cuenta de la inmediata reacción de Cadover, que dio un paso hacia Mary Arrow.

—Hay un automóvil afuera, señorita, para que la lleve a donde usted quiera ir, solamente que...

—Es un consuelo oírle decir eso —respondió Mary al inspector—; ya empezaba a creer que estaba detenida... ¿No es esa la palabra?

—No detenemos a nadie, señorita; salvo en la imaginación de los periodistas —declaró Cadover—. Está usted en completa libertad de salir de aquí cuando lo desee... Pero, tarde o temprano, deberá informarnos acerca de todo y de cualquier cosa que pueda ayudarnos a aclarar el misterio de la muerte del señor Limbert. Comprendo muy bien que eso será penoso para...

—Por favor, inspector —suplicó Mary Arrow, interrumpiéndolo—. Deje ya de tratarme con técnica profesional; bastante de eso he aguantado en el departamento médico —al hablar se ahondaba una arruga en su frente—. Supongo que todavía me comporto de una manera algo rara, ¿no? En verdad, no parece haber motivo para que yo sea descortés; puede usted tener la seguridad de que le diré cuanto, yo pueda, pero prefiero que no sea esta noche. Hay... hay motivos que lo hacen muy difícil para mí; después de todo, fue precisamente por eso que huimos, mi memoria y yo, en la forma que lo hicimos... Sí, por ese motivo y por el hecho de haber recibido un golpe en la cabeza.

—¿Un golpe en la cabeza?

—Hay indicios de que la señorita sufrió una caída o recibió un golpe —explicó cautamente el joven médico—; y si la señorita Arrow ha sufrido un trauma nervioso a más de un daño físico, eso explicaría en gran parte...

—Sin duda —interrumpió Cadover, mirando a Mary Arrow con franca ansiedad.

Judith, que miraba al inspector, pensó que aquella era la primera vez que

sorprendía semejante expresión en su rostro. Mary se había puesto de pie.

—Mañana —dijo—; si usted quiere, mañana mismo.

—De ninguna manera quiero presionarla, pero hay circunstancias por las cuales resulta de verdadera importancia que yo tenga todos los informes posibles aquí y ahora mismo.

—Gavin ha muerto. Ésa es la única circunstancia terriblemente importante que yo sé... pero vaya usted a verme mañana, o si lo prefiere, vendré yo aquí —se volvió a Judith—. ¿Estará su esposo mañana? —le preguntó—. Tengo la idea de que es a él a quien quisiera yo explicar las cosas.

Judith movió la cabeza negativamente, haciendo esfuerzos para que en su voz no se trasluciera su propia ansiedad.

—Temo no poder decirle cuándo...

Cadover fue menos escrupuloso.

—Señorita Arrow, le ruego que me escuche con atención —pidió—. El esposo de Lady Appleby debía ser quien le interrogara. Él lo estaría haciendo ahora si estuviera aquí. Pero no está. Y ninguno de nosotros sabe dónde se encuentra en este momento; pero sabemos que lo que le llevó a dondequiera esté ahora fue su interés por aclarar el misterio de la muerte de Gavin Limbert, y yo empiezo a temer que..., no voy a tratar de ocultárselo a Lady Appleby..., temo que Sir John se encuentre en peligro. El peligro es parte de nuestra profesión y Sir John tiene amor a su profesión. Si hemos de; ayudarlo debemos saber todo lo posible acerca del caso.

Mary había vuelto a tomar asiento y miraba a Cadover con ojos llenos de asombro.

—¿Lo que yo pueda recordar sería en beneficio de él? —preguntó.

—Seguramente. Están ocurriendo hechos extraños y malévolos que, de alguna manera que no comprendemos, se relacionan con la muerte de Limbert.

Mary frunció el ceño como en un esfuerzo de concentración. Parecía querer ordenar sus pensamientos. Puso su mano sobre la de Judith.

—No sabía —murmuró, mirando a Lady Appleby—. Usted pensará que soy una egoísta, una malvada...; pero creí que todo esto era puramente académico... La Ley, el Castigo, la Protección a la Sociedad, ¿comprende? No tenía idea de que su marido pudiese estar en peligro —se volvió hacia Cadover—. ¡Por amor del cielo! —exclamó—. ¡Haga lo posible por sacarme los informes que yo pueda tener! ¡Y hágalo luego!

El joven cirujano se había despedido. En su lugar estaba ahora un sargento con libreta y lápiz en la mano, dispuesto a tomar en taquigrafía las declaraciones de Mary Arrow. Era un hombre de edad avanzada, con aire paternal y discreto. Cadover, que también tenía de suyo un cierto aire de paternal benevolencia, había logrado imprimir a su rostro una expresión de amable comprensión. Judith, observando a los dos hombres, pensó que en Scotland Yard todos trabajaban a conciencia. Y seguramente nadie trabajaba más que John. Pero el interés que se había despertado en él por el

caso Limbert se debía, en gran parte, a ella. Si no lo hubiera llevado a la exposición de la Galería Da Vinci...

Judith comprendió que durante varios minutos había estado sumergida en meditación.

—Los acontecimientos de la noche del lunes, veintidós...

No estaba segura de si la voz había sido la de Cadover o la del sargento, pero daba, sin duda, principio al interrogatorio.

“*Una exhibición privada*”. La frase se formó en el cerebro de Judith. Mary tendría que narrarles lo relativo a la exhibición. “*Los acontecimientos de la noche del lunes veintidós empezaron con una exhibición privada*”. ¿*Una exhibición privada de qué, señora? De Lady Clancarron echando al niño junto con el agua de la bañera. ¿Y tiene usted una fotográfica de ese acto destructivo? No, señor... Pero tengo una agradable reproducción de El Quinto y el Sexto Días de la Creación...*

Las palabras, con las imágenes respectivas, surgían dentro de su propio cerebro. Judith hizo un enorme esfuerzo por salir del sopor que la vencía. Una corriente de aire frío entró por la ventana abierta y sin cortinas junto a la cual ella estaba sentada, y el frío la ayudó a reaccionar. Debía permanecer despierta. La ventana era ahora un oblongo de oscuridad. Durante el día formaba marco a una vista del río y del edificio del Ayuntamiento que se alzaba a lo lejos, con su cortina de humo de Waterloo como telón de fondo. De pronto, Judith sintió la inmensidad del Londres que se extendía alrededor de ella, acuchillado por las sinuosidades del río. Muy abajo quedaban los ahora desiertos subterráneos; y arriba, en otros cuartos austeros y funcionales, otros hombres pertenecientes al enorme ejército de la policía permanecían despiertos y atentos a los robos y a los asesinatos, a los secuestros, las desapariciones, los asaltos y las traiciones. Circundando a la gran ciudad estaba la extensa oscuridad de la nocturna Inglaterra, con sus manchas de luz opaca que indicaban la ubicación de las poblaciones, la luz intensa de las fundiciones y los innumerables rayos luminosos de los camiones que, en viajes nocturnos, llevaban cargamentos de ladrillos, cemento, automóviles, mercancías y muebles y objetos particulares de empleados, artesanos y profesores de escuela en su peregrinación que seguía el vaivén del trabajo. Entre todos aquellos objetos en movimiento estaba un camión de mudanzas que transportaba, increíblemente, el *Acuario* de Vermeer. Un camión grande y oscuro moviéndose en la oscuridad inglesa y llevando otra oscuridad ultraterrenal de un mundo submarino en el cual una docena de grotescos monstruos de varios tamaños, creados por la imaginación de un gran pintor, generaban milagrosamente sus propios sistemas antagónicos de luz enjoyada y brillante. ¿Cómo pudo el pintor que vivió en una callejuela de un tranquilo pueblecillo, el pintor que era el padre de la niña retratada vistiendo su traje de fantasía y el autor de la tejedora inclinada sobre, sus carretes, imaginar el remoto mundo submarino que solamente el modernísimo instrumento de batometría había podido comprobar como verídico? Nadie podría decirlo. Y quizá nadie, volvería a ver la maravillosa creación del artista: el *Acuario* de

Vermeer. Tal vez nadie volvería a ver al caballero inglés John Appleby, que se había empeñado en rescatar el famoso cuadro.

Judith hizo a un lado estos pensamientos. Se dominó y escuchó.

“*Los acontecimientos de la noche del lunes veintidós...*”.

Mary. Arrow hablaba coherentemente y sólo de cuando en cuando recibía ayuda del inspector Cadover.

—Él había ido al club nocturno *Thomas Carlyle*. No era miembro; en realidad, consideraba al club como un sitio absurdo, y sórdido. No tenía por qué visitarlo, pero decía que algunas veces recogía allí idea para sus cuadros. Parece ser que un pintor del género abstracto, como de cualquier otro, depende para su inspiración de la gente y de las cosas que lo rodean. Gavin afirmaba que tenía derecho a visitar el club ocasionalmente y como amigo, y nadie, trató nunca de impedirselo. Generalmente era un hombre que hacía lo que le venía en gana. Era un poco dominante y al mismo tiempo poseía buena dosis de lo que supongo se puede llamar “atractivo”. Al principio yo pensaba que ese encanto suyo le habría de acarrear dificultades. Pensaba yo que sería terrible para él si algún día llegara a verse privado de todo y se encontrara con que él, en realidad, no poseía nada..., y quiero decir nada de lo que él deseaba y soñaba tener. Nunca me hice ilusiones acerca de su amor... Nunca creí que si él llegaba a darse cuenta de que no poseía aquel talento que se esforzaba en convencerse que poseía, se conformaría con poseerme a mí... Aquel día había ido al club bastante temprano, sólo para echar un vistazo, como él decía, y cuando regresó..., debe haber sido antes de medianoche, subió a charlar conmigo... Habló...

—¿Subió por la escalera de seguridad, señorita Arrow?

—No; por la interior. Habló durante largo rato. Algunas veces charlaba así, sin interrupción, como si con ello se preparara para una larga jornada de trabajo; luego bajaba a su estudio y se ponía a pintar. Aquel día había encontrado en el club a un discípulo suyo que también pintaba; era un hombre de apellido Grabbe, y a Gavin le pareció que estaba en muy mala situación. Me dijo que probablemente me lo presentaría, ya que lo había invitado a visitar su estudio. También me habló de otras cosas... ¿Quiere usted que las repita?

—¿Mencionó a un tal Steptoe?

—Sí —respondió Mary, sorprendida—; yo nunca había oído hablar de él; pero, según Gavin, era un tipo muy divertido. Gavin le había comprado un óleo viejo y un pequeño cuadro por el que mostró verdadero entusiasmo; estaba convencido de que era una obra de George Stubbs. Según me refirió, Steptoe había tratado de comprarle los mismos cuadros que le había vendido unas horas antes, lo cual hizo que Gavin sospechara; pensó, que tal vez el pequeño cuadro era realmente auténtico y probablemente había sido robado. Dijo que quizá debiera avisar a la policía. No creo que me haya dicho nada más acerca de Steptoe.

—¿Le habló alguna vez de un hombre llamado Cherry?

—No; estoy segura de no haber oído nunca ese nombre.

—¿Conoce usted a Zhitkov, el escultor que vive en el piso de abajo? ¿Era amigo de Limbert? ¿Tenían alguna relación de negocios?

—No lo creo; casi puedo asegurar que Gavin apenas si le daba los buenos días.

—¿Y durante esa última conversación con usted, señorita Arrow, no mencionó para nada a Zhitkov?

—Creo que no... Espere..., sí; sí, habló de él; dijo algo acerca de alguna cosa que Crabbe le había dicho de Zhitkov; creo que Crabbe le preguntó si no había visto a Zhitkov ese día..., algo así... un detalle sin importancia que Gavin apenas mencionó.

—Bien. Y luego...

Cadover dejó la frase sin terminar al oír una llamada en la puerta. Entró un policía uniformado y le entregó un mensaje. Cadover lo leyó; dijo al portador que podía retirarse y volvió a leer el mensaje con mayor detenimiento. Pareció estar a punto de decir alguna cosa, pero evidentemente cambió de opinión.

—¿Era ya pasada medianoche cuando Limbert se despidió de usted? —preguntó a Mary.

—Mucho más tarde. Cuando charlaba con Gavin yo perdía la noción del tiempo. Aunque parezca absurdo, le aseguro que no tengo idea de cuánto tiempo estuvo él hablando conmigo. Recuerdo que salió y empezó a bajar por la escalera interior, pero regresó casi inmediatamente y me dijo; “Hay gente rondando por allí...”. No recuerdo las palabras exactas, pero fueron más o menos ésas.

—¿Y aquello no le pareció a usted un poco raro, dada la hora?

—Pues vea usted... la gente allí no se rige por horarios. Entra y sale a todas horas. No es raro encontrarse con un borracho dormido en la escalera o con una pareja haciéndose el amor. Los artistas son, como usted sabe, más que tolerantes con respecto a esas cosas. En aquel momento no me pareció extraño... A Gavin realmente le encantaba bajar por la escalera de seguridad; era en cierta forma un juego para él, y aquella noche yo pensé que había dicho la primera disculpa que se le había ocurrido como pretexto para bajar por afuera... Sea lo que fuere, él bajó por la escalera de seguridad y ya cerré la ventana cuando hubo salido. Era hora de dormir. Me estaba desvistiendo cuando oí un golpe. Como Gavin siempre cerraba las persianas de sus ventanas por la noche, atribuí el ruido a eso, a pesar de que había sido demasiado fuerte. Sin embargo, en algún rincón de mi subconsciencia seguramente comprendí que se trataba de otra cosa, porque me sentí preocupada y nerviosa. Me dije que eran tonterías y que me sentía así porque Gavin no me había hecho el amor.

El lápiz del sargento se deslizaba rápidamente sobre el papel. Cadover parecía estar cuidadosamente estudiando el modelo de sus zapatos. Judith no podía apartar su mirada del rostro de Mary Arrow. Sentía que la tensión aumentaba hasta hacerse insoportable.

—Recordé lo que Gavin había dicho acerca de que había gente rondando —continuó Mary—; pero eso fue al cabo de un rato. Primero traté de leer. Cuando me acordé de las palabras de Gavin me levanté, abrí la puerta y me asomé al corredor y a

la escalera. Vi a dos o tres personas en el descanso de la escalera, sobre el piso de Gavin. No las distinguí bien, pero oí que hablaban en voz baja y apresurada. Oí que uno de ellos dijo: “La policía está haciendo una redada en el club, eso es todo; dentro de unos minutos se habrá ido”. Otro dijo: “De todos modos, haremos ruido con una llave; tal vez haya una en el departamento del otro, allá abajo”. No pude entender a qué se referían, pero me asusté mucho. Volví a entrar y cerré mi puerta con llave.

Mary hizo una pausa. Cadover había estado atento a sus palabras. Se podía oír su respiración. De afuera les llegó el ruido de lo que seguramente eran botes de leche transportados en un camión que cruzaba el Puente Westminster.

—Entonces bajé por la escalera de seguridad —volvió a hablar Mary—; las persianas de las ventanas de Gavin estaban cerradas y aseguradas por dentro. En eso no había nada extraño. Cuando yo quería entrar por la ventana acostumbraba tocar con los nudillos. Las luces del departamento de Gavin estaban encendidas. Se puede ver el interior desde la escalera porque hay unos pequeños agujeros en las persianas. Ya he explicado a Lady Appleby cómo considerábamos un juego espiar por esos pequeños agujeros... Era mi exhibición privada.

Hubo otro silencio. Por primera vez desde que había empezado a prestar su declaración, Mary Arrow pareció encontrar dificultad en continuar. Cadover irguió la cabeza y la miró.

—¿Y qué vio usted por los agujeros esa noche, señorita Arrow?

La pregunta de Cadover resonó con fuerza en el silencio que se había prolongado.

—Gavin parecía estar trabajando. Eso era lo que yo había esperado ver y, por un momento, me tranquilicé. Él frecuentemente pintaba durante toda la noche, y antes me había dicho algo acerca de pintar el fondo de un nuevo cuadro.

—¿Quiere usted decir que Limbert iba a pintar sobre el óleo que había comprado a Steptoe? ¿Había, hablado de que iba a hacerlo? ¿Todavía no había empezado a pintar sobre él?

—Cuando vi el lienzo a la mañana siguiente estaba en blanco; después, cuando me puse a mirar por el agujero de la persiana, no podía ver bien porque el caballete no estaba en su acostumbrado lugar, pero de pronto logré ver algo que me sorprendió: el hombre que estaba sentado ante el caballete no estaba dibujando; sino pintando al óleo... y en aquel preciso momento supe... Sentí como si hubiera recibido un tremendo golpe. Debo haber gritado porque el hombre se volvió rápidamente hacia la ventana, alejando el caballete de un empujón. Naturalmente, no era Gavin. Era alguien a quien yo nunca había visto antes..., un hombre con un labio torcido.

Un largo silencio siguió a las palabras de Mary Arrow. Los ojos de ella permanecían fijos y con las pupilas dilatadas. Judith pensó que en aquellos momentos la joven seguramente estaba sufriendo nuevamente la horrible experiencia de aquella noche. Cadover se hallaba sumido en honda meditación.

—Y el grito mío resultó fatal para él —prosiguió contando la voz de Mary Arrow—. Lo cogieron cuando estaba completamente desprevenido. Hubo un golpe seco en la puerta y entraron unos hombres en el estudio. Se abalanzaron sobre algo, no sé qué, y casi al mismo tiempo se produjo un ruido como de un fuerte golpe, igual al que yo había oído antes. Pero esta vez tuve la seguridad de lo que significaba. El hombre que había estado pintando cayó fuera del alcance de mi vista. En ese momento yo sabía que estaba muerto... Creo que eran tres los hombres que entraron. No podía ver muy bien y era difícil contarlos. Parecían unos locos empeñados en destruir todo lo que había en el estudio de Gavin.

—¿Buscaban algo?

—Indudablemente; pero no se me ocurrió pensarlo entonces. Empecé, a golpear las persianas y entonces sucedió..., sucedió lo que por poco me aniquila. Dos de los hombres habían levantado un sofá y lo corrieron hacia un lado. Cayó fuera de mi radio visual, pero en seguida levantaron otra cosa y la lanzaron hacia otro lado... cayó precisamente en la parte del piso que yo veía perfectamente. Era Gavin..., con la cabeza destrozada.

—Señorita Arrow —dijo Cadover poniéndose de pie, su gesto y su actitud llenos de compasión—, ya no necesita decirnos más... Sólo quiero expresarle...

—Déjeme continuar —pidió Mary—, ya es poco lo que puedo decir. Tal vez mi memoria se vaya aclarando más tarde. Ahora no recuerdo otros acontecimientos ordenadamente. Debe haber habido un intervalo durante el cual permanecí sin conocimiento. Debo haberme desmayado. Lo que es seguro es que regresé a mi departamento y salí hacia la escalera interior. Los hombres habían abandonado el estudio de Gavin, cerrando la puerta. Vi que la del departamento de Zhitkov estaba abierta y que en el interior había movimiento. Me pareció oír un gemido; luego me di cuenta de que los hombres estaban bajando un cadáver, cargándolo como si fuera un saco de patatas. Creí que era el cuerpo de Gavin y me arrojé sobre ellos. Recuerdo que uno se volvió, sorprendido. Tal vez me pegó. No recuerdo más. Tengo una vaga idea de que subí penosamente y de que iba en busca de algo que me era indispensable para seguir... No sé qué era.

—Dinero —murmuró Cadover con voz dulcificada—; sí, señorita Arrow, dinero y un cepillo de dientes.

## CAPÍTULO NÚMERO

# 13

Slough, Maidenhead, Twyford.

El automóvil llevaba una velocidad de proyectil, pero, en la oscuridad.

Cadover hablaba como si sus ojos estuvieran todavía fijos en el mapa, que cubría la pared norte de su despacho.

—No pueden haber llegado muy lejos —continuó—; de un momento a otro nos avisarán de Reading que todo ha terminado ya. Hay excelente personal en la estación de Reading.

Judith se inclinó para ver el velocímetro. Numerosos discos iluminados y de varios tamaños se destacaban sobre el tablero, semejante a una maqueta en un museo moderno, que muestra los planetas y sus satélites. Uno podía imaginarse viajando por la estratosfera en un avión especial. El automóvil, en su veloz carrera, parecía estar estacionario. Corría por una magnífica carretera.

La mirada de Judith tropezó con el instrumento que buscaba en el momento en que la luz verde que lo iluminaba se tornaba roja. Tal vez eso era para sugerir el peligro de viajar a tal velocidad. La aguja apuntaba al número ochenta. El automóvil parecía ir devorando la angosta cinta de macadam que se extendía ante él. Era como si fuese uno de esos carretes que contienen una cinta de medir que desaparece de la vista al oprimirse un botón. Judith pensó que la mente, cuando se encuentra en estado de aguda tensión, es como un novelista que va buscando símiles. Le pareció que su propia mente funcionaba de una manera idiota. Sería mejor si ella pudiera hablar, pero el automóvil estaba lleno de voces; una ordenada sucesión de voces que, en la oscuridad, iban surgiendo de un punto inmediatamente abajo de la extendida constelación de luminosos instrumentos. La mayor parte del tiempo Cadover se limitaba a escuchar aquellas voces, pero algunas veces conversaba con ellas. Era como una extraña reunión espiritista en la que una hueste de bien adiestrados espíritus había sido en tal forma enseñada que cada uno esperaba su turno... Pero se le volvía a escapar la imaginación. Había que dominarla.

—Parece un funeral.

Judith se dio cuenta de que las voces habían enmudecido y de que era Cadover quien había pronunciado la frase, dirigiéndose a ella y sonriendo.

—¿Como un funeral, inspector? —preguntó.

—Es una manera de hablar —se excusó Cadover, como si pensara que su asociación de ideas había sido poco afortunada—. Una hilera de vehículos disparejos marchando más bien lentamente... fue eso lo que llamó la atención a un policía cerca de Slough y ocasionó el primer informe que nos llegó.

—¿El primer informe sobre el camión? —inquirió Judith—. Temo, inspector, que sufro una verdadera confusión.

—Lo que primero llamó la atención del policía fue el pequeño automóvil Austin. Tal vez él tiene uno igual. El caso es que se quedó mirando el cochecillo y, como había poco tránsito, observó que la fila de vehículos, uno tras otro, parecía una procesión. Y en realidad lo era, como sabemos. El policía parece ser un hombre despierto. Lo que observó era trivial pero extraño; anotó el número de las placas del Austin, que era el que iba a retaguardia y, por lo tanto, el único cuya placa pudo ver entonces. Cuando regresó a su estación, ya había llegado allí mi mensaje y el hombre naturalmente recordó la fila de automóviles.

—Pero el Austin... —empezó Judith. La interrumpieron las voces que eran transmitidas por los aparatos de radio, y no fue sino hasta después de varios minutos que pudo continuar—: Pero el Austin resulta un vehículo de más.

—Es posible que su presencia a la cola de la procesión fuera accidental; sin embargo, cuando llegó a Maidenhead, el Austin todavía formaba parte de la procesión. Ya se le sigue la pista.

—¿Pero no se está siguiendo a todos los automóviles?

—Sí, naturalmente. Me refería a que ya se procede a investigar quién es el dueño del Austin —explicó Cadover, pacientemente.

—¡Ah! Ahora comprendo, pero tal vez sea mejor que no se moleste usted en darme explicaciones, inspector; no quiero serle gravosa.

Judith se sentía torpe y agotada por el cansancio. Cadover tomó la mano de ella en la suya.

—Ya se sentirá usted mejor, Lady Appleby —la consoló con dulce amabilidad, desusada en él—; es natural que se encuentre cansada y confusa... Tiene los nervios en tensión —hizo una pausa—. Parece que esta noche hay numerosos convoyes militares en la carretera y, gracias a ello, obtuvimos tan rápidos resultados en Maidenhead. La procesión de vehículos tropezó con unos transportes que llevaban tanques; una patrulla militar los obligó a detenerse para dar paso a los tanques. Ya entonces el orden de la procesión había variado: después del camión iba el Austin, en seguida el Humber y cerrando la marcha el motociclista.

—¿Todo eso se lo informan a usted por radio?

—Naturalmente. Admito que hemos tenido suerte. Hace apenas unos diez minutos que uno de nuestros hombres se encontró con la patrulla. Por otra parte, el informe procedente de Twyford también se debe a un golpe de suerte. Una patrulla de las fuerzas aéreas que regresaba a su base después de unas maniobras, también se había encontrado con nuestra procesión escasos minutos antes de que nuestros agentes la interrogaran; para entonces el Humber iba inmediatamente detrás del camión y el motociclista detrás del Humber. La patrulla no vio al Austin, o quizá el cochecillo ya había abandonado la procesión. Espero noticias de Reading de un momento a otro... No creí que pudiéramos localizar nuestra presa tan pronto; la

tenemos casi, cercada.

—¿Reading es nuestra última oportunidad?

—Puede decirse que es la última en cuanto a poder efectuar una rápida aprehensión. Steptoe habló de un lugar en los Downs al norte de Fawley, pero no creo que los del camión, cuando se alarmen por la persecución de que son objeto; intenten ir hacia allá; correrían demasiado riesgo de encontrarse con que su refugio ya estaba en poder de la policía. Mi opinión acerca de su proceso mental es el siguiente: ya ahora estarán bastante preocupados por el Humber que no se les despegas; discutirán, tratando de llegar a un acuerdo, y mientras tanto, seguirán la ruta que se habían trazado para llegar a reunirse con el hombre que tiene la avioneta, pero su preocupación no tardará en volverse pánico; y entonces procurarán llegar a cualquier sitio que les pueda ofrecer un escondite. Quiero alcanzarlos antes de ese momento... ¡Ah! Me parece que Reading se comunica con nosotros.

Cadover se inclinó y dio vuelta a una manivela. El oído de Judith, no acostumbrado a las transmisiones de onda corta, solamente percibió una que otra palabra de las transmitidas. Cadover volvió a dar vuelta a la manivela y se hizo el silencio.

—¿No era Reading? —preguntó Judith.

—No; fue un mensaje de Scotland Yard. Avisan que el Austin es propiedad de Hildebert Braunkopf o Brown.

Esta noticia era sorprendente. El próximo mensaje de Reading resultó adverso. La procesión, tal como había sido vista la última vez, el camión seguido por el automóvil Humber y al final la motocicleta, había desaparecido. Judith no podía entender cómo era posible tal cosa, pero lo que sí comprendió, con un dolor lacerante, fue que aquel mensaje, incluía noticias de John, y que éstas eran malas.

No fue sino hasta después que ella pudo comprender el plan preparado por la policía y que había fracasado precisamente por el pánico que había invadido a los perseguidores, tal como había previsto Cadover. El camión se acercaba al pueblo de Reading y la policía estaba al acecho. En un tramo del camino, flanqueado por las sólidas paredes de unos edificios, un autocamión escondido en un patio estaba preparado para recular repentinamente, atravesándose en el camino y bloqueando, el paso al camión que naturalmente se vería obligado a frenar. El resto de la procesión tendría que hacer, alto detrás del carro. Numerosos policías convenientemente apostados en los distintos edificios convergerían inmediatamente y cercarían los vehículos.

Pero la alarma de los hombres que viajaban en el camión había ido en aumento. Tal vez se habían dado cuenta de que serían detenidos por la policía, o quizá su pánico fue debido a la insistente persecución del Humber, Ya en los alrededores del pueblo habían imprimido mayor velocidad al camión, seguramente con el propósito

de lograr alguna pequeña delantera y dar vuelta en alguna esquina de las calles del pueblo para evadir la persecución. En plena carretera les era imposible escapar del Humber que desarrollaba mucha mayor velocidad que el camión, pero en el pueblo habría la posibilidad de esconderse en alguna calle oscura. El resultado, fue tan inesperado como dramático. Al dar vuelta; el conductor del camión lo había; metido en un *cul-de-sac*. Dándose cuenta de ello, frenó rápidamente, haciendo que el camión derrapara; perdido el dominio, volvió a acelerar, lanzando al camión contra un muro de ladrillo. El vehículo perforó el muro, atravesó el patio que quedaba detrás del muro, destrozó una barda de madera casi podrida y fue a salir a un callejón. Lo que el camión había logrado accidentalmente lo hizo el Humber gracias a una magistral conducción. Los dos vehículos desaparecieron por el callejón, dejando a la policía sin presa. El motociclista que seguía a los dos vehículos a una distancia suficiente para permitirle evitar ser capturado por la retaguardia, dio vuelta y también desapareció.

Pero si la policía había fracasado por el momento, en cambio tenía la prueba de que cuando menos una persona apreciaba debidamente sus esfuerzos. Un policía, que heroicamente perseguía a pie los. Vehículos que escapaban, encontró en el callejón un pequeño montón de estopa en llamas. Un pedazo de papel con membrete oficial estaba amarrado a la ingeniosa señal con un cordón de zapato. Unas cuantas palabras aparecían garrapateadas en el papel.

Valiente esfuerzo, Reading. Continúen.  
A. Appleby.  
Subjefe.

—Así, está bien —dijo Cadover a Judith.

Se hallaban sentados, a ambos extremos de una pequeña mesa sobre la cual no había otra cosa que el pequeño pedazo de papel que contenía las palabras escritas por Sir John. Cadover tenía el aspecto de una persona que repentinamente ha recobrado la confianza, basándola en hechos concretos. Judith se preguntó si aquella seguridad que él demostraba sería auténtica. Lo había visto representando distintos papeles en beneficio de otras personas y le parecía posible que ahora aparentara un optimismo que no sentía, con el objeto, perfectamente legítimo, de que ella no se desesperara.

—¿Bien? —susurró Judith, mirando a su alrededor.

Habían abandonado el automóvil en que viajaban y entrado en una pequeña y, fría estación de policía de un pueblo desconocido para ella. La puerta abierta le permitía ver un aparato de radio móvil instalado en un enorme camión, así como a varios hombres montados en motocicletas que esperaban mensajes que no llegaban.

—¿Realmente lo cree así? —preguntó, examinando una vez más la nota escrita por su marido—. Él debe estar prisionero en el camión.

—Puede encontrarse en el camión sin ser prisionero —objetó Cadover.

El inspector se volvió y dio algunas órdenes. Parecía tan eficiente y seguro de sí

mismo como horas antes. Judith trató inútilmente de calcular cuántas horas antes. El mapa de la región sur de Inglaterra, que cubría una de las paredes de la oficina de Cadover en Scotland Yard parecía estar ahora dentro del cerebro del inspector. Al dar órdenes a los hombres que entraban y salían del pequeño cuarto, especificaba los números de las distintas rutas y carreteras, el kilometraje y los cruces. Judith, escuchándolo, comprendió que a la larga él vencería. No era posible que la presa se le escapara. Eran demasiado amplios sus conocimientos y la fuerza de sus batallones demasiado grande para que pudiera ser derrotado. Tal vez se había referido a eso cuando dijo que todo estaba bien.

—¿No le sucederá nada a John? —preguntó Judith, titubeando.

—No le ha sucedido nada..., y créame que temí que le hubieran cortado el pescuezo —respondió Cadover, sonriendo.

—Pero si está en poder de esa gente...

—Ellos saben que han perdido la partida. Todas sus pequeñas partidas, y eso, sin duda alguna, los hará ser respetuosos. No son locos homicidas.

—Mataron... —Judith se interrumpió—. ¿Supongo que habrá que esperar el alba?

—Posiblemente —asintió Cadover, haciendo una inclinación de cabeza—: aunque, tengo esperanzas de recibir una llamada telefónica.

—¿Espera un mensaje?

—No precisamente. El caso es que esta carrera parece ser casi exclusivamente de subordinados. Tal vez en el camión vaya el jefe de un grupo..., del de Steptoe; pero en el Humber no van más que secuaces de Zhitkov, y creo que el motociclista recibió órdenes de Cherry. Si los hombres que van en el camión logran burlar la persecución de los otros, aunque sea por unos momentos, es muy probable que traten de comunicarse con Steptoe para ver si ha sido aprehendido; y si los otros pillos llegan a alarmarse lo suficiente, es probable que llamen a sus respectivos jefes pidiendo instrucciones.

—¿Cherry y Zhitkov? Salieron juntos.

—Sí, y si esos tipos llaman a uno de los dos, posiblemente localizarán también al otro, si es que todavía son amigos. Los delincuentes rara vez se dan cuenta de lo mucho que nosotros podemos lograr con la ayuda de la compañía de teléfonos — Cadover hizo una pausa, caminó hasta la puerta, dio una serie de órdenes y regresó a la mesa—. Pero tal vez tengamos que esperar hasta que amanezca —terminó—. ¡Ah! ¡Café! —exclamó.

Un policía local se acercaba llevando unas tazas de café humeante. Judith aceptó agradecida y pensó que tal vez Mary Arrow estuvo en lo justo cuando alabó el café que servían en Scotland Yard. La bebida caliente y endulzada le hizo bien, despejando su mente como si fuera una droga. Miró su reloj. Eran las cuatro de la mañana; un poco más de doce horas desde que había empezado el drama; y había empezado con una inocente visita a la galería del misterioso Hildebert Braunkopf.

Ahora pensaba en él como en un ser misterioso. De acuerdo con cualquier interpretación factible de los hechos, Braunkopf ya debería haberse retirado discretamente a un puesto detrás de bambalinas, sin esperar la oportunidad de hacer una última reverencia en el escenario. Debería estar tranquilamente durmiendo, en su casa con..., o más bien dicho, como Grace Brooks y Lady Clancarron. En lugar de ello andaba recorriendo las carreteras inglesas dentro de un pequeño automóvil Austin...

Judith dormitó inquietamente. El suegro de Shelley había sostenido que si en una casa en llamas se encontrara el filósofo Fenelón y su bonita sirvienta, lo obligatorio, era salvar primero al filósofo. Y si en la casa incendiada se encontrara la propia madre de uno en compañía del filósofo Fenelón, uno debería salvar primero al filósofo, había agregado Godwin. Pero si John y el *Acuario* de Vermeer estaban dentro del camión que se incendiaba, ella salvaría primero a John. ¿Pero suponiendo que el que se encontraba dentro del carro en llamas no era John sino el viejo Moe, y suponiendo que allí estaba no solamente el *Acuario* sino toda la obra pictórica de Vermeer, y toda la de El Greco, y toda la de Rembrandt...?

Judith despertó y miró su reloj. Marcaba un minuto después de las cuatro. A esta lentitud no serían nunca las cinco. Antes se acabaría el mundo. En otros tiempos, para referirse al fin del mundo se decía La Gran Combustión. Judith volvió a ver, en su imaginación, un camión en llamas. Oyó el crujir de la madera. Abrió los ojos y se dio cuenta de que lo que oía era un ruido que procedía del aparato de radio. Un motor de automóvil se ponía en marcha, lo seguía el de una motocicleta y luego los de varios automóviles. Alguien estaba dictando órdenes apresuradamente; oyó, a lo lejos, el ruido de otros motores en marcha; todo era ruido y actividad; la luz era diferente. Por tercera vez miró su reloj: faltaban diez minutos para las seis. Cadover estaba de pie ante ella. Judith tuvo la impresión de que él la había tomado en sus brazos y la había echado dentro de un automóvil.

Ciertamente, estaba en un automóvil en marcha. Pero ahora hasta el sonido del motor era distinto. Le hacía pensar en una enorme bestia que hubiera estado echada toda la noche, esperando, y que de pronto se lanzaba en persecución de su presa.

—Envié un mensaje para el duque a Scamnum. El pobre hombre debe estar muy preocupado por su cuadro.

Era Cadover quien había hablado. Judith se dio cuenta de que él estaba en el automóvil, al lado de ella.

—¿Fué un mensaje telefónico lo que nos hizo ponernos en marcha? —preguntó.

—Sí, pero un mensaje que no era para nosotros. Lo interceptamos hace un par de horas; Cherry llamó desde un teléfono en las cercanías de Uxbridge, más o menos donde suponíamos que debían estar, pidiendo refuerzos. Tal vez Cherry y Zhitkov habrían ido a Uxbridge, pero ahora se encaminan hacia el sitio donde se encuentran sus cómplices. También gente nuestra va hacia allá... Bella campiña la de esta región...

Judith lanzó una mirada al campo. La mañana era gris. Le pareció que ya habían recorrido un gran trecho de camino. No sabía en qué parte de Inglaterra se encontraban. Corrían en medio de campos planos que, aquí y allá, formaban suaves declives que se convertían en valles todavía llenos de niebla. Sobre los campos vagaban nubecillas de vapor que se iban disolviendo una a una, como últimas y tardías danzarinas, de un *ballet*. La arboleda que flanqueaba el camino y las acequias se veía bien cuidada. La carretera había quedado atrás y el automóvil corría por un camino vecinal. La rama espinosa de un arbusto casi rozó el rostro de Judith, que volvió la cabeza y vio que tres o cuatro automóviles, pesados y grandes como casi todos los de la policía, los seguían a distancia. En el que ella viajaba y que corría a gran velocidad les había ganado la delantera. Judith pensó que estaba envuelta en una fantástica aventura. ¡Qué actividad febril había desatado el sencillo pintor holandés que había muerto hacía casi trescientos años!

Cadover se comunicaba por radio. Ahora, a la luz del día, el mecanismo le pareció a Judith menos misterioso. El automóvil viró bruscamente hacia la izquierda.

—Los hemos pillado —declaró Cadover.

—¿Está usted seguro?

—Sí. El primer informe lo rindió uno de los policías locales y yo no me sentí muy seguro, pero ahora está allí uno de mis propios hombres. No hay duda. Un camión grande y cerrado, pintado de color oscuro, un automóvil Humber, color verde, y otro automóvil... —enumeró, y luego, señalando hacia adelante agregó—: ¿Ve usted esa colina?

—Sí.

La colina se erguía como centinela que anunciara un cambio en la fisonomía del terreno. Desde allí empezaba el primer fuerte declive hacia tierra baja.

—¿Están allá arriba? —preguntó Judith.

La cumbre de la colina se veía envuelta en una niebla que empezó a subir como lenta cortina vaporosa ante la vista de Judith.

Cadover había abierto un mapa, que se colocó sobre las rodillas.

—Mire hacia la izquierda, en lo alto —indicó—, allí donde la neblina va ascendiendo... ¿Ve usted como una cicatriz en la colina?

—Parece una cantera.

—Eso es: una cantera abandonada. El camión se ha detenido allí y los otros lo tienen localizado.

El corazón de Judith empezó a latir con violencia.

—¿Quiere usted decir que está sitiado?

—Prácticamente. ¡Y en medio de la campiña inglesa! Deben estar locos. No se han puesto a pensar que la policía puede llegar de un momento a otro. Seguramente están desesperados.

—¿Cree que se batirán?

—¿Entre ellos mismos? No me sorprendería, Lady Appleby, que se estuvieran

batiendo en estos momentos.

—¿Y cree usted que también lucharán contra la policía?

—No sería por mucho tiempo —respondió sombríamente Cadover—. Por lo general, nosotros no nos encolerizamos cuando se trata de ladrones, pero con esta gente... ¡Escuche!

—Podría ser que hubiera hombres trabajando en la cantera y que estuvieran dinamitando, ¿no lo cree usted así, inspector?

Cadover no dio respuesta a la inútil pregunta. Estaba hablando al aparato de radio. Después, inclinando su cuerpo hacia adelante, habló al chofer, que inmediatamente frenó el coche. Cadover abrió la portezuela.

—¿Quiere usted bajar?

—Vamos a... —empezó a inquirir Judith al descender del coche.

Sin, descender él, Cadover cerró la portezuela y bajó el cristal de la ventanilla.

—Lo siento, Lady Appleby, pero iré primero yo. Usted me seguirá después en el último automóvil.

—¡Usted no puede...!

—Lo siento —repitió Cadover—, pero no puedo asumir esa responsabilidad, señora... ¡Siga! —ordenó al chofer.

El automóvil echó a andar. Una nube de polvo envolvió a Judith.

Sucedió tan rápidamente que por unos segundos Judith solamente experimentó sorpresa. Después se enfureció. Su cólera no fue menor por el hecho de que la sentía en contra del mundo en general. Comprendió que no y sería justo culpar a Cadover. Ella no tenía derecho a estar allí: Ni una pluralidad de maridos prisioneros en camiones siniestros le daría a ella el menor derecho a viajar en los automóviles de Scotland Yard. Sin duda Cadover había estado preocupado por ella desde el principio. El hecho de que Lady Appleby formara parte de aquella caravana policial le habría parecido al escrupuloso inspector tan fuera de lugar y cordura como las rubias damiselas a bordo de aviones de bombardeo en las películas norteamericanas. El automóvil de él iba ya lejos y describía un círculo al, ascender por la pendiente de la colina. Judith oyó que por el camino, a sus espaldas, se acercaba otro automóvil. Detrás de ése vendrían otros, y el conductor del último y más polvoriento tenía instrucciones de llevarla. Probablemente tendría instalada una cantina móvil llena de asquerosos comestibles y estaría chorreando café. El orgullo de Judith se rebeló. No estaba dispuesta a convertirse en una mujer de campamento, en una *vivandière* de la fuerza policíaca. Su mirada se detuvo en un rótulo que se levantaba cerca del camino y ella vio que las letras un momento antes borrosas, formaban tres palabras: *Camino para Peatones*. Debajo de las palabras había una flecha que apuntaba a la vereda que subía desde allí hasta la cúspide de la colina.

Judith corrió hasta el portillo cercano, lo traspuso de un salto y al caer al otro lado

oyó que pasaba el tercer automóvil. Ante ella se extendía la vereda a orillas de unos campos arados y más adelante serpenteando en abrupto ascenso por el campo abierto y verde de césped. Seguramente la hereda pasaría muy cerca de la boca de la cantera. Judith echó a correr. Era claro que no podría llegar antes que Cadover, pero si no le faltaban fuerzas, y a Dios gracias estaba en excelentes condiciones físicas, llegaría antes de que terminara la batalla.

Mientras corría por la vereda, pensaba que desde que ella se movía dentro de la extraña pesadilla que había empezado con la exposición de la Galería Da Vinci, la perseguía la sombra de la muerte. Y perseguía también a John.

Corrió más de prisa. Una pequeña liebre saltó cerca de ella. Desde la cumbre de la colina le llegó el ruido de disparos, el ruido que ella tan idiotamente había pensado que podía ser causado por trabajadores efectuando voladuras de roca.

Había dejado atrás los campos arados y ante ella la vereda trepaba abruptamente. Encontraba dificultad para correr; se sentía insegura sobre sus piernas y algo la molestaba insistentemente. Recordó que calzaba zapatos de tacón alto. Se había vestido la noche anterior para acudir a una cita con Mervyn Twist y no para ir corriendo por veredas desconocidas. Se quitó los zapatos y siguió corriendo, ya con menos dificultad. Una vaca pastando en un campo bardado la miró. Judith pensó que no habían sido sus zapatos lo único fuera de lugar. Estaba vestida para ir a un club nocturno, no para cazar ladrones. ¡Debía causar risa hasta a una vaca!

Pero a pesar de lo impropio de sus ropas, a pesar de su cansancio, logró trepar por la vertiente de la colina. La vereda llegaba al borde de la cantera, que quedaba a su izquierda; a su derecha, se levantaba la cumbre de la colina y, más allá, se extendía el valle todavía velado por la neblina. Judith pensó entonces que si el inspector Cadover le hubiera recomendado que emprendiera el ascenso, no hubiera podido darle mejor consejo. Desde la cumbre podría ver inmejorablemente lo que estuviera sucediendo o a punto de suceder. Pero el corte de la cantera, un tajo vertical, la separaba del lugar de los hechos, imposibilitándole participar en ellos tan eficazmente como la invisible pantalla colocada entre los espectadores congregados en una sala de cinematógrafo y las sombras que se mueven en un mundo de violencia a la vista de aquel público, pero irremediabilmente separadas de él. Así, ella sería únicamente espectadora.

Directamente abajo del sitio a donde había trepado Judith estaba el camión, semejante a un gusano negro en espera del desarrollo de una oscura tragedia de insectos. La parte posterior del vehículo daba al muro formado por el tajo de la cantera que empezaba precisamente en el sitio desde el cual Judith observaba. Probablemente el conductor del camión había creído que aquélla sería la mejor posición para defenderse. A ambos lados del camión había grandes pedruscos, entre los cuales se agazapaban las oscuras figuras de tres hombres. Desde su observatorio, Judith veía de cuando en cuando el movimiento de un brazo, al que seguía una detonación cuyo eco retumbaba en la gran concavidad de la roca que se levantaba detrás del vehículo.

La cantera tenía una forma semicircular. Un ancho y abrupto camino la atravesaba, formando una curva en el sitio donde se había estacionado el camión. A cada extremo del camino estaba un vehículo: a la izquierda de Judith, el Humber verde, y a su derecha, un coche grande y pesado. Detrás de ambos vehículos surgían iguales brotes de fuego, soplos de humo y detonaciones, primero fuertes y luego debilitándose en ecos dentro de ecos. No podía haber la menor duda: estaba presenciando una lucha a muerte.

De pronto, vio a Cherry. Estaba de pie junto a la parte posterior del automóvil negro, protegido por unas piedras. A su lado estaba otro hombre y ambos parecían haberse retirado de la lucha con el objeto de discutir. Casi en el instante mismo en que Judith los descubrió, el hombre que parecía estar discutiendo con Cherry se volvió y echó a correr... Corría en línea recta hacia el Humber. Judith creyó que sería Zhitkov, cuya voz había escuchado pero a quien nunca había visto. Zhitkov corría y gritaba a sus compañeros. Tal vez les decía que dispararan para protegerlo en su carrera. Había llegado a la mitad de la distancia que lo separaba del automóvil Humber, cuando Cherry le apuntó con una pistola y disparó, hiriéndolo en la espalda. Zhitkov agitó los brazos y Judith pudo ver su boca abierta en un tremendo grito, pero antes de que el sonido llegara a los oídos de ella, el hombre había caído de cara al suelo. Permaneció inmóvil.

Surgieron gritos de cólera, de miedo y de sorpresa. El fuego cambió de dirección. La guerra se había declarado entre los dos automóviles, pero cada uno de ellos continuaba su batalla contra el carro de mudanzas. Toda la escena era como una alegoría de la absurda historia de la violencia humana. Judith se preguntó qué habría sido de Cadover, pero apenas pensó en él cuando oyó un agudo silbido y vio un apretado semicírculo de policías que avanzaba hacia el campo de batalla. Un movimiento cerca del camión llamó entonces su atención y pudo ver a uno de los hombres que lo defendían caer de espaldas sobre un montón de piedras. Vio su rostro ensangrentado. Pero no había sido la caída de aquel hombre lo que había llamado su atención. Entre los pequeños lenguetazos de fuego había distinguido algo diferente y aún más siniestro. Debajo del carro había un rojo resplandor. Judith lo vio crecer. Recordó la pequeña estación de policía donde, dormitando poco antes, había soñado una escena semejante. Gritó. Las llamas crecían, ensanchándose y subiendo. La parte posterior del camión estaba cerrada por una puerta de dos hojas. Judith vio que éstas eran violentamente sacudidas. Entonces ella volvió a gritar, llamando a John y pidiendo auxilio. Se dejó caer de rodillas a la orilla del corte de la cantera, buscando desesperadamente la manera de bajar hacia el sitio de la lucha...

Sintió la presión de una mano sobre su hombro. Una voz suave pronunciaba palabras que ella no comprendía, pero que eran curiosamente autoritarias a pesar de su suavidad. Sin quitar los ojos de la horrible escena que se desarrollaba abajo, sintió la presencia de un hombre de edad madura que había surgido de la nada.

—Pistolas... —murmuró el hombre con desaprobación—. Son peligrosas sin ser

efectivas...

—John... mi esposo, está dentro del camión... Las puertas...

El hombre se dejó caer junto a ella. Acostado boca abajo, observó la escena. Entonces Judith vio que él tenía un rifle en la mano. Durante unos segundos, apenas dos o tres, o tal vez cinco, el hombre permaneció absolutamente inmóvil, como si se hubiera transformado en piedra. Luego disparó. El ruido del disparo se mezcló a los ruidos metálicos producidos abajo. Las puertas del carro se abrieron violentamente y un hombre brincó a tierra y se lanzó, sobre uno de los dos defensores que quedaban. Rodaron envueltos en una nube de polvo. Un momento después quedaban rodeados de policías y el carro se había convertido en llamas.

Con un sollozo, Judith se volvió hacia el hombre que había disparado el rifle. El hombre se había puesto de pie y estaba tranquilamente sacudiéndose el polvo de los pantalones.

—Es un arma en la que puede uno tener confianza —comentó plácidamente—. Una vez, en Bisley, me sirvió mucho... Buenos días, mi querida señora.

—¡Usted! —exclamó Judith, mirando con ojos redondos de sorpresa al duque de Horton—. Pero ¿cómo vino usted a dar aquí?

El duque pareció sorprenderse.

—Curiosa pregunta, en verdad. ¿No sabe usted, que está parada en la cumbre de la Colina Horton? Vuélvase y mire por acá... Es un bello panorama, aunque sea yo quien lo dice.

Judith se volvió. La niebla había desaparecido del bajo y ancho valle a sus pies. Y detrás de una nubecilla de humo azul grisáceo que se elevaba sobre Scamnum Ducis, más allá de un trecho de parque y de una extensión de jardines perfectamente cuidados, más allá de la laguna y por encima de sus terrazas, brillando bajo el sol de octubre como un prístino juguete arrancado a una joyería trascendental, vio la serena y severa magnificencia de Scamnum Court.

## CAPÍTULO NÚMERO

### 14

—¿Un poquitín más de café? —preguntó el duque de Horton. Estaban reunidos en el pequeño antecomedor de Scamnum Court. El duque explicó que su esposa Anne estaba entusiasmadísima y que bajaría antes de las nueve; algo completamente desusado en ella. Mientras tanto, él tendría el honor; de atender a sus huéspedes. Por lo que decía su anfitrión, Judith entendió que no sería fácil que pudiera ofrecerles un buen desayuno. El Gobierno negaba al propietario de Scamnum, ya fuera la mantequilla, producto elaborado con la leche de sus propias y famosas vacas Jersey, o el tocino de sus no menos famosos Grandes Negros. La única mantequilla y el único tocino que podía ofrecerles el duque de Horton eran nacionales. Si Judith quería, podía probarlos. El duque parecía estar seguro de lo que afirmaba y a Judith le pareció que sería falta de tacto poner en duda sus palabras. Igual opinión parecía tener Bagot, el mayordomo del duque, quien servía el desayuno en honor de la sensacional ocasión y que colocó otra tajada de delicioso tocino sobre el plato de Judith, sin que en su rostro se alterara la estudiada expresión de humillación y vergüenza.

—Pero cuando menos la mermelada está hecha con nuestras propias naranjas —afirmó el duque, sonriendo con algo de complacencia—. Un hombre debe insistir siempre en que la mermelada se haga con las naranjas de su propia huerta. Otra cosa sería una locura.

El duque se dirigió a una de las altas ventanas y se asomó al exterior.

—Parece una reunión de cacería de los Horton —comentó.

La larga fila de automóviles de la policía estacionados en el gran patio de su mansión señorial evidentemente lo intrigaba. Cada cinco minutos se asomaba a la ventana para verlos.

—Uno de esos señores policías me prometió enseñarme el funcionamiento de los aparatos de radio que usan y que tienen ese curioso nombre americano. Son estupendos los yanquis para inventar nombres, ¿verdad? Pero no saben criar cerdos.

Judith, escuchándolo respetuosamente, dejó vagar su mirada hacia el otro extremo de la larga mesa donde John y el inspector Cadover estaban absortos comparando notas. Parecían dos chiquillos felices con un rompecabezas. Ella deseó intensamente, por ellos, que todo saliera bien; al mismo tiempo su propia indiferencia por el asunto era absoluta. Sentía, y se lo confesó a sí misma, como si fuera una madre que presenciara el primer partido de fútbol en que tomaba parte su pequeño hijo. Era necesario mostrar un cortés interés en el resultado, pero lo que realmente experimentaba era un gran alivio y una completa felicidad. Su mirada volvió a

posarse sobre el duque y lo siguió, otra vez, a la ventana. Un autocamión, remolcando el ennegrecido cascarón de un carro, había hecho su aparición en el inmenso patio.

El duque se alejó de la ventana y se encaminó a la chimenea. Allí se quedó frente al fuego, con la mirada clavada en el cuadro pintado por George Stubbs y que pendía más arriba de la chimenea. Era el retrato de su bisabuelo, sentado en una carriola tirada por *Pez Dorado* y *Pez Plateado*; figuraba también en el cuadro Morgan, el lacayo favorito del bisabuelo, y posaba su mano en la cabeza de *Pez Plateado*, mostrando en su rostro la satisfacción que sentía porque un pintor de moda inmortalizara a su amo y a las dos nobles bestias, que desafiaban a las que poseía el formidable rival de su amo, el duque de Richmond...

El duque de Horton contemplaba su cuadro con visible placer. Sin embargo, Judith, observándolo, sintió cierta contrición por su propia felicidad. El duque se volvió y, al verla, comprendió inmediatamente. Cruzó el cuarto y puso su mano sobre la cabeza de Judith, como si ella fuera una pequeña niña.

—Mi querida señora —dijo el duque—, naturalmente es una gran lástima que la excelsa pintura de Vermeer haya sido consumida por el fuego, pero un hombre con vida es mucho más maravilloso que unos extraños peces pintados sobre un lienzo.

Se alejó, rodeó la mesa y llevó a Judith un tarro de miel.

—Ahora que lo pienso —continuó—, me doy cuenta de que ha habido muchos extraños y muchas cosas también extrañas en este asunto; que, para mí, no tiene ni pies ni cabeza. Me parece que ya es hora de que nos den una explicación. Entiendo que este señor Cadover es el brazo derecho, de su marido, ¿no es así?

—Efectivamente.

—Cuando le informé del robo del *Acuario* me preguntó si yo era ictiólogo. ¡Qué broma más acertada! ¿No le parece? Él me impresionó como un hombre brillante, pero ahora... vamos a interrogarlos.

Appleby se había acercado a la ventana y miraba hacia afuera. A Judith le pareció todavía que estaba preocupado, pero fuera de aquel aire de preocupación, sus aventuras de la noche anterior no habían dejado huella en Sir John.

—¿Explicarles? —murmuró en contestación a la pregunta que le hizo el duque—. Sí, creo que ya podemos hacerlo... ¿Empiezo?

El duque lanzó otra serena mirada al cuadro de Stubbs, y luego, fijando sus ojos en Appleby, inclinó la cabeza en gesto afable.

—Sí, mi buen amigo, le ruego que empiece, es decir, si ya ha desayunado más o menos decentemente.

—He desayunado espléndidamente; muchas gracias —respondió Appleby y se dispuso a dar principio a su narración.

—En acertijos de este tipo yo sostengo que no es siempre la mente consciente la que trabaja más rápida y con eficacia hacia una solución. Nosotros, los de la policía, sabemos muy bien que una acertada labor detectivesca se debe, en la mayoría, de los casos, a intuición. Eso quiere decir que el subconsciente es el que más trabaja y, ocasionalmente, desde luego, nos hace insinuaciones. Fue así que el subconsciente de Cadover le sugirió, en la ocasión que ustedes recordarán, cuando el inspector se refería a la muerte de Limbert, hablar de un aspecto superficial del caso, diciendo que había algo completamente distinto, escondido bajo esa superficie. Recordarán también que ya para entonces él sabía que el *Acuario* había desaparecido. Sin duda, en el fondo de su mente estaba la convicción de que el *Acuario* era un famoso cuadro que necesitaría ser disfrazado, y no el tanque de un ictiólogo.

Judith se acomodó, estirando sus miembros perezosamente. Empezaba a sentirse deliciosamente soñolienta.

—No creo una palabra de eso —comentó.

Su marido sonrió.

—El ejemplo que: acabo de mencionar tal vez sea un poco traído de los cabellos —aceptó—; pero la teoría en general es bastante bien fundada. Cuando uno se da cuenta de que ha dicho o está pensando algo extraordinariamente vago y fortuito, hay que fijarse, bien en lo que dice o en lo que piensa, porque al estudiarlo se le encuentra el sentido a su aparente, vaguedad. Anoche, después de la cena, hice un comentario por ese estilo acerca de lo que entonces creíamos, ser la última pintura de Gavin Limbert. ¿Recuerdan? Dije que su cuadro era tan vacío, de contenido que se le podía dar cualquier nombre. Hasta sugerí varios. Uno de ellos fue *Proyecto para un Nuevo Pueblo Satélite*. Pues bien, ése fue realmente un magnífico ejemplo de lo que llaman parapsicología, porque como ustedes saben, eso es precisamente lo que era el cuadro. Puede decirse que lo comprendí cuando me encontraba en la oscuridad del camión de mudanzas. Vi otra vez y con una intensidad de alucinación, el cuadro de Vermeer, al mismo tiempo, que comprendía que el famoso cuadro correspondía a algo muy secreto que yo había podido entrever, algunas semanas antes. La obra maestra de Limbert era, nada menos, un plano detallado, en gran escala, de Waterbath. Y Waterbath es un pequeño pueblo nuevo, pero naturalmente, como lo sabe todo el mundo, es también algo más.

—¡Waterbath! —exclamó Judith, poniéndose de pie repentinamente. ¡Pero qué indescriptiblemente tonta he sido!

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó su marido, clavando en ella su mirada.

—Que cuando escuché la conversación entre Zhitkov y Cherry los oí mencionar Waterbath; pero como estaba cansada y nerviosa, y además, Lady Clancarron me había dicho poco antes no sé qué tonterías acerca de baños, la palabra me sugirió otra

cosa, y, en lo que menos pensé fue en el pueblo de ese nombre. Por cierto que desde entonces me molesta un recuerdo vago acerca de baños; sin duda se trata de la misma subconsciencia.

—Indudablemente, querida —aseguró Lord Appleby—. Volvamos al pueblo de Waterbath. El simple esquema detallado de la Estación de Investigación de Waterbath podía ser tan informativo que se clasifica dentro de los más importantes secretos de defensa nacional. Fue ayer mismo que Cadover me informó de un susto que se habían llevado los de Waterbath porque unos chiquillos habían tomado algunas fotografías. Pero el hombre que, según dices, se llamaba Crabbe, tenía algo más que eso. La noche del lunes 22 de octubre él estaba en el club nocturno *Thomas Carlyle*, esperando a otro espía, nada menos que a nuestro amigo Zhitkov, para entregarle un juego completo de planos de Waterbath. Pero a Crabbe le seguía la pista una organización rival, que podemos llamar la de Cherry. Y Zhitkov no acudió a la cita. Me imagino que se había prohibido a Crabbe visitar el estudio de Zhitkov. Estuvo esperando a su compañero allí en el club donde, por casualidad, se encontró con un antiguo condiscípulo, Gavin Limbert. Conversaron y Crabbe se enteró de que Limbert tenía su estudio en el piso inmediatamente arriba del de Zhitkov, en una casa de la calle Gas, a corta distancia del *Thomas Carlyle*. Cuando llegaron Cherry y sus amigos, Crabbe comprendió que se encontraba en gran peligro y decidió buscar a Zhitkov. A pesar de las instrucciones que tenía de no ir al estudio del otro, se encaminó hacia allá; pero Zhitkov, que me imagino no se exponía si no era absolutamente necesario hacerlo, se había encerrado. Crabbe, no encontrando manera de eludir a sus perseguidores, tuvo la ocurrencia de buscar asilo en el departamento de Limbert. Subió y encontró el departamento, que era estudio y habitación del pintor, abierto y desierto. Limbert estaba en el piso alto visitando a la señorita Arrow. Crabbe entró y cerró la puerta. Tal vez tenía la esperanza de haber eludido a Cherry. No podemos saber en qué momento se dio cuenta de su error, porque por entonces surgió un extraño factor. La policía cercó el club nocturno para efectuar una redada y toda la calle Gas quedó comprendida dentro del cordón policial. Zhitkov, que era un cobarde, debe haber estado temblando en su estudio; Crabbe se había refugiado en un departamento ajeno y vacío, mientras que Cherry y sus cómplices estaban en acecho, dispuestos a todo para apoderarse de lo que buscaban. Y aquí es donde yo empiezo a admirar a Crabbe, a considerarlo un buen hombre... dentro de su medio. Se dio cuenta de que no podría salir de allí con vida, pero se propuso no ser derrotado, aunque lo mataran. Debemos suponer que era el tipo de espía a quien inspira alguna fuerte pasión política. No era como Cherry y Zhitkov, puramente venal. Sabía que si Cherry lograba entrar en el estudio, lo mataría y escudriñaría, hasta el último rincón en busca de los planos. Pues bien, tal vez este Crabbe fuera un hombre de cierta cultura. Quizá recordó entonces *La carta robada*, de Edgar Allan Poe. Sabemos que años antes se había dedicado un poco a la pintura; por eso había hecho amistad con Limbert. Vio allí en el estudio un lienzo grande, en blanco, y tuvo una idea: la de

pintar en aquel lienzo los planos que había robado. Pintaría un poco al estilo de los diseños abstractos de Limbert, lo que disfrazaría en algo los planos; además, dejaría el óleo en medio del estudio. Todo esto debe haberlo decidido rápidamente, y debe haber sentido la seguridad de que Cherry y sus compañeros no darían una segunda mirada a un óleo de tipo abstracto, colocado en un caballete en medio del estudio de un pintor modernista.

—Pensarlo y hacerlo fue uno —continuó Lord Appleby—. Desgraciadamente, Crabbe era tan despiadado como ingenioso. Cuando Limbert, bajando del departamento de su amiga, entró en el suyo por la ventana, sorprendiendo a Crabbe, éste, sin titubear, le disparó casi a quemarropa. Se trataba de algo demasiado importante para que Crabbe hubiera permitido que el otro, aunque fuera viejo discípulo y amigo, se enterara. Yo creo que en ese momento Crabbe pensó que tal vez podía escapar —aventuró Lord Appleby—. Se había dado cuenta, por la llegada del hombre a quien mató, de que existía una escalera de seguridad; pero tuvo temor de fallar y prefirió salvar los planos; así, cerró con pasadores las ventanas y persianas y se apresuró a terminar su pintura. Claro que de nada le serviría dejar allí el cuadro si sus amigos no sabían de qué se trataba; pero en el estudio de Limbert había teléfono y también había uno en el de Zhitkov. Crabbe se comunicó con Zhitkov y le informó de su situación y de lo que estaba haciendo. Zhitkov, escondido en su propio departamento, escuchó el relato de Crabbe; así supo dónde encontrar, en el momento oportuno, los planos de Waterbath. Crabbe terminó el óleo. Contiene, como observé la primera vez que lo vi, una gran cantidad de diseños intrincados. Waterbath es un lugar precisamente así. Crabbe pintó rápidamente, dando la impresión de que el artista había ejecutado su obra con una técnica libre y atrevida. Después debió quemar los planos y en seguida se puso a añadir algunas pinceladas para disfrazar el cuadro. Fue entonces cuando Mary Arrow se asomó por la ventana a lo que debería haber sido su exhibición privada. Ella advirtió que el hombre que estaba ante el caballete no era su amante y dejó escapar un grito. Crabbe, alarmado, tiró el pincel y se volvió hacia la ventana. Ya para esas horas la policía se había retirado del *Thomas Carlyle* y de la calle Gas. Cherry se había provisto de una llave que encontró en la habitación de Boxer. Los enemigos de Crabbe irrumpieron en el estudio de Limbert en el momento en que Crabbe daba la espalda a la puerta, preocupado por el grito de Mary Arrow. Asesinaron a Crabbe, registraron el estudio sin encontrar lo que buscaban y salieron, llevándose el cuerpo de Crabbe. No se ocuparon del cuerpo de Limbert; lo dejaron allí donde había caído, junto a la pistola con la cuál Crabbe lo había matado. Después de esto, Zhitkov debe haber hecho suficiente acopio de valor para asomarse, al escenario, probablemente como lo hizo más tarde, con la idea de llegar a un acuerdo. Los hombres de Cherry le dieron un golpe en la cabeza y echaron su cuerpo inconsciente en su propio estudio. Supongo que también dieron un golpe similar a Mary Arrow. Esos fueron los acontecimientos que tuvieron lugar la noche del 22 de octubre en la calle. Gas.

Appleby dejó de hablar y encendió su pipa.

—Espero haber explicado las cosas con claridad —dijo, después de unos minutos de silencio.

El duque de Horton, que seguía sonriendo hacia *Pez Dorado* y *Pez Plateado* movió la cabeza con gesto amable.

—Explica usted admirablemente, mi estimado amigo. Haría buen papel en la Cámara de los Lores —le aseguró.

—Pues bien, consideremos ahora la situación a la mañana siguiente —dijo Appleby reanudando la narración—. Cuando Cherry y sus amigos abandonaron el estudio de Limbert la noche anterior habían dejado cerrada la puerta. Lo que debió haber hecho Zhitkov era tirar abajo esa puerta y apoderarse del óleo pintado por Crabbe. Pero tuvo miedo. Tal vez pensó que podría adquirir el cuadro de alguna manera menos peligrosa si se esperaba unos cuantos días. Por eso se dirigió a la policía con el cuento de que goteaba sangre del techo de su habitación. Se descubrió el cadáver de Limbert, y, nosotros entramos en escena. Era una situación verdaderamente rara. Consideren, uno por uno, a todos los comprometidos. Limbert y Crabbe habían muerto. Cherry no sabía nada, salvo que de alguna manera se le había frustrado; suponía que Crabbe había destruido los planos; pero como no podía estar seguro de ello, seguía a la expectativa. Zhitkov sabía que lo que él buscaba estaba en una pintura al óleo dentro del estudio directamente arriba del suyo. Mary Arrow, que había perdido la memoria, tenía la certidumbre de que el óleo que se encontraba en el caballete de Limbert había sido pintado por un impostor. Pero entonces ninguno de ellos sabía lo verdaderamente extraordinario: que el lienzo había sido usado trescientos años antes por Jan Vermeer de Delft. Eso solamente lo sabía el grupo de pícaros, en connivencia con el viejo Moe Steptoe, que habían robado las pinturas de Vermeer y de Stubbs de la galería del duque. En cambio, Steptoe y sus amigos no tenían idea de que el cuadro pintado sobre el original de Vermeer fuera otra cosa que una composición abstracta pintada por Gavin Limbert. En otras palabras, el cuadro tenía distinta significación y distinto valor para cada uno de los dos, grupos de criminales, ninguno de los cuales. Sabía de la existencia del otro. Lógicamente tenía que surgir una confusión.

—Después entró en escena Braunkopf —prosiguió Appleby después de una corta pausa—; logró que los abogados encargados de recoger los objetos propiedad del pintor muerto le dieran los cuadros a comisión. Abrió la exposición en su Galería Da Vinci. Mientras tanto, Zhitkov estaba preocupado. Es muy probable que sus jefes dudaran de la veracidad de la historia que él les había referido; por tanto, procuró fotografiar la supuesta obra maestra de Limbert antes de que se inaugurara la exposición, calculando que si sus superiores veían una reproducción del dichoso cuadro se cerciorarían de que era, en efecto, un plano de Waterbath y se apresurarían a comprarlo. El grupo de Steptoe supo que alguien intentaba tomar dicha fotografía y

supuso que era la policía. El hecho de que yo estuviera presente en la inauguración confirmó sus sospechas; así es que corrieron el riesgo implícito y se apoderaron del cuadro. Sucedió que fui yo el que informó a Zhitkov del robo cometido en la galería. Naturalmente él se sorprendió y su preocupación aumentó. Debe haber sospechado que, después de todo, Cherry se le había adelantado. Pero también debe haberse hecho la pregunta: “¿Si no es Cherry, quién pudo haber robado el cuadro?”. Debió comprender que nadie tendría interés en robar una obra de Limbert; Recuerden que Zhitkov no sabía que debajo de la pintura nueva estaba la de Vermeer. Trató de explicarse el robo. Es posible que haya estado por allí cerca cuando Steptoe fue en busca de Limbert; y tiene que haber sabido a qué se dedicaba Steptoe. Es seguro que ya ayer por la tarde, el hombre había dado con la clave del misterio.

Sus amigos, que viajaban en el Humber verde, se disponían a invadir el tugurio del viejo Moe cuando los amigos de éste irrumpieron en el lugar, cogieron el cuadro, lo metieron en el camión y se alejaron. Pero mientras tanto, Zhitkov estaba nervioso por sus sospechas acerca de Cherry, y había decidido llegar a un arreglo con él. Se había comunicado con Cherry y) concertado una cita en el *Thomas Carlyle*, cita a la cual Cherry no acudió; y por fin, había tenido la entrevista que Judith escuchó sin presenciar. Y ése es casi el final de la historia.

Appleby se había puesto de pie y paseaba por el cuarto. Parecía haberse contagiado del prurito del duque; se acercaba frecuentemente a la ventana y se asomaba al exterior. Durante unos momentos permaneció callado y con aspecto de preocupación.

—Digamos que es el principio del fin —continuó diciendo—. El camión se encaminó hacia el sitio donde aguardaba un cómplice que tiene una avioneta, cerca de Fawley. Los hombres que iban en el camión estaban nerviosos; habían logrado salir de la casa del viejo Moe solamente después de luchar contra un desconocido, yo mismo, en la oscuridad de la tienda, y el proyecto que tenían había sido elaborado debido a una emergencia. Deben haberse estado preguntando, quiénes eran sus adversarios, y qué fuerzas tendrían. Pronto se darían cuenta de que eran seguidos. Como sabemos, los hombres de Zhitkov, a bordo del Humber, seguían al camión, y un espía de Cherry, a bordo de una motocicleta, también los seguía. Lo primero en que ellos deben haber pensado es que los perseguía la policía; pero pronto abrigarían dudas sobre eso. La policía no se hubiera conformado con seguirlos indefinidamente, sino que los hubiera detenido. Seguramente no comprendían de qué se trataba. Mientras tanto, el espía de Cherry se comunicó con éste, y entonces Cherry y Zhitkov, habiendo llegado a un acuerdo, se lanzaron en pos del carro, que llevaba tan precioso cargamento, decididos los dos a dar la batalla final.

—Y pudieron haber sido más los que tomaron parte en esa batalla final —terció Judith, que se había reunido con el duque frente a la chimenea—. Pero, John, ¿no has

omitido algo? ¿Qué hacía Braunkopf en su cochecito Austin?

—Eso te lo puede explicar él mismo —respondió Appleby a tiempo que golpeaba con los nudillos en el cristal de la ventana—; pues aquí viene..., y trae algo para el duque.

—¿Algo para mí? —preguntó el duque, volviéndose sorprendido—. ¿No querrá usted decir...

No terminó. Appleby sonreía ampliamente y sólo Judith supo que esa sonrisa demostraba un enorme alivio.

—Naturalmente —respondió Appleby—; trae la obra maestra de Gavin Limbert para que ocupe un lugar en la galería de arte de Scamnum Court. ¿Qué más podría desear un respetable comerciante en objetos de arte?

Todos se habían agrupado cerca de la ventana. Efectivamente, el señor Hildebert Braunkopf o Brown, conduciendo un antiguo automóvil Austin, pasó solemnemente delante de la fila de automóviles de la policía. Dentro del pequeño coche se veía un gran paquete.

Había transcurrido media hora. Todos estaban en la galería de Scamnum Court, de pie ante un espacio libre en el muro. Cerca de ellos, al lado de un gran óleo de Velázquez y recargado contra un magnífico cofre español, estaba la ambigua obra de arte que el ingenio del señor Braunkopf había titulado *El Quinto y el Sexto Días de la Creación*.

El duque de Horton se quedó contemplando largamente aquel cuadro.

—Lo colgaremos —anunció.

—¿Colgarlo? —preguntó Cadover, escandalizado—. ¿No comprende Su Alteza que...?

—Lo colgaremos y lo dejaremos allí durante cinco minutos —interrumpió el duque—; yo estoy alerta siempre que se trata de añadir algún pequeño detalle a la historia de Scamnum. El momento de colocar en la pared, entre *La Pescadora*, de Franz Hals, y *La Fuente*, de Hobbema, el secreto más importante de Inglaterra, será indudablemente un momento digno de mención en la historia de Scamnum. Bagot, traiga usted una escalera.

Todavía dudando, Cadover lanzó una mirada a su jefe; pero vio que éste estaba dispuesto a conceder al duque su deseo.

—Muy bien —aceptó entonces con amabilidad—; en ese caso, espero que Su Alteza me permita tomar parte en la ceremonia. Naturalmente que, después, el cuadro tendrá que ser bajado y llevado, con escolta, al Scotland Yard. La persona que se designe para efectuar la restauración del cuadro lo hará bajo la supervisión, de la policía.

—Desde luego, mi estimado señor —concedió el duque y, volviéndose hacia Lord Appleby, comentó—: No comprendo la ingerencia que ha tenido Brown en todo esto.

—Creo que anoche él decidió hacer averiguaciones por su cuenta cerca de Steptoe —le respondió Appleby—. Debe usted recordar que Braunkopf es un hombre muy emprendedor.

—Ciertamente, lo es. Trató de venderme todas esas endiabladas obras de Limbert... Disculpe mis palabras, querida Lady Appleby. Judith sonrió amablemente.

—Como Braunkopf no tenía a la mano sus elegantes automóviles Daimler —explicó Appleby—, montó en su pequeño Austin y siguió a la procesión. Desde mi sitio en el camión, yo podía ver algo; al poco tiempo reconocí a Braunkopf. Ya tenía yo localizado el cuadro; había tardado media hora en hallarlo entre los objetos empacados en el camión. También había yo llevado a cabo algunos preparativos. No me gustaba el aspecto del Humber, ni tampoco el de la motocicleta. Había decidido que si llegaba a tener la oportunidad, correría el riesgo de confiarme a Brown. En eso tropezamos con un convoy militar. Cambió el orden de los vehículos que integraban nuestra pequeña caravana; el Austin quedó detrás, a corta distancia del camión. Entonces me decidí y logré echar el cuadro...

—¿Echar el cuadro? —interrumpió el duque—. Pero yo creí...

—La situación para mí en aquellos momentos era semejante a la del ladrón cuando se apoderó del Vermeer aquí, en su galería, duque. Para sacar el cuadro del camión no había más que una angosta abertura entre las dos hojas de la puerta. Aquí el ladrón no tenía más que el estrecho espacio entre las persianas de una ventana. Pero el cuadro cabía por aquella rendija como cupo por la de la ventana —explicó Appleby—. Por cierto, escribí un mensaje en el papel con que estaba envuelto el cuadro —hizo una pequeña pausa mientras se inclinaba a recoger un trozo de papel—. Aquí está. No dudo que después que Brown haya desayunado, modestamente llamará la atención de usted sobre este detalle. Temo que me sea necesario reclamar la indemnización; pero entonces pensé que era preciso hacerlo así. Podía ser el detalle que inclinara la balanza.

Con el pequeño trozo de papel en la mano, leyó:

LLÉVESE CON CUIDADO

Este paquete contiene

UN CUADRO VALIOSO

Que fue robado y ha sido recobrado  
por un oficial de la policía,  
que se ha visto obligado a abandonarlo  
mientras persigue a los ladrones.

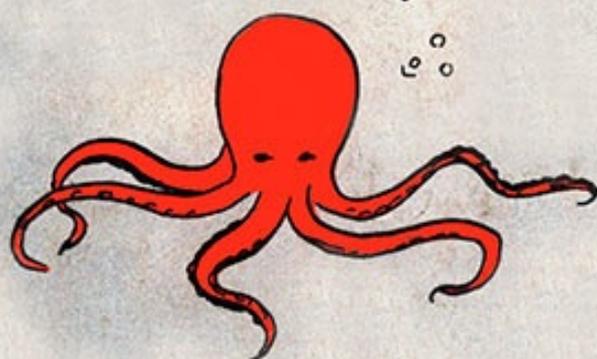
Es propiedad de

EL DUQUE DE HORTON, K. G.

quien, al serle devuelto,  
agradecerá su devolución y  
pagará

QUINIENTAS LIBRAS ESTERLINAS DE GRATIFICACION

Esta obra se terminó de  
imprimir en los talleres  
de Gráfica Impresora  
Mexicana S. A., Nogal 212,  
México D. F., en el mes de  
febrero de 1956



NOVELAS *Laberinto*

LAS MEJORES OBRAS  
POLICIACAS Y DE MISTERIO





JOHN INNES MACKINTOSH STEWART (Edimburgo, Escocia, 30 de Septiembre de 1906 - Coulson, Londres, Inglaterra, 12 de noviembre de 1994) fue un novelista y académico escoces.

Estudió Literatura Inglesa en el Oriel Collage de Oxford. En 1929 estudió psicoanálisis en Viena. Fue lector de inglés en la Universidad de Leeds (Yorkshire, Inglaterra) entre 1930 y 1935. Se casó con Margaret Hardwick en 1932, tuvieron 3 hijos y 2 hijas. En 1936 se traslada a Adelaide (Australia) donde continúa su carrera como docente. Durante el viaje escribe su primera novela que publicaría como «Michael Innes», seudónimo que utiliza hasta 1986. En 1945 vuelve a Gran Bretaña y se establece en Belfast hasta 1948.

Entre 1949 y su jubilación en 1973 imparte clases en el Christ Church College de Oxford. En 1954 publica su primera novela con su propio nombre «Mark Lambert's Supper». También publicó estudios críticos sobre la obra de James Joyce, Joseph Conrad, Thomas Love Peacock Rudyard Kipling y Thomas Hardy.

Murió en Surrey, en el sur de Inglaterra, en 1994. Fue uno de los escritores preferidos de Borges y Bioy Casares.

# Notas

[1]

No comprendo una palabra, papá.

Es lo que se requiere, querida.

<<

[2]

Pero, papá, ¿qué significa eso?

Creí que iba a ruborizarme.

<<